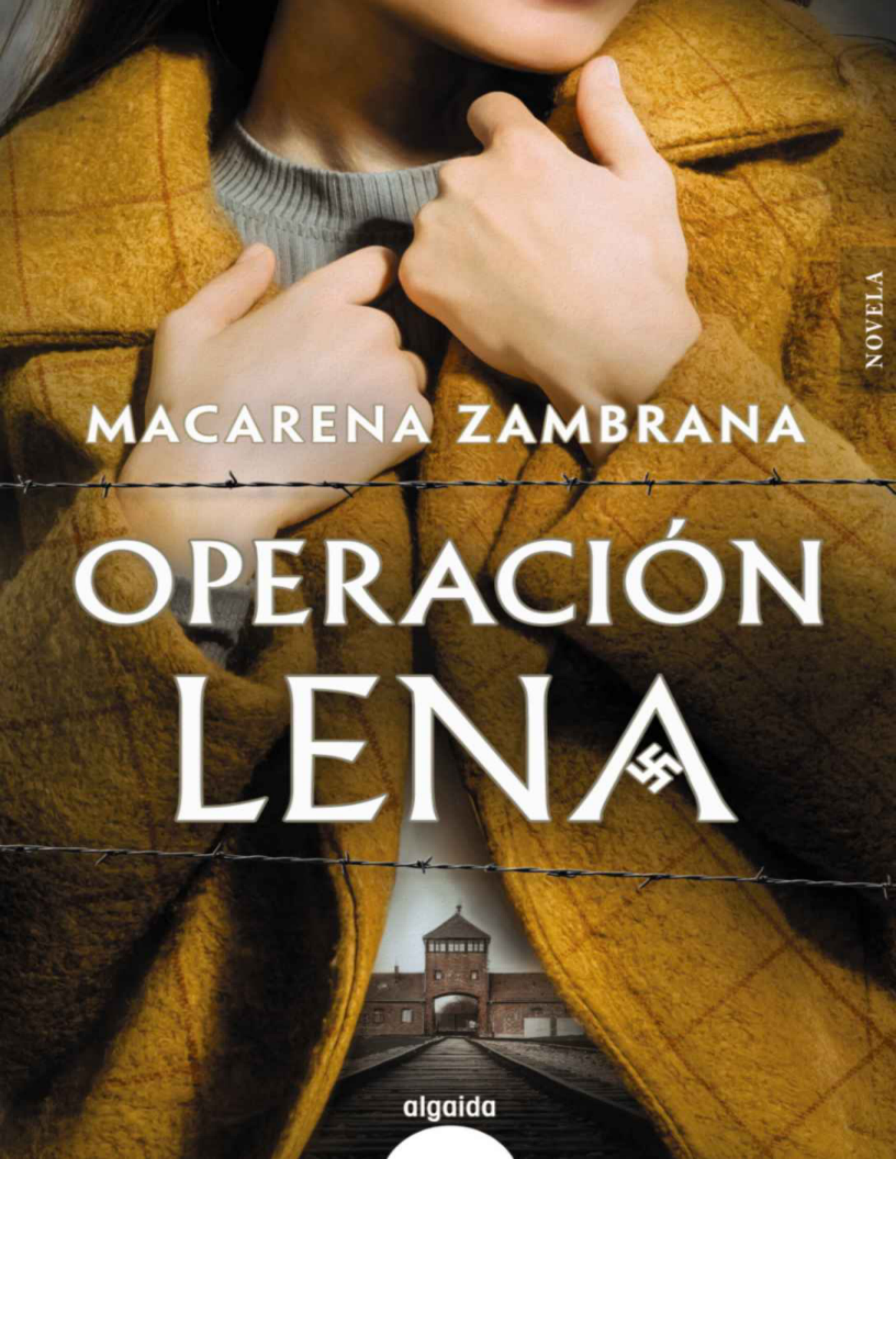

NOVELA
MACARENA ZAMBRANA
OPERACIÓN
LENA
algaida

MACARENA ZAMBRANA

OPERACIÓN LENA

algaida

A Celia, Paula y Carmen

CAPÍTULO I

EN LAS NUBES

«Cuando era pequeña, tumbada en el jardín de la casa de mis abuelos, miraba al cielo e imaginaba que, ahí arriba por encima de esas esponjosas nubes blancas, había un inmenso parque con bancos de madera, de esos que aún no tienen pintadas, ni chicles pegados. Bancos que invitan a sentarse a leer un libro, o simplemente a contemplar de lejos a los niños que juegan a la pelota.

»Imaginaba ese cielo con los abuelos y abuelas que ya no están con nosotros sentados en esos bancos, alimentando a las palomas que se apresuraban a volar cuando algún perrito al que un niño había tenido que decir adiós correteaba detrás de ellas.

»Ese pensamiento me infundía calma y me alejaba del miedo a la muerte. La propia y la de quienes quería.

»Por aquella época, con apenas ocho años, tenía esperanza de volver a abrazar a quien se va, volver a sentir su aliento y saber que en esos bancos de ahí arriba, no había nada que temer, porque la muerte no clausuraba nada.

»Han pasado muchos años desde que dejé de tumbarme en el césped de la casa de mis abuelos. Hace mucho que no miro al cielo con esperanza y desde hace un tiempo he perdido la calma».

Después de que la azafata comprobara el código QR de su billete, Ángela siguió el pasillo que conducía al avión. Tardó más de cinco minutos en atravesarlo.

Fue la última en subir, se quedó de pie unos segundos, observando a las personas que viajaban con ella.

Aquel viaje no era uno más. El destino no había sido meditado, ni había descontado los días del calendario hasta que llegase el momento de hacer el listado de cosas que no hay que olvidar en la maleta. Ángela subió al avión nerviosa, llena de miedos y de complejos, pero, sobre todo, rota.

Nunca fue la niña valiente que miraba debajo de las piedras si había algún insecto raro con el que juguetear mientras lo acuciaba con un palito. No le gustaba llamar la atención. No fue una adolescente

complicada ni una adulta problemática. Nunca había tomado ninguna decisión por ella misma. Tampoco la de realizar ese viaje.

Fue pasando entre los asientos, sin detenerse a observar el rostro de los pasajeros. Le avergonzaba profundamente que alguien pudiese notar cómo estaba por dentro. Se sintió como un niño que pierde de vista a su madre, y se encuentra solo, rodeado de extraños. Tenía ganas de llorar, pero sobre todo, de salir corriendo. Volver a casa y encontrarse a su madre.

—Asiento 26B, es este —musitó.

A su lado, viajaba un señor de unos setenta años, con aspecto bonachón, poco pelo, y gafas de pasta color azul.

—Si le dan miedo los aviones puedo ofrecerle mi mano para que se agarre fuerte al despegar si así se encuentra mejor —le dijo dedicándole una sonrisa.

—Muchas gracias, pero no me dan miedo los aviones —respondió.

El hombre se volvió hacia Ángela:

—Discúlpeme entonces, es que la vi con el rostro algo desencajado, triste y preocupada. Malinterpreté que podría deberse al despegue. Es usted una valiente entonces.

Ángela esbozó una tímida sonrisa antes de susurrar:

—Yo no diría precisamente que soy valiente.

Los motores rugieron cuando el avión tomó la pista de despegue. Ángela cerró los ojos, en un intento por buscar en su interior la valentía que necesitaba. El vuelo que más le asustaba no era el de la aeronave sino el suyo propio.

El viaje se hizo corto, como suelen hacerse los caminos cuando no quieres llegar a un destino. Durante el trayecto, Ángela hizo varios intentos por concentrarse en el libro de Terenci Moix, *No digas que fue un sueño*. La lectura no pasó del segundo párrafo del capítulo 1. No había elegido ese libro por casualidad. Para ella era una especie de amuleto.

Hacia la mitad del libro, sobresalía la esquina de una vieja fotografía. El señor que viajaba junto a ella alcanzó a ver que se trataba de una mujer embarazada, vestía un jersey rojo de cuello vuelto y estaba de pie, delante de una ventana dando la mano a una niña de unos seis años.

La fotografía era de la madre y la hermana de Ángela, y el bebé que esperaba era ella.

CAPÍTULO II

ESCAPA

«No creo que exista un momento mejor para emprender el vuelo que tras la pérdida de la ilusión. Sin ella, la magia se escapa como arena entre los dedos. Necesitas tomar altura y mirar tu mundo desde otra perspectiva. Ha llegado el momento. Aférrate a tus alas y vuela. No lo pienses. Escapa».

—Ángela, ¿te das cuenta de que me has respondido lo mismo en las últimas veinticinco semanas?

Beatriz no la miraba con la compasión que lo hacía la gente de su entorno. Intuía que detrás de esa mujer de apariencia fría y distante había alguien que pedía a gritos romper la barrera que la separaba de la vida.

Se conocían desde el colegio, habían compartido pupitre y confidencias, estuvieron muy unidas hasta que llegaron a la universidad. Beatriz estudió Psicología en la Complutense de Madrid. Nunca destacó por sus notas. A pesar de eso, terminó sus estudios según lo programado. Atraída por la psicología clínica montó su propio gabinete y, desde entonces, pasaba consulta en la segunda planta de uno de los edificios más cotizados de la Castellana.

Hacía más de doce años que no se veían. Apenas se habían cruzado algún mensaje en Navidad o en cumpleaños. Por eso Ángela se sorprendió cuando vio la foto y el nombre de Beatriz en un perfil donde se recomendaban a los mejores psicólogos de la ciudad.

Consciente de que necesitaba ayuda, marcó con miedo el teléfono que indicaba la página. Escuchó el tercer tono de la llamada y cuando estaba a punto de colgar, una voz anunció que estaba hablando con la consulta de Beatriz Santandreu.

Doce días después, acudía a la cita sin estar muy segura de querer encontrarse con la profesional o con su amiga de la infancia.

Su madre acababa de fallecer, y Ángela sentía que era incapaz de continuar sin la tutela de la mujer que había guiado sus pasos desde que tenía uso de razón.

La terapeuta estaba anotando unas fechas en su agenda cuando Ángela entró en la consulta. Sorprendida, pensó un momento cómo actuar. Ángela se detuvo frente a la mesa. Beatriz no se atrevió a levantarse.

—¡Qué sorpresa verte por aquí, Ángela! ¿Cuánto hace que no nos vemos? —preguntó esbozando una tímida sonrisa.

—Doce años y tres meses, si me dejas un momento te digo los días y hasta los minutos que hace que no nos vemos —respondió antes de romper a llorar.

Desde ese momento, las tardes de todos los miércoles ocuparon la agenda de Beatriz con las sesiones de su amiga.

Durante veinticinco semanas, llevó a cabo una terapia de choque basada en ejercicios que buscasen hurgar en lo más profundo del corazón de Ángela. La mayoría de las veces terminaba llorando y salía de la consulta prometiéndose no volver.

Al finalizar la sesión número 25, Beatriz, consciente de que necesitaba algo más, acercó el sillón orejero al de su paciente. Apartó de sus piernas el cuaderno de notas, y agarró con fuerza las manos de Ángela.

Volvió a ser por un momento la niña que merendaba sándwiches de Nocilla y caminaba junto a su amiga después de salir del colegio. Volvieron a encontrarse las miradas de complicidad, y Beatriz dejó al margen sus conocimientos en psicología para hablar desde el corazón.

Ángela levantó la cabeza y la miró a los ojos. Con la voz quebrada y los labios temblorosos comenzó a decir:

—No sabes lo jodidamente difícil que es vivir sintiendo que vas sin rumbo. No es que no tenga valor para tomar decisiones, es que simplemente no sé qué tengo que hacer con mi vida.

Beatriz la miraba a los ojos sin decir nada.

—Me levanto cada día sabiendo que terminará igual que el anterior. No ocurre nada en el transcurso de las semanas. Nada más allá que perder la tapa de un zapato o comprar tomates en la frutería de la esquina. Y aunque mi vida antes de morir mi madre tampoco era una maravilla, al menos no me sentía así. Huérfana de voluntad.

Beatriz alcanzó un pañuelo de papel y se lo dio a la muchacha, que entre sollozos siguió hablando:

—No conocí a mi padre. En mi casa estaba prohibido hablar de él. Ni siquiera supe nunca cómo era, por más que busqué una foto, no la encontré.

—¿Nunca le preguntaste a tu madre qué había sido de él?

—Mi madre fue siempre de dar pocas explicaciones. Su vida se limitó al trabajo y la casa. No había nada más. Ni planes, ni invitados

a cenar. No había proyecto de viajes juntas ni tiempo para hablar de las ilusiones que acabé olvidando.

—¿Cómo era ella? —preguntó Beatriz.

—Era una mujer fría, distante, exigente. Intentó inculcarnos la disciplina y el cumplimiento de nuestras obligaciones desde niñas. No estaba permitido salir a jugar después de clase, ni asistir a ninguna fiesta. No había opciones para enamorarse. Mi madre no aceptaba que pudiésemos estar en compañía de nadie que pudiese despertar algo en nosotras.

—Pero… ¿Qué motivo tenía para comportarse así con vosotras?

—Decía que el alma de las personas era como una herida fresca, parecía cerrada, pero era fácil que se volviese a abrir. Por eso, permanecer aisladas de las emociones nos garantizaba alejarnos del sufrimiento. Mi madre nunca nos hizo felices, porque ella no lo era.

—No tiene sentido, Ángela. Negarse a sentir es negarse a vivir. No es posible que alguien se encierre en sí misma de esa forma sin que exista una causa —explicó la terapeuta.

—Se fue sin que me explicase por qué me obligó a encerrarme en mí misma. Por qué no me permitió elegir para equivocarme. Por qué se mantuvo siempre tan lejos de las ilusiones. Y ahora que lo pienso, caigo en la cuenta de que fue precisamente la persona que más quiso alejarme del sufrimiento la que más dolor me causó —respondió Ángela.

Beatriz la miraba en silencio mientras mantenía sujetas las manos de su amiga.

—La mayoría de las noches me iba a la cama enfadada. Me enfadaba con ella porque odiaba mi vida, y la culpaba. Pensé muchas veces en marcharme. Alguna vez llegué incluso a guardar alguna ropa en mi bolsa de viaje. Pero cuando agarraba el picaporte, me recordaba que no sabía caminar sin guía. Así que, me daba la vuelta, y lentamente devolvía la ropa al armario y sin hacer ruido, me acostaba llorando.

—¿Por qué crees que se marchó tu hermana? Ella se crio con las mismas limitaciones que tú.

Ángela se enjugó las lágrimas.

—Siempre tuvo claro que haría su vida lejos de nosotras, de nuestra casa, de Madrid. Nunca quiso a nadie, por eso tampoco la avisé cuando le diagnosticaron la enfermedad a mi madre. Me quedé a cuidarla, se lo debía, y de alguna forma esa enfermedad me acercó a ella. Aprendí a disfrutar de los abrazos involuntarios que me daba cuando tenía que apoyarse en mí para salir de la bañera, pude observarla tranquila y calmada cuando la enfermedad no le permitía

abrir los ojos, y era entonces cuando le contaba lo que había en mí: cuando le reconocía mis deseos de enamorarme, de aprender a sentir, la necesidad que tenía de querer y sobre todo de que me quisieran, de mis deseos de escribir una novela romántica que hablase de una mujer fuerte como ella, pero abierta a sonreír y ser feliz. La enfermedad y la fiebre me obligaron a disfrutar de compartir cama con mi madre. Jamás me permitió de pequeña dormir cerca de ella. Y así, recordando esos momentos, yo cerraba los ojos y me acercaba para abrazarla sabiendo que su fragilidad no le permitiría alejarse en ese momento.

Abrumada, hizo una pausa antes de continuar:

—Cuando se encontraba muy mal, mi madre me agarraba las manos y con un hilo de voz me daba las gracias por estar cerca de ella. Eso me reconfortaba, me daba fuerzas para seguir. Puede parecer extraño, pero la enfermedad me regaló a la madre que yo necesitaba. Me dio un tiempo de vida con sabor a muerte que supe degustar. Por eso no quise llamar a mi hermana, porque lo merecía solo yo. —Ángela rompió a llorar desconsoladamente.

Beatriz sabía que la terapia no daría el resultado que la muchacha necesitaba. Buscar en el alma y encontrarse a sí misma no era cuestión de asistir una vez por semana a consulta. Por eso bebió un sorbo del vaso, y respiró hondo antes de decir:

—Esta será nuestra última sesión durante un tiempo —dijo mientras cerraba la agenda.

—Pero… ¿qué dices? —Ángela se mostró desolada.

—El ejercicio propuesto para esta sesión es que viajes sola. Me da igual dónde. Quiero que compres un billete de ida sin fecha de regreso. Vete con poca ropa. Una vez allí, déjate llevar por los días, la gente, el viento, la vida. Deja que las energías te empujen, disfruta de ti y del inmenso placer de conocerte.

Ángela se resistió.

—Eso es una locura, Bea. Te estoy diciendo que no sé lo que tengo que hacer y me mandas a Dios sabe dónde, sin límite de tiempo, ¿qué esperas que haga?, ¿volverme loca?

Beatriz se levantó y se dirigió a la puerta. La abrió con una sonrisa:

—Espero que consigas encontrarte lejos de los recuerdos que remueven tu dolor. Vete lejos, donde nadie te recuerde nada y solo déjate llevar. Deja a la vida hacer y quién sabe, lo mismo esta aventura se convierte en el punto de partida de tu nueva vida. Cuando vuelvas, retomaremos la terapia. Hasta la próxima sesión, Ángela.

CAPÍTULO III

AUSCHWITZ, 1944

«Me pregunto qué pensarían, si pudiesen hacerlo, las aves que sobrevuelan este lugar. Imagino el terror que desde el aire sentirían al volar sobre una tierra que huele a muerte. Me pregunto si después de sobrevolar este lugar, volverían a hacerlo si pudiesen elegir otro camino. Imagino que no, que, si esas aves pudiesen pensar, nada sobrevolaría por el cielo de Auschwitz».

—¡FUERA, FUERA! —gritaban los SS mientras sujetaban a los perros que ladraban y tiraban de las correas que les impedían acercarse a los vagones. Los canes estaban poseídos, como si quisieran sacar ellos mismos a los prisioneros que llegaban a Auschwitz subidos en trenes de ganado.

Hacinados, en condiciones infrahumanas, miles de personas llegaban a un destino incierto. Después de viajar durante días, en la más completa oscuridad, sin apenas agua ni comida y sin saber la duración del viaje ni el destino que les esperaba.

La mayoría de los prisioneros que llegaban a Auschwitz procedían de guetos judíos, donde habían vivido en condiciones extremas durante meses. Sin embargo, ninguno de los pasajeros alcanzaba a imaginar la magnitud del horror del lugar al que se dirigían.

Con miedo, los primeros pasajeros comenzaron a bajar con la mirada perdida. Confundidos, se dirigían a los SS para preguntarles dónde se encontraban. Ninguno recibía respuesta que fuese más allá de alguna risa o comentario jocoso.

Un oficial menudo determinaba, con un simple gesto, si los recién llegados eran o no aptos para el trabajo.

Clasificarlos en la fila de la derecha o la izquierda suponía salvar sus vidas ese día o terminar en las cámaras de gas.

Jonás Golik llevaba en Auschwitz dos meses. Había visto llegar muchos de esos trenes de ganado. Con cada nuevo convoy sentía el

mismo pellizco que la primera vez. No se acostumbraba a los gestos de desamparo de quienes llegaban, ni al momento en que después de bajar el último pasajero, debía subir con sus compañeros de faena para desalojar los cuerpos de quienes no habían podido resistir el viaje.

Desde que veía llegar el tren a los lejos, rezaba para que en los vagones no viajase ninguna persona a la que amase lo suficiente como para olvidar que lo único que debía hacer en ese lugar era sobrevivir.

Jonás tenía veintiún años cuando llegó a Auschwitz. Era un chico inquieto, divertido, apuesto, generoso. Lleno de vida y de proyectos. Ni siquiera la sordidez del gueto consiguió aplacar sus ansias de vivir.

Apasionado de la música y la lectura, soñaba con recorrer el mundo acompañado de un cuaderno de viajes y de su amiga de la infancia.

Fue uno de los miles de prisioneros que bajaron del tren que llegó a Auschwitz el catorce de diciembre de 1943. Había subido al convoy acompañado por su madre y su hermano, pero ninguno de los dos aguantó las condiciones del viaje.

Cada vez que Jonás veía llegar el tren, invadían su mente los recuerdos del día que bajó del vagón completamente solo a pesar de estar rodeado de miles de personas. Al principio, las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras su alma era presa del recuerdo. Pero a medida que pasaron los días, aprendió a contener el llanto y trocarlo por el dolor.

Le habían arrebatado a su familia, sus amigos, su casa y sus sueños. Lo habían alejado del amor y quedó relegado a un simple número de identificación.

La mañana del 23 de febrero de 1944, como cada día, Jonás junto a sus compañeros ocuparon su lugar en la rampa.

Su misión en Auschwitz consistía en seleccionar y clasificar las pertenencias con las que llegaban los prisioneros al campo. Pertenecían al Kommando Kanada. Tuvieron suerte en el reparto de tareas. Era uno de los mejores empleos de Auschwitz.

Los nazis permitieron a los prisioneros llevar equipajes, sin embargo, una vez que bajaban del tren, eran desprovistos de ellos al ser considerados propiedad de Alemania.

Los miembros del Kommando a menudo recibían reproches del resto de prisioneros. Los trabajos en los que no mediase la fuerza hacían más fácil la supervivencia.

Por eso Jonás contaba en Auschwitz más de ocho semanas.

En silencio, se dispuso a extender la manta donde debía llevar a cabo la selección de pertenencias. El convoy cargado de prisioneros acababa de llegar, y la rampa se inundó de personas que buscaban

respuestas entre miradas de miedo y desconcierto.

—Tú —gritó uno de los SS empujando a Jonás—, traduce a esta gente las instrucciones que voy a darte.

Conocedor de varias lenguas: alemán, polaco y eslovaco; Jonás hacía las veces de intérprete para los nuevos prisioneros.

El militar alzó la voz y comenzó a dar las instrucciones en un perfecto alemán. El muchacho a su lado esperaba paciente su turno para traducir las normas que debían seguir en Auschwitz:

—Sed bienvenidos al lugar en que el trabajo os hará libre «ARBEIT MATCH FREI». Seréis clasificados en dos grupos, los de la fila de la izquierda pasarán a darse una ducha caliente antes de conocer las habitaciones que tienen asignadas. Los de la derecha iréis directamente al barracón de ingresos donde se os asignará un número de identificación.

La traducción de la gran mentira del campo suponía para Jonás una cooperación con el nazismo. Con sus palabras, ayudaba a calmar los ánimos de una muchedumbre confundida y agotada.

Al cumplir su cometido, los oficiales del campo se garantizaban el orden y la tranquilidad a la hora de clasificar a los nuevos prisioneros.

Tras la colaboración, Jonás se llenaba de rabia, apretaba fuerte los puños y los dientes y respiraba hondo antes de maldecirse a sí mismo.

Junto al muchacho siempre estaba Amiel. Llegaron juntos al campo y compartían barracón y trabajo en la rampa. Tenía cinco años más que Jonás y hacía los oficios de hermano mayor.

Era un hombre sereno, justo y noble. El único capaz de calmar a Jonás cuando la rabia le hacía olvidar que tenía que dejar de hacerle pulsos a la muerte.

Esa mañana, Jonás, agarró uno de los equipajes que estaba tirado en la rampa. La maleta estaba cerrada con cuerdas. No había nada especial en ella. Nada podía hacerle sospechar que su vida en Auschwitz estaba a punto de cambiar.

Al abrirla, se percató rápido de que pertenecía a una mujer, contenía una camisa blanca de algodón de manga larga con unas iniciales bordadas, LW. Había también un libro, un peine y una bolsa de horquillas. En el fondo de la maleta, envuelto en un pañuelo, encontró un broche.

Colocó el pañuelo en la palma de la mano y sostuvo el broche en el centro. No tardó en reconocerlo. Nervioso le dio la vuelta, en la plata había grabado un nombre: LENA.

CAPÍTULO IV

LENA

«Desde que tengo uso de razón recuerdo a mi madre decir que yo era la niña más valiente que había conocido. Mi madre estaba absolutamente convencida de esa afirmación. No había nadie que sintiese más miedo que yo a la oscuridad y ella, a pesar de saberlo, mantenía que yo era la persona más valiente que había conocido.

»Han tenido que pasar muchos años para que comprendiese que ser valiente no implica carencia de miedos, sino la capacidad de enfrentarse a ellos».

Estaba de pie en la más completa oscuridad, escuchando sollozos y lamentos de alguien que no sobreviviría.

Magdalena Wiesel tenía diecisiete años y viajaba en el tren que llegó a Auschwitz el 23 de febrero de 1944.

Cuando el convoy frenó, una mujer al fondo del vagón profirió un grito de espanto, como si hubiese querido anticiparles el horror que vivirían.

A los pocos segundos de detenerse, las puertas del vagón se abrieron bruscamente. Había perros sujetos con correas y militares uniformados dando órdenes:

—¡Deprisa, salid, rápido! —gritaban.

Magdalena reconoció el rostro de las personas que habían viajado junto a ella llenos de incertidumbre. Los prisioneros fueron bajando uno a uno. Ella se mantuvo de pie paralizada por el miedo, observando cada detalle del vagón.

Cuando apenas quedaba nadie dentro, la muchacha se dispuso a descender del convoy. Había llegado el momento de conocer el destino del viaje.

—¿Podría ayudarme, por favor?

A su espalda, escuchó la voz de una mujer. Se giró para conocer de quién se trataba. Al fondo del vagón, en el lado opuesto, una anciana intentaba incorporarse. Corrió a su lado, se arrodilló junto a ella, la miró a sus profundos ojos azules y le acarició la cara:

—No se preocupe, agárrese fuerte a mí, yo la ayudo.

Con dificultad, la anciana se puso de pie mientras la muchacha hacía las veces de bastón para que pudiera sujetarse y levantar el peso de un cuerpo malnutrido. La mujer la observó, y ambas esbozaron una sonrisa. Caminaron lentamente hasta la puerta del vagón, donde un oficial había asomado la cabeza para exigirles que saliesen inmediatamente.

Cuando se disponían a bajar, la anciana apretó el antebrazo de la muchacha, respiró hondo y con la mirada llena del mismo porcentaje de amor que de miedo, le susurró:

—No va a ser fácil, pero recuerda siempre estas palabras. Cuando en algún momento sientas que no puedes, recuerda que eres fuerte y que vas a salir de aquí.

La chica, escéptica, la contempló en silencio.

—No olvides tus raíces ni tus principios. Aférrate a tus sueños y a quien más quieres. El amor es tan fuerte que será capaz de mantenerte con vida. Ten fe.

—¿Quién es usted?

La mujer le dedicó una sonrisa y una caricia en las mejillas, antes de responder:

—Solo soy una vieja cansada. Alguien a quien pocos recordarán y que la muerte encontrará en paz.

La muchacha se estremeció al sentir la caricia de la anciana, y las lágrimas, comenzaron a brotar en silencio.

—¿Cómo se llama? —preguntó emocionada.

La anciana cogió las manos de Lena en señal de despedida, respondió que se llamaba Paula. Siguió caminando con dificultad, cumpliendo las órdenes de los SS, y guardando su lugar en la fila que decidiría su destino. No volvería a verla.

Perdió de vista a la anciana y comenzó a caminar entre la gente. Estaba aturdida, llevaba días sin comer ni beber agua. Comenzó a caminar sin rumbo entre la muchedumbre.

Al final del andén había reclusos en uniformes de rayas. Se respiraba un olor extraño que era incapaz de comparar con nada parecido. Tardó poco en percatarse de que en Auschwitz la tristeza se podía ver, oler, oír y tocar. En su paseo por el andén, se cruzó con niños que llorando buscaban a sus madres entre la multitud. Ancianos que miraban en todas las direcciones buscando ayuda. Mujeres y hombres desconcertados que necesitaban respuestas.

Le dolía la cabeza. Tenía signos de deshidratación. Sintió que perdía las fuerzas, pero debía caminar hacia la fila donde un oficial decidía si era apta o no para el trabajo.

Aguantó sin saber cómo los minutos de espera que transcurrieron

hasta que llegó a la altura de un hombre que la miró con desprecio. Con un simple gesto la clasificó en la fila de la derecha.

A lo lejos, una voz grave daba instrucciones en alemán, mientras prisioneros con uniformes traducían a los recién llegados las normas del campo:

—Dejad los equipajes a lo largo de la rampa, no os preocupéis por ellos —ordenó uno de los oficiales.

Los pasajeros del tren apenas llevaban algunas pertenencias de poco valor dentro de la maleta que los acompañaba. Los nazis llevaban a cabo registros semanales en los guetos. Los prisioneros apenas tenían pertenencias de valor que no hubiesen sido requisadas con anterioridad.

Magdalena Wiesel solo temía perder un broche de plata, regalo de su abuela que tenía grabado su nombre en el reverso. Consiguió mantenerlo escondido durante los registros y no dudó en llevarlo con ella el día que la trasladaron a Auschwitz.

En la plata, con letras mayúsculas y cursivas, se podía leer el nombre con el que su abuela y Jonás Golik la llamaban: LENA.

Nunca fue una niña obediente. Era una rebelde empeñada en cumplir sus sueños, al menos, eso era lo que su abuela decía entre risas, cada vez que su madre se enfadaba por algo que Lena no había hecho según lo previsto.

Desde muy pequeña, encontró la horma de su zapato en alguien que la acompañaba. Se enamoró, sin ser consciente, de su mejor amigo de la infancia. Alguien especial, tan valiente como para aferrarse a sus ilusiones a pesar de todo y de todos.

Lena era testaruda, inteligente, romántica, impulsiva y risueña. Le gustaba leer y escuchar las historias que Jonás Golik contaba acerca de los viajes que harían por el mundo.

Hacía más de dos meses que no se veían. En diciembre de 1943 hubo muchos traslados desde el gueto donde residían. La familia de Jonás fue de las primeras en abandonarlo. Sin tiempo para despedirse, el muchacho dejó escrita en una nota: «VOLVERÉ PARA BUSCARTE, LENA». Tenía la esperanza de que ella la encontrase cuando al notar su ausencia, buscase algún mensaje en su casa.

Poco después de que los judíos abandonasen el gueto, las tropas nazis saquearon las viviendas destrozando todo a su paso, y la nota que Jonás escribió para Lena quedó tirada en el suelo sin que nadie pudiese leerla.

CAPÍTULO V

A-19316

«Un día, alguien que yo nunca conoceré, verá estas fotos. Me pregunto si será capaz de apreciar a través de mis ojos el miedo que siento en este momento».

El barracón de ingresos estaba lleno de mesas repletas de documentos, fechas y números que hablaban de vidas deshechas. Las mujeres entraron en orden. Guardando silencio y temblando ante la incertidumbre. El barracón de ingresos era una nave adaptada a oficinas de identificación de prisioneros. Repartidas a lo largo, se diferenciaban las estancias por las que debían pasar las presas antes de continuar.

Lena fue una de las últimas en entrar. Caminó observando todo cuanto la rodeaba. Escuchó al fondo los sollozos de las prisioneras que habían avanzado por las estancias del barracón. A su espalda, una funcionaria uniformada espetó:

—¡Tú! Quítate la ropa, la dejas en ese montón y te pones este uniforme.

En pocos segundos, Lena ya vestía el uniforme femenino de Birkenau. Un vestido abotonado por delante con cinturón. Era de manga corta, algo que ya indicaba la falta de compasión que los nazis tenían a los prisioneros. En febrero, las temperaturas de Auschwitz oscilaban entre los menos tres y los dos grados de máxima. Lo que suponía que las mujeres entrasen en muchos casos en estado de hipotermia mientras trabajaban, llegando incluso a perder el conocimiento.

A pesar de los sollozos y lamentos de sus compañeras, Lena consiguió mantener la calma y esperó paciente su turno para ser marcada.

—En el brazo izquierdo —le dijo un prisionero que cumplía con su trabajo como tatuador del campo.

La muchacha lo extendió y observó como el hombre fue dibujando en el lado externo del antebrazo el número que la acompañaría el resto de su vida: A-19316.

Aún con muestras de dolor por la marcación de la piel, avanzó hasta el lugar donde las mujeres eran desprovistas de su cabello. No fue capaz de llorar ni de decir nada. Asumió desde la rabia su paso por las estancias que iban dejando atrás a la Lena que llegó subida al tren.

—Pasa al fondo que te hagan la fotografía —le indicó el prisionero.

—Lena caminó con los ojos vidriosos hacia el fondo del barracón. Un prisionero, cámara en mano, hacía las fotografías que se incorporaban a los archivos.

—Mira al frente y después a un lado mientras sujetas tu número.

Al terminar, el hombre indicó la salida. Ella se quedó observándolo en silencio. Le temblaban los labios.

El prisionero dejó la cámara, miró a su alrededor, y se percató de que no había nadie que pudiese observarlos ni recriminar su comportamiento. Se acercó a ella y le sujetó las manos:

—Ojalá pudiese decirte algo que te consolase en este momento —le dijo—, pero ya no soy capaz ni siquiera de imaginar algo mejor de lo que me espera. Tienes que ser fuerte y marcarte cada día como un reto para poder superarlo. Esto es una carrera de fondo. No te detengas. No pienses. Solo intenta sobrevivir.

Lena salió siendo el número A-19.316, desprovista de su ropa y cabello. Se enjugó las lágrimas mientras caminaba hacia el lugar donde dormiría con el resto de sus compañeras.

Caía el sol en Birkenau cuando se detuvo en mitad del camino que conducía al barracón de las prisioneras. Se ahogó en los recuerdos. No pudo contener el llanto. Se sintió desfallecer cuando, sentada en el suelo, buscó el apoyo de una pared donde recuperar fuerzas antes de seguir. Se acarició la cabeza que descansaba apoyada sobre las rodillas y, aunque no se había visto, pudo imaginar al tocarse cuál era la imagen que tenía en ese momento.

Pasados unos minutos, Lena se levantó con dificultad, caminó despacio por las calles de tierra mientras arrastraba los pies y sentía la pérdida de todo cuanto los nazis le habían arrebatado.

No tenía opciones. Había que enfrentarse a ese lugar para sobrevivir y ella estaba decidida. Saldría de allí con vida.

CAPÍTULO VI

HAZ UNA MALETA Y VETE

«Sería imposible meter mis miedos en una maleta, no existe ninguna tan grande como para almacenar todo lo que guardo dentro de mí».

Tras la sesión con Bea, dio un largo paseo en el que se planteó si realmente su amiga tenía tanta razón como parecía. Subió al metro pensativa. No advirtió las miradas de tres chicas que observaban como llevaba la chaqueta puesta del revés.

Bajó en la última estación, y caminó despacio hasta llegar a casa. Recordó las palabras de Beatriz y ese extraño ejercicio que la llevaba a abandonar su hogar.

Se adentró a través de la oscuridad del pasillo, pasando por delante del recibidor donde descansaba un marco de madera con la foto de su madre.

Entró en su habitación y encendió la lámpara de la mesita de noche. Seguía manteniendo los muebles que su madre le compró siendo una niña.

Se sentó en la cama con las piernas abiertas y los brazos estirados entre ellas. Estaba cansada, física, pero, sobre todo, mentalmente. Desde esa posición, repasó cada uno de los elementos de su habitación, reparando en cada detalle, en cada recuerdo; buscando en ellos una señal que diese respuesta a la pregunta que llevaba planteándose desde que salió de la consulta: ¿dónde debía ir?

Respiró hondo, se levantó de la cama y buscó su móvil en el bolso. Pensó unos segundos antes de marcar los dígitos de Carmen Miramar, responsable del departamento de personal en la entidad bancaria para la que trabajaba. El teléfono dio los tonos de llamada… uno, dos…

—Si no lo coge es que no debo ir, será una señal y lo aceptaré —se dijo a sí misma.

—Dígame —una voz alegre y jovial respondió desde el otro lado.

—Hola, Carmen, necesito pedirte algo —comenzó hablando la muchacha.

Aunque Ángela era una mujer reservada y pocos conocían la situación personal que estaba atravesando, todos coincidían en que

una temporada lejos de la oficina le iría bien para sobrellevar el duelo por la muerte de su madre.

—No te preocupes —dijo Carmen—, yo lo arreglo todo para que puedas irte unos días a descansar.

—No serán solo unos días, me marcho unas semanas, aún no sabría precisar cuántas, y necesito estar tranquila. Me gustaría que me gestionases una excedencia.

—¿Una excedencia?, pero… ¿Ocurre algo?

—Tengo que hacer un viaje, Carmen.

Al otro lado del teléfono se hizo el silencio, mientras tanto, Ángela seguía hablando con la voz entrecortada por la emoción y los nervios:

—Me estoy ahogando un poco más cada día. El bucle de la rutina me hace desesperar y siento que no puedo más. Voy a marcharme fuera unas semanas, para pensar, valorar muchas cosas pero, sobre todo, para comenzar a decidir por mí misma. Y esto es lo primero que quiero hacer, necesito parar.

Las palabras de Ángela sonaron rotundas, tanto que la responsable del departamento de personal no pudo evitar responder con un escueto «mañana lo gestionaré todo, vete tranquila».

La muchacha solo acertó a decir gracias antes de colgar y romper a llorar desconsoladamente.

Se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo, donde aún quedaban tres estrellas que se iluminaban en la oscuridad. En la habitación se había detenido el tiempo: los peluches del estante le recordaban la niñez que hacía mucho dejó atrás, el escritorio que la vio estudiar desde que comenzó primaria, los libros, los apuntes de la carrera aún lucían en el fondo del estante y, junto a su cama, en la mesita de noche seguía estando el marco con la foto de su madre embazada dando la mano a su hermana Ana.

Comprendió que Beatriz tenía razón. El tiempo no sanaría lo que dependía solo de ella. Haría ese viaje sobreponiéndose al miedo. No podía continuar así.

Decidida, se levantó de la cama, buscó un banco para poder subir y rescatar del altillo del armario la maleta de viaje que le regalaron en la oficina y nunca estrenó. La abrió encima de la cama, metió de forma ordenada: cuatro pares de bragas, todas blancas de algodón, bastante grandes y altas; un par de sujetadores, un camisón de dormir, dos vaqueros, cuatro camisetas, dos pares de Converse, un jersey y una chaqueta vaquera.

En la maleta quedaba el espacio justo para el portátil, y el perfume que su madre usaba.

De pie, frente a la cama, observó la habitación. Su mirada se

detuvo en ese libro de Terenci Moix *No digas que fue un sueño*. Se lo prestó un antiguo compañero de la oficina al que nunca se atrevió a reconocer sus sentimientos. Desde entonces, guardaba el libro.

Lo rescató del estante y lo observó unos segundos antes de colocarlo junto a la maleta. Era una especie de amuleto.

Cogió la foto de la mesita y la observó al detalle. Acarició la imagen antes de introducirla en el libro.

Con el equipaje hecho, ya solo le quedaba averiguar el destino del viaje. Salió de la habitación con el bolso cruzado y arrastrando la maleta. Caminó hasta el salón repitiéndose que aquello era una locura. Se sentó y se levantó varias veces del sofá, antes de prepararse un café en la cocina. Puso la cafetera y siguió dando vueltas sin sentido a lo largo del pasillo.

Se detuvo delante de la foto de su madre.

—Todo esto no estaría pasando si estuvieses aquí.

Desde la cocina se escuchó silbar la cafetera, pero ella no lo oyó. Fue el olor lo que la alertó del estropicio. Abrió corriendo uno de los cajones buscando un trapo con el que secar el café derramado cuando descubrió al fondo un imán con la esquina rota. Intentó recordar quién lo trajo. Era de Londres. Acababa de encontrar la señal que le indicaría el destino del viaje.

Volvió al salón. Desde su teléfono móvil sacó un billete de ida. El vuelo a su destino salía en apenas tres horas.

—Vamos allá —se dijo mientras volvió a cruzarse el bolso sobre el pecho, y apagó las luces del único lugar en que se sentía protegida.

Un taxi la esperaba en la puerta. Cuando enfiló la calle, Ángela no se atrevió a mirar atrás. No era consciente de que en ese momento su vida comenzó a cambiar.

CAPÍTULO VII

BIENVENIDA A LONDRES

«A veces son los lugares llenos de mucha gente donde me siento más sola. Donde soy más consciente de que estoy perdida y no sé ni por dónde ni hacia dónde. A veces pienso que todo es una locura y otras sin embargo encuentro un refugio de ilusión en cualquier cosa que suponga un cambio en mi vida. Aunque no me lo reconozca, sé que estoy haciendo lo correcto volando hacia Londres».

Bajó del avión con miedo. Como si el suelo se fuese a abrir en cualquier momento.

Llegó la última. Se detuvo unos minutos detrás de la puerta automática, que se abría y cerraba de forma constante. Desde ahí, vio a la chica que con globos anunciaba que era niña mientras que se acariciaba la incipiente barriguita, a dos ancianos, que con un peluche en la mano contaban que esperaban a su nieto y al señor trajeado que indicaba con un cartel que esperaba a los señores Ramírez Gil.

Ángela miró desde el otro lado de la puerta los semblantes ilusionados de los que esperaban a los que llegaban, y cayó en la cuenta de que nunca nadie había ido a esperarla a ningún sitio. Se armó de valor y cruzó la puerta.

Nerviosa, anduvo entre la gente que esperaba a familiares y amigos. Arrastró la maleta y apretó el bolso donde había metido el libro y la fotografía, sus posesiones más valiosas.

Antes de subir las escaleras mecánicas que conducían a la calle, miró atrás y observó a los viajeros. De todos, la única que no tenía ningún motivo para estar allí era ella. Sin embargo, al escuchar el rumor de la calle, se inundó de esperanza y comenzó a pensar que el viaje podía ser el comienzo de algo nuevo.

Las puertas se abrieron.

—Vamos a intentarlo —musitó.

Se acercó a un taxista que aguardaba fumando un cigarrillo:

—Disculpe, acabo de aterrizar, ¿podría llevarme a algún hotel? —preguntó la muchacha en un perfecto inglés—, he venido sin programar el viaje y necesito pasar la noche en algún sitio.

El taxista comprendió que la chica estaba muy perdida y le regaló una sonrisa antes de invitarla a subir. En pocos minutos el hombre se detuvo delante de la puerta del hotel Hilton Garden Inn London Heathrow.

—Quizá debería buscar un buen hotel en la ciudad antes de continuar. Aquí podrá descansar esta noche y mañana comenzar su aventura londinense.

Ángela agradeció al hombre el gesto y preguntó el coste de su carrera.

—No es nada, disfrute de la ciudad —respondió el taxista.

El hotel era moderno, de apariencia fría y muebles de diseño de líneas rectas y aspecto desangelado.

Cruzó el *hall* y se dirigió a la recepción, donde un chico rubio de ojos verdes le dio la bienvenida:

—Buenas noches, señora, ¿tiene reserva? —preguntó mientras movía el ratón para desbloquear la pantalla del ordenador.

—Este viaje ha sido improvisado y no he reservado nada, ¿tendría habitación disponible?, sería solo para esta noche.

—Un segundo. —El muchacho tecleó en el aparato—. Disponemos en este momento de una habitación doble —aseveró con una sonrisa.

—Perfecto.

—De acuerdo, permítame sus datos para proceder al *check-in*.

Diez minutos después, Ángela introdujo la llave en forma de tarjeta en la ranura de la puerta número 306. Dejó la maleta y el bolso en la entrada y se dejó caer de espaldas a la cama como si lo hiciese al vacío. Se mantuvo pensativa unos segundos.

—Esto es una locura —musitó.

Después, llenó la bañera de agua muy caliente. Los cristales no tardaron en empañarse y dibujó un corazón.

Se desnudó, recogió la melena lisa y larga con una pinza y se metió en la bañera mientras el agua desprendía vapor. Buscó música en su móvil y localizó un disco que se había descargado. Pulsó el *play* y dejó el móvil en el suelo.

El sol recibió a Ángela la primera mañana que amaneció en Londres. Lejos de ser una claridad tenue como la mayor parte de los días del año, pareció que la ciudad, de forma extraordinaria, quisiese regalarle la luz que en ese momento necesitaba.

La muchacha tardó unos segundos en ser consciente de que no estaba en casa y que, desde ese momento, la única ocupación que tenía era cuidar de ella.

Con desgana se levantó de la cama. Fue al baño, se lavó la cara y con las palmas de las manos en sus mejillas se miró al espejo mientras

se preguntaba cómo había accedido a la locura propuesta por su amiga.

Se untó las cremas, se recogió el pelo en un moño bajo y se maquilló de forma muy discreta. Cambió el pijama por vaqueros, jersey y Converse negras, recogió de nuevo todo en su maleta y bajó a desayunar.

Antes de salir, solicitó un mapa de la ciudad en recepción.

—Aquí lo tiene, si me permite hacerle una recomendación, no deje de ir al barrio de Camden Town —sugirió la recepcionista.

—¿Qué tiene de especial ese barrio?

—No encontrará ningún lugar en Londres con más encanto que ese. Si tiene tiempo, hágalo. Piérdase en sus calles, le aseguró que le encantará.

—Muchas gracias por su recomendación.

El taxi la dejó muy cerca de la calle principal de Camden Town. Lo reconoció rápidamente por los personajes excéntricos y la música en cada esquina. Aquel era un barrio especial, y a cualquiera que lo visitara le bastaban pocos minutos para advertirlo.

Caminó sin rumbo calle abajo, cuando empezó a encontrase mal, mareada. Detuvo su paso y se giró, detrás de ella vio un Starbucks.

—Necesito tomar algo —pensó.

Abrió la puerta. Se escucharon unas campanas, como esas que había en los establecimientos antiguos para avisar la llegada de nuevos clientes. Dentro había mucha gente. En el mostrador dos chicas, una pelirroja con pecas y otra rubia con el pelo muy largo recogido en dos trenzas.

—¿Podría ponerme un *chai tea latte*, por favor?

En pocos segundos, la chica del mostrador le servía el vaso grande de *chai tea* que le había pedido.

Con el bolso cruzado, la maleta en una mano y el vaso en la otra, Ángela buscó una mesa libre donde descansar y pensar antes de continuar. No había ninguna en todo el local.

Divisó al fondo un chico que miraba unos documentos en la mesa, era el único que no estaba acompañado, a su lado había una silla libre.

—Perdone, está todo ocupado, ¿podría sentarme?

—Claro que sí —respondió con una sonrisa.

CAPÍTULO VIII

EL BLOQUE 23

«Los recuerdos son regalos improvisados que nos hace la memoria. Canciones que vuelven, letras olvidadas que nos transportan y nos dan las alas necesarias para volar a ese lugar donde queremos estar».

El barracón tenía una puerta con dos hojas de hierro y diecisiete ventanas. Las mujeres fueron entrando ordenadas y en silencio. Alguna sollozaba y se enjugaba las lágrimas, pero ninguna se atrevía a hablar.

En la entrada, había una habitación pequeña separada del resto por un tabique. Se reservaba a las funcionarias. Tras ella había dos hileras de literas a lo largo de las paredes, cada una con tres pisos. El espacio intermedio era tan pequeño, que ninguna de las presas podía permanecer sentada.

El semblante de Lena quedó descompuesto al ver los síntomas de desnutrición y deshidratación en el resto de sus compañeras. Las mujeres, de pie, observaron a las recién llegadas.

El olor era nauseabundo, había mucha humedad y carecían de electricidad. Tan solo las funcionarias disponían de velas para alumbrarse.

En el interior, y debido a la sobrepoblación del lugar y la falta de ventilación, hacía mucho calor. La diferencia de temperatura era la causa de enfermedades que acababan con la vida de cientos de prisioneras. Las mujeres debían salir para practicar los recuentos que se hacían durante el día y la noche.

El oficial que acompañó a las nuevas prisioneras al barracón caminó entre las literas. Observó con mofa a las mujeres que habían sufrido los efectos del hambre, el cansancio, y la falta de higiene.

—Permaneceréis aquí mientras no estéis trabajando —ordenó—. Buscad un sitio donde dormir, no creo que sea difícil encontrar un hueco. Estos desechos ya casi no ocupan espacio —acabó soltando una carcajada.

Tras la marcha del militar, las mujeres volvieron a quedarse a oscuras. La única luz que se colaba por las ventanas provenía de las

farolas que alumbraban las calles.

Con cuidado, Lena buscó un hueco en el que descansar. En los camastros improvisados llegaban a dormir hasta cinco mujeres a la vez.

—Puedes quedarte aquí si quieres —le susurró una de las prisioneras.

Lena observó su rostro cansado y lleno de heridas. Tenía los ojos vidriosos, aun así la prisionera sacó fuerzas para regalarle una sonrisa.

—Gracias —susurró mientras subía a la litera.

Se recostó junto a ella, y tumbadas en el camastro se miraron.

—No recordaba cómo eran. Cambiarán en poco tiempo.

—No te entiendo —contestó Lena.

—Tus ojos. No recordaba cómo eran cuando llegué a este lugar. Aún guardas el brillo de la esperanza. No tardará en desaparecer. Tus ojos cambiarán antes de lo que imaginas, porque este lugar te transforma.

Lena sintió miedo. Tragó saliva y se mantuvo en silencio mirando a la prisionera.

El cansancio la rindió hasta que se despertó sobresaltada. Alguien gritaba al fondo que una de las prisioneras había muerto. Unas lloraban, y otras se apresuraban a levantarse para tranquilizar a la mujer, que sostenía el cadáver de su compañera.

Sintió que algo apretaba fuerte dentro de su pecho, un puño de angustia y miedo le impedía respirar. Intentó sentarse en el camastro, pero el espacio del habitáculo no lo permitió. Bajó de la litera y buscó un rincón lejos de los lamentos de las prisioneras.

Se sentó en el suelo, flexionó las piernas y puso la frente sobre las rodillas mientras tapaba con sus manos las orejas, en un intento por huir de ese instante pero, sobre todo, por huir de los miedos que se apoderaron de ella. Comenzó a mecerse, imaginando que lo hacía con su madre, en su casa, mucho antes de comenzar a vivir la peor pesadilla.

—No puedo —repetía entre sollozos.

Una de las prisioneras de mayor edad se acercó a ella y acariciándola, musitó:

—No permitas que esta gente te haga creer que no puedes hacer algo. Eso es lo único que nos queda y lo único que nos permite tener esperanza. Aférrate a tus recuerdos, y busca en ellos lo que necesitas para sobrevivir aquí dentro.

Con cuidado, las dos mujeres se levantaron del suelo. Se recostaron en colchones rellenos de papel, y mientras la prisionera entonaba una canción que a Lena la transportó a su infancia, sintió como se iba

calmando. Cerró los ojos y consiguió huir, volviendo atrás en el tiempo, a su casa de Varsovia, a los instantes en la escuela y a los recuerdos con Jonás.

—Cuanto antes acepte donde está, antes asumirá el destino que le espera aquí dentro —comentó una de las prisioneras que había observado la escena desde el camastro.

—Permite que lo descubra en unos días. La esperanza se desvanecerá pronto. Deja que se aferre a lo único que le queda —respondió la mujer observando a Lena que dormía.

Descansó un par de horas. Cuando el desvelo volvió a ella, se despertó tranquila, aún envuelta por el velo de la melancolía en el que vienen refugiados los recuerdos. Había soñado con Jonás.

Tumbado en su camastro, Jonás no podía dejar de pensar en ella. Estaba allí, y necesitaba encontrarla. Hacer algo que la pusiese a salvo. Verla una vez más y decirle que la quería.

CAPÍTULO IX

EL CHICO DE LA RAMPA

«He llegado a la conclusión de que casi todo lo hermoso duele demasiado. Duele traer vida al mundo. Duele saber que no puedes controlar la melancolía que traen de vuelta los recuerdos de los momentos hermosos. Duele despedir a quien amas, aun sabiendo que su destino será el adecuado para encontrar la felicidad. Duele amar, porque su inmensidad parte el alma para que algo tan puro la penetre y haga hueco en su interior. Duele saber que estás aquí, tan cerca de mí, y por momentos, la idea de volver a verte me hace olvidar los peligros a que te enfrentas. Y ese egoísmo, ese que no puedo evitar, me duele demasiado».

El tiempo se detuvo cuando Jonás leyó el nombre grabado en el broche. Lena estaba allí, muy cerca, y él se moría de ganas de volver a verla. El broche de la muchacha evitó que Jonás pensase en el horror que lo rodeaba.

—Estás aquí —musitó.

Amiel se percató de la escena. Jonás había visto tambalear sus emociones, y su amigo nervioso le sugirió:

—Sigue trabajando, te están mirando.

—Es de ella, Amiel. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Está aquí, Lena está aquí —respondió eufórico.

—Bastante ocupado estás tú ya, muchacho, con mantenerte vivo aquí dentro. Olvida lo que has visto, ponlo en su sitio y sigue clasificando.

Uno de los SS que mantenían el control de la rampa se percató de la conversación de los dos amigos y advirtió a Jonás:

—¡Tú, judío! Sigue trabajando si no quieres recibir los azotes que te recuerden lo que debes hacer aquí —gritó, dándole una patada en la espalda.

Amiel se acercó, disimuló seleccionando pertenencias y musitó:

—Bastante difícil es esto ya. No te busques un problema que no tienes, pon ese broche con el resto de las pertenencias y olvida lo que has visto.

—¿Olvidarme de que está aquí? Amiel, ella es la persona que más quiero en el mundo.

—Hablaremos de esto cuando lleguemos al barracón, ahora haz lo que tienes que hacer, por favor —intentó calmarlo.

Los dos muchachos continuaron las labores de clasificación como el resto de los prisioneros. Ayudaron a cargar los camiones que contenían las pertenencias y que se llevarían a los barracones que tenían dispuestos como almacenes.

Los prisioneros se limitaban a cumplir las órdenes que se les daba en el campo. No sabían cuál era el destino de la mercancía, ni para qué usaban las propiedades requisadas a los judíos.

Alguna vez, escucharon a un SS decir que las posesiones pertenecían al Estado porque los judíos se las habían entregado. Ellos se limitaban a guardar silencio y seguir con su cometido. Sin ser conscientes de que ayudaban con sus riquezas a abastecer el plan de guerra previsto.

Los camiones llegaban cargados de mercancías perfectamente clasificadas. Entre las montañas de gafas, monóculos, zapatos, prótesis y vestimentas, se escondían los recuerdos que guardaban las vidas de los que fueron desprovistos de sus pertenencias. Se depositaba en almacenes. Todo excepto el dinero y las joyas, que se enviaban directamente a Berlín, donde se utilizaban para el mantenimiento del plan macabro de Adolf Hitler.

Jonás era uno de los presos encargados de depositar las joyas y el dinero. Como cada día, se dirigió a la oficina donde debía entregar todo lo que tuviese valor para ser enviado a Berlín sin demora.

—Detente, muchacho —ordenó a Jonás.

Se volvió, y delante de él encontró a un hombre alto, uniformado. En la chaqueta, perfectamente planchada, podía verse el galón de las SS-Brigadeführer. Y el emblema del cuello alertó al muchacho de que se encontraba ante un alto mando del campo. Asustado, agachó la cabeza y se mantuvo en silencio en señal de respeto hasta que el hombre preguntó:

—¿Te encargas habitualmente del transporte de las joyas?

—Sí, señor —contestó Jonás que seguía con la mirada fija en el suelo.

—Levanta la cabeza y mírame.

Cumpliendo órdenes, levantó la mirada, buscando con ella los ojos del nazi. Era un hombre apuesto, de rostro alargado y nariz prominente. Alto, rubio, de ojos verdes. Cumplía a la perfección con los cánones que marcaba la raza aria.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Un par de meses, señor.
—¿Siempre has estado en este Kommando?
—No, señor, comencé en las alambradas, pero al poco me trasladaron a la rampa.
—De acuerdo. Puedes continuar con tu tarea.
Jonás se dio la vuelta y entró en el barracón para entregar la mercancía. Estaba nervioso, la conversación lo dejó pensativo. ¿Quién era ese hombre?, y sobre todo… ¿Qué interés podía tener en él?
La tarde cayó en Auschwitz, y Jonás salió del barracón a despedir el sol. Como cada día desde que llegó. Era capaz de apreciar la hermosura de una puesta de sol.
Era el único momento en que se sentía afortunado. Solo alguien que no sabía si amanecería al día siguiente era capaz de valorar la hermosura que entrañaba una puesta de sol en Auschwitz.
Cada día el mismo ritual. Se sentaba en el suelo y apoyaba la espalda sobre una pared. Veía el sol desaparecer y después, rezaba en silencio camino del barracón para volver a empezar. En sus oraciones, siempre estaba ella.
Tumbado en su camastro dio vueltas pensativo. El broche de Lena propició que a la mente del muchacho llegasen ideas que lo acercaban a ella aunque fuese solo una vez.
—Amiel, ¿llegar a Birkenau sin pasar por las alambradas es imposible, verdad?
—Imposible es que tú te puedas plantear hacer una locura así —sentenció su amigo—. Has trabajado en la colocación de esas púas electrificadas y sabes que el que intenta atravesarlas tiene muchas posibilidades de morir, y en el hipotético caso de que consiguieses salvarlas, ¿qué crees que van a hacerte cuando te pillen?
Los prisioneros conocían perfectamente las posibilidades de morir que tenían si se acercaban a las alambradas. A pesar de eso, el hambre, la desesperación y el miedo propiciaban que los presos de Auschwitz se atreviesen a pasar por las enredaderas de pinchos electrificadas que olían a muerte y desesperación.
Jonás no respondió. Se recostó mirando al techo y a su mente volvió el recuerdo de esa noche, en la que al poco de llegar a Auschwitz, fueron obligados por varios oficiales de las SS a salir del barracón en plena noche.
Entraron a gritos, tirando incluso de las camas a todos los que no tenían fuerzas para levantarse por sí mismos.
—Salid inmediatamente y colocaos para proceder al recuento —gritaron recorriendo el barracón.
Los recuentos en Auschwitz eran normales, podrían llegar hasta

diez al día, y los prisioneros salían desnudos a la intemperie.

Aquella noche, el barracón de Jonás salió y se alineó para proceder al recuento. Dos SS arrastraron el cuerpo de un prisionero moribundo delante de todos.

Era un hombre joven, aunque la extrema delgadez, el exceso de trabajo y el agotamiento habían hecho de él un hombre de apariencia anciana. Lo dejaron tirado en el suelo.

—Levántate, judío —gritó uno de los oficiales.

El hombre, malherido, apenas conseguía ponerse de rodillas.

—He dicho que te levantes.

El oficial colocó su arma en la sien del prisionero, mientras el resto de los compañeros ejercían como testigos, obligados a mirar la escena bajo la amenaza de ocurrirles lo mismo si no contemplaban lo que estaba ocurriendo.

El muchacho, malherido, no podía levantarse, probablemente tenía varios huesos rotos, había perdido mucha sangre y el mismo terror lo estaba paralizando.

—Este hombre no puede ponerse de pie —intercedió uno de los oficiales.

—Ya te advertimos, judío, cuales eran las consecuencias de intentar escapar de aquí, y a pesar de eso tú has tentado la suerte. Vas a asumir las consecuencias en presencia de estos desechos. Así sabrán los que les espera si se plantean escapar —gritó el mayor de los SS.

Otro de los oficiales obligó a Jonás a salir de la fila. El muchacho, aterrorizado, salió del grupo y bajó la cabeza.

—Tú, ayuda a este despojo a ponerse de pie y llévalo a la pared que hay entre el bloque 10 y 11. Sitúalo en el centro y apártate si no quieres llevarte tú también un tiro en la frente —advirtió el oficial.

Jonás intentó levantar al hombre al que aguardaba la muerte. Sacó fuerzas para incorporarlo.

—Dime cómo te sujeto para no hacerte daño, compañero —preguntó el muchacho mientras levantaba el cuerpo malherido del prisionero.

No había mucho trayecto hasta la pared de la muerte. En apenas unos minutos, Jonás consiguió arrastrar el cuerpo del muchacho cargado sobre su espalda hasta situarlo en el paredón donde ejecutarían al prisionero.

Al colocarlo en el lugar de su muerte, el hombre, que casi no podía levantar la cabeza, hizo un esfuerzo para mirarlo a los ojos.

—Nuestro Dios nos ha dejado. Nos abandonó como todos, pero algún día se sabrá lo que esta gente ha hecho. Y ese día, compañero, ese día en que se conozca la barbarie, el mundo tendrá que pedir

perdón por mirar a otro lado mientras acabaron con la vida, los sueños y los proyectos de miles de personas. Ese día, nuestro Dios se estremecerá como todos los que sabían del horror por el que nos hicieron pasar. Ellos, los que hacen tanto daño, lo pagarán, lo tienen que pagar. Y serán condenados por la justicia y por la historia.

A Jonás se le erizó la piel al escuchar las últimas palabras de un hombre al que la razón no abandonó en el último momento de su vida. Emocionado, apretó su mano y le pidió perdón.

—Gracias, compañero. Cuídate mucho —musitó el hombre.

Apenas había dado unos pasos cuando escuchó el disparo que ponía fin a la vida del prisionero. Jonás caminó en silencio hasta el barracón. Sus compañeros ya estaban dentro. La mirada del chico rebosaba lamento. Nadie preguntó nada. No hizo falta para saber que había sido para Jonás la primera vez cara a cara con la muerte.

—Estoy aquí, Jonás, por si necesitas llorar acompañado —susurró Amiel apretando la mano de su amigo.

Ese instante detuvo el tiempo para Jonás. Las últimas palabras del hombre al que no conocía, el frío de la noche, las risas de los oficiales, la sangre en el suelo y la pared salpicada. Fue el primer encuentro de Jonás con el horror. Entendió que la muerte presidía Auschwitz con la peor de sus caretas y lloró. Lloró sin parar durante horas, de pena, de rabia, de dolor, de miedo y de angustia.

El recuerdo de esa noche se vio interrumpido por las palabras de Amiel.

—Prométeme que te olvidarás de ella.

Jonás no respondió. Se levantó del camastro y buscó el rincón donde las tablas del suelo se levantaban. Amiel observó en silencio como el muchacho sacó el pañuelo con el broche de Lena para ocultarlo en un rincón del barracón. Sabía que, para Jonás, había algo más importante que sobrevivir. Nada lo detendría hasta sacarla de allí.

CAPÍTULO X

EL STARBUCKS DE CAMDEN TOWN

«Ojalá la memoria pudiese guardar, como si de una fotografía se tratase, los pensamientos, las sensaciones, los olores, el color del cielo y hasta el ruido de fondo de ese instante en que tu vida cambia y tú aún no lo sabes».

Colocó el vaso en un extremo de la mesa, a fin de cuentas, estaba ocupando el espacio de otra persona. Era un hombre de unos cuarenta y pocos años, pelo castaño, ojos verdes y complexión delgada. Seguía tecleando en su calculadora mientras anotaba números en las páginas. Estaba concentrado cuando sonó el teléfono de Ángela, que pudo escucharse bastante rato.

Nerviosa, pensó que estaba molestando. Pidió disculpas buscando el teléfono dentro del bolso.

—Mierda, ha colgado —musitó mirando la pantalla.

—Debería ponerle un cascabel.

—¿Disculpe?

—Al móvil. Así lo localizaría antes en ese bolso.

Avergonzada, la muchacha pensó que lo había importunado.

—Discúlpeme, por favor, estoy algo nerviosa, no sé ni dónde tengo ahora mismo la cabeza —la muchacha sujetó el vaso—, me lo termino rápido y me voy, así puede continuar con lo que sea que esté haciendo.

—No tenga prisa, no me molesta, estoy acostumbrado a trabajar con ruido de fondo.

La muchacha bajó la mirada y dio un sorbo largo al vaso.

—¿Es turista o reside en el barrio? —preguntó el hombre.

Durante unos segundos, guardó silencio intentando responder a esa pregunta con sinceridad. «En realidad soy una loca», pensó sin atreverse a verbalizarlo.

—Supongo que soy un poco de ambas cosas.

—¿Lleva mucho tiempo en la ciudad?

—Apenas unas horas, llegué anoche.

—Bienvenida. Le gustará esta ciudad, y la gente polifacética que

vive en ella, es un sitio especial, espero que disfrute mucho de su estancia en Londres.

—Muchas gracias —respondió levantándose—. Ha sido un placer, que pase un buen día.

Mientras salía del local, el muchacho observó su paso lento. Estaba nerviosa, lo evidenció la forma en que miraba a todas partes. Abrió la puerta y escuchó de nuevo el sonar de las campanitas que anunciaban la llegada o salida de algún cliente.

Giró a la derecha, y caminó calle abajo. Sintió de nuevo que le faltaba el aire, se detuvo en la parada de autobús. «No puedo hacer esto» pensó y abrió su bolso para llamar a Beatriz y contarle que regresaba ese mismo día. No encontraba el móvil y rompió a llorar.

—Joder, joder, joder —se repetía a sí misma.

—Te lo dejaste en la mesa, con las prisas saliste sin él y volvió a sonar. —El hombre del Starbucks le extendió el terminal.

La muchacha se enjugó las lágrimas con un pañuelo de flores.

—Gracias —contestó mirando al suelo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó preocupado.

—Quiero ir al aeropuerto, ¿dónde está la parada de taxi más cercana?

—¿Qué ha ocurrido? ¿Y tus ganas de conocer este barrio?

—Se fueron o, sencillamente, nunca han estado —respondió entre sollozos.

—¡Eh! No llores así. Seguro que no es tan grave. ¿Qué te pasa? Cuéntamelo, quizá yo pueda ayudarte.

Esa fue la palabra clave. Alguien quería ayudarla, eso era exactamente lo que necesitaba, que marcasen el camino que debía seguir.

—Acabo de llegar a esta ciudad, que es enorme, y estoy sola. No tengo donde ir, tengo que encontrar un lugar para quedarme. No una noche, sino una temporada. Sé que no me vas a entender, pero he venido aquí por indicación de mi terapeuta. Es una locura, ya lo sé. Pero es que me siento tan perdida —explicó con el corazón encogido.

—Vaya… pues tienes tarea —respondió con una sonrisa—, si quieres, puedo recomendarte un hotel por esta zona. Podrías alojarte en él unos días. Visita la ciudad y haz caso de tu terapeuta. Piensa que solo serán unas semanas, nunca volverás a tener una oportunidad como esta. Disfruta de ti sin mirar el reloj. Haz lo que te apetezca, date la oportunidad de conocerte, al fin y al cabo, ya has hecho lo más difícil; estás aquí. Hablando con un desconocido, con el que has compartido mesa, y además es un buen tío, porque te ha devuelto tu móvil —terminó diciendo con una sonrisa pícara.

—¿Y si tiene razón? —pensó Ángela en voz alta.

—Pues claro que tengo razón. Si me dejas unos minutos, recojo el papeleo que tengo esparcido por la mesa, y te acompaño al hotel.

—De acuerdo —respondió la chica.

Caminaron hasta la calle principal, mientras charlaron sobre el barrio. A su paso se cruzaron personas con el pelo de todos los colores, numerosos paseadores de perros, patinadoras con trajes de fiesta, pandillas de chicos y chicas góticos. El barrio más alternativo de Londres se había ganado el título a pulso.

—Camden fue concebido inicialmente como un lugar de residencia para la clase alta, pero durante la Revolución Industrial se convirtió en un barrio obrero, donde residían principalmente las personas que trabajaban construyendo el ferrocarril. Actualmente, como puedes ver, es el barrio más alternativo de Londres. La gente que vive aquí es muy particular, pero nadie mira raro a nadie. En Camden todo vale, así que si un día quieres salir vestida de pollito a la calle, puedes hacerlo, nadie lo notará —el hombre acabo riéndose a carcajadas.

—Siempre es bueno saberlo. Gracias por la apreciación, si me planteó salir vestida de pollo a la calle, sé que no tendré ningún problema.

Llevaban apenas unos minutos caminando cuando el muchacho se detuvo ante un edificio no muy grande, con una fachada pintada de blanco con las ventanas de palillería verde.

—Es aquí. Los dueños son amigos míos, Alfred y Mery. Es un hotel familiar, tiene muy poquitas habitaciones, pero la comida es casera. Mery cocina genial, ya lo verás. Te gustará estar aquí y podrás quedarte el tiempo que necesites. Te tratarán bien.

La muchacha observó la fachada. El hotel parecía una vivienda familiar.

—Muchas gracias, estoy segura de que estaré bien, al menos, pasaré la noche aquí y pensaré qué hacer a partir de mañana. Gracias otra vez.

—Intenta estar tranquila. Se piensa mejor así. Date una oportunidad y dásela también a esta ciudad. Por cierto, no me he presentado. Me llamo Chay.

CAPÍTULO XI

LA HABITACIÓN NÚMERO 7

«No sé muy bien por qué, pero desde pequeña me gustó ese número. No había ninguna explicación lógica. Me gustaba y punto. Siempre lo he vinculado a lo bonito de la vida, a esa parte de mí que me gustaría se hiciese realidad y no que fuese solo un deseo. Sin embargo, he de reconocer que he perdido la esperanza. Ya no sigo a la espera de encontrar ese siete que cambie mi vida. Aun así, sigue siendo mi número favorito, el más especial. El dígito mágico».

El *hall* era pequeño, y estaba pintado del mismo color verde que las ventanas. En el centro, un mostrador de madera; detrás de él, un casillero también de madera con una llave en cada una de las casillas. Encima, un timbre, que no hizo falta tocar puesto que para recibir a Ángela estaban allí Alfred y Mery, los propietarios del hotel Litte Family.

—Bienvenida —dijo al unísono la pareja—, tú debes ser la amiga de Chay —comentó la señora.

—Bueno… sí —respondió sonrojada.

—Me ha enviado un mensaje solicitando que te diésemos la habitación más bonita del Little Family —comentó Alfred.

—Muchas gracias. Bastará una que esté limpia y ordenada, no creo que me quede mucho tiempo.

—De acuerdo. Voy a darte las llaves de tu habitación y te acompañaré, cuando descanses y te hayas dado una buena ducha bajas y hacemos el *check in*, ¿te parece?

—Me parece perfecto, gracias.

Mery acompañó a la muchacha hasta su habitación, haciendo un recorrido por el hotel y explicando las distintas estancias de las que podía disfrutar.

Llegaron a la habitación número 7. La dueña metió la llave en la cerradura, giró dos veces a la derecha y la puerta se abrió. No era muy grande, pero en su decoración se había cuidado hasta el más mínimo detalle, llegando a crear un espacio que inspiraba calma y tranquilidad. La nueva huésped dio un par de pasos adentrándose en

la estancia. Dejó la maleta en la entrada, y colocó su bolso encima de un pequeño aparador blanco decapado que Mery rescató de un anticuario.

—Disfruta del descanso y avísame si necesitas algo —se despidió Mery.

Ángela se descalzó antes de valorar cada detalle de la habitación. Se sentó en la cama observando con detenimiento. El cabecero, de madera de roble, hablaba de una época pasada, era antiguo pero estaba en un estado impecable. La cama, vestida con una colcha de lino color crudo que contrastaba con unos cojines más oscuros con ribetes dorados. Las mesitas auxiliares eran distintas y en cada una de ellas, una lámpara con tulipas pintadas a mano. El baño se veía desde la cama, todo blanco, con una hortensia rosa. El olor a talco, y los *amenities* cuidadosamente colocados completaban una habitación que era sencillamente perfecta.

A la derecha de la cama, frente a la puerta de entrada, un gran ventanal de palillería. Su interior estaba pintado de blanco y el exterior de verde, dando el toque de color al edificio, que llamaba la atención por su elegancia.

La chica se levantó y avanzó hacía el ventanal. Descorrió las cortinas de lino que guardaban de los curiosos el interior de la habitación. Abrió de par en par las dos hojas de palillería, y observó las vistas. Las mejores del hotel. La habitación daba a la avenida principal de Camden. A la derecha, observó a un chico muy joven, rubio con el pelo largo, que tocaba el saxo con virtuosismo. Un poco más adelante, vio a una pareja de novios, agarrados de la mano. Ella llevaba unas flores, posiblemente habría sido el detalle con el que su chico había dado comienzo a su cita. Delante de ellos, cruzó una chica con rastas, muy delgada, estaba paseando a unos diez perros a la vez, y era asombrosa la facilidad con la que deshacía los nudos que hacían los canes al cruzarse entre sí.

De frente, se abría una calle llena de locales con llamativos colores en sus fachadas. A lo lejos, visualizó una librería, y se anotó mentalmente visitarla antes de marcharse de Londres. A la izquierda, una cafetería con veladores en su puerta al más puro estilo parisino. «Estaría bien desayunar alguna vez en ese lugar», pensó.

Dejó la ventana abierta antes de ir al baño. Necesitaba que todo ese ruido que llenaba las calles de Camden inundase una habitación en la que solo había miedo. Puso a llenar la bañera, localizó su teléfono móvil, y buscó en la agenda el teléfono de Beatriz.

Durante unos segundos miró la foto del perfil de contacto, sabía que hacer esa llamada no estaba permitido. Aun así, el terminal

comenzó a dar los tonos. Nadie respondió.

Se sintió sola. Más aún que en Madrid, y se autocompadeció al mirarse en el espejo y descubrir la tristeza que se aferraba a su mirada. Respiró hondo. Se recogió el pelo y se metió en la bañera. Cerró los ojos. El ruido del barrio se había colado por las ventanas inundando la habitación. No había marcha atrás, la aventura había comenzado.

Después de más de una hora metida en la bañera, Ángela salió envuelta en un esponjoso albornoz blanco impoluto, con las siglas del Little Family bordadas. Cerró la ventana y colocó su equipaje abierto encima de la cama. Miró a su alrededor, no había armarios, tan solo la cómoda de la entrada disponía de cajones para guardar la ropa. Intentó abrir el primero.

—Mierda, está atascado.

No quiso forzarlo y abrió el segundo. En su interior, se habían dejado olvidada una guía de viajes de la ciudad. Se sentó en el borde de la cama dispuesta a ojearla cuando escuchó que alguien tocó de forma suave la puerta.

—Imagino que tus horarios españoles te tienen un poco desconcertada aún. Aquí cenamos a las 19.00 horas y lo hacemos todos juntos en el comedor.

—Disculpe, Mery, no había prestado atención al reloj —respondió la muchacha con la voz entrecortada.

—No te preocupes. He visto que no has bajado y me he tomado la libertad de subirte la cena. —Mery estaba detrás de la puerta con una bandeja y una sonrisa.

—Muchísimas gracias, es usted muy amable conmigo —respondió Ángela colocando la bandeja encima de la cómoda.

La dueña del hotel era una mujer regordeta, de unos sesenta y pocos años, con aspecto bonachón, bajita y con unas gafas de pasta roja. Tenía la mirada limpia y la sonrisa fácil.

—¿Quiere pasar? —le preguntó la joven.

Durante un buen rato, Mery y Ángela charlaron sentadas a los pies de la cama mientras la muchacha daba sorbos a la crema de calabaza. Ambas se sintieron cómodas. A pesar de ser solo dos desconocidas, encontraron la confianza para hablar sin reparos.

—Querida, voy a bajar que Alfred va a pensar que me he perdido —la dueña del hotel soltó una carcajada.

—Mery… ¿ha decorado usted misma el hotel?

—Así es. Para mí, esta es mi casa.

—¿Viven aquí o es solo su lugar de trabajo?

—Hace casi treinta años, Alfred y yo invertimos todos nuestros

ahorros y esfuerzos en comprar una vivienda ruinosa que había en Camden. Nuestra idea era rehabilitarla y formar una familia en ella. Poco a poco con mucho esfuerzo fuimos arreglando la casa.

Ángela la escuchó en silencio.

—Los años fueron pasando. La casa, rehabilitada, empezaba a parecer un hogar, pero estaba vacía. Los hijos no venían y yo empecé a sentirme muy triste aquí dentro.

—¿Cómo llega un hogar a convertirse en un hotel? —preguntó Ángela.

—Un día, un turista italiano que no encontraba hotel disponible, llamó al timbre pensando que esta casa podría ser un buen sitio donde hospedarse. Mi marido le cedió una habitación a cambio de cincuenta libras. Ese día, Alfred me propuso abrir este hotel. Hacer de esta casa el hogar de todos los que residiesen aquí. Y desde entonces hasta ahora, el Little Family está lleno de vida, y yo también. No he podido tener hijos, pero sí la oportunidad de conocer a mucha gente y estoy muy agradecida por ello. A veces nos empeñamos en algo, sin detenernos a valorar que posiblemente la vida tenga otros planes para nosotros.

—Me alegra muchísimo que un día decidiesen hacer de su hogar el de todos los que pasamos por este hotel. Puedo prometerle que hoy, cuando entré en la habitación, me sentí un poco en casa.

Tras la marcha de Mery, la muchacha retomó el plan de ojear la guía de viajes. Se tumbó en la cama y abrió el libro que estaba repleto de anotaciones. La guía pertenecía a alguien que había planificado el viaje a conciencia.

Entendió aquel encuentro fortuito como una señal y sin pensarlo envió un mensaje a Beatriz: «Hoy tuve uno de mis habituales ataques de pánico. He pensado en marcharme varias veces desde que me desperté esta mañana, pero he llegado a un lugar muy especial donde me gustaría pasar unos días. Un beso. Ángela».

Lo había decidido. Se quedaría unos días. Estaba cansada y cerró la guía. Al hacerlo, una tarjeta cayó al suelo. Era de color negro, con letras rojas y bordes dorados, ponía BLITZ. Más abajo en letras pequeñas, una dirección: 55-59 Hanbury St.

CAPÍTULO XII

LA CARA DEL HORROR

«Lo primero que se me vino a la mente cuando entré en el barracón fue pensar: ¿qué ocurriría si todas estas personas sometidas se uniesen para pelear contra la falta de humanidad? Caí en la cuenta rápido de que cuando falta la esperanza, cae todo lo demás, y entonces es imposible luchar».

Las primeras noches en Auschwitz nadie dormía. A la mente le costaba encajar todo lo vivido en tan pocas horas. La mezcla de emociones hacía imposible mantenerse en calma.

Las construcciones diseñadas para albergar a los prisioneros no contaban con sanitarios. Había un edificio con hileras de letrinas contiguo al barracón donde se encontraba Lena. No había luz, ni agua, ni tampoco intimidad. El motivo de hacer las cosas así solo pasaba por la humillación de quienes eran sometidos.

Sin embargo, a Lena le bastaron pocos días para adaptarse a la vida en Auschwitz. La poca comida que se les entregaba comenzó a hacer estragos en su aspecto. Los alimentos se limitaban a una taza de café aguado o té y una pieza de pan, a veces con margarina y otras una cucharada de mermelada.

Las prisioneras en Birkenau se levantaban antes de las seis de la mañana. Tenían que vestirse rápido y salir en minucioso orden para proceder al primer recuento del día. Era habitual que se hiciese un cribado en el que solo bastaban pocos segundos para determinar quién era apta para seguir y quién debía avanzar hasta las cámaras.

En uno de los recuentos, Lena advirtió el vientre abultado de una de las prisioneras. La mujer hacía grandes esfuerzos por disimular la vida que albergaba en su interior, tapando con las manos la barriga o cambiando de postura. Sin embargo, una de las funcionarias se percató.

—¡Tú! —la señaló—, sal de la fila —ordenó.

La mujer estaba muy nerviosa. El resto bajó la cabeza fijando la mirada en el suelo. Lena se atrevió a acariciar la mano de la prisionera encinta.

—No tengo todo el día —vociferó la funcionaria—. He dicho que vengas ahora mismo. El resto podéis comenzar a trabajar.

Las prisioneras se giraron. Una de ellas tiró de Lena que seguía acariciando la mano de la muchacha. Caminaron en silencio. Hasta que una de las presas se atrevió a decir:

—Han tardado mucho en advertir su estado, por eso no se la han llevado antes.

—¿Dónde se la llevan? —preguntó Lena.

—Cuando llegué a Auschwitz estaba embarazada de seis meses. —La mujer sintió que las lágrimas se agolpaban y respiró hondo antes de seguir—. Era mi primer hijo. Me quedé embazada en el gueto. Mi vientre ya estaba abultado, y era inevitable que pasase desapercibido para los nazis. Inmediatamente me derivaron a ese lugar.

La mujer rompió a llorar.

—Era el barracón desde el que hacían experimentos a mujeres y niños. No me dijeron nada, solo me pusieron una inyección.

—¿Para qué? —preguntó Lena angustiada.

—No sé qué contenía. Nos obligaron a firmar documentos y facilitar datos relativos a la gestación.

—¿Qué lugar era ese? —preguntó asustada.

—El pabellón médico. Un edificio de ladrillo, con un portalón de doble hoja de hierro. En la planta de arriba hacían los experimentos. Había tres ventanas y varios boxes con camillas hechas de ladrillos y forradas de azulejos blancos.

Lena se tapó la boca con la mano.

—En ellos se limpiaba bien la sangre sin dejar rastro —siguió contando la mujer.

—¿Qué le pasó a tu bebé? —se atrevió a preguntar Lena.

—Las inyecciones indujeron el parto. Querían estudiar al bebe, o eso escuché. No me explicaron nada más, después me derivaron al hospital donde me recuperé milagrosamente y de ahí al barracón.

Lena detuvo el paso, la mujer la adelantó algunos más, hasta que se volvió y mirándola con los ojos brillantes comentó:

—Ella irá allí, a ese lugar. Si consigue salir viva, no lo hará con su hijo.

Sintió ahogarse. La emoción subió hasta sus ojos y el pecho se movió con rapidez. Lena luchó por borrar la imagen que había creado mientras la mujer relataba el dantesco episodio vivido en el pabellón médico. Podía escuchar llorar a los niños que preguntaban por sus madres suplicando volver a sus casas, y el olor a sangre llegó hasta ella mientras la veía resbalar por los brillantes azulejos que forraban las camillas. Estaba mareada. Buscó un sitio en el suelo y se sentó.

Encogió las piernas y rodeo las rodillas con los brazos. Comenzó a llorar desconsoladamente.

Josef Mengele, así se llamaba el médico que jugaba a ser Dios. Disponía sobre la vida de los miles de prisioneros que llegaban a Auschwitz. Con un simple gesto, Mengele decidía en la rampa quién era apto para continuar en el campo de la muerte y quién debía pasar directamente a las cámaras. De mirada fría y distante, era capaz de humillar sin ni siquiera hablar. Gestionaba el pabellón médico desde el que se hacían los experimentos para el desarrollo de la raza y la continuidad de un plan de guerra perfecto.

El día amaneció diferente para Jonás. La rampa estaba en Birkenau. Lena se encontraba allí. Solo tenía que despistar a los militares y buscarla, pero Amiel no le quitaba ojo. Aquella mañana, Jonás se levantó con el firme propósito de comenzar a buscarla.

—Me gustaría pedirte algo —el muchacho se dirigió tímido a una de las prisioneras que, sin mirarlo, continuó con sus labores.

—Bastante se nos pide aquí ya, déjame en paz.

Pero Jonás no cejó en el empeño:

—Busco a una mujer que se llamada Magdalena Wiesel. Ha llegado hace muy poco a Birkenau.

La mujer siguió con la tarea, como si no hubiese escuchado nada. Jonás la acarició en el hombro antes de rogarle.

—Es lo único que me queda. La mujer más importante de mi vida está aquí dentro y necesito saber que está bien. ¿Podrías preguntar por ella en el barracón…? Por favor.

La prisionera levantó la cabeza.

—Intentaré averiguar si está en el barracón, pero no te prometo nada. Apenas nos dejan hablar entre nosotras.

—Gracias… gracias de verdad —suspiró.

CAPÍTULO XIII

EL BLOQUE 25

«Durante los meses que estuve aquí solo, mi único objetivo era sobrevivir. Ahora eso no es posible. Mi alma, mi cuerpo, mi mente, todo mi ser están buscándote, con el único objetivo de sacarte de aquí. Tienes que volver a sentarte debajo de nuestro árbol.

»Aún no tengo claro cómo voy a salir de aquí, pero conseguiré que salgas tú».

«Era el bloque de la muerte, y no fue difícil para mí entender el motivo de su nombre. Quiero cerrar los ojos y no despertarme. No quiero seguir peleando contra gigantes. Necesito volver a mi árbol, sentarme a sus pies y sonreír mientras imagino aventuras contigo».

Aquella noche, Jonás se acostó en su camastro con esperanza. La mujer que conoció en la rampa le traería noticias de Lena. Sintió que estaba cerca y se tomó la libertad de fantasear con el encuentro. Estaba impaciente.

—¡Amiel … eh, Amiel! —entre susurros llamó a su amigo.

El muchacho dormía en la litera superior, se asomó para ver a Jonás, que desde abajo preguntó:

—¿Crees que en Birkenau están tan controladas como aquí? Quizás por ser mujeres se permita más comunicación entre ellas.

Amiel, sorprendido por la ingenuidad de su amigo, guardó silencio unos segundos. Habían pasado dos meses desde la llegada de Jonás al campo y era plenamente consciente del lugar al que se enfrentaba. No podía entender cómo la noticia de la llegada de Lena había conseguido borrar todo lo aprendido durante ese tiempo.

—Jonás, ¿has pensado qué harás si consigues verla? Las posibilidades de escapar y seguir con vida son mínimas. ¿De verdad vas a pedirle algo así?

El chico recibió las palabras de su amigo con tristeza. Era consciente de que estaba en lo cierto, pero no podía dejar de pensar

en ella desde que supo de su llegada.

—Amigo, aquí dentro todos tenemos a seres queridos. Unos han muerto ya y otros están próximo a hacerlo.

—Amiel, no puedes pedirme que me olvide de ella. Es lo único que me queda, ¿no lo entiendes?

—No lo entiendes tú. Quizás los demás no vimos ninguna de sus pertenencias, pero en esos trenes viajan miles de personas cada día, ¿de verdad crees que solo tú amas a una de las prisioneras?

Jonás cerró los ojos. Amiel siguió hablando:

—No pretendo cuestionarte, pero tampoco voy a permitir que olvides el espíritu de supervivencia que has tenido desde que llegaste aquí. Tienes que confiar en ella. Sabrá cuidarse por sí misma. Y cuando todo esto termine, podréis retomar vuestra historia.

Tras las palabras sinceras de su amigo, Jonás se mantuvo en silencio, con los ojos vidriosos y un pellizco en el pecho. Amiel tenía razón.

—Confía en ella —susurró.

No había otra opción. Jonás cerró los ojos con la puerta de sus recuerdos abierta de par en par. Se permitió volver a verla en sus sueños y a disfrutar de su piel y su sonrisa debajo de los árboles que los vieron crecer. Supo que encontraría en su memoria la fuerza que necesitaba para salir del horror, y se prometió cuidar para poder buscarla cuando terminase la guerra.

Aún no había amanecido cuando la jornada de trabajo comenzaba en Auschwitz. Jonás llegó a la rampa con la intención de buscar a la prisionera que podía darle alguna noticia sobre Lena. Pero esa mañana la mujer no apareció. Ni la mañana siguiente, ni la otra. Jonás no volvería a verla.

Triste, se sentó en uno de los peldaños del tren. Se quedó ahí, con la mirada fija en el suelo, la cabeza llena de preguntas y el alma rebosante de melancolía. Volvió a ausentarse en sus recuerdos, hasta que un SS le recordó con gritos el lugar donde se encontraba. Entre lágrimas volvió al trabajo sin decir nada.

Aquella mañana en la que Jonás perdió la esperanza, Lena trabajaba. Se encargaba junto a otras compañeras de transportar materiales pesados con los que se procedía a reparar alambradas o fabricar paredes para dividir zonas de trabajo. Llevaba días encontrándose mal, y esa mañana se sintió desfallecer. Estaba mareaba, los ojos se cerraban y caminó unos pasos dando tumbos. Escuchó a lo lejos una voz que la llamaba, pero no podía responder. Se desmayó y, sangrando, quedó tendida, rodeada de algunas prisioneras que intentaban hacerla reaccionar.

Se despertó en el bloque 25. Era conocido como el bloque de la muerte. Quien llegaba allí no salía para contarlo, y los pocos que lo hacían padecían enfermedades contagiosas que los llevaba a morir en el barracón. Del bloque de la muerte sacaban a diario cadáveres durante la noche. Quitándoles las mantas y las ropas que llevaban para repartirlas a los nuevos prisioneros.

Echó un vistazo a su alrededor. Había vómitos en el suelo y el rumor entonando lamentos de los malheridos hizo que se despertase en ella un fuerte dolor de cabeza.

Volvió a cerrar los ojos. No quería saber ni dónde estaba ni el motivo por el que no se atendían a esas personas que agonizaban. Necesitaba descansar.

—Ojalá no salga de este maldito lugar —musitó.

Desde el fondo del bloque, una funcionaria vociferaba:

—Todos fuera inmediatamente.

Lena no podía incorporarse.

—Deberías levantarte —sugirió una prisionera.

—No puedo moverme —respondió señalando la pierna ensangrentada.

—Tienes que hacerlo. Hacen dos reconocimientos médicos al día, uno por la mañana y otro por la noche. Tenemos que salir y colocarnos delante de la puerta. A quien no sale al recuento por su propio pie lo sacan a rastras y no vuelve.

—No puedo —respondió sollozando.

—Venga, te ayudo a incorporarte, agárrate a mí.

A duras penas, Lena consiguió, ponerse de pie y caminar hasta la salida.

—¿Qué lugar es este? —preguntó a su compañera.

—Se le conoce como el bloque de la muerte por la cantidad de cuerpos que sacan a diario —respondió la muchacha—. Me obligaron a permanecer aquí cuando llegué a Birkenau. Ayudaba a desnudar a las personas que morían para entregar los uniformes a los nuevos prisioneros.

A la intemperie, en la puerta del bloque, las prisioneras se colocaron en orden. Desnudas, con el cuerpo lleno de heridas y picaduras de pulgas. Los huesos marcados daban la sensación de que acabarían rompiendo la piel por sus extremos. Muchas tenían en su abdomen y manos las manchas características del tifus y la mirada rota.

Josef Mengele se encargaba de pasar el reconocimiento del bloque 25. Las observaba de lejos, mirándolas con asco. A su lado, un funcionario caminaba anotando los datos que el médico indicaba.

—Esta y esta otra son despojos. Fuera inmediatamente —indicó Mengele señalando a dos prisioneras con marcas de la enfermedad.

Al llegar a la altura de Lena, la miró con desprecio, y sin detenerse a observar la herida que tenía en la pierna, comprobó que no había señales de tifus. Se le diagnosticó gripe.

—Te llevarán al hospital, tienes alguna oportunidad de salir, cuídate —le aconsejó la prisionera que la había ayudado a salir.

—¿Qué pasará contigo? —preguntó nerviosa.

—Me mandan al barracón. Quieren que muera allí. Necesitan las camas para otras que están peor que yo.

CAPÍTULO XIV

LONDRES TE ESPERA

«Siempre creí en las señales. Desde pequeña, prestaba especial atención a todo lo que me rodeaba. Por aquella época, aún creía en las hadas. Pensaba que irían poniendo señuelos en mi camino que yo debía seguir para encontrar el lugar perfecto donde ser feliz.

»Han pasado muchos años desde que dejé de creer en ellas. Sin embargo, aún sigo esperando los señuelos que guíen mi camino».

La luz que entraba por el ventanal despertó a la muchacha, antes incluso de que sonase la alarma del móvil. Se sentó en la cama. Miró a su alrededor y reparó en la guía que había dejado en la mesita la noche anterior.

Se levantó, descorrió las cortinas y miró al cielo nublado de Londres. Era mayo, hacía frío y el sol, aunque a veces se dejaba ver, no brillaba como en Madrid. Buscó en su maleta algo que ponerse. No tenía mucho donde elegir, apenas llevaba un par de mudas.

—Me va a tocar ir de compras por Londres —murmuró.

Volvió a tirar de vaqueros y camiseta, sus Converse negras y un cárdigan para refugiarse del aire frío londinense. Se recogió el pelo, y se maquilló de una forma muy sutil. Al tapar las ojeras, pensó en su madre. Recordó los momentos en los que le decía «las ojeras las tienen la gente que trabaja duro, no te dé vergüenza enseñarlas». La madre de Ángela nunca fue una mujer coqueta, nunca buscó gustarse, o quizás sí, y sencillamente se aceptó como era. Nunca hablaron de ese tema, todo lo físico era demasiado banal para tratarlo en casa.

Bajó al comedor algo nerviosa, no estaba acostumbrada a desayunar con nadie.

—Buenos días —susurró.

—Buenos días, querida —Mery le regaló una sonrisa al verla entrar —. Siéntate, por favor, ahora mismo te sirvo el desayuno.

El comedor del Little Family no era muy grande. Solo tenía una mesa alargada, con sillas a su alrededor. Estaba cubierta por un mantel de lino rosa empolvado con las iniciales LF bordadas en las esquinas. Había bandejas con magdalenas, un bizcocho de limón, una

jarra de cristal con zumo de naranja recién exprimido, dos cestas repletas de manzanas y kiwis, un pan que olía desde la puerta y que aún estaba caliente cuando Mery lo puso en la mesa. Había también una bandeja pequeña con porciones de mermelada de fresa y melocotón y un recipiente de barro lleno de miel.

Era la mesa que una madre de familia numerosa que pone a sus hijos antes de ir al colegio, o que una señora mayor prepara con mucha dedicación cuando sus nietos pasan la noche con ella y quiere sorprenderlos con un desayuno. No era un desayuno de un hotel, era la primera comida de un hogar.

—¿Té o café? —preguntó la dueña.

—Un té negro hecho en leche sin lactosa, ¿puede ser?

—Pues claro que puede ser —respondió Mery.

Ángela se sentó y colocó la guía encima de la mesa. Quería ojearla durante el desayuno. Dio los buenos días al resto de huéspedes: una pareja de alemanes muy jovencitos, un señor de mediana edad trajeado que miraba constantemente su teléfono móvil y una chica rubia que tenía un bloc de dibujo cerrado sobre la mesa.

—¿Y cuáles son tus planes para hoy? —Mery se sentó junto a ella.

—Pues tengo intenciones de visitar la ciudad siguiendo los consejos que me dé esta guía. —Señaló el libro de viajes—. La encontré en el cajón de la cómoda que hay en mi habitación. Imagino que el último huésped la dejó ahí. No sé si olvidada o de forma intencionada.

—Ahora mismo no sabría decirte qué huésped ocupó la habitación número 7 antes de ti. No lo recuerdo, discúlpame, pero llega una a una edad… que no recuerda ni lo que hizo el día anterior.

Mery sostuvo la guía entre las manos y comenzó a ojearla.

—Madre mía —dijo sorprendida—. No había visto una guía tan completa. Has tenido mucha suerte. Seguro que te resulta de gran utilidad.

Tras ojearla, la dueña del Little Family la cerró. De entre sus hojas se precipitó la tarjeta de Blitz que Ángela vio caer en su habitación.

—Perdona, se ha caído. —Mery se agachó para recogerla.

—¿Qué significa Blitz? No dice nada. Solo indica la dirección.

—Es una de las tiendas *vintage* más conocidas de la ciudad. Un reclamo turístico. Muchísimas personas que llegan a Camden lo hacen buscando Blitz.

—¿Una tienda *vintage*? ¿La gente va a una tienda donde se venden cosas viejas?

—Bueno, a veces las cosas viejas pueden ser hermosas y exclusivas. En una tienda *vintage* podrías encontrar la chaqueta blanca que llevaba John Lennon el día que hizo la portada del disco *Abbey Road*.

—Si me dices que la chaqueta de John Lennon está en una tienda *vintage*, me hago la *tournée* ahora mismo buscando ese tesoro. Soy una fan incondicional de los Beatles.

—¿Quién sabe? Doy fe de que de Blitz han salido verdaderas joyas. En el Little Family se alojaba una señora parisina que todos los años venía en la misma fecha y recorría todas las tiendas *vintage* de la ciudad. Compraba ropa y objetos que luego vendía en una tienda muy exclusiva situada muy cerca de Montmartre.

El reloj del fondo del comedor comenzó a dar las campanadas.

—Las nueve y aún mil cosas por hacer. Te dejo. Nos vemos esta noche. Disfruta del día.

—Gracias, Mery, después te cuento.

Ángela siguió sentada un rato más. El resto de los comensales ya había abandonado su sitio. Ella se ahogó en los recuerdos. La calidez del comedor y las palabras de Mery le hicieron recordar los desayunos en soledad de su niñez. La mesa, cuidadosamente colocada, era la que habría querido encontrarse en su casa. Pasó los años deseando un domingo en familia, con una charla entre magdalenas y buena música de fondo.

Creció añorando unos recuerdos que no existían. Y se aferró a sus sueños de familia perfecta para encajar en su memoria los instantes que nunca tuvieron lugar. Necesitaba regalarse momentos que el tiempo congelase y su alma custodiase en un lugar privilegiado. Aunque ese recuerdo fuese solo un sueño por cumplir.

Mery, con aquellos desayunos, daba al Little Family la calidez de un hogar. No habrían creado ese lugar si los hijos deseados hubiesen llegado. Sería una casa más, con una familia más. Pero ellos vieron una oportunidad en la adversidad. Crearon una familia y un hogar. Uno distinto al de los demás. Uno que jamás estaría vacío. Una casa llena de vida, de detalles y de recuerdos.

Ángela sacó del bolso un bolígrafo, y escribió en la primera página de la guía: «Conformarse es una opción, pero solo es la primera de muchas».

En poco más de veinticuatro horas, lo había entendido. Se había conformado, durante años lo hizo. Por eso nunca echó en falta nada, no había otra opción, o eso creía. Se había conformado, sí, pero quizás ese viaje le enseñase el resto de las opciones.

Cerró la guía y guardó el bolígrafo. Comprobó que la batería de su teléfono móvil estaba completa y salió a la calle. Sin titubear, sin miedos, como si aquella ciudad ya la conociese. Se puso los cascos. La música la transportaba. Mientras escuchaba *Twist and Shout*, de los Beatles, dio su primera vuelta a Camden. Adentrándose en sus calles,

apreciando las coloridas fachadas, el estilo estrambótico de muchos de sus viandantes, y el olor a comida india en alguna de sus esquinas.

Vio salir a tres chicas de un local de *tattos* con fachada negra y dos grandes rosas rojas en relieve en las esquinas, coronando la pared tres cartas de naipes. Al lado, una tienda de *souvenirs* con el frente pintado de un azul intenso, en relieve, señalando los lugares turísticos más emblemáticos de la ciudad. Delante de la tienda que estaba llena de camisetas, había un señor con barba tocando la guitarra.

Siguió caminando. Se adentró en un callejón de frontispicios originales: una bota Converse amarilla clavada sobre una fachada negra, con tres ventanas y una silueta sobrepuesta en cada una de ellas. A su lado, una cabeza de elefante verde con cuernos de rayas sobresalía de una fachada que llevaba el rótulo Namasté y que hacía intuir el contenido del local. Le sorprendió un supermercado con un dragón chino verde, colocado a modo de lagartija.

Las calles estaban llenas de gente. La mayoría turistas que fotografiaban cada esquina del barrio. Muchos de los viandantes paseaban sus maletas que sorteaban como podían los habitantes de Camden Town. Ángela se había rendido a los encantos del barrio más cosmopolita de Londres.

El paseo despertó todos los sentidos de una muchacha que no estaba acostumbrada ni a romper estándares establecidos, ni a saltarse normas. Abrió los ojos a un mundo repleto de colores y de mezcla de estilos. En Camden tenían cabida todos los que fuesen capaces de respetar la diversidad, y la muchacha quedó fascinada ante la mezcla de ruidos, colores y extravagancias que la rodeaban.

El barrio era, para alguien que apenas había tenido contacto con el mundo, el lugar más mágico y complejo que había conocido nunca. Y aunque sentía miedo a enfrentarse a sus calles, tuvo la necesidad de dejarse llevar por el entorno al que le había traído el destino.

El largo paseo por Camden la llevó a la puerta de la librería que se veía desde la ventana de su habitación. El local no tenía la fachada llamativa, era blanca con trazos negros y le recordó la pintura vanguardista que tanto le atraía a su madre.

Heredó de ella la pasión por la lectura. Los libros se convirtieron en su compañía por necesidad. Al fin y al cabo, leer suponía la única forma de escapar de su realidad.

Al abrir la puerta se escuchó una campanita, como en aquellas tiendas de barrio antiguas. La librería era muy grande, mucho más de lo que parecía desde fuera. Había numerosos pasillos llenos de libros, perfectamente clasificados. Ángela encontró el lugar perfecto donde perderse hasta que llegase el momento de volver a casa.

Al fondo, había una zona de lectura con una pequeña cafetería donde estaba permitido leer ejemplares.

—¡Qué sorpresa encontrarte por aquí!

Una voz por detrás de Ángela irrumpió en sus pensamientos. Se volvió. Delante de ella estaba el chico del Starbucks.

CAPÍTULO XV

CHAY

«¿Será consciente de lo que me ha fascinado desde que la vi? Está llena de sombras. Pero estoy convencido de que tras ellas hay luces que ni ella misma conoce».

Se sorprendió. A pesar de que el chico del Starbucks era un viejo conocido del barrio. Ángela no se había planteado la posibilidad de volverlo a ver tras su despedida en la puerta del Little Family.

—Hola, ¿qué qué qué tal? —tartamudeó—. Qué casualidad coincidir aquí.

—Encontrarme por Camden no es difícil, no solo trabajo, sino que además vivo aquí —respondió el muchacho.

Ángela cayó en la cuenta de que el día que se conocieron apenas habían hablado de ellos.

—¿Qué haces por aquí? ¿Te interesa algún libro? —preguntó colocando en la estantería el ejemplar que estaba ojeando.

Chay hizo una mueca, negando con la cabeza.

—Estoy aquí por trabajo. Me encargo de gestionar la cafetería —respondió señalando al fondo del local.

Tras la respuesta del muchacho, se miraron en silencio, de pie en mitad del local. Había conexión y ambos fueron conscientes de la química que había entre ellos. El silencio se mantuvo unos pocos segundos, hasta que Ángela decidió romperlo agradeciendo el gesto de acompañarla hasta el Little Family.

—Es un lugar realmente encantador, y Mery es fantástica. Gracias.

A Chay le bastó una sonrisa para corresponder sus palabras. Nerviosa, Ángela comenzó a reírse a carcajadas. Sonó el teléfono de Chay.

—Imagino que te estoy robando tiempo de trabajo, disculpa —comentó ruborizada.

—No me robas nada, tranquila. Me encantaría poder invitarte a algo y seguir charlando un rato.

—Sí, claro. Un día de estos que te venga bien me dices —respondió

ella.

—Justo ahora tengo un hueco para almorzar.

Ángela tardó unos segundos en responder.

—Yo tengo todo el tiempo del mundo. Así que… vamos.

«¿Comer con un desconocido?», pensó. Su madre nunca habría aprobado esa propuesta. Ese fue el primer pensamiento que aterrizó en su mente cuando salieron juntos de la librería.

Durante el paseo hasta el lugar del almuerzo, Chay le contó la historia de algunos de los establecimientos más emblemáticos del barrio. Comentaron entre bromas los atuendos de viandantes estrambóticos y se deleitaron escuchando la música callejera que sonaba en Camden. Para Ángela, el paseo fue muy agradable. No solo disfrutaba de la compañía de Chay. Estar cerca de él le permitía sentirse segura.

Caminaron hasta Camden Lock. Un mercado repleto de puestos de comida callejera, donde, además, se podían encontrar todo tipo de objetos. Chay se detuvo ante un puesto de comida argentina.

—Aquí tienen las mejores empanadas criollas de la ciudad.

El tenderete estaba decorado con mimo y cuidado. Era muy acogedor y tenía mesas en la puerta. Lo regentaba un muchacho al que Chay saludó con familiaridad. Se llamaba Juan Carlos y recibió a la pareja con dos tazas de mate y un par de empanadas criollas recién horneadas.

—Me gusta este sitio —comentó Ángela antes de dar el primer sorbo a la taza.

—Antiguamente esto era un muelle con establos en el canal del Regente, no creas que todo esto tiene tanto tiempo.

—¿Cuántos años tiene este mercado?

—A principios de los años setenta, los edificios industriales que había aquí y estaban abandonados fueron subarrendados a los propietarios de los talleres y en muy poco tiempo se estableció un mercado. Al principio, solo estaba los fines de semana. Pero los residentes de Camden empezaron a aventurarse a poner puestos en estos mercados, y en apenas diez años ya habían creado tres más —explicó Chay.

Tras el almuerzo, dieron un paseo por la zona. El muchacho hacía las veces de guía y le contaba detalles de la historia del barrio o de algunos personajes ilustres que habían paseado por sus calles.

—¿Naciste en Londres?

—Sí, soy inglés. Mi madre es británica. Mi padre es de origen danés, pero emigró hasta Londres buscando una oportunidad después de la guerra.

—Interesante —Ángela comenzó a reír evidenciando un estado nervioso.

—¿Y tú? ¿Qué haces en Londres?

No supo responder. Lo miró a los ojos y se mantuvo un largo rato en silencio. Consciente de que la pregunta había afectado a la chica, Chay la invitó a sentarse en una escalinata.

—Estoy aquí por prescripción de mi psicóloga —comenzó diciendo—, no sé muy bien qué he venido a hacer, pero a medida que pasan las horas, comprendo que necesitaba escapar de mi vida.

Chay la miraba atentamente y en silencio.

—Mi madre falleció hace unos meses tras una larga enfermedad. Yo estaba muy unida a ella, tanto, que ahora no sé qué hacer sola.

—Vaya… lo siento mucho.

—Ella era mi guía. Por eso estoy aquí. Se supone que para obligarme a tomar decisiones. Demostrarme la capacidad de vivir sin necesitar a nadie que gestione todo lo que me rodea.

—Pues no me parece un mal plan —respondió Chay.

Emocionada, miró hacia otro lado para que el muchacho no la viese enjugarse la lágrima que se había escapado. Consciente del momento y de las emociones que el tema removía en ella, Chay intentó poner el toque de humor a la conversación buscando la risa fácil de la muchacha.

Cuando la notó calmada, se atrevió a preguntar:

—¿Has pensado cuánto tiempo vas a quedarte?

—Supongo que me quedaré algunas semanas. Así que debo buscar algún sitio más económico que el Little Family.

—No te resultará difícil. Camden está repleto de carteles donde se buscan compañeros de piso.

—Nunca he convivido con nadie que no sea mi madre.

—Este viaje es para vivir experiencias, ¿no? Tal vez una compañera de piso te venga bien. Piénsalo y me cuentas la próxima vez que nos veamos. Tengo que volver al trabajo. Gracias por acompañarme durante el almuerzo.

Sintió vibrar el teléfono dentro del bolso. Lo buscó nerviosa, y al sacarlo pudo ver en la pantalla el nombre de su hermana.

—¿Qué quieres ahora? —musitó.

Se quedó mirándolo en silencio hasta que tras la melodía apareció el mensaje que anunciaba la llamada perdida. Guardó el teléfono y se dispuso a perderse entre las calles del barrio. No quería pensar. Mucho menos en nada que tuviese que ver con su vida en Madrid.

Caminó sin rumbo largo rato, hasta que comenzó a oscurecer. Debía volver al hotel. Apenas a una manzana del Little Family,

encontró pegado en una pared un anuncio con un teléfono. Se detuvo a leerlo.

«BUSCO COMPAÑERA DE PISO. IMPRESCINDIBLE SER CHICA, QUE LE GUSTEN LOS GATOS Y LA BUENA MÚSICA. SI ESTÁS INTERESADA ESTE ES MI TELÉFONO, LLÁMAME».

Ángela arrancó uno de los flecos para llamar al número. Justo debajo, un nombre: IRUNE.

CAPÍTULO XVI

UNA NUEVA OPORTUNIDAD

«Hasta en los peores momentos, la vida da opciones. Tú eliges el camino que debes escoger. Cada uno de esos caminos tendrá las consecuencias que irán marcando el sentido de tu vida. No lo olvides, hasta que llegues al final, siempre habrá opciones».

El hospital estaba atestado. En las numerosas camas, algunas incluso ocupadas por varios enfermos, descansaban los cuerpos moribundos de los prisioneros. Lena entró en el bloque observando apenada cuanto la rodeaba. Había enfermos acostados sobre papeles empapados en su propia orina y excrementos. Desnudos, dejando ver las secuelas del horror en sus cuerpos. Las imágenes eran dantescas. En un intento por evitar que las fotografías de su retina se clavasen en su mente, imposibilitando su olvido. Cerró los ojos y caminó a oscuras durante un largo tramo.

Las camas no seguían un orden. Estaban vestidas con ropas sucias, manchadas de sangre, pus y vómito. La falta de higiene era patente y la escasa ventilación del lugar provocaba el olor nauseabundo que se respiraba. Las pulgas, chinches y piojos eran visibles en los cuerpos de los enfermos. Por sus heridas infectadas sobrevolaban moscas y mosquitos. Al abrir de nuevo los ojos, a Lena le costó respirar.

La muerte aguardaba tranquila a que llegase el momento de rescatar del horror a uno de los cuerpos que lamentaban su existencia. Solo le bastaba un simple gesto para terminar con el miedo y el sufrimiento de las víctimas. Lena era consciente de que en cualquier momento la miraría a los ojos y todo terminaría para ella.

Las paredes oscurecidas por la suciedad eran testigos de cómo las ratas entraban para morder a los enfermos antes de que fuesen arrastrados a la intemperie para que pereciesen allí, solos.

A Lena le asignaron una cama que acaba de dejar libre el cuerpo inerte de un hombre que sacaron a rastras. Se sentó en el tálamo. A su lado había un hombre de mediana edad.

—Te pareces mucho a mi hermana —le dijo.

Ella sonrió. El hombre se mantuvo un largo rato observándola en

silencio. Hasta que se atrevió a decir:

—Si mi hermana llegase hasta aquí, me gustaría que alguien le dijese lo que te voy a contar. De aquí no sale con vida prácticamente nadie.

Lena escuchaba en silencio.

—Las raciones de comida que se dan en este bloque son la mitad de las que reparten en los barracones. No trabajamos, no necesitamos tanto. Eso piensan. —Hizo una pausa antes de continuar—. He escuchado a personas aquí dentro implorar comida y agua, sin embargo han permitido que se consumieran entre lamentos apostándose las horas de vida que les quedaban.

Sentado en la cama. Varado. El prisionero hablaba con más tristeza que rabia. Sin decir nada, Lena repasó con la mirada las numerosas heridas que se veían en los brazos y manos de quien le hablaba.

—Eres joven, no te dejes morir, y ellos tampoco dejarán que lo hagas.

—No puedo hacer nada —respondió la muchacha resignada.

—Si demuestras ser fuerte, considerarán que tienen una buena mano de obra y permitirán que sigas viva. Solo así tendrás la oportunidad de salir de aquí algún día. Aquí dentro, solo sobrevives si te alimentan.

—¿Cuántos días llevas aquí?

—Llevo varios días en este bloque, cuatro… cinco, no sabría especificarte. Estoy aguantando demasiado porque mis conocimientos en medicina están retrasando mi muerte. Eso me ha permitido observarlos.

Sintió que un escalofrío le recorría la piel.

—He escuchado como hablan del módulo 24. Algunas van obligadas, pero muchas lo hacen voluntariamente. Reciben revisiones médicas, y salvo que una enfermedad como el tifus las contagie, procuran que se curen. Comen raciones más abundantes que las que proporcionan en los barracones. Para una mujer, es lo único que puede ayudarla a salir de aquí con vida. Eso, y rezar.

—¿Qué hay en el módulo 24? —preguntó confusa.

—El prostíbulo de Auschwitz —respondió el prisionero con la voz quebrada.

A Lena le dio un vuelco el corazón. No supo qué responder, se tumbó en la cama y aunque las lágrimas se agolparon en sus ojos, era incapaz de romper a llorar.

Ajeno a que ella estaba tumbada en una de las camas del hospital de Auschwitz, Jonás continuaba viendo pasar los días, observando como los trenes llegaban repletos de nuevos prisioneros. Llevaba

tiempo encontrándose mal, mareado, con pocas fuerzas, y había comenzado a vomitar constantemente.

Amiel, preocupado por su estado de salud, sabía que desde la llegada de Lena, Jonás había perdido el control sobre sí mismo, y eso podría jugarle la peor de las partidas. La desesperación se hizo compañera del muchacho, que era incapaz de controlar la angustia que sentía al pensar en ella y todo lo que le pudiese estar ocurriendo.

El muchacho veía pasar los días. Apenas hablaba y su mirada apagada gritaba la tristeza de su alma. Se refugió en los recuerdos y en las charlas con Lena bajo los árboles de Varsovia.

VARSOVIA, 1936

—Si no fueses una persona… ¿qué te gustaría ser, Jonás? —preguntó Lena desde una rama.

—Pues… supongo que una maleta de viaje.

—Yo sería un pájaro, eso me permitiría ir donde quisiese, ver el mundo desde las alturas.

—¿Un pájaro? Estarías demasiada expuesta a la muerte.

AUSCHWITZ, 1944

Qué lejos estaban en ese momento de imaginar lo que el destino les depararía. Algo que les haría ser más vulnerables que los pájaros.

En mitad de sus recuerdos, irrumpió una voz grave. El muchacho levantó la cabeza. De pie, frente a él, dos altos cargos del campo.

—Levántate —ordenó el hombre que lucía galones de SS-Brigadeführer. El otro se limitó a observar mientras fumaba un pitillo.

Inmediatamente, Jonás se puso de pie, y agachó la cabeza fijando la mirada al suelo.

—Preséntate en el barracón de ingresos cuando termines la jornada. Te estaré esperando —ordenó el Brigadeführer.

Jonás se quedó de pie, mirando al suelo, mientras los nazis entre risas se alejaron. No eran casuales los encuentros con el alto mando. Nervioso, comenzó a dudar de la causa que lo llevaba a interesarse por él.

Al terminar la jornada, caminó nervioso hasta el barracón de ingresos, tal y como le ordenó. Tenía miedo, temía que algo pudiese ocurrirle antes de volver a ver a Lena.

Al llegar, se detuvo unos instantes en la puerta antes de atreverse a entrar y descubrir el motivo que tenía el Brigadeführer para acercarse a él.

Tembloroso, caminó entre las mesas repletas de documentos. Al

fondo, en la oficina, los dos hombres uniformados charlaban, fumando un cigarrillo. Desde la puerta, el muchacho solicitó permiso para entrar.

—Quédate ahí, no te acerques —ordenó el que acompañaba al Brigadeführer.

Jonás asintió. Bajó la cabeza y se mantuvo detrás del arco de la puerta en silencio hasta que el Brigadeführer se dirigió a él para decirle:

—No me voy a andar con rodeos. Quiero que seas uno de mis colaboradores. —El hombre se inclinó apoyando los codos en la mesa, encendiendo un pitillo observando atentamente la figura afilada del muchacho.

Detrás del humo Jonás, en silencio, esperaba conocer sus intenciones.

—Queremos que desvíes una parte del dinero y las joyas que conduces al barracón cada día. Necesitamos que colabores con nosotros —explicó el hombre que fumaba frente al Brigadeführer.

Contrariado. Jonás seguía en silencio con la mirada apuntando al suelo. Comenzó a temblar y a sentir un puño de angustia apretándole fuerte el pecho. Estaba aterrado.

—¿No sabes hablar? —preguntó sarcástico el acompañante del Brigadeführer.

—Disculpen —Jonás tenía la voz entrecortada y seguía mirando al suelo cuando se atrevió a responder—. He recibido instrucciones expresas por parte de sus compañeros de entregar el dinero y las joyas al final de cada recuento. Pero si usted ordena que se desvíe una cantidad dígame cómo debo hacerlo. Estoy aquí para cumplir sus órdenes.

Los nazis se miraron entre ellos y comenzaron a reírse. Jonás no entendía nada.

—Ya te dije que no sería fácil, Frank. Estas cucarachas son máquinas de trabajar, pedirles algo más es absurdo.

El Brigadeführer se puso en pie y caminó los pasos que restaba hasta situarse frente a Jonás.

—Una parte del nazismo no está conforme con el Führer. Su plan de guerra es contraproducente para nuestra nación. Está desoyendo el asesoramiento del que debiera valerse para tomar decisiones. Las noticias que recibimos desde el frente indican que Alemania puede verse en grave peligro si Hitler no detiene sus intenciones.

Jonás, con la mirada fija en el suelo, solo escuchaba.

—Necesitamos financiar un plan que ejecute la operación en la que llevamos trabajando varios meses y suponga la salida del Führer del

poder.

—Pero señor… si alguien me pilla podrían matarme —se justificó el muchacho.

—Si tú colaboras con nosotros a pesar de los riesgos podrías encontrar una contraprestación que te facilitará la vida aquí dentro. Piénsalo.

En la propuesta del Brigadeführer, Jonás encontró un resquicio de esperanza. Estar cerca de él podía suponer la libertad de Lena.

—¿Qué pasaría si saliese mal? —preguntó el muchacho.

—Yo no puedo prometerte que nuestro plan contra el Führer saldrá bien. No estoy seguro de frenar su plan de ataque a las grandes potencias que pondrían en un serio peligro a Alemania. Lo único que sé, es que solo podemos intentarlo. No solo tú expones tu vida, también lo hago yo y todos los compañeros que apoyan este plan. Aún no sé cómo va a desarrollarse, pero necesito tener colaboradores con los que contar aquí dentro para que, llegado el momento, estén preparados para actuar.

Consciente de que su ofrecimiento estaba llenando de dudas al muchacho. El alemán se levantó y abrió la puerta.

—Piénsalo, y mañana si estás dispuesto a estar cerca de mí, vuelve al barracón y te contaré todo. Mucho cuidado si algo de esto transciende fuera de estos muros. Te mataré yo mismo.

Aquella noche apenas pudo dormir. La pasó despierto, pensativo. Escuchando de fondo los lamentos de los compañeros que agonizaban al final del barracón. Se levantó del camastro y, con cuidado, apartó las maderas en las que había ocultado el broche de Lena. Lo sostuvo en las manos y lo besó. Había tomado una decisión. Prometerle lealtad al Brigadeführer suponía abrir una ventana de esperanza que ayudase a Lena a escapar de Auschwitz.

CAPÍTULO XVII

CONFUSIÓN

«A ese periodo que transcurrió hasta que fui consciente de mi realidad, lo llamé confusión. Atreverse a mirar a los ojos de uno mismo supone el mayor reto al que te puedas enfrentar. Reconocerme en mitad del dolor movió los cimientos de mis principios. Aceptar que había cambiado suponía fallarle a mi padre, al Führer, a mis camaradas y al nazismo.

»Pero la vida me tenía guardada una carta, cuando le di la vuelta… toda la baraja quedó esparcida por el suelo.

»Me ha costado entenderlo. Enfrentarme a mis ideas y hablarme como merezco supone reconocer que jamás llegaré a perdonarme. Solo espero que en algún momento, al leer estas memorias que he decidido dejar en Auschwitz, alguien consiga entenderme y valorar el enorme sacrificio que llegué a hacer para cambiar y darle la vuelta a unos ideales que me corrían por la sangre».

Se llamaba Frank Meyer, nació en Alemania en 1893 y era el Brigadeführer de Auschwitz.

Luchó en el frente defendiendo a su país en la Primera Guerra Mundial y se afilió al Partido Nazi poco después de su constitución tras coincidir con Hitler en una partida de póker.

Tenía el firme convencimiento de estar haciendo lo mejor para su nación. El Tratado de Versalles ridiculizó a una Alemania debilitada y pobre, limitando su crecimiento y obligándola a propiciar otro enfrentamiento que dio lugar a la Segunda Guerra Mundial.

Frank Meyer era un hombre religioso, culto y muy detallista. Le gustaba la ornitología y coleccionaba armas que tenía expuestas en una vitrina de su despacho.

De aspecto impecable y elegancia heredada de su madre, Frank Meyer era a sus cincuenta y un años, uno de los mandos más atractivos del nazismo.

Conservador, estricto y dominante, así era el cargo más importante de Auschwitz. Pocos se atrevían a acercase a él. Y ninguno contradecía sus órdenes.

Meyer no tenía reparos en disparar a quien se atreviese a dudar de sus razones para llevar a cabo esta guerra. Alemania volvería a estar a la cabeza de las grandes potencias mundiales.

Cuando Jonás se marchó del barracón, el Brigadeführer se sentó en el sillón y observó sin decir nada a su amigo.

En sus ratos libres, Fran Meyer solía pasar tiempo con Adolf Göth, un antiguo amigo de la infancia que ocupaba el cargo de Hauptsturmführer, un rango de tipo medio dentro de la categoría de oficiales, equivalente a capitán.

Ambos compartían su afición por la ornitología y sus convicciones políticas.

Adolf admiraba al Brigadeführer. Su intachable currículum y su coherencia a la hora de comportarse hacían de él un referente para todos los que lo rodeaban.

Fran Meyer era un modelo a seguir para todos los que lucían la esvástica.

—Tenemos que hacer algo, Meyer —comenzó diciendo Adolf—, no podemos permitirle seguir en el poder, hemos peleado mucho para llegar hasta aquí y su soberbia terminará pasando factura a nuestra nación.

—La operación está aprobada pero no ha llegado el momento de ejecutarla aún. Tenemos que hacernos de colaboradores que no supongan obstáculos y nos faciliten su ayuda para sacar a Hitler del poder. No podemos adelantarnos. Se hará cuando todo esté preparado.

CAPÍTULO XVIII

IRUNE

«Algunas veces ocurre que llegan personas a tu vida. Personas que días antes caminaron por tu lado, se cruzaron delante ti mientras paseaban a su perro, o compraban tomates en la tienda de la esquina. Personas que llegan así, por casualidad, que no buscas y que te regalan un mundo por descubrir. Y son esas las personas que al final de tu camino habrán dejado más huella en tu vida. Las que más te enseñaron, las que más abrazos te regalaron a su debido tiempo, y las que darán la cordura al entramado de locura que supone la vida. Personas como tú, Irune».

La casa de Irune estaba en pleno corazón de Camden. En un edificio de viviendas antiguas. Se mantenían en buen estado de conservación. No eran pisos muy grandes, pero el encanto de la zona lo compensaba.

Irune estaba cocinando unas albóndigas en salsa, receta de su abuela materna. Tenía las ventanas abiertas y de fondo se escuchaba la música de los artistas callejeros que animaban el barrio. Su gata la miraba sentada, cual figura de escayola, desde la puerta de la cocina, esperado paciente a que se cayese algún ingrediente y poder saborearlo. No había perdido el espíritu de supervivencia y seguía manteniendo la costumbre de buscar la comida a pesar de tenerla a su alcance. Estaba a punto de poner la pimienta en la salsa cuando sonó la puerta. El timbre no funcionaba, así que llamaron con los nudillos, dos veces.

—¿Quién coño es ahora? —preguntó mirando a la gata. Se detuvo antes de abrir a mirarse en el espejo que tenía en el pequeño recibidor de la entrada—. Estoy estupenda —susurró.

Tras la puerta encontró a una muchacha de apariencia frágil. Llevaba el bolso entre las manos, delante de las piernas. Irune, con un delantal del gato Garfield y unas pantuflas navideñas, le dedicó una sonrisa mientras colocaba en el pelo una pinza roja con una flor deshilachada.

—Disculpe, me parece que no he llegado en buen momento —

comentó Ángela—. Hablamos ayer por teléfono… por lo de compartir piso.

Irune se quedó en silencio unos segundos hasta que soltó una carcajada.

—No me llames de usted, anda, que parece que te deba dinero. Pasa.

Ángela cruzó el pasillo, pasó por delante de la cocina, donde la gata seguía esperando la caída de algún ingrediente y llegó al salón. Era pequeño. Tenía un sofá de dos plazas verde y encima una bandera enorme con la imagen de Freddie Mercury en aquel famoso concierto de Wembley. Delante, una mesa auxiliar, con un libro y una taza que olía a café. Había una tele antigua. Sobre ella, una estantería repleta de libros. Una mesa con dos sillas y un tapete de encaje de bolillos decorando el bajo del cristal completaba el mobiliario.

La muchacha, algo desconcertada, miraba a su alrededor. Se había educado llena de prejuicios, y aquella casa no podía ser la de una chica con rastas y una argolla en la nariz.

—¿Te importa que mire las albóndigas? Las tengo al fuego y se me van a pegar.

—No, por supuesto —respondió Ángela.

Se acercó a ver los libros que llenaban la estantería del salón. La mayoría eran de historia, los demás de arquitectura. Fue repasándolos uno a uno con la mirada.

—Ya estoy. Las he quitado del fuego, así hablamos más tranquilas. Siéntate, por favor. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Pues… el piso es este, y la habitación disponible es esta que ves ahí en frente. Tiene una cama pequeña y un armario de dos puertas, es lo único que cabe en ella, no puedo ofrecerte más espacio, pero te aseguro que Rainbow y yo, somos las mejores compañeras de piso del mundo —terminó diciendo con una sonrisa.

—¿Se llama Rainbow el gato?

—La gata, sí. Rainbow estaba en la calle uno de esos días que yo regresaba de trabajar. Al llegar al edificio escuché unos maullidos. Me puse a mirar. Al fondo, detrás de la escalera, estaba ella, completamente empapada y temblando.

Ángela la miró con ternura.

—No lo pensé, me la subí a casa, busqué una toalla y la sequé. Le di leche y la acurruqué cerca de mí. Me senté con ella en el sofá y mirando por la ventana, vi como salía el arcoíris mientras llovía. La miré y supe que tenía que quedármela y que se tenía que llamarla Rainbow.

—Un nombre y una historia preciosa la vuestra.

—Pues si quieres… puedes quedarte con nosotras.

—No voy a quedarme mucho tiempo, Irune, y me sabe mal que por mi culpa no encuentres a otra compañera que quiera quedarse una larga temporada contigo.

—El tiempo mientras sea de calidad, bueno es. Da igual cuánto sea, quédate el necesario y cuando decidas irte, buscaré a otra persona. No te preocupes por eso.

—¿Cuándo puedo mudarme? —preguntó con una sonrisa.

—¿Ya?

Las chicas almorzaron juntas alrededor de la mesa con tapete de encaje de bolillos. Irune le contó el tiempo que llevaba en Londres y los tres trabajos que tenía. Ángela no quiso entrar en los detalles que la llevaron a realizar el viaje, pero sí habló de sus raíces y su vida en Madrid.

—He recorrido medio mundo con una mochila y nunca he estado en Madrid más que para ir al aeropuerto, ¿te lo puedes creer? —comentó Irune.

—¿De dónde eres?

—De Granada.

—No lo habría adivinado por tu nombre —bromeó Ángela.

—Cuando mi madre estaba embarazada soñó con mi nombre, buscó la traducción y resultó que era el nombre de mis bisabuelas. Así que me quedé siendo Irune la de Granada.

Tras una sobremesa de té y confidencias, Ángela miró el reloj.

—Creo que debería marcharme ya. Mañana me instalo, no tengo mucho que traer, así que la mudanza será rápida —dijo poniéndose la chaqueta y cruzándose el bolso.

—Toma, llévate las llaves, esta copia es para ti. —Irune lanzó un llavero con el escudo del Granada Club del Fútbol, del que colgaban las llaves del portal del edificio y de la puerta de entrada a la vivienda.

—Hasta mañana, Irune.

—Hasta mañana, compi.

Al salir del portal, Ángela dio un paseo antes de regresar al Little Family. Quería comenzar a familiarizarse con las calles anexas a la vivienda que compartiría con Irune.

Giró a la derecha y caminó entre la multitud que se cruzaba a su paso. Sonrió al ver el número de equilibrismo que unos chicos de origen oriental hacían en plena calle. Siguió avanzando hasta que la sorprendió la fachada de un local del que salían personas vestidas de negro con pinchos en la camiseta y colores en el pelo. Escuchó un

ruido a su espalda. Alguien dio una patada a un cubo de metal, y fue cuando descubrió que delante de ella estaba ese local que anunciaba la tarjeta que se había caído de la guía de viajes.

Había llegado hasta Blitz sin buscarlo. Su fachada oscura, contrarrestaba con el colorido de Camden. Desde fuera se podía ver el interior de la tienda a través de sus ventanas compuesta de pequeños cristales. Las letras que anunciaban el nombre del local eran rojas, grandes y luminosas. Sin pensarlo, Ángela entró decidida a perderse entre sus calles llenas de antigüedades.

CAPÍTULO XIX

BLITZ

«Las casualidades no existen. Por algún motivo tenía que llegar a Blitz o quizá fue Blitz quien llegó a mí. Lo cierto es que aquel lugar me atrapó desde que lo conocí. Su magia, su historia, y las historias que a su vez albergaba.

»No creo que a nadie le pueda resultar indiferente este sitio. Puedo sentir la energía y las vidas que siguen latiendo en este lugar».

Desde la calle, Blitz no parecía tan grande. Estaba repleto de objetos y olía a libros antiguos. De fondo sonaba música *rock* y había percheros de ropa perfectamente clasificada. En realidad, si sabías lo que buscabas, era fácil encontrarlo.

Ángela comenzó a mirar las prendas que lucían colgadas cerca de la puerta de la entrada. Había ropa también en las paredes y estantes con objetos y zapatos.

Blitz estaba muy iluminado. Una hilera de bombillas a lo largo de la tienda acompañaba a las cuatro grandes lámparas de lágrimas de cristal que iluminaban el interior del local. Las paredes, pintadas de distintos colores junto con el suelo de madera, aportaban el aire retro que buscaban sus visitantes.

Sin duda, aquel era un lugar especial que había conquistado a Ángela nada más llegar. No había mucha gente. Apenas unas cuantas chicas jóvenes. Buscaban entre las prendas una reliquia de algún diseñador famoso que guardar en sus armarios.

Al fondo, vio una mesa de escritorio antigua, en perfecto estado de conservación. Sobre ella, había libros, lámparas de sobremesa con tulipas de colores, y algunos juegos de té de porcelana.

Al otro lado, distintas mesas de madera sostenían aparatos de música y radio antiguos, máquinas de escribir, lámparas de pie y algunos objetos que ni los dependientes del local sabrían precisar para qué servían.

Blitz tenía un pequeño café en su interior, con un maravilloso y cuidado mostrador de madera antiguo, perfectamente restaurado. Sobre él, había un pequeño refrigerador con repostería casera. La

máquina de café recordaba a otra época y conseguía mimetizarse con el aire retro del negocio. En las paredes, pósteres de películas antiguas, y estantes llenos de libros que los visitantes podían leer mientras tomaban café.

Ángela no sabía por dónde debía empezar a mirar. No buscaba nada en concreto. Siguió caminando un buen rato entre los percheros, sorteando a las chicas que nerviosas buscaban esa joya que llevar a sus armarios.

Se detuvo delante de una estantería repleta de zapatos. Llamó su atención el estado de conservación. Esas piezas podrían tener más de treinta años y, sin embargo, pareciera que jamás habían sido usadas.

Se percató de una esquina repleta de chaquetas y abrigos. Los fue observando hasta que se detuvo en uno. Un abrigo amarillo con líneas rojas que pintaban cuadros. Especialmente llamativo por sus colores.

Lo descolgó del perchero y lo observó entre sus manos. Tenía grandes solapas y dos bolsillos en la parte delantera. Cuatro botones de madera estaban cosidos con hilo rojo al tejido de lana en perfecto estado. No le pareció bonito. Tampoco sabía precisar si se trataba de una de esas prendas que los visitantes de Blitz buscan entre las perchas para hacerse con una joya *vintage*, pero ese abrigo le recordó a su madre.

Pensó que a ella le habría gustado. Costaba ochenta y cinco libras. Se lo probó. Le quedaba perfecto. El color amarillo de la tela no favorecía sus facciones. Aun así, decidió llevárselo.

—Me llevaré este abrigo —comentó a la dependienta.

—Ya era hora. Al final siempre llega el momento de que las prendas más antiguas salgan.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Pues… no sabría precisarte, pero muchos años. Venía aquí de niña con mi padre y ya lo veía colgado en la percha, así que te llevas una de las reliquias que más cariño tenemos en Blitz.

—¿Es normal que tarden tanto en salir las prendas?

—Bueno… —La chica metió el abrigo en una bolsa—. Yo soy de las que piensa que los objetos que están en Blitz solo se van con las personas adecuadas. Los objetos encuentran a sus dueños. Supongo que por eso este abrigo estuvo tanto tiempo aquí. Te estaba esperando —terminó diciendo con una sonrisa.

Ángela llegó a su habitación del Little Family. Buscó en la lista de reproducciones un disco de los Beatles, y se dio una ducha mientras la música de fondo se mezclaba con el bullicio de la calle que entraba por las ventanas.

Al salir, se detuvo en la puerta. Observó la habitación con

detenimiento. Era la última noche en el hogar de Alfred y Mery, y quiso fotografiar en su mente cada rincón que recordaría cuando el viaje la llevase de vuelta a casa. Había pasado en el Little Family los primeros ocho días en Londres. Durante ese tiempo, Mery la recibió cada mañana con una sonrisa y Alfred siempre tenía historias de ilustres inquilinos que contar. Había conseguido sentirse parte del hogar que había creado el matrimonio. Le apenaba dejar la habitación, pero sentía, que debía seguir avanzando en la aventura que la había llevado hasta allí.

Cuando su mirada alcanzó la cómoda, se percató de la nota que le habían dejado: «Vuelve cuando quieras. Esta siempre será tu casa. Gracias por formar parte de nuestro hogar. Alfred y Mery». Emocionada, la muchacha se enjugó las lágrimas.

—Solo por esto ya ha merecido la pena venir hasta aquí —musitó observando el papel.

Sentada en la cama vio la bolsa de Blitz en el suelo. La había dejado al entrar. Sacó el abrigo y lo extendió encima de la cama. Examinó cada centímetro de la prenda.

—Su dueña no debió usarlo demasiado, está impecable —se dijo.

Lo acarició buscando sus recuerdos. Intentando adivinar, de alguna forma, a quién pertenecía. Volvió a ponérselo, y se asomó al espejo del baño. Aquel abrigo no le gustaba. Odiaba el color amarillo, y jamás vestía prendas de cuadros. Lo había hecho pensando en su madre. Se lo quitó enfadada y lo tiró al suelo.

—Así no, Ángela, ese no es el plan —gritó.

Se tumbó en la cama mirando al techo. Durante unos minutos llenó su mente de recuerdos y de imágenes que la llevaron de vuelta a un pasado con su madre.

—Ojalá hubieras conocido este lugar —susurró—. Te habrías dado cuenta de que a veces unos desconocidos son más capaces de demostrar cariño que alguien con quien has compartido tu vida. Estos días he sido aún más consciente de todo lo que me faltó hacer contigo, mamá.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano. Abrió de par en par las ventanas que dejaban entrar el frío de las nubladas mañanas de Camden. Fue directa al baño y comprobó que en el suelo seguía el abrigo. Lo miró unos segundos antes de recogerlo. Tenía que llevárselo, y no era mala opción ponérselo. Cerró la puerta número 7 y caminó arrastrando la maleta por el largo pasillo hasta llegar a la recepción del hotel.

Mery estaba atendiendo a una pareja, y Ángela se quedó en una esquina esperando que terminase. Se dedicó a observar cada rincón y

de una forma casi inconsciente metió la mano izquierda en el bolsillo del abrigo, sorprendiéndole el tacto de un papel.

Lo sacó. Era pequeño y estaba doblado por la mitad. Al abrirlo, una dirección y un nombre… Leonore.

CAPÍTULO XX

ELEGIR EL CAMINO, ESA ES LA CUESTIÓN

«Ojalá la vida nos permitiese mirar con la perspectiva que da el pasado a nuestro futuro. Sería como mirar los caminos desde arriba. Volando sobre ellos, viendo si uno es más rocoso que el otro, o cuál se estrecha antes. Sería tan fácil elegir así. Sin embargo, qué poco habríamos aprendido al final de cada camino».

Las palabras del prisionero detuvieron el tiempo para Lena. Dejó de escuchar los lamentos de los enfermos, y los gritos de los oficiales. Aquel hombre le dio una opción. Y con ella, la capacidad de elegir.

Pasaron horas hasta que reaccionó. Durante ese tiempo, permaneció ajena al horror que la envolvía y a los lamentos de quien la rodeaba. En su mente, las palabras del prisionero le recordaban la única opción que tenía para sobrevivir.

—Salid todos fuera —gritó desde el fondo uno de los oficiales.

Con paso lento, los presos atravesaron el bloque buscando la salida. Lena respiró hondo antes de incorporarse. Lo hizo con dificultad. En su mente buscaba las palabras adecuadas para verbalizar la decisión que había tomado. Desnuda. Temblando. Con la cabeza baja y sus pensamientos batallando, esperó a que los nazis se pusiesen frente a ella para condenarse.

Se recordó a sí misma una decena de veces que no había más opciones, y cuando el doctor le levantó la cabeza con un palo de metal, con voz temblorosa pronunció las palabras que la condenarían el resto de su vida:

—Señor, querría trabajar en el bloque 24.

—No me extraña, judía, tienes cara de puta, es donde mejor puedes estar —respondió el médico entre risas.

No respondió. Buscó el suelo con la mirada y esperó en silencio. Rescató entre sus recuerdos a la persona que más había confiado en ella, y la sintió cerca otra vez.

VARSOVIA, 1935

Lena estaba muy unida a su abuela materna. Vivían en la misma casa, y acostumbraban a charlar siempre a la luz de la lumbre antes de irse a dormir.

—Has heredado las mejores virtudes de esta familia. Eres grande de corazón, hermosa y valiente. Nunca dejes de ser leal a ti misma. A tus deseos, tus decisiones, tus impulsos y a tus pasiones —comentó la anciana emocionada.

—¿Qué es ser leal, abuela? —preguntó la niña acurrucándose con ella.

—Serás leal cuando te respetes a ti misma. A todo tu ser. Sé leal siempre. Sobre todo cuando las cosas se pongan difíciles. Porque entonces estarás tentada de escapar. De elegir la opción más fácil. Y es ahí donde debes volver a este lugar, para escucharme de nuevo pedirte que busques dentro de ti. No olvides quien eres, pase lo que pase.

Una fuerte sacudida hizo volver a Lena de sus recuerdos. En apenas un segundo la imagen de su abuela se evaporó como lo hicieron las palabras que la alentaban a seguir cada día. Perdió el equilibrio y cayó al suelo entre risas y mofas de los oficiales.

—Levántate inmediatamente —gritó uno de los nazis.

Con dificultad, Lena apoyó los huesudos codos en el suelo para incorporarse. Frente a ella, una funcionaria la esperaba.

—Has dicho que quieres venir al bloque 24. Sígueme —ordenó.

Caminaron entre las camas del hospital. Lena, con la mirada baja seguía los pasos de la mujer. Sortearon a los malheridos y adelantaron a enfermos que agonizaban en el lecho de su muerte. Los pasos las llevaron hasta el final del bloque.

—A partir de ahora, te quedarás aquí hasta que estés recuperada. Se te darán alimentos y agua. En unos días ingresarás en el bloque 24. No quieren a prostitutas enfermas.

La muchacha no articuló palabra. Se sentó en el borde de la cama, y pidió perdón a Dios y a sí misma por la decisión que había tomado. A su lado, una chica pelirroja lloraba desconsolada. La observó desde el camastro, incapaz de consolarla. Se recostó y cerró los ojos. Hizo un esfuerzo por navegar entre sus recuerdos hasta volver a encontrarse con su abuela. En pocos días debía ingresar en el bloque 24 y estaba convencida de que jamás saldría de allí siendo la misma. Aterrorizada, asumió su destino. Sabía que era el precio que debía pagar por sobrevivir.

Jonás pasó la noche reflexionando la conversación con el

Brigadeführer. Nadie, hasta ese momento, le había dado la opción de elegir. Por primera vez desde su llegada, tenía la oportunidad de decidir sobre su destino. Recibió el amanecer despierto, después de horas de dar vueltas en el camastro, intentando valorar las consecuencias de un acercamiento al militar y su participación en la operación que se le planteaba.

Todas las preguntas tenían la misma respuesta, todos sus interrogantes terminaban con ella y con la única posibilidad de sacarla con vida de Auschwitz. Jonás comprendió que no había tiempo para sopesar consecuencias y que detrás de la propuesta del Brigadeführer estaba la única oportunidad que tenía Lena de sobrevivir.

El muchacho pasó la mañana ausente. En silencio, seleccionó las pertenencias de los prisioneros bajo la atenta mirada de Amiel. Cerraba una de las mantas cuando a su espalda escuchó arrancar un camión. Giró la cabeza y encontró a un grupo de mujeres subiendo en silencio y sin poner resistencia.

Nervioso, se incorporó mirando fijamente al camión cargado de mujeres que llegaban desde Birkenau. Eran chicas jóvenes, de la edad de Lena. Dio varios pasos seguros avanzado hacia ellas. Amiel, en cuclillas junto a la manta donde seleccionaba pertenencias, susurró:

—Jonás… Ni se te ocurra dar un paso más, vuelve aquí, y sigue trabajando.

Pero él no lo escuchó. Temía que Lena estuviese en el camión. No conocía su destino. La perdería para siempre y esa idea lo volvió loco.

Dio un paso, y luego otro, y después otro más. Amiel lo observó desde su puesto. El camión comenzó a moverse primero lentamente y después más rápido. Sin pensarlo corrió detrás de él gritando el nombre de la muchacha. Las mujeres lo vieron hacerse pequeño en la distancia, y pudieron verlo caer antes de que tres SS lo pateasen en el suelo.

Desesperado siguió llamándola mientras el nombre de Lena se cortaba en los labios con cada golpe. Uno de los nazis arrastró el cuerpo del muchacho hasta la rampa. Jonás, sin fuerzas, ensangrentado y tumbado en el suelo, lloró al pensar en la posibilidad de haberla perdido para siempre. No le importaba morir.

—Silencio —gritó uno de los SS al chico que, tendido en el suelo, seguía llamando a Lena—. Ponte inmediatamente de pie y ayuda a bajar del tren a los muertos.

Con la cara ensangrentada y el cuerpo lleno de marcas, el muchacho lo miró. No tenía nada que perder y negó con la cabeza. Entonces, volvieron los golpes.

—Basta, por favor —gritó Amiel avanzando hasta su amigo.

—Vuelve a lo tuyo, judío, si no quieres acabar como él. —Uno de los funcionarios de la rampa, se interpuso en el camino hasta Jonás.

Amiel cerró los ojos y se giró en un intento por no sentir los golpes que destrozaban a su amigo. Comenzó a rezar en silencio.

—Deteneos inmediatamente —vociferó alguien desde la distancia.

Los golpes cesaron. El SS se alejó del muchacho dejándolo tendido boca abajo en el suelo, malherido. Hasta él, caminó el Brigadeführer que había dado a Jonás la opción de elegir. Se quedó en cuclillas, junto a él.

—Espero haber llegado a tiempo y que sigas vivo —musitó.

Con mucho esfuerzo, Jonás levantó una mano en un gesto de respuesta. Inmediatamente después, se desvaneció.

Abrió los ojos en una cama del hospital. Una enfermera se acercó, trajo una jarra de metal con agua. Lo ayudó a incorporarse y permitió que bebiese para calmar la sed que provocaba la fiebre. Estaba muy débil. La paliza había dejado muchas heridas y huesos rotos, pero lo peor, sin duda, era la idea de haberla perdido para siempre.

Con paso firme, el Brigadeführer entró en el bloque y caminó entre los enfermos, sorteando los vómitos del suelo. Se acercó al camastro del muchacho, que permaneció tendido cubierto por una sábana sucia. Permaneció de pie, frente a la cama, observando las heridas del chico y el rostro desfigurado por los golpes. Jonás apenas podía abrir los ojos.

—Me han contado que saliste corriendo detrás del camión, y quiero saber por qué.

No podía hablar. Dio un suspiro de dolor acompañado de un gemido. El alemán preguntó:

—¿Dónde pensaste que llegarías corriendo? ¿Acaso creíste que pararías el camión tú solo?

El muchacho cerró los ojos.

—Tenemos una conversación pendiente. Procuraré que te recuperes pronto. Te curarán las heridas y te alimentarán. Después, irás a buscarme para darme una respuesta y explicarme en qué cojones estabas pensando para jugarte la vida de esa forma tan absurda.

El Brigadeführer salió del barracón sin decir nada más.

Adolf Göth estaba dentro del hospital cuando el Brigadeführer avanzó hasta Jonás, repasaba una documentación que un funcionario le había pedido cotejar. Le sorprendió la presencia de su amigo en ese barracón. Se limitó a observarlo. No dijo nada. No se acercó a él y advirtió con su salida que no se había percatado de su presencia.

—¿Quién es el judío de la cama 127? Preguntó a una de las enfermeras.

CAPÍTULO XXI

EL BLOQUE 24

«Nunca nos detenemos a pensar en el motivo que lleva a otra persona a hacer algo que nadie quiere hacer. Hay razones que se nos escapan. Somos incapaces de entender que siempre hay una razón para hacer algo. Y yo tenía la mía.

»Una tan grande como la vida. Tan enorme como el amor al que me aferro para tomar la decisión más difícil. La única que me permitirá sobrevivir».

Habían pasado varias semanas desde el ingreso de Lena en el hospital. Durante ese tiempo vio entrar y salir del bloque a varios centenares de personas. La mayoría salía a rastras para acabar tirados en la nieve, agonizando junto a cuerpos inertes. Los más afortunados volvían a sus barracones para acabar regresando al hospital al poco tiempo.

—En cuanto termine el recuento te vas de aquí —ordenó uno de los funcionarios.

Se incorporó y se quedó sentada en el borde de la cama esperando la orden que desde la puerta le hizo uno de los SS para salir. Avanzó despacio entre las camas, caminando firme, buscando la salida que la conducía a su nuevo destino.

Observó el bloque que la acogió durante tantos días. Dejó atrás el olor nauseabundo, el crujir de la madera y los arañazos que en ella hacían las ratas. Se percató de la suciedad de las mantas que envolvían a los enfermos. De los restos de comida en el suelo y del rastro que habían dejado los cuerpos inertes de quienes salían a rastras del bloque. Sin darse cuenta, rozó el hombro de un hombre uniformado que estaba de pie frente a la cama de un prisionero.

—Discúlpeme, señor —musitó sin mirar atrás.

—Me han dicho que has comido estos días y tu estado ha mejorado considerablemente. Es un milagro que sigas vivo. ¿Vas a decirme por

qué cometiste esa locura? —preguntó a Jonás.

—Yo no quería escapar —respondió sentado en la cama—. Era por el camión de mujeres que salió de Birkenau. No sabía dónde iba. Necesitaba pararlo. Tenía que saber si ella estaba ahí.

—¿Pensaste que podrías parar un camión tú solo? ¿Corriendo?

—No pensé nada, señor. Mi instinto me hizo correr. Lo último que recuerdo es a los oficiales golpeándome en el suelo.

—No vuelvas a cometer más locuras de ese tipo o te garantizo que seré yo quien te mate.

Se mantuvieron en silencio mirándose fijamente. El Brigadeführer estaba enfadado, no comprendió las razones que le dio el muchacho.

—Discúlpeme, señor —musitó una prisionera al rozar el hombro del militar. El hombre giró la cabeza y la miró con desprecio. Vio alejarse a la muchacha que caminaba hacia la salida.

Jonás no se percató de que quien había rozado al Brigadeführer era Lena Wiesel.

Caminó nerviosa hasta llegar a la puerta del bloque 24. Un edificio de ladrillos oscuros con numerosas ventanas. Lena permaneció unos minutos debajo del soportal. Observó el farol que adornaba la pared y el número que anunciaba el bloque al que había llegado. El prostíbulo de Auschwitz.

No tuvo valor de llamar. Sintió que la decisión no había sido acertada y pensó en huir para encontrar la muerte atrapada entre las alambradas. Una funcionaria abrió la puerta, sin que Lena tuviese tiempo de reaccionar.

—¿Tú eres la nueva? Entra inmediatamente y das tus datos al fondo.

La muchacha no dijo nada, respiró hondo antes de entrar. Caminó despacio hasta la mesa donde un libro albergaba los nombres de las prisioneras que trabajaban en el bloque.

—¿Número de identificación? —preguntó la funcionaria, mientras continuaba mirando los documentos que llenaban la mesa.

En los libros del control se plasmaban los datos, no solo de las prisioneras que ejercían la prostitución, sino de los clientes que pasaban por allí, buscando olvidar por unos minutos la realidad que los rodeaba.

—Sube a la planta de arriba, allí te darán ropa limpia —ordenó.

Subió despacio las escaleras. La planta de arriba tenía un distribuidor del que salía un pasillo largo desde el que se podían ver las habitaciones. Temblorosa, entró en la primera puerta. La

habitación estaba sobrepoblada, y la disposición de las camas recordó a Lena la del barracón de donde venía. Las mujeres compartían lecho. Las observó desde la entrada.

—¿Te piensas quedar todo el día aquí? —le gritó un SS que la empujó al interior.

Una de las prisioneras se acercó a Lena. La tomó por las manos y la ayudó a caminar. La sentó en el borde de uno de los camastros y le acarició la cara. Observó en sus ojos las lágrimas al borde, como asomándose a un abismo de tristeza sin poder caer.

—Nos dan de comer y no nos pegan. No quieren a chicas enfermas ni con heridas. Buscan normalidad en medio de todo esto. Que puedan olvidar donde están —susurró la muchacha acariciándola—. Tienes que dejar de pensar. Esto es solo un lugar más dentro del campo. Al menos aquí hay posibilidades de sobrevivir.

Lena bajó la mirada.

—Intentarán que pienses que no vales nada. Lo peor es que no solo lo intentarán los nazis, también lo harán nuestros compañeros de tortura. Se les olvidará que aquí dentro son tan esclavos como nosotras, y buscarán sentirse superiores veinte minutos, cuando terminen se irán, y solo tienes que esperar al siguiente. Nada más.

Horrorizada, no dijo nada. Se tumbó en la cama y adoptó una postura fetal, pegando las rodillas a la cara. Buscó protección en mitad del miedo. El precio por sobrevivir era demasiado alto, y Lena no tenía muy claro si estaba dispuesta a pagarlo.

No tenía nada que perder. No le quedaban sueños a los que aferrarse, ni la ilusión de volver a verla, porque ella podía estar en el camión que salió de Auschwitz. Jonás se mantuvo en silencio. Sintió que no había ningún motivo por el que seguir adelante y el Brigareführer fue consciente de su derrota.

Sentado al borde de la cama, con la cabeza baja y la mirada en los zapatos del militar, Jonás se sorprendió cuando el hombre se quedó en cuclillas frente a él. Levantó la mirada y preguntó sin miedo:

—¿Por qué está aquí? ¿Por qué me salvó?

—Ya te dije que necesito de tu ayuda —susurró el alemán.

—¿Y por qué yo? Hay miles de prisioneros, todos los que llegan a la rampa están fuertes aún.

—Quiero que seas tú —respondió rotundo.

Se miraron a los ojos. En silencio. El Brigadeführer se incorporó al percatarse de que varios oficiales cuchicheaban observando la escena.

—He ordenado que te alimenten y te den agua cada vez que lo

requieras. Eso ayudará a tu recuperación. Después las cosas volverán a ser como son, y los alimentos del barracón serán los que tengas a tu disposición, no puedo hacer nada más por ti.

—Gracias, señor, ya ha hecho bastante.

El Brigardeführer hizo ademán de marcharse.

—Por favor… dígame… ¿Quién es usted? —preguntó el muchacho.

CAPÍTULO XXII

LA GUERRA ESTÁ DENTRO DE MÍ

«Tras mis encuentros con él comenzaban los desencuentros conmigo. Mirarlo a los ojos me recordaba demasiado la cordura que aportó a mi vida conocer a Josef Golik.

Si todo lo que hacíamos estaba justificado. Si era el precio que debíamos pagar, ¿por qué comenzaron a surgir tantos remordimientos dentro de mí?

»Por momentos me asustaba la idea de pensar que mis principios pudiesen verse alterados, sin embargo, cuando Jonás se ponía delante de mí, caía en la cuenta de que todo había perdido el orden establecido».

AUSCHWITZ, 1944. UN DÍA ANTES DEL PRIMER ENCUENTRO ENTRE EL BRIGADEFÜHRER Y JONÁS GOLIK

Era habitual ver pasear por Auschwitz al Brigadeführer y su amigo Adolf Göth. Les gustaba deleitarse con el dantesco espectáculo que habían instaurado en Auschwitz.

Para Adolf Göth, su amigo Frank Meyer era, además del Brigadeführer, una de las personas más leales al nazismo que había conocido.

Siempre encontraba justificación para hacer todo lo que llevaba a cabo, por eso comenzó a preocuparle determinadas situaciones en las que veía envuelto al Brigadeführer.

Un día antes del primer encuentro entre Frank Meyer y Jonás Golik, el amigo del Brigadeführer empezó a ser consciente de que algo había ocurrido en la vida de su amigo. Algo lo suficientemente importante como para comenzar a dudar de él.

—¿Cómo van las cosas en el frente? —preguntó Meyer.

—Las noticias no son buenas —comenzó diciendo Göth—. Los japoneses han detenido su avance para reorganizarse y el ataque alemán contra la cabeza del puente aliado de Anzio ha fracasado.

—Joder —musitó el Brigadeführer.

—A eso sumamos que los estadounidenses han bombardeado las

industrias de Leipzig, Bernburg, Tutow y Helmstedt. La cosa pinta mal si Hitler sigue empeñado en continuar con el plan de guerra.

—Este hijo de puta nos va a llevar a una ruina mayor que la que dejó el Tratado de Versalles —aseveró Frank Meyer.

—¿Has intentado reunirte con él y hacerle entender que es una locura seguir avanzando de esta manera? —preguntó Adolf Göth expulsando el humo del cigarrillo.

—Göth… estamos hablando del Führer —respondió Meyer resignado.

A su espalda unos lamentos irrumpieron en mitad de la conversación de los dos amigos. Ambos se dieron la vuelta. Arrastrando los pies caminaba un judío con los ojos prácticamente cerrados, entre lamentos podía escucharse la oración que rezaba.

El judío caminó hasta los dos hombres uniformados y se colocó delante del Brigadeführer. Con la voz entrecortada y la rabia entrelazándose con las palabras, el prisionero dijo:

—Ojala la vida le permita vivir los años suficientes para poder pagar con su sufrimiento el dolor que nos está causando.

Frank Meyer lo miró a los ojos. Adolf Göth le escupió.

—Son unos cobardes y unos asesinos —pronunció el hombre limpiándose la cara.

Adolf Göth sacó el arma y le disparó en la cabeza. El hombre cayó en el suelo de inmediato, boca arriba con los ojos y la boca entreabierta. La sangre comenzó a regar la tierra del suelo de Auschwitz y el Brigadeführer se quedó de pie, contemplando su imagen inerte sin percatarse de que su amigo lo estaba mirando cuando una lágrima le corrió por el rostro sin decir nada.

CAPÍTULO XXIII

REFLEJOS

«Llegará el día. Estoy segura, y serás capaz de verte como lo hago yo. Como una mujer inmensa, con una capacidad enorme de superarse. Y será entonces cuando entiendas que este viaje solo hizo que vieses lo que siempre hubo en ti».

Avanzó por las calles de Camden, dejando atrás el Little Family y a las personas que había conocido en él. Arrastraba el equipaje, llevaba el bolso cruzado, y sobre el brazo izquierdo, el abrigo que había comprado en Blitz.

Ángela llevaba varios días en Londres, sintió que caminaba con menos miedos. Había comenzado a derribar barreras sin saberlo y a conocer aspectos de ella misma que tardaría varias semanas en reconocerse.

Se detuvo a mirar uno de los escaparates, mientras un músico tocaba la guitarra con maestría. Aquel barrio era mágico, y la gente que caminaba por él, también.

Permanecía ensimismada, contemplando la figura del guitarrista reflejada en el cristal del escaparate, cuando sintió vibrar el teléfono dentro del bolso. La foto del contacto le avisó de que se trataba de su terapeuta.

Durante unos segundos observó la pantalla pensando si debía descolgar o no. Estaba enfadada. Había pasado días muy duros a su llegada. Se sintió sola y Beatriz no guio ninguna de las decisiones que había tomado hasta ese momento. Descolgó.

—Hola.

—¿Qué tal…? ¿Cómo han ido esos primeros días? —preguntó Beatriz colocando unas carpetas en un estante de la librería.

—Bien.

—¿Bien? Lo llego a saber y te mando antes de viaje —comentó entre risas.

—Pues no, Bea, no estoy bien. De hecho, ahora voy por la calle, arrastrando la maleta porque me mudo a un piso con una chica a la que le gustan los gatos y a mí me dan miedo —gritó enfadada.

—Eso es genial. Has tomado decisiones y estás saliendo de esa maldita zona de confort donde te ahogabas —Bea hizo una pausa antes de seguir—, puedes hacerlo, yo sigo aquí, y no te voy a dejar. Necesitas seguir hasta encontrarte.

—Si fuese tan fácil como lo dices. Encontrarme. No tengo ni idea de cómo se hace eso.

Se quedaron en silencio. En el teléfono de Beatriz solo se escuchan los sonidos del barrio que se colaban a través del móvil. Estaba a punto de colgar cuando Ángela escuchó decir a su amiga:

—Eres más valiente de lo que crees, pero necesitas comprobar por ti misma todo eso que yo ya sé de ti.

Ángela colgó el teléfono enjugándose las lágrimas. Al otro lado, Beatriz musitó:

—Sé que lo harás bien.

Estaba muy ocupado. Los distintos puestos de café que organizaba en los negocios de Camden llenaban todo su tiempo. Pero siempre sacaba un hueco en mitad de la vorágine del día para pasar a saludar a su madre. No faltaba nunca, mucho menos desde que su padre no estaba. Sentía que tenía la obligación de hacerla reír.

No siempre tenía el mismo ánimo, pero al llegar al portal del edificio de su madre, detenía su paso y respiraba hondo. Sonreía y subía las escaleras sin permitirse estar mal delante de la mujer con los ojos azules más brillantes que había conocido.

—Buenos días, Paul —Chay saludó enérgico a uno de los vecinos del barrio.

—Buenos días, me alegra verte, muchacho, y a ella le alegrará mucho más —comentó el hombre colocándose un sombrero.

Chay cruzó el portalón de madera envejecido del edificio donde se había criado. El bloque, a pesar de ser antiguo, seguía manteniendo el encanto después de tantos años. Era sencillo comparado con las fachadas de Camden. Las ventanas de madera eran de palillería y estaban pintadas en un color azul que contrastaba con el crudo de la pared. Era uno de los edificios más acogedores del barrio.

Subió las dos plantas de escaleras hasta llegar a la puerta de la vivienda. Era de madera oscura y tenía muchos arañazos. Abrió con su llave y la vio sentada de espaldas en el sillón orejero gris donde a su padre le encantaba leer. Estaba mirando por la ventana, y suspiró al oírlo llegar.

—Lo siento. Chay no está. Supongo que no tardará en llegar —comentó una de las empleadas del Starbucks—. Si quieres puedo ponerte un bizcocho de chocolate recién horneado y un capuchino mientras esperas —propuso.

Ángela se sentó a esperar en una de las mesas que había junto a los ventanales que daban a la calle. Miró en silencio su reflejo en el cristal. Se encontraba perdida, invadida por un profundo sentimiento de tristeza. Sacó su móvil y lo puso en la mesa. Quería llamar a alguien, pero no sabía a quién. Buscó su libro talismán, abrió la primera página y observó la fotografía de su madre y su hermana. La miró con detenimiento, observó cada detalle: el vestido corto y rojo que llevaba su hermana, las sandalias de su madre, las rejas grises que tenía la ventana que había detrás de ellas; y su gesto. Contempló los ojos y los labios. Quiso adivinar mirando la fotografía cómo se sentía en ese momento.

Había visto muchas fotos de embarazadas, y en todas, las mujeres compartían un gesto común. Una mirada de ternura y una caricia a su prominente vientre. Su madre estaba vacía. Y se enfadó, se enfadó con la foto, y con ella. Se enfadó por esperar una reacción que era imposible que llegase, y se enfadó porque jamás entendió su motivo para no tenerla.

Cerró el libro con la foto dentro y puso la mano encima, como quien cierra un baúl lleno de recuerdos y no quisiera que se volviesen a escapar. Volvió a mirar su reflejo y vio la imagen de su madre en su mirada. La culpó de toda su vida. Era como si ya hubiese estado predestinado un futuro sin ilusión para ella, antes incluso de que naciese.

—Buenos días, madre. —Chay caminó hacia el sillón donde su madre lo esperaba con una sonrisa.

—Buenos días, hijo —respondió abriendo los brazos.

Chay se agachó. Colocó la cabeza en el hombro de su madre, como lo hacía de niño cuando volvía del colegio. Ella, obviando que a quien abrazaba era ya un hombre, seguía acercando su cabeza a la de él en un gesto de protección.

—¿Cómo has amanecido hoy?

—Estoy bien, hijo, he descansado mejor y la pierna me duele bastante menos. Pero cuéntame tú, ¿qué tal va tu día?

—Todo bien, madre. Liado con mil asuntos en la cabeza, pero satisfecho. Por cierto… le traje un libro de esos románticos que le gustan —comentó entregándole un grueso ejemplar de pasta dura que

colocó en las rodillas de su madre.

—Tienes su mismo reflejo —pronunció melancólica—. Es como verlo otra vez cuando era joven.

Chay miró con ternura a la mujer que bajó la mirada disimulando la emoción.

—Se fue siendo muy feliz, madre, y fue gracias a usted. Debe aprender a recordarlo con más amor que dolor.

—Lo sé. Sé que tienes razón, pero últimamente me atormenta demasiado su recuerdo y me duele saber que su ausencia dejó en mí demasiados interrogantes.

Ajeno al sentido que tenían las palabras de su madre, intentó consolarla:

—Seguro que podrá imaginar todas sus respuestas, lo conocía muy bien. Nadie mejor que usted.

Chay acarició las manos de su madre y la miró a sus ojos azules. El rostro de Elisabeth estaba arrugado, pero el tiempo no fue capaz de borrar la belleza que la mujer albergó desde su juventud. Ella no respondió. Se limitó a observar el reflejo de su hijo en el cristal y suspiró hondo liberando todos los recuerdos que se amontonaban.

Durante un par de horas, se quedaron allí, sentados, uno frente a otro, junto a la ventana, viendo pasar a los viandantes, y haciendo chistes que a Elisabeth le hiciesen reír. Pasado este tiempo, Chay se despidió, dándole un beso en la frente y anunciándole que al día siguiente volvería a verla.

—Hasta mañana, madre.

—Hasta mañana, hijo.

CAPÍTULO XXIV

A SALVO

«Estar a salvo no tiene nada que ver con estar en un lugar. El sentimiento de protección brota de una mirada, crece con un abrazo, y jamás muere mientras estés con la persona correcta».

Chay abrió la puerta del Starbucks con prisas. Emily le avisó de que lo estaban esperando. La vio sentada junto a la ventana. Miraba la calle y estaba seria. Tenía la mano sobre un libro y con la otra jugueteaba con una cucharilla. Se acercó a ella.

—Qué sorpresa verte por aquí.

—Hola —respondió la muchacha soltando la cucharilla.

Era la primera persona a la que Ángela conoció al llegar a Londres. El primero que la ayudó a dar sus primeros pasos en la ciudad. De alguna forma, estar cerca de él le proporcionaba esa sensación de estar a salvo que tiene un niño cuando es arropado por su madre antes de dormir.

Al acercarse a la muchacha, Chay vio que detrás de la silla se escondía la maleta de viaje que llevaba el primer día.

—¿Y esa maleta? —preguntó señalándola—, ¿y ese abrigo?, ¿y esa cara triste?

Ella bajó la mirada hacia la portada del libro que tenía encima de la mesa. Chay retiró la silla que había frente a la suya y se sentó sin preguntar.

Durante varios segundos aguantaron sin decir nada, hasta que una sonrisa cómplice rompió el silencio con una carcajada nerviosa de ambos.

—Me pasé a saludarte. Me mudo, y quería darte las gracias por llevarme aquel día al Little Family. Me han tratado genial —consiguió decir Ángela.

—Sabía que te encantaría. Ya te lo dije. Y ahora… ¿Dónde te vas?

—No muy lejos, a un par de manzanas de aquí. He alquilado una habitación a una chica que buscaba compañera de piso, así que nos veremos alguna que otra vez por el barrio.

—Eso espero —contestó Chay.

Volvió a pasar. Como la vez en la que se encontraron en la librería, el tiempo se detuvo. Se quedaron allí, mirándose, ajenos a las miradas que acaparaban y a los comentarios de su alrededor. Ángela evidenció su nerviosismo rascándose compulsivamente la nariz y Chay no era capaz de detener el movimiento de la pierna derecha.

En un intento por escapar del momento, la muchacha se levantó bruscamente de la silla, guardó el teléfono y el libro en el bolso. Levantó el mango de la maleta y respiró hondo antes de decir:

—Me alegra haberte visto, Chay… y el café, riquísimo. Ya nos veremos por el barrio. Que tengas un buen día.

El chico se quedó sentado en la silla, observándola sin decir nada.

No tardó en llegar al portal de Irune. A la entrada se cruzó con dos muchachos vestidos de riguroso negro, con el cabello de colores y numerosos *piercings* en la cara. Sonrió al imaginar la cara de su madre si los hubiese visto.

—Ya estás aquí —se dijo a sí misma. Y decidida subió las escaleras que la conducían hasta su nuevo hogar.

Desde el rellano de la tercera planta, donde se encontraba la vivienda, podía escucharse la música que salía por las ventanas. Tímida, abrió la puerta mientras las paredes vibraban al ritmo de *I want to break free*.

Irune no se percató de su presencia y Ángela se detuvo en una esquina a contemplar el baile de su compañera de piso.

En bragas y vestida solo con una vieja camiseta, se encontró a Irune saltando en el sofá, mientras usaba la escoba como micrófono. Fue en uno de los giros al más puro estilo de Freddie Mercury, cuando Irune se dio cuenta de la llegada de su compañera.

—Coño. Qué susto, tía, ¿por qué no avisas? No hagas más eso, ¿eh? Que me vas a quitar del mundo de un susto. Mira cómo tengo el corazón —dijo acercándose a ella.

—Discúlpame, debí haberte avisado y te habría dado tiempo de vestirte —comentó Ángela sonrojada.

—¿Vestirme? Ahh… no, no. Yo siempre voy en bragas. Quítate los pantalones, y ponte cómoda, estás en tu casa —propuso Irune.

—Gracias, pero yo voy bien así —respondió ásperamente.

—¡Ah, bien!, pues… no sé, ve a instalarte. Tu habitación es esta, no tiene pérdida, esto es enano.

La nueva habitación era bastante más pequeña que la del Little Family. Había una cama con un edredón azul muy estropeado, junto a ella una mesita de noche. En la pared, un cuadro con el póster del

concierto de Live Aid, y una actuación del grupo Queen.

—Si quieres, puedo sacarlo de ahí y así puedes poner lo que te guste —ofreció Irune.

—No te preocupes, Queen está genial.

—¿Te gusta la música en directo?

—No lo sé… nunca he ido a ningún concierto.

—¿Qué dices? ¿En serio?

—Bueno… yo salgo muy poco, y conozco muy pocos lugares y a muy pocas personas. Soy un poco rara, lo sé.

—Mujer… rara, no. Simplemente eres alguien que no ha ido nunca a un concierto. Pero eso es muy fácil solucionarlo y mucho más en esta ciudad. Lo dicho, acomódate y cuando quieras sales al salón que Queen está de recital.

Ángela recorrió con la mirada las paredes de la habitación. Abrió el armario que estaba atascado y observó moverse las seis perchas. En la parte baja había un cajón. Lo abrió y dentro encontró un gato de la cultura china, famoso por dar suerte. Lo colocó en la mesita que había junto a su cama. Dio un toque a su patita y comenzó a moverse a modo de péndulo. Sonrió.

Salió de la habitación mientras su compañera bailaba las canciones de Queen con entusiasmo. Las ganas de pasarlo bien de la granadina contagiaron a la muchacha y se sumó al baile. Tras un buen rato compartiendo giros y saltos desde el sofá, terminaron riéndose a carcajadas. Hasta que un pensamiento sobresalto a Ángela.

—Me lo he dejado. No he traído el abrigo —dijo en voz alta.

—¿Qué abrigo? —Irune se incorporó.

—Uno bastante feo que compré en Blitz.

—Tía… con las cosas tan monas que hay en Blitz… ¿y vas tú a comprarte un abrigo feo? ¿A que va a ser verdad que eres rara?

—Es una larga historia —respondió Ángela incorporándose—, tiene que estar en el Starbucks, espero que Chay lo haya guardado.

—¿Chay qué es? Tiene nombre de bebida.

—Es un chico. Lo conocí el día que llegué a Londres.

—Anda, mira… bailar te cuesta, pero ligar… —dijo con sonrisa pícara.

—¿Qué dices? Solo somos conocidos, me vio bastante perdida.

—¿Más que ahora?

—Mucho más, bastante más.

—Bueno… y si el abrigo es horrible, ¿para qué lo quieres?

—No quiero el abrigo, quiero saber la dirección que hay en su bolsillo.

—¿Una dirección? Pero… ¿de quién?

—No lo sé. ¿Y si es de su dueña? Siento curiosidad por saber si es de la persona que vendió el abrigo.

—¿Y qué quieres?, ¿preguntarle por qué motivo llevó algo tan feo a Blitz? Tienes unas cosas… te estás arriesgando a que te pregunte ella «¿y tú, para que lo compras?».

Ángela salió del local sin que Chay le quitase ojo. Cuando ya la perdió de vista, su mirada bajó hasta la silla donde había estado sentada y observó que se había olvidado el abrigo de cuadros.

Salió corriendo con la prenda en su mano, pero no la vio. Miró en todas las direcciones, pero la muchacha se había perdido entre la muchedumbre que caminaba por Camden.

Volvió a entrar en el local. Miró el abrigo y decidió guardarlo en el almacén hasta que pudiese ver a la chica y devolvérselo. Al doblarlo vio como un trozo de papel cayó del bolsillo. Lo abrió sin pensar. Había una dirección junto a un nombre.

Se quedó de pie. En silencio. Pensativo y confuso. «¿Por qué tendrá Ángela la dirección de mi madre?», pensó.

CAPÍTULO XXV

EL MÉDICO DEL GUETO DE VARSOVIA

«Miro a mi alrededor, y me cuesta entender que tanta gente sea incapaz de sublevarse ante esta locura. Nos han prohibido hacer todo lo que veíamos normal en nuestro día a día. Nos han hacinado detrás de un muro de dieciocho kilómetros de odio y tres metros de altura. Nos han condenado al hambre y a la enfermedad y han conseguido que olvidemos que tenemos dignidad. Solo así me explico que todas estas personas no se subleven y tiren este muro que nos separa de la vida».

VARSOVIA, A ÚLTIMOS DE 1943

Josef Golik caminaba arrastrando los pies por las calles del gueto. Varsovia se había convertido en el lugar con más judíos hacinados de toda Europa. Todo iba bien hasta que comenzaron las persecuciones. Desde el año 1933, la legislación alemana restringió el acceso a los judíos a profesiones, y a medida que fueron pasando los años, la persecución y la lucha por empobrecerlos se agudizó.

El mes de septiembre de 1939 se estrenaba con un bombardeo a la ciudad. Josef era médico y tenía la consulta muy cerca de casa. Se asustó al oír las bombas, pero el mayor de sus temores era que a su esposa y sus dos hijos les pudiese ocurrir algo.

No lo pensó, salió corriendo sin mirar atrás, y en pocos minutos llegó a su casa. Abrió la puerta. Dentro, su esposa abrazaba a los hijos, de dieciséis y catorce años: Jonás y Josué Golik.

—¿Qué está ocurriendo, Josef? —preguntó sobresaltada.

—Están bombardeando la ciudad. —Cerró las ventanas, en un intento de proteger a su familia del horror que estaba por llegar.

No pasaron muchos días desde el cese de las bombas hasta que las tropas alemanas entraron en la ciudad. Era el 29 de septiembre de 1939, la Segunda Guerra Mundial acababa de comenzar, y ellos aún no lo sabían.

Después de la entrada de las tropas, a los judíos mayores de diez años se les obligó a llevar un brazalete blanco con la estrella de David

en azul. La marca judía. Querían señalarlos.

—No voy a ponerme ese brazalete, no tienen derecho a marcarme de ninguna forma —Jonás se mostró enfadado.

Pretendía hacer frente a las imposiciones negándose a cumplirlas. Pero su padre fue rotundo:

—Lo harás. Bastante tiene tu madre con todo esto como para que encima vengas tú a darle más disgustos. Ya lo sabes, para salir a la calle, el brazalete y la boca cerrada.

—Padre…

—No hay nada más que hablar, Jonás —aseveró el médico.

El brazalete solo fue el principio. Después, llegaron las prohibiciones de usar el transporte público, de asistir a espectáculos, restaurantes, parques y aquel decreto que excluía a los judíos de determinadas profesiones. Josef tenía que dejar de ejercer la medicina.

—¿De qué vamos a vivir ahora, padre? —preguntó el más pequeño de los hijos.

—No nos faltará de nada. Tenemos dinero ahorrado, y yo tengo algunas cosas de valor que podemos vender si nos hiciese falta —la madre intentó calmar a su hijo.

—Madre, ¿de verdad cree que el dinero del banco le pertenece? Los bancos ya son alemanes. ¿Qué dinero cree que le van a dar? —Jonás levantó la voz.

—No vuelvas a hablarle así a tu madre —gritó Josef.

Durante los primeros días de la ocupación, Josef y su familia apenas salían de casa. Intentaban sintonizar la radio para escuchar las pocas noticias que llegaban y el nerviosismo comenzó a hacer mella en ellos. Josef se mostró irascible y su esposa pasaba el día rezando.

A principios de noviembre de 1940, construyeron en la ciudad de Varsovia el mayor gueto judío de toda Europa. Llegaron desde todas partes y se instalaron en aquel trozo de ciudad del que solo se les permitía salir para trabajar. El gueto congregó a más de cuatrocientos mil judíos a lo largo de los tres años que permaneció activo.

—¿Cuándo crees que se terminará todo esto, Jonás? —preguntó Lena.

—Todas las guerras se terminan alguna vez y esta también lo hará. Nada dura eternamente. Mientras, procura seguir soñando. Aún hay tiempo para diseñar el viaje perfecto que nos hará recorrer el mundo juntos —respondió Jonás.

Los años fueron pasando detrás de los muros. En la clandestinidad, Josef seguía ejerciendo la medicina, ayudando a judíos a curar heridas ocasionadas por los trabajos que realizaban, o por palizas que les

daban los oficiales que custodiaban el gueto. Solo cobraba algún esloti cuando algún familiar de su paciente se lo ofrecía. Pero dejó de pedir dinero por su trabajo cuando entendió que quien pagaba sus servicios tenía que dejar de comer. Llegaba a casa cansado, con restos de sangre en la ropa y recibía los reproches de su esposa. Los hijos comenzaron a mendigar para poder comer.

—Josef, si te pillan van a matarte. ¿Qué haremos entonces?

—Tranquila, mujer… necesitan mano de obra, no dejarán que se pierdan unas manos que ayudan a que sobreviva la poca gente que les va quedando.

Una noche de martes, de finales de agosto de 1943 un par de golpes secos tocaron la puerta de la vivienda de Josef. Su esposa se llevó la mano al pecho. Los hijos desde una esquina esperaban para conocer quién se encontraba detrás de la puerta.

Josef dio unos pasos. Casi tenía la mano en el picaporte cuando dos golpes secos volvieron a sonar. Se volvió bruscamente:

—Id inmediatamente a las habitaciones. Los tres —ordenó.

La mujer y los hijos se encerraron en la habitación del final del pasillo. Josef abrió la puerta.

Una mañana de martes, de finales de agosto de 1943, se asomó al porche de su vivienda en Varsovia. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Estaba preocupado, ausente, nervioso. Su esposa había enfermado. Cuatro médicos alemanes la habían tratado, pero ninguno consiguió averiguar la causa de su enfermedad. Constanz empeoraba por días, y el sentimiento de perderla hacía que su esposo se ahogase en el llanto cuando estaba a solas.

Uno de los criados salió a buscarlo.

—Señor, su esposa ha comido un poco en el día de hoy, pero no ha querido levantarse de la cama. Y apenas tiene fuerzas para hablar.

El hombre permaneció de espaldas, fumando el cigarrillo. Tenía que hacer algo, no le importaba qué, solo necesitaba una respuesta que diese esperanzas a su familia.

Josef Golik abrió la puerta nervioso. Se sorprendió al encontrarse al otro lado a un alto mando de las tropas nazis. Era un hombre corpulento, muy alto, rubio y de ojos verdes. Se quedaron observándose en silencio unos segundos, hasta que el alemán preguntó:

—¿Josef Golik?, acompáñame inmediatamente.

Resignado, el médico se dispuso a salir de la casa cuando el nazi ordenó:

—Lleva contigo el maletín donde guardas tus utensilios para trabajar.

Josef sabía que en algún momento llegaría a oídos alemanes que seguía desarrollando una profesión que tenía prohibida. Sabía cuáles eran las represalias. Aun así, no dudó en seguir ejerciendo la medicina. Había asumido su destino. Sintió miedo por su familia. Pero no dijo nada. Cogió el maletín y cerró la puerta caminando detrás del nazi.

Al llegar a las puertas del edificio un coche los estaba esperando.

—Sube —ordenó el militar.

El médico se sentó junto al alemán en el asiento trasero del vehículo. El nazi no lo miró durante el trayecto. No le informó de por qué lo había buscado ni hacia dónde se dirigía. Le sorprendió que él tampoco se atreviese a preguntar y aceptase el destino impuesto.

Sin mirarlo el de la esvástica comentó:

—Hablan de ti como el mejor médico de Varsovia. Eres judío. Tienes prohibido el desarrollo de tu profesión.

—Un médico nace, señor. Nace con la vocación de ayudar. Yo decidí ser médico y es ahora más que nunca cuando mi pueblo me necesita.

—Puedo matarte por eso —respondió el alemán.

—Puede matarme por lo que usted quiera, señor. Sé que el decreto que implantó el Gobierno alemán me impide desarrollar el ejercicio de la medicina, pero dígame, ¿cómo hace un médico para obviar la enfermedad, cuando está en mi mano aliviar algunas veces tanto dolor? Dígame… ¿cómo me olvido de que soy eso para lo que he nacido? Máteme si es lo que ha venido a hacer. Pienso seguir siendo médico si me permite seguir vivo.

—Es probable que lo haga. Pero antes quiero comprobar si es verdad eso que dicen y eres el mejor médico de Varsovia.

Su esposa salió de la habitación junto a sus dos hijos. Se miraron los unos a los otros, sin decir nada. Josef no estaba y no sabían con quién se había marchado. Escucharon arrancar un coche que habían aparcado delante del edificio. Aprisa, se asomaron a las ventanas, sin poder ver nada más que el coche alejarse con su padre, suponían, dentro de él.

CAPÍTULO XXVI

VIELEN DANK (MUCHAS GRACIAS)

«Ser agradecido es una virtud que Dios no concede a todo el mundo. Nunca olvidaré su mirada tranquila. Su silencio y su trato respetuoso. Solo me salía mirarlo y darle las gracias una y otra vez. No sé si era el mejor médico de Varsovia, pero no tardé mucho en cerciorarme de que era la mejor persona que había conocido».

Durante el trayecto divisaron algunos cadáveres que miembros de las SS habían arrojado a la calzada tras el tiroteo. Recorrieron las derruidas avenidas de la ciudad y fueron testigos de cómo los niños buscaban alimentos entre los desperdicios de la basura. Josef sintió la necesidad de mirar el rostro de quien lo acompañaba. El Brigadeführer mostró indiferencia ante el horror.

Durante los minutos que transcurrieron hasta que el coche se detuvo, a la cabeza de Josef llegaron muchas preguntas. En ningún momento del trayecto temió por su vida ni se preocupó por el lugar al que se dirigían. Se cuestionó la muerte, el odio y el adoctrinamiento de quien los apaleaba cada día.

Cuestionó la falta de humanidad de los que llevaban el uniforme con la esvástica. Se preguntó a sí mismo acerca del conformismo de su pueblo, de la falta de sublevación ante la barbarie y del dolor que nunca sería resarcido. Guardó silencio hasta que se le ordenó bajar del vehículo.

El coche se detuvo en una zona que no había sido bombardeada. Un lugar residencial que fue ocupado por las familias de los altos mandos alemanes para el control del gueto y de la zona conquistada.

Entraron en la vivienda por la puerta principal, algo inusual, tratándose del binomio alemán-judío. Subieron las escaleras y cuando llegaron al rellano de la planta superior el Brigadeführer se volvió:

—¿No vas a preguntar para qué estás aquí?

—¿Serviría de algo? —Josef se mostró irónico.

La actitud del judío comenzó a incomodar al alemán.

—Discúlpeme, señor, pero durante estos años mi pueblo ha formulado muchas preguntas que han tenido por respuestas decretos

que silenciaban nuestra palabra. Después llegaron los golpes, el hambre y la miseria en la que nos obligan a vivir… ¿cree que me encuentro legitimado para preguntarle dónde estoy?

La respuesta de Josef Golik dejó al Brigadeführer sin palabras. Sus labios entreabiertos buscaban la respuesta adecuada para contestar al médico. Lo observó en silencio, mirándolo a los ojos, contemplando sus facciones delgadas y las canas de la barba. Comprobó en sus ojos la mirada de orgullo que el gueto no había conseguido borrar. Y quedó asombrado por la sonrisa que el doctor era capaz de regalarle a pesar de todo.

El alemán apretó los puños en señal de rabia. Lo habría matado en ese instante, pero la vida de Constanz podía depender de él. Lo miró con desprecio y juntos entraron en la habitación de la esposa del Brigadeführer.

Josef pidió que lo dejaran ejercer su medicina sin sentirse observado y sin presiones. El Brigadeführer se marchó sin decir nada. Lo que más le importaba en la vida era su esposa.

—Un nuevo doctor al que molestan por mi culpa. Disculpe a mi marido. No acepta que Dios haya elegido mi momento —pronunció la mujer con dificultad.

Constanz estaba sentada en la cama apoyada sobre dos almohadones. A su lado, la comida intacta delató a Josef que estaba ante una mujer que se había abandonado a la enfermedad.

—¿Me permite que la asista, señora? —preguntó amable el médico.

—Claro —respondió ella con una tímida sonrisa.

Ya casi había terminado la exploración, cuando el Brigadeführer volvió a entrar en la habitación. Josef estaba guardando el estetoscopio cuando dijo:

—No toque a la señora y procure cuando permanezca dentro de la habitación tener la boca cubierta.

—¿Qué le ocurre? —preguntó nervioso.

—Disentería.

—¿Qué estás diciendo?, no es posible que un alemán tenga esa enfermedad —respondió altivo.

—Las enfermedades, señor, no entienden de razas. Su esposa manifiesta todos los síntomas: diarreas, dolor abdominal, fiebres y vómitos. Se encuentra débil, y el estómago está muy inflamado, por eso no puede comer. La ingesta de alimentos se hace complicada estando así. A pesar de eso, son necesarios para su recuperación.

La seguridad del médico propició que el alemán accediese a las peticiones que hacía para facilitar la curación de su esposa.

—Que cocinen para ella una dieta rica en verduras y pescado, debe

estar todo triturado para facilitar la digestión —aseveró Josef.

—¿Está seguro de que es disentería?

—Sí, estoy seguro. Desgraciadamente es mucho más frecuente entre mi pueblo que en el suyo. Muy a mi pesar, el índice de mortalidad que provoca esta enfermedad se triplica cuando hay que superarla en el gueto.

El Brigadeführer guardó silencio, hasta que su orgullo le permitió preguntar:

—¿Puede curar a mi esposa?

—Puedo intentarlo y si ella pone de su parte, saldrá adelante. Es una mujer joven y fuerte. Los recursos de los que dispone favorecerán su recuperación.

—De acuerdo. Pero quiero que sepas que te mataré yo mismo si a mi esposa le pasa algo.

Josef Golik mantuvo la mirada fija en los ojos verdes del Brigadeführer.

—Señor, no creo que esté en disposición de amenazar de muerte a quien ya vive condenado, máxime cuando agotó todas las posibilidades para ayudar a su esposa antes de buscarme a mí.

—Eres un impertinente —respondió altivo el nazi.

—Soy un hombre que se respeta lo suficiente como para no dejarse amedrentar por una amenaza de muerte. Supongo que ustedes han conseguido que veamos en ella una escapatoria más que un final. Voy a ayudar a su esposa, y de ella depende salir adelante. Le aconsejo que mientras no esté curada no entre en su habitación y limite la entrada del servicio a una persona que debe permanecer aislada. Nadie debe hablar con su esposa, ni tocarla.

El alemán estaba sorprendido. Nunca había escuchado a nadie hablar con tanta seguridad. No dijo nada. Solo lo miró a los ojos.

—Por otra parte, necesitaría que localizase unos antibióticos para su administración y coloque una jarra con agua junto a la cama de la señora. Debe beber abundante líquido, se encuentra deshidratada, por eso está tan débil —terminó diciendo el médico.

El Brigadeführer sintió que había dejado a su esposa en las mejores manos.

—Debo visitar a su esposa a diario hasta que encuentre mejoría y cerciorarme de la ingesta de los antibióticos.

—¿Cuánto estimas que tardará en recuperarse?

—Es una enfermedad severa, se encuentra muy mal, así que calculo que entre tres y seis semanas.

—Está bien, pondré a tu alcance todo lo que solicitas para facilitar su recuperación. Pero te vas a quedar aquí, no quiero que estés lejos

de ella por si hubiese una recaída.

—Lo siento, señor, pero no puedo dejar a mi familia semanas desatendida. Lo poco que llega a mi casa es fruto de mi trabajo y no puedo permitir que pasen ninguna necesidad. Mis hijos ya están mendigando alimentos en la calle, tengo que volver.

Por primera vez un judío se atrevía a contradecir las indicaciones de un alemán. El nazi estaba perplejo. Por momentos se sentía intimidado ante el derroche de seguridad del médico, y en otras ocasiones pensaba que simplemente estaba delante de un loco.

Lo cierto es que el carácter del médico hizo que el Brigadeführer cediese. Consintió dominar su soberbia y aceptar que dentro de las paredes de su vivienda, aquel judío era la única esperanza que quedaba para Constanz.

Josef vio una oportunidad para sobrevivir, y no lo dudó.

—Quiero pedirle algo a cambio del cuidado de su esposa —dijo Josef.

—Te escucho —respondió el nazi encendiendo otro pitillo.

—Quiero que mi familia disponga de alimentos el tiempo que me encuentre en su casa. Después yo volveré a buscarlo para ellos, y quiero que alguien les haga llegar una nota para que sepan que estoy bien. A estas alturas, es posible que me hayan dado por muerto.

El Brigadeführer regresó con un papel y una pluma.

—Aquí tiene. Escribe lo que quieres hacerle llegar a tu familia. Me encargaré personalmente de que le llegue a tu esposa, junto con los alimentos suficientes que irán entregándose a lo largo de estas semanas.

—¿Cómo sé que me está diciendo la verdad?

—Solo te queda confiar en mí, Sr. Golik, como a mí, solo me queda confiar en ti.

Vieron el coche alejarse y perderse detrás del muro. La esposa de Josef Golik y sus hijos quedaron desconcertados. No supieron qué hacer.

Jonás caminó dando vueltas por la vivienda, buscando una idea que lo llevase cerca de su padre. Su hermano se sentó en una silla tapando el rostro con las manos, y su madre comenzó a llorar. Aquella noche no pudieron dormir.

Al día siguiente escucharon la llegada de un vehículo. Nerviosos se asomaron a la ventana. En el edificio entró un oficial que tardó pocos segundos en llamar a su puerta.

—¿Son ustedes la familia de Josef Golik?

—Sí, es mi padre —respondió Jonás.

Sin decir nada más, el oficial acercó a Jonás una caja con una nota que decía… «A mis hijos y mi esposa»..

Los tres se quedaron de pie, rodeándola. Tenían miedo y mucha curiosidad por saber qué había dentro de la caja y qué ponía en la nota.

CAPÍTULO XXVII

EL SIGNIFICADO DE LOS OBJETOS

«Me paré a pensar el significado tan distinto que tienen para las personas los mismos objetos. Lo que para cualquiera era un trozo de papel con una dirección, para mí era una ventana a la esperanza. Siempre he creído que las señales existen, y que los objetos que llegan a nuestras manos tienen un significado que nos acerca un poco más a nuestro destino. Aquella dirección, que llegó de pronto a mis manos, tenía que significar algo, y yo estaba dispuesta a descubrirlo».

Llegó al Starbucks corriendo. No había mucha distancia desde su nueva a casa a la cafetería de Chay. Entró en el local. Quedaba poca gente.

En el momento en que cerró la puerta, Chay salía del almacén. Se acercó a ella con una sonrisa. Le gustó verla.

—Me dejé el abrigo en la silla. No me percaté hasta que llegué a casa.

—Parece que está siendo costumbre esto de olvidarte objetos en mi local para que salga corriendo detrás de ti a devolvértelos —respondió Chay.

Sonrojada, Ángela miró al suelo. No acostumbraba a hablar con hombres y mucho menos a sentir esa complicidad con nadie.

—Está en el almacén. Salí corriendo cuando me di cuenta de que te habías olvidado el abrigo, pero ya no estabas. Había demasiada gente y fue imposible localizarte. Pensé que volverías a buscarlo.

—Pues muchas gracias.

—¿Por guardarlo o por salir a buscarte? —preguntó con una mirada pícara.

—Por ambas cosas —respondió ella mirando al suelo.

—Voy a buscarlo, espera un segundo.

Chay entró en el almacén y volvió a sacar el papel del bolsillo. Observó la caligrafía que no reconocía, escrita con bolígrafo azul ¿qué hacía Ángela con esa dirección?, se preguntó. Miró el abrigo. Intentó buscar en su memoria un recuerdo donde su madre lo llevase puesto. Pero no lo encontró. Volvió a meter el papel en el bolsillo. Se planteó

preguntarle directamente a su amiga por qué tenía la dirección de su madre. Salió del almacén.

Ángela caminó entre las mesas del local mientras Chay fue a buscar el abrigo. Estaba nerviosa. Temía que la dirección se hubiese caído. Por momentos se reprochaba la idea absurda de buscar su destino en los objetos que encontrase. Sin embargo, algo dentro de ella le impedía dejar de pensar que en esa dirección había algo o alguien esperándola para cambiar su fortuna.

—Su abrigo, señorita.

—Muchas gracias.

Los dos sonrieron a la vez y bajaron la mirada. Sin saberlo, habían llenado el Starbucks de Camden Town de complicidad, y surgió la magia sin que nadie se diese cuenta, ni siquiera ellos.

—Bueno… me… voy marchando —dijo mientras señalaba la puerta.

—Espero verte pronto por el barrio —terminó diciendo el muchacho mientras se colocaba el delantal.

Ángela caminó en dirección a la salida. Chay pensó en proponerle un plan para volver a verla. Ella abrió la puerta. Él respiró hondó antes de preguntar:

—Mañana quiero ir al mercadillo de Portobello, ¿vienes conmigo?

Apenas tardó un par de segundos en responder con una sonrisa.

—Me encantaría.

En cuanto giró la esquina del Starbucks, comprobó si el papel con la dirección seguía en el bolsillo. «No está aquí» —musitó. Nerviosa, metió la mano en el otro. Su sonrisa delató que el papel seguía en su sitio. Lo abrió, quedándose en mitad de la calle observando la dirección. Volvió a guardarlo. Y mientras caminó hacia la casa que compartía con Irune, comenzó a valorar la posibilidad de buscar la dirección del abrigo. En el bolso, el teléfono comenzó a vibrar.

Lo sostuvo mirando la fotografía que anunciaba que quien estaba detrás era su hermana Ana.

—¿Qué quieres ahora? —susurró.

Esperó hasta que el terminal diese todos los tonos de llamada. Volvió a guardar el teléfono en el bolso y siguió caminando.

La puerta de la habitación de Ángela estaba cerrada, Irune, que acababa de llegar a casa, dio un par de toques en la puerta.

—Voy a hacer la colada, ¿necesitas que me lleve algo? —preguntó.

Nadie respondió. Sigilosa, abrió la puerta. El dormitorio estaba perfectamente ordenado. Sonrió al ver que el cuadro de Queen ya no

estaba torcido, y el volante de la colcha, que llevaba descosido tantos meses, estaba arreglado. Comprobó que, en la mesita, Ángela había rescatado el gato chino del armario. Se sentó en la cama y lo observó de cerca. A su mente volvió el recuerdo del momento en que lo guardó en el cajón para no volverlo a ver. La última vez estaba al teléfono. La madre le informó entre lágrimas del fallecimiento de su padre mientras la muchacha seguía el balanceo de la figura. Cada vez que lo miraba volvía a ese instante, y decidió guardarlo. Pensativa, lo sostuvo unos segundos entre las manos. Se planteó tirarlo al suelo con la fuerza que le daba el dolor. Levantó la mano para hacerlo y miró a su alrededor. Ángela había sacado el recuerdo del armario, probablemente porque el significado que podía tener para ella en nada se acercaba al que le daba Irune.

Lo volvió a colocar sobre la mesa. Se levantó. Abrió la puerta y miró atrás observando el balanceo del gato. Cerró los ojos y respiró antes de salir de la habitación.

Desde que Ángela se marchó del Starbucks, Chay no dejó de buscar entre sus recuerdos una imagen de su madre con el abrigo de cuadros. Nunca había visto una prenda con esas características. Era un abrigo antiguo. Su madre no vestía ropas con esos tonos. Lo más probable es que no le perteneciese. Razón de más para buscar una explicación lógica a la dirección del bolsillo.

Se quitó el mandil colgándolo ante la atenta mirada de su empleada. Decidido, salió de la cafetería. Caminó hasta la dirección del abrigo.

La puerta de Elisabeth se abrió. No esperaba visitas a esa hora.

—Soy yo, madre, no se asuste —pronunció Chay.

—¡Qué sorpresa, hijo…!, no te esperaba a esta hora.

El muchacho se acercó a su madre y la besó en la frente antes de sentarse en el sillón que había frente al suyo. Durante poco más de una hora charlaron. A Chay le gustaba bromear con los viandantes y su madre olvidaba durante ese momento la tristeza que la acompañaba.

—Mañana no podré venir a verla, madre.

—Bueno… espero que no sea por trabajar aún más, tienes que descansar.

—Mañana he quedado con una chica. Vamos a Portobello.

Elisabeth evidenció su sorpresa arqueando las cejas.

—Solo es una amiga, no empiece a imaginar, que la conozco —reaccionó Chay desde la puerta.

—Pásalo bien. Ya me contarás.

Estaba a punto de marcharse, cuando la imagen del abrigo y la nota con la dirección volvieron a su mente. Se detuvo y sin volverse preguntó:

—Madre, ¿usted alguna vez llevó un abrigo a Blitz ?

—No sé qué es ese Blitz, y tampoco he llevado nada allí.

La respuesta que Elisabeth dio a Chay lo llenó aún más de dudas. Abrió la puerta.

—Hasta pronto, madre —se despidió.

Al bajar a la calle, se detuvo frente al edificio. Desde hacía más de veinte años, aquel bloque de viviendas estaba destinado principalmente al alquiler turístico. Una empresa americana había ido comprando las viviendas a los inquilinos y en el bloque solo quedaba Elisabeth. Se alejó pensativo. No podía ser de otra forma. El abrigo y la dirección solo podían pertenecer a su madre. ¿A quién si no?

CAPÍTULO XXVIII

CONFÍA EN TU INTUICIÓN

«Es fácil saber cuándo la intuición nos manda señales. Si no eres incapaz de quitarte ese pensamiento de la cabeza y algo en tu estómago revolotea, te hace sentir nervioso y tienes una necesidad imperiosa de salir a hacerlo, es que esa intuición está gritándote que lo hagas. No lo pienses, hazle caso. Por algún motivo, solo la intuición sabe que eso que está gritando es bueno para ti. Así que, aunque te dé miedo o vergüenza, aunque tus complejos hagan el trabajo contrario y pretendan frenarte; cierra los ojos y confía en ella. La intuición está hablándote por algo. Siempre te habla por algo. Escúchala».

Miró el móvil y caminó siguiendo las indicaciones que le marcaba el camino coloreado de azul de la pantalla del teléfono. Había puesto en el buscador la dirección que encontró dentro del abrigo.

Por primera vez desde su llegada a Camden, no observó todo cuanto la rodeaba, ni se percató de las personas que se cruzaron a su paso. No miró los escaparates que llamaban su atención. Simplemente caminó siguiendo las indicaciones que marcaba el callejero del teléfono. Llevaba el bolso cruzado, el móvil en una mano y el abrigo en la otra.

Cinco minutos. Era el tiempo que restaba hasta llegar a su destino.

«¿Qué estoy haciendo?» pensó nerviosa. «Probablemente, la persona que estuviese tras la dirección no tuviese nada que ver con el abrigo» se reprochó a sí misma. Siguió caminando unos metros más.

—Esto es una locura, qué vergüenza. No voy a seguir con esta tontería —dijo en voz alta.

Se detuvo en mitad de la calle. Guardó el teléfono en el bolso y sacó del bolsillo la dirección. La observó unos segundos antes de arrugar el papel y tirarlo al suelo.

Caminó en dirección contraria enfadada. Regresó a casa y se encerró en la habitación. No tenía ganas de hablar.

El día amaneció gris en Camden. Ángela abrió la ventana de su habitación y se quedó mirando a una chica que caminaba por la calle algo perdida. Llevaba un mapa en la mano y una maleta arrastrando de la otra. Se recordó, la muchacha era ella hacía apenas dos semanas.

Se levantó melancólica y triste. Su ánimo tenía el color del cielo de Camden, y su pensamiento no abandonó el papel que había tirado a pocos minutos de llegar a su destino. La idea de encontrar la felicidad a través de las señales la obsesionaba. Sintió que había perdido una oportunidad que le había regalado el destino.

—Buenos días, Bella Durmiente —voceó Irune desde el sofá, donde en bragas y camiseta daba sorbos a un zumo de pomelo.

Ángela se recostó en el marco de la puerta.

—Buenos días, Irune… ¿no tienes frío?

—El frío es algo psicológico, amiga. Cuanto más frío piensas que tienes, más frío tendrás, como todo en la vida.

La muchacha no pudo evitar soltar una carcajada ante el desparpajo de su compañera.

—Tiene todo el sentido. Además, lo puedes aplicar a todo lo que quieras. Si te convences de que eres miedosa, nunca serás capaz de hacer nada.

—Estás muy loca, Irune.

—Tu mente te lo recordará cada vez que lo intentes. Pasa lo mismo al contrario, si te convences de que eres valiente, de que nadie puede pararte, harás lo que te propongas, porque estás convencida de ello.

—¿Y eso qué tiene que ver con el frío?

—Si piensas que hace frío, que el día está triste, y eres capaz de convencerte, ni esa sudadera ni el mejor plan del mundo harán que veas el día de otra forma. Todo está en nosotros, Ángela. Así que no, no tengo frío, y estoy desayunando para disfrutar a tope de este hermoso día gris que nos ha regalado hoy Camden.

La miró perpleja.

—Ojalá yo fuese como tú —se lamentó.

Durante el desayuno no se dijeron nada. Ángela pasó el rato reflexionando las palabras de su compañera.

—Aún no sé muy bien qué he venido a hacer aquí, pero cuando termino de hablar contigo, caigo en la cuenta de que todos estos momentos serán los que recuerde cuando me marche de este lugar. Gracias a ti lo haré con una sonrisa. Venir hasta aquí ha merecido la pena solo por conocerte, Irune.

—Eres una sosa muy entrañable, ven aquí. —Irune se abalanzó sobre la muchacha con los brazos abiertos.

Fue incapaz de reaccionar a la emoción de su amiga. Irune la

abrazó con fuerza, meciéndose con ella. Una lágrima se derramó por la mejilla de la muchacha que acompañó de una sonrisa. Era la primera vez que Ángela lloraba de felicidad.

—Algunas personas tienen la capacidad de hacer magia en otras. Consigues que vea las cosas de otra manera y que me sienta a salvo cuando estoy cerca de ti. Eres muy guay —confesó emocionada.

—Ángela, a ver cómo te lo digo… las personas adultas no dicen guay. No lo digas más o te mirarán raro.

Ambas soltaron una carcajada.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó Irune.

—Pues… he quedado con el chico del Starbucks, el que te comenté.

—Uhhh… una cita —gritó Irune—. ¿Dónde vais?

—A Portobello.

—¿Al mercadillo? ¿Una cita en un mercadillo? Madre mía… me lo pregunta a mí y se va con Rita.

—¿Quién es Rita?

—Déjalo, querida… ese chico es perfecto para ti. ¿Y qué vas a ponerte?

—Un vaquero y esta sudadera. Tampoco es que aquí tenga mucha más ropa.

—¿Tu primera cita en tropecientos años y te vas a poner una sudadera? No te lo crees ni tú.

—Técnicamente… es la primera cita de mi vida.

—Tranquila. Aquí está la tita Irune para ayudarte, así que venga, tómate ese café rápido y cámbiate el pijama que nos vamos de compras. Voy a hacer de ti el pibón de Camden.

Irune y Ángela eran muy diferentes, sin embargo, juntas hacían un binomio perfecto. La mañana se llenó de risas y momentos divertidos entre las dos. En algunos de los rincones más emblemáticos del barrio sacaron fotos juntas para el recuerdo. A Ángela le costaba entender que esa desconocida le hubiese aportado tanto en apenas unos días.

Irune había llegado como un fuerte vendaval y arrasó con la tristeza y melancolía que acompañaban a su amiga. Ángela pasaba tiempo observándola, intentando comprender cómo había podido llegar tan adentro alguien que estaba tan lejos.

—¿Me vas a hablar un poco de ti? —preguntó Irune.

—¿Qué quieres saber de mí?

—¿Qué haces aquí? En Londres, en mi casa, ¿por qué nunca respondes al teléfono cuando esa tal Ana te llama? ¿Es tu exnovia?

Ángela negó con la cabeza dando sorbos a la taza de café. Irune se

recostó en el respaldo de la silla, esperaba que su amiga diese respuesta a algunas de sus preguntas.

—Estoy aquí porque mi psicóloga me lo ordenó. Este viaje forma parte de una terapia para superar el duelo por la muerte de mi madre. No he tenido una vida común. No soy como el resto de las mujeres de mi edad y lo peor es que hasta que he llegado aquí, tampoco he querido serlo nunca.

Irune estaba sorprendida.

—No he sabido caminar sin guía, y ahora me encuentro a ciegas en mitad de la vida, sin saber si quiera quién soy.

—¿Por qué en Londres?

—Llegué aquí por azar, podría haber sido cualquier lugar del mundo. A tu casa me llevó el cartel que pusiste en una de las farolas del barrio. Ana es mi hermana y no tengo nada que contarle, por eso nunca le contesto.

—Vaya… —contestó Irune—. Me parece raro estar hablando con una desconocida de cosas tan *heavies*… joder, pensé que solo eras rara, coño, y resulta que llevas mucho más equipaje del que traes en la maleta.

Ángela sonrió.

—¿Y si no hablamos más de ese tema y tú sigues pensando que solo soy rara?

—¿Te crees que puedo olvidar que compraste un abrigo feo en Blitz? —Irune sacó la lengua, bromeando.

—¿Y si te digo que dentro del bolsillo del abrigo feo había una dirección?

—¿Una dirección? ¿De quién? ¿De quien llevó el abrigo?

—Estuve a punto de llegar al sitio, pero cuando apenas quedaban cinco minutos para llegar al destino tiré el papel y me di la vuelta. Era una tontería. Posiblemente la persona que viva en esa dirección no tiene nada que ver con el abrigo.

—No me lo puedo creer, ¿has dicho que tiraste el papel? —Se quedó pensativa unos segundos—. ¿Hay forma de recuperar la dirección?

—Debe estar memorizada en el callejero del teléfono. Pero… ¿qué más da?

—Saca el móvil. ¿Y si quien está detrás del papel es un director de cine que busca musa y es un señuelo? Madre mía, Ángela… no entiendo cómo no piensas esas cosas.

Sin dejar de reírse, Ángela sacó el teléfono del bolso, miró en las búsquedas recientes del callejero y comprobó que la dirección del abrigo seguía ahí.

—Aquí está.

—Dale a localizar, para ver a qué distancia estamos.

Ángela comprobó que estaban a trece minutos de la dirección del abrigo. Se lo mostró a Irune.

—Termínate el café, vamos a ver quién está detrás de la puerta que señala el abrigo. ¿Quién sabe? ¿Y si estaba ahí puesta para ti? —preguntó la de las rastas.

CAPÍTULO XXIX

MARIONETA CON GALONES

«Nadie me sacudió tanto como lo hicieron sus palabras. Fui consciente de que estaba escondiéndome de la realidad. Ocultando un horror para huir de él y de mi culpa. Comprendí que, desde mi posición, debía hacer algo más que esconderme y ser una simple marioneta con galones».

—Dispondré una habitación para ti.

—No se preocupe, señor, me conformo con poco. En los últimos años me he adaptado. Nos han obligado a hacerlo —respondió el médico.

Se miraron fijamente. En silencio. El Brigadeführer tenía delante a uno de los hombres más valientes que había conocido.

Dejaron la caja en la mesa y se miraron los unos a los otros. La nota era de Josef. Podía tratarse de una despedida. Estaban aterrorizados.

—No aguanto más —gritó Jonás—. Voy a abrirla.

La madre se sentó temblorosa, esforzándose por aguantar el llanto.

Jonás rompió el sobre. Sacó la nota y enmudeció al comprobar que la letra era de su padre.

—Léela —ordenó su hermano.

En voz alta, Jonás comenzó a leer:

> *Querida esposa e hijos:*
>
> *He tenido que marcharme por motivos de trabajo. No sé si voy a volver. Debo tratar a un paciente que se encuentra delicado, y aunque su cuidado puede costarme la vida, soy consciente de que estar aquí supone una oportunidad para nuestra familia.*
>
> *A cambio de mi exposición, se os enviará semanalmente una caja con comida que atravesará los muros del gueto.*
>
> *No está permitido que preguntéis nada. Nadie os dará respuestas. No quiero que sepáis ni dónde estoy, ni con quién. Solo que os*

ocupéis de manteneos a salvo hasta que todo esto pase. Estoy bien. Tranquilo y feliz sabiendo que puedo hacer algo por vosotros.

No recibiréis más cartas. Debo ocuparme del paciente y el motivo que me ha traído hasta aquí. Necesitaba escribir estas líneas porque he de pedir perdón. Primero a ti, querida Joana, por no ser hombre antes que médico y no poner por delante de mi profesión a mi familia. Y a vosotros, hijos, por dejar que, a vuestra edad, tengáis que ser hombres en mitad de la tormenta. Confío, tenéis buenas raíces y sé que saldréis adelante, conmigo o sin mí.

Josef Golik

Jonás miró a su madre. Lloraba. Buscó un objeto para hacer palanca y abrir la caja. Dentro había pan, queso, legumbres, mantequilla y una botella de leche.

Fue la primera de las siete cajas que recibieron.

Los días fueron pasando en la casa de extramuros de Varsovia. Josef tenía una rutina de trabajo con su paciente. Le administraba antibióticos y elaboró una dieta rica en nutrientes que ofreciesen a Constanz lo que necesitaba para recuperarse.

Las primeras semanas fueron difíciles. La esposa del Brigadeführer estaba muy débil. Pacientemente, Josef atendía cada día a la mujer. Se encargó de administrarle la medicación y cerciorarse de que se hidrataba lo suficiente. Al caer la tarde, se sentaba junto a ella y charlaban sobre algún tema que obligase a la esposa del alemán a incorporarse y buscar fuerzas dentro de ella. Poco a poco, Josef consiguió que fuese mejorando. La fiebre desapareció y Constanz comenzó a ponerse de pie.

Desde la ventana del jardín, el alemán observaba los avances de su esposa con escepticismo. Había pensado en dejarla ir y darse por vencido. Pero los cuidados del doctor Golik dieron paso a la esperanza en el Brigadeführer.

Durante las semanas que el doctor pasó en la casa de los alemanes, se fue haciendo un hueco entre sus miembros. El personal recibía ayuda de Josef, que lejos de sentir que le debían servicio, colaboraba en las tareas como uno más. No era extraño verlo en el jardín o ayudando a colgar unas viejas cortinas.

El Brigadeführer tardó más en rendirse al encanto de las conversaciones del doctor. Era un hombre culto. Tenía el don de la oratoria y acabó enganchando al nazi a tertulias nocturnas antes de ir a dormir. Hablaban de política, de su pueblo, de sus familias. Se

atrevieron a debatir acerca del amor, la muerte y el dolor. Aprendieron a conversar y detrás del humo de un cigarrillo se les podía ver pensativos y atentos a las palabras del otro.

Sin compartirlo con nadie, Jonás navegaba a solas con sus pensamientos. Asomado a la ventana, observaba los muros del gueto. Durante esas semanas, rezó a Dios muchas veces por volver a ver a su padre con vida. Sintió culpa y remordimientos por todo lo que no hizo, y no le dijo. Sintió miedo de no volverlo a ver. Para Jonás, su padre era la persona más importante de su vida, y nunca fue capaz de confesárselo.

Salieron al porche de la vivienda. Era una noche de jueves de la séptima semana desde la llegada del médico a la casa del Brigadeführer.

—Golik, quiero pedirte algo.

—Dígame, señor —respondió el médico.

—Constanz no ha salido de esta casa desde que llegamos a Varsovia. No tiene constancia de las condiciones de los judíos en el gueto. Ella está al margen de todas las decisiones que tomamos en el partido y no es consciente del avance de las tropas alemanas. No quiero que sepa nada.

Josef lo miró sorprendido.

—¿De verdad puede alguien que vive dentro del horror estar ajeno a todo esto? —preguntó el judío.

—Constanz no pertenece al partido. Ella pertenece a mi vida. Es lo mejor que me ha pasado. Y no voy a permitir que le cuentes nada que pueda hacerla sufrir. Tengo intenciones de trasladarla a nuestra residencia en Frankfurt en cuando esté totalmente recuperada.

—Me sorprende lo que dice, señor.

—¿Qué es lo que te sorprende? —preguntó molesto el de la esvástica.

—Que sintiéndose tan orgulloso de lo que hacen, justificando la guerra y el trato a los judíos, usted sienta la vergüenza suficiente como para querer ocultar todo lo que hace a quien más ama.

—Podría matarte por estas palabras.

Un escalofrío recorrió la nuca del médico.

—Pero no lo hará —se atrevió a contestar—. En pocos días su esposa estará prácticamente recuperada y yo podré marcharme.

Regresaré una vez en semana para vigilar su evolución.

El Brigadeführer encendió un cigarrillo. Dio una calada antes de responder:

—Te lo agradezco mucho, pero una vez que te marches me gustaría que no volvieses. Mucho menos hables con nadie de la relación que has podido tener con mi esposa y conmigo. Ya podrás imaginar la repercusión que todo esto tendría en mi partido.

Josef tardó unos segundos en responder.

—Claro, señor, ningún problema. Cuando su esposa mejore, cualquiera de los doctores alemanes podría vigilar su evolución. Sin embargo, permítame decirle algo. —El judío se acercó al alemán, y quedándose a pocos centímetros de él le dijo—. Usted, estando en esa posición privilegiada, donde mira a todo el mundo subido en su pedestal, siente vergüenza y miedo por mostrarse realmente como es. Por sentirse agradecido, y hasta por haberse acercado a un judío y apretar su mano.

El Brigadeführer recibió molesto las palabras del judío. Josef siguió hablando.

—Es usted un cobarde, señor, una marioneta con galones que no se atreve a reconocer que algo ha cambiado en usted después de permitir que trate a su esposa y mucho menos se atreverá a decirle a Hitler que es un completo loco. Desde su pedestal, puede matarme por deslenguado, o simplemente por ser judío, y aun haciéndolo sabrá que estoy en lo cierto. El mundo necesita valientes. Y ahora, si me disculpa, voy a retirarme a descansar, en unos días me marcharé.

El Brigadeführer sacó el arma que llevaba guardada junto al bolsillo del pantalón y apuntó a la cabeza de Josef.

—Hágalo. Y ahórreme el hambre y la miseria en que me ha condenado a vivir.

El alemán miró a los ojos del judío y no pudo apretar el gatillo.

—Márchate inmediatamente a tu habitación —ordenó.

El Brigadeführer se quedó solo en el porche, pensando en las palabras del judío, que con paso firme se marchó.

—Señor, preguntan por usted al teléfono. Llaman desde Berlín —un chico joven del personal de servicio avisó.

—Dígame —respondió el nazi al teléfono.

Alguien con voz ronca habló al otro lado:

—En veinte días los judíos serán enviados a los campos de trabajo. Sé que es poco tiempo. Prepáralo todo.

CAPÍTULO XXX

HASTA SIEMPRE, AMIGO

«Lo que más odio de las despedidas es no saber qué decir. Ese silencio que se eterniza y precede a un adiós que no quieres escuchar. Siempre he odiado las despedidas, y en esta ocasión, el problema no fue saber que no te vería nunca más, sino que se me quedaron muchas cosas por decirte».

En la puerta de la vivienda, un coche esperaba a Josef para devolverlo al gueto. Habían pasado poco más de siete semanas desde su llegada. Durante ese tiempo, dejó de pasar hambre y sintió la culpa de olvidar cómo estaría su familia en intramuros. El Brigadeführer y su esposa lo esperaron en el porche.

—Doctor —comenzó hablando Constanz—, quiero agradecerle de todo corazón el esfuerzo y la profesionalidad que ha empleado para curarme.

—Me lo ha puesto usted muy fácil, señora. Ha sido una gran paciente.

—Habría muerto si usted no llega a entrar en esta casa. Jamás lo olvidaré. Espero volver a verlo.

El médico le sujetó las manos y correspondió sus palabras con una sonrisa. El Brigadeführer observó la escena en silencio.

No habían vuelto a hablar desde la conversación en el porche y la despedida se tornó fría entre ellos. Josef avanzó hacia el vehículo. El conductor lo esperaba con la puerta abierta.

—Espera —gritó el alemán—, quiero acompañarte.

El médico, que lo escuchó hablar a su espalda, no se volvió. El Brigadeführer caminó hasta el vehículo, sentándose junto a Josef en el asiento trasero.

Recorrieron en silencio los casi diez kilómetros que separaba la vivienda del gueto. Faltaba poco para llegar a las inmediaciones, cuando el nazi se atrevió a decir:

—Golik, le agradezco que haya curado a mi esposa. Es un buen médico.

Josef no dijo nada. Ni siquiera dirigió la mirada al Brigadeführer.

Permaneció en silencio mirando a través de la ventanilla.

—Quería pagarte los eslotis que corresponden por el trabajo que has realizado.

El médico seguía en silencio observando las calles destruidas y los edificios en ruinas que habían dejado los nazis al paso de las bombas.

—¿Es que no me está escuchando?

Josef respiró profundamente. Durante unos segundos lo miró en silencio, hasta que se atrevió a decir:

—Ha tenido usted mucha suerte. Los oficiales que siguen sus instrucciones podrían haberme matado. Su esposa no habría tenido ninguna oportunidad. Me alegra que no fuese así y Constanz siga viviendo. Es una buena mujer.

El Brigadeführer sintió un nudo en la garganta.

—Sin embargo —continuó hablando el médico—, ¿se ha parado usted a pensar cuántas personas de mi pueblo están falleciendo por inanición, enfermedades o asesinados?

—Cállate.

—¿Se ha planteado cuántos de ellos se han ido sin permitirle al mundo disfrutar de sus conocimientos y de su presencia?

—Eres un impertinente. He dicho que te calles.

—Ojalá estos días, cerca de este humilde judío, hayan sido los suficientes para que pueda plantearse todas esas teorías en las que ha sido educado o adoctrinado.

El Brigadeführer agarró de la camisa a Josef. El médico lo miró a los ojos y dijo:

—Ojalá entienda que detrás del odio solo hay miseria, tragedia y muerte.

El alemán bajó la mirada y lo soltó. Por primera vez sintió vergüenza y aunque fue incapaz de exteriorizarlo, el escalofrío que recorrió su cuerpo hasta la nuca lo alertó de que el médico de Varsovia había calado mucho más hondo de lo que él era consciente.

El vehículo se detuvo a la entrada del muro del gueto. El médico hizo ademán de bajarse cuando el Brigadeführer le agarró el brazo.

—Gracias —le dijo.

Josef abrió la puerta del coche. Bajó una pierna y se volvió.

—Me voy a marchar sin conocer su nombre.

—Brigadeführer Herr Frank Meyer —le respondió el nazi.

—Señor Meyer, gracias por su hospitalidad estas semanas y el trato que me ha dedicado. Lástima que no sea capaz de hacerlo de la misma forma fuera de los muros de su vivienda.

El alemán no respondió.

—No se preocupe —siguió diciendo el médico—. Durante estos

días, yo también he podido pensar. He llegado a rectificar mi opinión sobre los suyos. Me pregunto quién puede culpar a los que son instruidos desde el odio y educados con mentiras. Sin más opciones. Sin la posibilidad de acercarse a otra realidad.

Josef se bajó del coche, cerró la puerta y no miró atrás. Caminó hacia los muros del gueto atravesándolos. No escuchó arrancar el vehículo. Desde dentro, el Brigadeführer Herr Meyer observaba como el mejor médico de Varsovia se alejaba volviendo a su realidad.

—No arranque hasta que se lo ordene —indicó al conductor.

Había caído la noche en Varsovia y Jonás se sentó con sus pensamientos junto a la ventana, mirando los muros del gueto y esperando una noche más que su padre apareciese tras ellos. Escuchó unas risas a lo lejos. Abrió la ventana y se asomó. Al final de la calle, un oficial de las SS caminaba dando tumbos en dirección al muro. Estaba borracho y llevaba una botella en la mano.

Jonás lo miró con rabia, «ojalá te caigas y te abras la cabeza» —musitó.

El oficial se percató de la presencia de Jonás y asustado, el muchacho se retiró de la ventana. Apenas habían pasado unos segundos cuando escuchó un disparo.

Josef caminó en dirección al gueto, sin percatarse que el Brigadeführer Herr Meyer seguía en el vehículo sin moverse. A solas con su conciencia, debatiéndose qué hacer en ese momento, y haciendo un esfuerzo por lidiar con su culpa.

Durante las siete semanas que permanecieron juntos, el médico comprobó que detrás de la esvástica aún quedaban almas permeables al amor. Meyer demostró que era una gran persona. El problema es que debía tener la valentía suficiente para enfrentarse a la locura. Arriesgar su vida para que otros dejasen de morir en balde, y no estaba muy seguro de que fuese capaz de hacerlo.

Escuchó a lo lejos unas risas, pero no vio a nadie.

A su paso se cruzó con algunos judíos que buscaban comida por la calle, y cuando apenas se encontraba a pocos metros para llegar al portal de su casa, se detuvo frente a él un oficial de las SS que había recorrido la calle dando tumbos.

—Alto, judío —gritó. Sacó su arma y le disparó en la cabeza.

Josef cayó desplomado al instante. De fondo se escucharon gritos

de personas que presenciaron la escena. Alguien escuchó el disparo desde el interior del edificio. Cuando el SS levantó la cabeza comprobó que había un chico asomado a la ventana.

El doctor Golik quedó tendido, con los ojos y los labios entreabiertos. El maletín que llevaba se abrió con la caída y parte de sus instrumentos de trabajo quedaron tendidos en el suelo. Tenía cuarenta y ocho años y acababa de morir el mejor médico que había conocido Varsovia.

Desde el interior del vehículo se escuchó un disparo. El Brigadeführer pensó en Josef. Salió deprisa dejando la puerta abierta y corriendo atravesó los muros del gueto. Le bastaron pocos metros para poder adivinar la silueta de su amigo. Josef estaba tendido en el suelo rodeado de un charco de sangre y de los utensilios que sirvieron para revisar a Constanz cada mañana. El borracho que le disparó continuó su camino dando tumbos. El Brigadeführer, sin pensarlo, sacó su arma disparándole un tiro por la espalda.

El hombre se desplomó de inmediato y la botella continuó girando hasta chocar con el muro. Escuchó un grito desde el edificio «Tú no, papá». El Brigadeführer se subió al vehículo dando la orden de continuar hasta su residencia.

Jonás escuchó un disparo cuando se encontraba a pocos metros de la ventana. Se estremeció al oírlo. Se asomó y lo vio en el suelo, mientras la sangre brotaba del cadáver.

Su madre acababa de salir de la habitación y cruzó la mirada con la de Jonás, que sin decir nada ya anunció con sus ojos la muerte de su padre.

Salió corriendo. Quería bajar a la calle, tocar a su padre, abrazarlo, y gritar de rabia. Intentó abrir la puerta, pero estaba atascada. Le dio patadas y puñetazos mientras gritaba. Su madre lloraba en el fondo de la sala. Escucharon otro disparo. Jonás consiguió abrir la puerta. Se detuvo en el portal, desde donde ya podía ver el cuerpo de su padre bañado en un charco de sangre.

Escuchó arrancar un coche, pero no levantó la cabeza. No podía ver nada, se ahogaba en el llanto. Se acercó a su padre. Se arrodilló junto a él y meció su cuerpo pidiéndole perdón las mismas veces que le agradecía todo cuando le había enseñado.

El Brigadeführer Herr Meyer, con voz apagada ordenó al chófer que lo llevase a su domicilio. Durante el trayecto no dijo nada, mantenía la respiración agitada y la mirada fija en el espejo retrovisor del vehículo.

Cuando se detuvo en la entrada del domicilio, Meyer se apresuró a bajar, cruzó el porche y entró directamente en el despacho. Cerró la puerta con llave, y se sentó en su sillón. Aceleró la respiración. Se llenó de rabia, y de un golpe seco tiró todo lo que había en la mesa. Rompió a llorar sin consuelo. No sabía por qué.

Tardó varias horas en serenarse. Salió al porche y miró al cielo estrellado de Varsovia. Aún no era consciente de que las siete semanas que el médico pasó junto a él, habían cambiado su vida. Esa noche nació el Brigadeführer Herr Frank Meyer que conocería Jonás Golik.

CAPÍTULO XXXI

LA CITA CON EL DESTINO

«Eso de lo que no puedes huir. El único capaz de hacernos entender el porqué de lo que sucede. Eso que anhelo conocer sin disfrutar del paseo que me regala el presente. Eso que llaman destino».

Miró la hora del reloj.

—Irune, tengo que volver a casa, he quedado con Chay en un rato y no me va a dar tiempo de arreglarme.

—Estamos solo a trece minutos. No sé cómo puedes aguantar las ganas de ir. A mí me mata la curiosidad. Vamos, será algo rápido.

El tiempo era solo una excusa. A Ángela lo que realmente le asustaba era perder la ilusión que había nacido en ella desde que compró el abrigo. La idea de que fuese una señal que debía seguir la atrapó. Y aunque hizo grandes esfuerzos por razonar la teoría, sentía que era incapaz de abandonar la creencia. La curiosidad por conocer a la persona que se encontrase en la dirección era comparable con el miedo que sentía a pensar que detrás de la puerta no hubiese nada especial.

—¿Te imaginas que esto sea un concurso de la BBC, y regalan un millón de libras al primero que llame a la puerta? —planteó Irune emocionada.

—Pues yo espero que, de ser así, no me saquen con estas pintas en la tele. Ni a ti tampoco. Llevas la camiseta llena de manchas —respondió Ángela.

Caminaron entre risas y recorrieron sin darse cuenta los trece minutos que distaba el café de la dirección del abrigo.

—Este es el portal, ¿qué número de piso indicaba el papel? —preguntó Irune.

—No había piso. Acabo de caer en la cuenta de que solo estaba el número del edificio y la calle, pero no se indicaba la vivienda exacta.

—Vaya…

—Ha sido una tontería llegar hasta aquí. —Ángela tiró del brazo de su amiga—. Vámonos.

Habían caminado unos metros en dirección contraria cuando Irune

se detuvo.

—Espera un momento. Ese abrigo es muy antiguo, no sabría decirte de qué año, pero si estaba en Blitz no puede pertenecer a alguien joven.

—¿Y qué quieres decir con eso? —Ángela la miró insegura.

—Que entres en el edificio y preguntes por la persona más anciana que viva en él. No creo que encuentres a muchas. Ese abrigo tiene más de sesenta años.

Ángela miró el reloj.

—Te da tiempo, solo será un momento, venga. Yo te espero aquí. —Irune hizo un gesto con la mano, animándola a subir.

Se sentó en su viejo sillón desde el que veía pasar la vida de Camden. Seguía leyendo novelas románticas, aunque su visión ya no daba para mucho. Algunas veces, detenía la lectura y estudiaba las arrugas de sus manos.

La mirada quedaba vidriosa cuando contemplaba su reflejo en el cristal, y observaba la tez pálida, y el efecto del paso del tiempo. Se acariciaba la cara, y por momentos no se reconocía. Le gustaba vivir en el recuerdo de su pasado, donde aún tenía fuerzas y quedaba la esperanza del tiempo, algo que ya jugaba en su contra. Vivía sola. Apenas recibía visitas. Tan solo la de la chica que la ayudaba con la limpieza del hogar cada semana. Llevaba tiempo en el barrio, pero nadie le conocía amigos. Era una mujer seria, solitaria, inteligente y culta. Hablaba varios idiomas y solía esbozar una tímida sonrisa cuando alguien se cruzaba con ella a la salida del edificio. A menudo, entonaba una canción de cuna mientras cerraba los ojos y se recostaba en su sillón, decía que prefería que la muerte la recibiese cantando.

Estaba llena de recuerdos que bailaban constantemente por su cabeza y pasaba los días entre el pasado y el reflejo de su presente.

—¿Qué voy a decirle cuando abra la puerta? —susurró mientras caminaba hacia el portal.

Miró a Irune y cruzó las dos puertas que daban la bienvenida al edificio. En el *hall* no había nada más que unas viejas escaleras de madera con un pasamanos pitado de blanco.

Escuchó hablar en la planta primera y, decidida, subió las escaleras.

En el rellano, una mujer vestida con un traje de chaqueta gris charlaba con una pareja.

—Disculpe —dijo Ángela—. ¿Conoce usted a las personas que viven en este edificio?

La mujer de la chaqueta la miró de reojo.

—Este edificio pertenece casi en su totalidad a la empresa que represento —respondió— y espero que en poco tiempo podamos hablar del edificio al completo. Las viviendas están reformadas con materiales de altas calidades. Solo están disponibles en régimen de alquiler turístico. Si lo desea puedo enseñarle alguna cuando termine con estos señores —dirigiendo una sonrisa a la pareja.

—Gracias. Pero no estoy interesada en alquilar. ¿Sabría decirme cuántas viviendas quedan aún con inquilinos?

—Solo dos, pero insisto, en poco tiempo nos haremos con el edificio al completo. Se trata de personas ancianas, no creo que les quede mucho. Y ahora si me disculpa, tengo que seguir trabajando.

La mujer de la chaqueta gris abrió una de las puertas del rellano y animó a la pareja a entrar dentro mientras ella miraba de reojo a Ángela.

—¿Sabría decirme qué dos viviendas son las únicas que están ocupadas por propietarios? —preguntó Ángela.

—Si pretende usted ejercer un derecho de compra, ya puede ir olvidándose. Mi empresa tiene firmado un derecho de adquisición preferente, por lo tanto, llega tarde, señorita —la mujer contestó molesta.

—No, tranquila. No pretendo comprar nada. Estoy buscando a alguien. Nada más.

La mujer de la chaqueta comenzó a escribir en la documentación de la carpeta y sin mirar a Ángela respondió:

—En la planta segunda y tercera, piso A.

La muchacha subió el tramo de escaleras hasta la segunda planta con paso lento, cuando ya había llegado prácticamente al rellano se dijo:

—Esto es una tontería.

Y comenzó a bajar. Se detuvo.

—¿Y si estaba en mi destino encontrar el abrigo? —musitó.

Volvió a subir.

—Tengo que saber quién puso la dirección en el bolsillo —dijo mientras subía decidida.

Sus pensamientos la llevaron hasta la tercera planta. Se detuvo delante de la puerta con la letra A. Levantó el brazo para llamar, pero la cobardía que la acompañaba cada día hizo que se detuviese. Dio media vuelta y bajó las escaleras en completo silencio.

Miró por la ventana y comprobó que el cielo de Camden estaba nublado.

—Como casi siempre —susurró.

Esa mañana se levantó más melancólica que de costumbre. Necesitaba salir y dar un largo paseo. Le gustaba caminar por el parque que había a pocas manzanas del edificio y sentarse siempre en el mismo banco, el que estaba justo debajo de los árboles.

Era consciente de que bajar y subir las tres plantas que separaban su vivienda de la calle suponía una dura prueba para sus ochenta y nueve años, pero esa mañana, salir era una necesidad. Demasiados recuerdos, todos tristes.

Con esfuerzo se levantó y caminó hasta la habitación. Sacó el abrigo del armario y buscó su sombrero. Se miró en el espejo.

—¿Y usted quién es? —se dijo a sí misma con una sonrisa.

Buscó las llaves y con paso lento se dispuso a bajar.

Irune estaba sentada en la acera, de espaldas al edificio. Ángela se sentó a su lado.

—No ha habido suerte —dijo con la mirada triste—. La BBC no estaba ahí para darnos el millón de libras.

—¿Qué ha pasado? ¿Has dado con la persona que compró el horror de abrigo de Blitz?

—No, ya no vive aquí, así que es imposible localizarla.

—Vaya…

—Me temo que detrás de la dirección solo hay un viejo piso vacío esperando a ser reformado. Volvamos a casa y olvidemos todo esto —respondió la muchacha.

Por detrás de las jóvenes, ayudada por un bastón y con paso lento pero firme, una anciana salió del portal. Caminó hacia el final de la calle y giró a la derecha. Las chicas lo hicieron en dirección contraria.

CAPÍTULO XXXII

TU NUEVO YO

«Tú aún no lo sabes, pero has comenzado a cambiar. Lo hiciste desde ese instante en que te atreviste a volar sola para aterrizar junto a nosotros. Hoy he sido testigo de cómo has bajado la espada con la que te enfrentas a la vida para recibirla con una sonrisa y una ilusión. Tú aún no lo sabes, pero has comenzado a cambiar».

—No me da tiempo, Irune, qué vergüenza, voy a llegar tarde.

—Deja de quejarte ya. Sí te da tiempo —respondió—, entra en tu habitación, busca una canción con ritmo y arréglate para la cita de tu vida, nena.

Nerviosa, Ángela entró en la habitación y cerró la puerta.

Irune fue a la cocina. Se preparó un té. Buscó a Rainbow, que se encontraba subida en el último estante de la librería. La llamó, y juntas se sentaron en el sofá. Desde la habitación se escucharon unos acordes de guitarra.

—¿Esto qué es?, ¿los Beatles?, ¿en serio? —Miró a la gata—. ¿En serio se está arreglando para su primera cita escuchando *Here Comes the Sun*? No puedo creerlo.

Comenzó a reírse haciendo gestos con la cabeza a su gata, que la miraba atentamente. Esperó un rato y preguntó:

—¿Cómo lo llevas? ¿Necesitas ayuda?

En la cama había volcado la ropa que compró con Irune, pero no vio adecuado ningún modelo para la cita.

—Mejor le escribo y le pongo una excusa para no ir —musitó.

Siguió mirando la ropa y se decidió por una camisa blanca. La combinó con unos vaqueros y unas Converse nuevas.

—Lista —se dijo mirándose al espejo.

Salió de la habitación. Irune la observó unos segundos, antes de decir:

—Sabía yo que si te ponías esa canción de fondo, el estilismo no podría ser de otra forma.

—¿Qué pasa? —preguntó Ángela molesta—. No está bien ir llamando la atención en una primera cita.

—Lo que no está bien es ser tan antigua. —Irune se levantó del sofá —. No pasa nada, porque no hay nada que un temazo de Queen no pueda cambiar. Y cuando suena Queen, yo me vengo arriba, y si yo me vengo arriba, tú vas a salir de aquí que te van a mirar hasta las figuritas de los puestos de Portobello. Venga para dentro —ordenó empujando a la muchacha hasta el interior de la habitación.

El dormitorio se llenó de la música de Queen, y al ritmo de *Crazy Little Thing Called Love*, la chica de las rastas comenzó a moverse. Bailando, Irune seleccionó varias camisetas de las que había comprado ese día con Ángela y, lanzándoselas, hizo un gesto para que se las probase. La chica negó con la cabeza. Irune señaló el reloj.

—No tienes mucho tiempo —advirtió.

Entre risas, las dos amigas fueron eligiendo el modelo de la cita mientras la gata, asomada a la puerta, fue testigo del divertido momento entre las jóvenes.

—*Wow!,* te sienta bien el color negro, y aún mejor esa camiseta estrecha, tienes una silueta preciosa que te empeñas en esconder —comentó Irune mientras Ángela se miraba al espejo que había tras la puerta de su armario.

—¿No te parece muy exagerado? —dudó.

—Sí, estás exageradamente guapa, pero esos vaqueros… tsss… demasiado formales. Espera. —Salió de la habitación.

Volvió con unos vaqueros que ella misma había tuneado.

—Ponte estos. —los dejó en la cama.

Sorprendida, Ángela se miró al espejo sin reconocerse. Los pantalones de Irune le sentaban realmente bien. Era la primera que se vio *sexy*.

—Espera. —Irune sacó de un bolso pequeño un labial rojo que le puso a su amiga sin preguntar—. Abre la boca… así no, un poco menos. Ahora sí. Estás preciosa.

Ángela miró el reloj.

—Voy tarde, voy tarde, voy tarde —repetía nerviosa.

—Tranqui, que cuando te vea el muchacho va a flipar tanto, que se va a olvidar hasta de la hora que es. Vete ya, anda, y dale un buen morreo, que eres capaz de seguir el orden carnal de las citas antiguas.

Salió deprisa dando un fuerte portazo. Irune se asomó a la ventana y la vio salir del portal. Se perdió entre el gentío caminando segura entre un mar de personas que caminaban en todas las direcciones.

—¿Sabes, Rainbow?, estoy feliz por ella, aún no es consciente, pero hoy ha empezado a trabajar en ese cambio que tanto necesita para encontrar el tesoro que busca desde pequeña. Hoy ha roto un poco esa armadura que la separa del mundo y nosotras tenemos un poquito la

culpa.

Miró el reloj unas catorce veces antes de llegar a su destino. Estaba nerviosa, no solo porque se trataba de la primera cita formal de su vida, sino porque, además, Irune la había convencido para que se arreglase como nunca lo había hecho.

Giró al final de la calle y lo vio de lejos mirando su reloj. «Qué vergüenza» susurró. Siguió caminando, con paso rápido, hasta que llegó a la altura de Chay.

—Perdona el retraso, por favor, he tenido una mañana movidita —comentó mirando al suelo.

Estaba nervioso. Hacía mucho que no quedaba con ninguna chica. A sus cuarenta y cuatro años había perdido la esperanza de conectar con alguien, de ahí que Ángela se convirtiese en la gran revelación de su vida. Una mujer que le había regalado la sensación del revoloteo de las mariposas en el estómago. «¿Y si no viene?, ya lleva más de veinte minutos de retraso» pensó.

Ella se acercó deprisa por detrás. Jadeaba, había hecho el trayecto corriendo.

—Perdona el retraso, por favor, he tenido una mañana movidita.

Se sorprendió al verla. Con la mirada repasó la silueta de la muchacha y fue inevitable detenerse a observar el rojo de sus labios, que entreabiertos, intentaban lidiar con la explosión de timidez que había inundado a la muchacha.

Ángela se percató de su mirada, estaba incomoda, nerviosa. Se sintió ridícula.

—Mi compañera. Es una lianta, y me ha convencido para vestirme… de moderna. Y sí, voy un pelín ridícula, pero si me paraba a cambiarme, te habrías aburrido esperándome.

Como cuando alguien sale de un estado de hipnosis, ajeno a todo lo que lo rodeaba, Chay reaccionó a las palabras de la chica:

—No pasa nada. Estás preciosa —comentó mirándola a los ojos—. ¿Te parece que demos un paseo por Portobello? Estamos en Notting Hill, ¿lo conoces?

—Me suena por la peli. Soy una romántica —respondió.

Portobello se llenó de complicidad, y sin ser conscientes aún, la magia se apoderó de los dos.

CAPÍTULO XXXIII

¿QUIÉN ES USTED?

«Una de las peores cosas que te puede ocurrir en la vida es olvidarte de quién eres. Olvidar tus orígenes, los principios que te forjaron, las lágrimas que te hicieron más fuerte, y todo lo que te haya llevado hasta ese lugar que pone en jaque tu identidad.

»Fue precisamente ese lugar, ese instante en que quise olvidar. Olvidarlo todo, y silenciar el dolor. Olvidarme de mí, de este uniforme y de todo lo que estaba causando a mi alrededor. Una de las mejores cosas que me podría ocurrir en este momento es olvidarme de quién soy».

«Me pregunto si algún día me olvidaré de quién soy ahora, porque este lugar, este bloque 24, está haciendo de mí alguien que no conozco. Alguien que preferiría olvidar. Dejar atrás, sin preguntarle cómo se atrevió a atraparme y clavarse en mí, para hacerme fuerte. Pretendiendo que olvidase mis sentimientos y mi razón de ser».

—¿Quién es usted? —preguntó Jonás.

El alemán miró a su alrededor antes de darse la vuelta. Observó al muchacho a pocos metros de distancia. Sus miradas se clavaron cuando el hombre respondió:

—Soy el Brigadeführer Herr Frank Meyer, una de las máximas autoridades de Aushwtiz. —Hizo una breve pausa antes de continuar —. Pero también soy alguien que conoció a tu padre.

Jonás sorprendido se tapó los labios temblorosos con las manos.

—Llamé a su puerta y lo trasladé a mi domicilio para cuidar de mi esposa que en aquella época estaba muy enferma.

Jonás permaneció en silencio, observándolo. El Brigadeführer se dio la vuelta y continuó avanzando hacia la salida del bloque. A su espalda escuchó al muchacho preguntar:

—¿Pagó sus servicios como médico matándolo en la puerta de su casa?

Meyer detuvo el paso. Permaneció unos segundos de espaldas al chico, hasta que respondió:

—Aunque cada noche desde que ocurriese aquello me acuesto no solo lamentando su pérdida, sino culpándome de su muerte, yo no disparé.

—Lo hizo alguien como usted —respondió con rabia el muchacho.

—No habría permitido que nadie lo hiciese. Lamenté profundamente no acompañarlo hasta la puerta de la que salió para ayudarme. Y lamenté aún más que el borracho que disparó contra él fuese uno de mis hombres.

—¿Por qué no hizo nada?

—Habría bastado solo una palabra para que no hubiese hecho nada contra él. Pero no llegué a tiempo. Lo único que pude hacer fue evitar que ese oficial hiciese más daño. A él sí lo maté.

Los ojos de Jonás se llenaron de lágrimas, y en su cabeza comenzaron a pasar recuerdos de su niñez con su padre. Cerró los puños con rabia, y bajó la mirada cuando los labios temblorosos anunciaban el llanto que era imposible contener.

—Yo no quería perder a Josef. —El Brigadeführer dio unos pasos hasta acercarse al chico que tapó el rostro con las manos—. Era la mejor persona que había conocido.

Sin pensarlo. Lleno de rencor Jonás respondió:

—Es usted despreciable. El mejor médico de Varsovia condenado a vivir en un gueto, sin alimentos ni medios para seguir adelante. Y usted, alguien agradecido, lo retorna a su desdicha, sin procurarle ayuda, ni respetando que además de a su esposa, al doctor Josef Golik le quedaban muchas personas a las que ayudar. Usted mató a mi padre, y no me importa que también me mate a mí.

Se hizo el silencio entre los dos. Pareció que el tiempo se detuvo durante los largos segundos en que las miradas traspasaban las palabras, los pensamientos, los recuerdos y hasta las fuerzas. El alemán no reaccionó al comentario del muchacho y se dio la vuelta, caminando con paso firme hacia la salida del barracón.

Frank Meyer salió muy afectado. Dos oficiales de las SS lo saludaron en la puerta, pero él no los vio. Dio los pasos que separaban el hospital de su despacho inmerso en sus recuerdos. Regalándose de nuevo los sabios consejos del judío que había llegado para cambiarle la vida. Alguien lo vio derramar una lágrima, que se enjugo rápido.

Los primeros días en el bloque 24 fueron tranquilos. Lena observó a sus compañeras. Las mujeres habían aceptado su realidad, hasta el punto de que en algunos momentos se permitiesen sonreír.

No solían hablar entre ellas. Unas pocas se acercaban a las recién llegadas, intentando aliviar de alguna forma, el miedo a la incertidumbre que generaba un lugar que se alejaba de la imagen dantesca del resto de los barracones.

El bloque 24 era un lugar más o menos higienizado, que nada tenía que ver con la suciedad que albergaba cualquier lugar de Auschwitz. Se había creado para olvidar. Para fantasear con una vida fuera del campo de trabajo, de ahí que no todos los presos tuviesen acceso él, solo aquellos de la confianza de los oficiales o los altos mandos del campo.

El tiempo en el bloque para los visitantes era de apenas quince minutos. Los prisioneros buscaban olvidar, cubrir sus necesidades más primitivas, pero, sobre todo, sentirse superiores.

Las chicas tenían dos turnos para atender a entre cuatro y seis prisioneros diarios. Unas trabajaban por la mañana y otras por la tarde. Una campana sonaba cada quince minutos para indicar que el tiempo había terminado, y tocaba atender a otro cliente, que en ocasiones, se cruzaba con el anterior subiéndose los pantalones. Las mujeres apenas tenían tiempo para asearse entre ellos y la mayoría de las veces los recibían desnudas.

Lena no podía trabajar hasta que estuviese totalmente recuperada, por eso los primeros días en el bloque 24 se dedicó a descansar y recuperar fuerzas. En poco tiempo, su imagen, mucho más recuperada, se acercaba bastante a la de la chica que caminaba por las calles del gueto cuando aún paseaba junto a Jonás.

—Tú, ponte esto inmediatamente y sube al piso de arriba. Te están esperando —vociferó una funcionaria.

Lena permaneció en silencio, observando el vestido que había caído a sus pies.

—¿Quieres que te vista yo, estúpida? He dicho que rápido —ordenó.

La muchacha comenzó a temblar, y con la respiración entrecortada recogió el vestido que había tirado a sus pies.

El Brigadeführer Herr Meyer había ordenado que Jonás no saliese a los recuentos de prisioneros mientras estuviese convaleciente. Procuró que no le faltasen alimentos ni agua durante el tiempo que permaneció allí dentro. Y advirtió a todo el personal del barracón que

tenían la obligación de tratar al judío de la cama 127 con respeto.

Cada día, hasta su completa recuperación, el médico revisó las heridas y las enfermeras curaron cada uno de los golpes que llevaron al muchacho a ser ingresado. Nadie sabía por qué el chico era el protegido del Brigadeführer, y nadie se atrevió a cuestionarlo. Entre los SS se cuestionaba el comportamiento del nazi, pero nadie era capaz de atreverse a rectificar ninguno de sus comportamientos.

Jonás permaneció dieciséis días en el barracón. Consciente de que seguía con vida por el simple capricho de un nazi que jugaba a ser Dios en el campo de la muerte. El muchacho sintió miedo de volver a la rampa.

Durante los días que permaneció ingresado, se debatió entre la posibilidad de ir a buscar al alemán y saber qué esperaba realmente de él o permitir al destino que eligiese el día de su muerte sin darse ninguna oportunidad. Habría elegido la segunda opción si no hubiese visto el broche de Lena. Sus pasos lo condujeron hasta la oficina de ingresos, donde se encontraba Frank Meyer.

De camino a la habitación 9, había un espejo. Le recordó a esas viviendas lujosas de la Varsovia de antes de la ocupación. Pasó por delante de él. Se detuvo justo cuando desapareció el reflejo del espejo. Dio dos pasos atrás, y volvió a mirarse.

Encontró un rostro en el que la mirada no le resultó familiar. Sus ojos evidenciaban la desolación que Auschwitz le había hecho sentir. Se acarició la mejilla y dio gracias a Dios por no tener a nadie cerca que la quisiese lo suficiente como para tener que enfrentarse a su mirada.

Escuchó gritos al fondo del pasillo. Alguien reclamaba la presencia de la prisionera A-19316. Respiró hondo y caminó firme hacia la habitación número 9.

Fue consciente de que acababa de nacer una parte de ella que arrastraría para siempre. Esa habitación enterraría su inocencia y le haría recordar hasta el fin de sus días que tomó la decisión de ser prostituta.

No sabía muy bien qué le diría cuando lo viese de nuevo. El último encuentro entre ambos había dejado un reguero de tristeza para los dos. Aun así, Jonás caminó hacia el barracón de ingresos con el firme propósito que hablar con el Brigadeführer Meyer. Sentía rabia. De

alguna forma, lo culpaba de la muerte de su padre. Pero admitió que allí dentro era la única persona capaz de cambiar su destino y el de Lena.

Al fondo del barracón, dentro de su despacho, Frank Meyer fumaba un pitillo recostado en su sillón. No se percató de la llegada de Jonás. Dos toques secos en la puerta alertaron al Brigadeführer de la presencia del muchacho.

—Aquí estoy, señor.

La habitación tenía una cama pequeña y un lavabo. Un SS controlaba que el visitante cumpliese con las normas mirando a través de la mirilla de la puerta.

Lena entró en la habitación. Miró la cama y su piel se erizó. A su mente volvió Jonás, y todos los sueños que se quedarían por cumplir a su lado.

Agradeció a Dios que no supiese nada de ella, porque su vergüenza haría que fuese imposible volver a mirarlo a los ojos.

—Perdóname —musitó.

—Siéntate. —El alemán señaló una silla.

Nervioso, Jonás tomó asiento.

—¿Cómo sabía que yo era el hijo de Josef Golik? ¿Se lo dijo mi padre?

—No, tu padre os protegió ocultándome vuestra identidad. Sin embargo, comprenderás que, para alguien como yo, conocer estos datos no entraña ninguna dificultad. Fue fácil averiguar quiénes eran los hijos del médico del gueto.

—¿Para qué quería conocer nuestros nombres?

—Poco tiempo antes de que tu padre se marchase de mi casa, recibí una llamada.

—¿Qué tenía que ver eso con nosotros?

—Los judíos debían abandonar el gueto y serían trasladados en trenes a los distintos campos de trabajo que estaban repartidos por Europa. Aquellas semanas con tu padre, las conversaciones que mantuvimos y la firmeza de sus palabras fueron relevantes para que mis ideas diesen un giro. Para que fuese consciente del daño provocado sin causa justa.

—Discúlpeme, pero no entiendo nada de lo que me está diciendo.

—Fue Josef quien se encargó de hacerme ver que solo los cobardes

justifican la barbarie, amparándose en argumentos falsos, manipulados por una persona llena de odio.

—Si tan agradecido estaba a mi padre, ¿por qué no hizo algo por nosotros en lugar de traernos aquí?

—No podía evitar que salieseis del gueto. Allí estabais condenados igualmente. Pero, si os traía junto a mí, podía protegeros de alguna forma.

CAPÍTULO XXXIV

¿QUÉ ESTÁ PASANDO?

«No sé en qué momento dejé de verlo como mi referente. No sé qué ha pasado para que su actitud diste tanto de la que esperamos de él. Siento vergüenza y rabia. No quisiera pensar que algo en su cabeza cuestiona nuestras ideas. Era el reflejo donde yo me miraba y ahora… me repugna escuchar algunos de sus discursos».

VARSOVIA, AGOSTO DE 1943

Cada día después de atender a Constanz, el doctor Golik solía pasear por las inmediaciones de la vivienda del Brigadeführer. Lo hacía solo. Caminaba con las manos cruzadas detrás de la espalda y la cabeza baja.

Solía ser el único momento del día en que se reencontraba con la culpa de haber dejado a los suyos expuestos a la muerte.

Repetía el mismo paseo a diario y al finalizar buscaba una piedra donde poder sentarse para agradecer a Dios el regalo de un nuevo día vivido.

—¿Qué es lo que haces cada día sentado en esa piedra?

El Brigadeführer estaba fumando un pitillo cuando lo vio entrar en la vivienda y no pudo reprimir la pregunta.

El médico se detuvo.

—Hablo con Dios. Agradezco un nuevo día vivido.

El nazi comenzó a reírse.

—¿A Dios? Agradece a este servidor del Führer que sigas vivo. A vosotros Dios no os mira. Dais asco.

AUSCHWITZ, FEBRERO DE 1944

Adolf Göth estaba en el barracón el día que el Brigadeführer acudió a ver a Jonás. Presenció desde la distancia un encuentro que provocó en él una sensación extraña.

El Brigadeführer no frecuentaba ese barracón, un cargo como el

suyo lo obligaba a permanecer lejos de un lugar donde una posible infección o un contagio podían atentar contra su vida.

Sin embargo, pudo ver no solo como su amigo se acercaba a uno de los enfermos, sino que además mantenía una conversación con él, en la que su mirada no mostraba desprecio por el judío.

—¿Quién ocupa la cama 127? —preguntó Göth a una de las enfermeras.

—Un momento, en seguida compruebo el número del prisionero —respondió ella.

—Dígame su nombre y sus apellidos. Averígüelo.

VARSOVIA, AGOSTO DE 1943

El médico no reaccionó. Se quedó de pie. En el mismo sitio. Lo miró a los ojos y con una sonrisa le respondió:

—Es una lástima que usted se profese a sí mismo tan poco respeto. Supongo que en ese afán por imponer su superioridad para ocultar sus miedos y prejuicios radica el motivo de sus palabras. Señor, si amanece para usted mañana será gracias a Dios. Igualmente será gracias a él que yo continúe aguantando con vida a cuanto nos someten.

El Brigadeführer no daba crédito.

—No voy a tolerarte más impertinencias, judío. —Sacó el arma sin pensarlo.

—¿Otra vez va a amenazarme, señor? —El médico negó con la cabeza y caminó entrando en la vivienda.

Aparentemente la reacción del Brigadeführer no le había afectado. Sin embargo, ese momento comenzó a cambiar algo en los dos.

Josef comprendió que detrás del alemán se escondía un comportamiento adoctrinado. Era como si tuviese una lección aprendida que era incapaz de modificar pese a cualquier circunstancia.

Al Brigadeführer le sorprendió el carácter de un hombre que no temía a nada. Su actitud provocó que el nazi quisiera acercarse al médico. Pensó que tal vez hablar con el judío y conocer la posición desde la que veía el mundo lo haría menos vulnerable a sentirse perdedor. Por primera vez, sintió la necesidad de aprender de alguien que no llevaba uniforme.

El carácter del médico impresionó al alemán. La actitud del Brigadeführer, lejos de incomodar al judío, supuso un reto que el doctor se marcó.

Auschwitz, febrero de 1944

Adolf Göth esperó que su amigo saliese del barracón. Caminó deprisa detrás de él y le dio el encuentro saludándolo con familiaridad. El Brigadeführer lo correspondió con una sonrisa.

—¿Qué haces por aquí? Te hacía en tu oficina. Pensaba buscarte para ir un rato a la taberna —comentó Göth.

—Solo estaba dando un paseo. Pensaba en Constanz y en el momento de mandarla a Frankfurt.

Algo no iba bien. Adolf era el amigo de la infancia del Brigadeführer. Nunca se habían ocultado nada. Sin embargo, la visita al judío confirmó que había algo del alemán que Göth no conocía.

No le dijo nada. Pero se obligó a observarlo y comprobar si eso que estaba ocurriendo había perjudicado los ideales nazis del Brigadeführer.

La relación entre ambos comenzó a cambiar en el instante en que Göth comprobó que en la mirada de su amigo no había desprecio. Sin embargo, al Brigadeführer aún le quedaban varias semanas para descubrir que su relación nunca volvería a ser la misma.

CAPÍTULO XXXV

EL HOMBRE QUE LLEGÓ PARA CAMBIAR NUESTRO DESTINO

«A veces, llegan personas a nuestras a vida que la cambian por completo. Son capaces de manejar los hilos del destino, como si ellos hubiesen podido cambiar nuestro rumbo con un simple movimiento. Y es el tiempo el que te cuenta que esas personas, lejos de cambiar nuestra fortuna, formaban parte de ella, dando sentido a todo con su presencia. Aquel hombre se convirtió en esa persona para los dos».

Estaba de espaldas a la puerta cuando alguien la abrió. Lena se dio la vuelta y encontró a un prisionero, en su uniforme de rayas había un triángulo rosado. No supo su significado.

—Hola —el muchacho saludó mirando al suelo.

Durante los días que pasó recuperándose, pensó mucho en cómo serían los usuarios del bloque 24. Sin embargo, poco se asemejaba la imagen del prisionero que acababa de llegar a la que Lena había creado en su mente.

Observó a un hombre deteriorado. Con la mirada triste y el labio partido. Desde el otro lado se escuchó vociferar al oficial, mientras daba golpes a la puerta.

—Quiero verte en acción, maricón, o te muelo a palos, y rápido, solo tienes quince minutos. —ordenó.

Lena estaba asustada. Con las manos temblorosas comenzó a desabotonarse el vestido. No era capaz. Pidió perdón. El prisionero, aguantando el llanto, comenzó a quitarse los pantalones.

—Tienes que tumbarte en la cama, boca arriba. Solo permiten esa postura —advirtió el hombre.

Sumisa, Lena se tumbó boca arriba, desnuda. Tocó el colchón con las palmas de las manos y cerró los ojos. El prisionero se colocó encima. Sus brazos temblorosos apenas conseguían que aguantase el peso de su cuerpo sobre la chica.

—No quiero imaginar lo difícil que tiene que ser esto para ti —le habló a pocos centímetros.

Fuera, los golpes no cesaban. Los funcionarios reían, insultaban y pateaban la puerta mientras el prisionero y Lena compartían uno de los peores momentos de su vida.

—Me obligan a venir cada semana —confesó—; para curarme, dicen. Por maricón. Ese es el pecado que cometí para estar aquí dentro. No consigo hacer nada, ellos entran y me apalean hasta que se cansan. Siempre es igual. Hasta que de una paliza me dejen tumbado en el suelo y no vuelva a abrir los ojos nunca.

La imagen que Lena había creado de los clientes del prostíbulo se vino abajo. El prisionero, desolado, cargaba el triángulo rosado que lo condenaba cada semana hasta que encontrase la muerte. Lena, con la respiración entrecortada, sintió erizar el vello de su piel.

Jonás tardó en reaccionar. Estaba sentado frente a uno de los mandamases del campo. Alguien capaz de cambiar el destino de cualquiera.

—Soy consciente de tu desconfianza. Lo entiendo —admitió el de la esvástica—, pero estoy dispuesto a demostrarte mis buenas intenciones.

—No sé ni qué decirle —respondió el chico.

—Te conocí el día que llegaste a Auschwitz. Estaba en la rampa. Desde entonces he procurado protegerte.

—¿Protegerme? —preguntó ofendido—. Mi madre murió en el tren sin que usted hiciese nada. Mi hermano falleció a los pocos días de llegar aquí. Y desde entonces, yo selecciono pertenencias de prisioneros que llegan confusos a esta tierra que huele a muerte. Saco los cadáveres de quienes no han conseguido soportar las condiciones del viaje. Ha permitido que duerma hacinado con miles de prisioneros enfermos y desnutridos. Ha visto cómo me han sometido, apaleado, insultado y arrebatado lo más grande que tenía en la vida. Me ha dejado sin sueños y sin nadie a quien aferrarme. No se atreva a decir que me ha protegido.

Jonás se tapó los labios, en un intento por frenar sus palabras llenas reproches. Lejos de ofenderse, el Brigadeführer buscó un lenguaje corporal más cercano. Se sentó junto a Jonás.

—Entender mis palabras en estas condiciones es muy complicado. Este uniforme puede inspirarte cualquier cosa menos cercanía y comprensión. Lo asumo.

—¿Puedo preguntarle a qué se debe este cambio?

—Mi padre era militar y también lo fue mi abuelo. Me hice muy joven del partido y fui adoctrinado desde sus comienzos. Sé que no lo

vas a entender; pero cuando naces en el seno del odio, aprendes a gestionarlo con naturalidad, lo insertas en tu vida como algo normal, y tienes la necesidad de hacerlo valer porque así te lo han inculcado. Ser superior a los judíos era un derecho que había adquirido simplemente por ser alemán. Estaba convencido de ello.

Jonás escuchaba en silencio.

—No quiero justificar nada, mucho menos la barbarie que cada día se comete contra tu pueblo. Pero sí quiero que sepas que este hombre que tienes delante tuvo la oportunidad de entender que ese odio absurdo en el que me adoctrinaron no tenía razón. Tuve la suerte de comprenderlo de la mano de alguien que tenía más humanidad en su alma que sangre en las venas. Me hizo darme cuenta de que nada de lo que yo justificaba era real, y me arrepiento tanto de no habérselo dicho… tanto. Supongo que por eso, por ser tú parte de él, es que tengo esta necesidad de contártelo.

—¿Por qué no nos ayudó a salir del gueto? Al menos, a deportarnos en este lugar en otras condiciones.

—El traslado estaba preparado para un día concreto. Me habían indicado la fecha exacta y yo había ideado un plan para cerciorarme de que llegaríais bien a este destino donde yo os esperaba. A pesar de mis indicaciones, no os incluyeron en los primeros grupos de traslado. —Hizo una breve pausa—. Tuve que regresar al campo para controlar la llegada de los primeros trenes. Algunos judíos se habían enterado del plan y comenzaron a darse revueltas que acabaron con varios militares muertos. Se decidió entonces no dar margen, y que a la mayoría les pillase por sorpresa. Cuando me enteré, ordené que me llevasen a Varsovia. Era imposible llegar a tiempo. Llevé a cabo las llamadas oportunas, y exigí el listado de los prisioneros enviados desde el gueto hasta Auschwitz. En él estaban vuestros nombres. Recé para que llegaseis vivos. Sentí mucho el fallecimiento de tu madre.

Los recuerdos acudieron a su mente. Jonás revivió la última mirada con su madre, cuando antes de cerrar el vagón, ella levantó la mano con una tímida sonrisa.

Consciente de la emoción que había invadido al muchacho, el Brigadeführer, permitió unos minutos a solas en los que Jonás se refugió en sus recuerdos.

Comenzaron a romper botellas, y Lena no podía controlar el miedo. La puerta se abrió de una patada, y uno de los SS entró en la habitación dando tumbos con una botella en la mano. Con una mano, levantó al muchacho de la cama tirándolo al suelo, dejando a Lena

desnuda sobre ella.

Su mirada lasciva y su sonrisa irónica la hicieron sentir vulnerable. Horrorizada se tapó los ojos.

El alemán la obligó a quitarse las manos de la cara. Quería que sintiese la humillación que merecía.

—Siento mucho todo lo que pasó, Jonás —le dijo el Brigadeführer —, ojalá hubiese podido hacer algo más.

Sollozando Jonás se incorporó. El nazi no lo pensó. Se olvidó del lugar donde estaba. De su cargo, su uniforme y los principios que lo habían llevado a tener las tres ramas de roble en el cuello de su chaqueta. No fue consciente. Pero ese día nació la relación entre ambos que recordarían el resto de sus vidas.

Lena cerró los ojos. El oficial mareado gritaba «puta zorra judía, te voy a dar tu merecido». La muchacha sintió una fuerte presión en el pecho, intentó incorporarse. El oficial le dio un puñetazo y comenzó a sangrar por una ceja. Temblaba. Intentó de nuevo incorporarse para huir de él aprovechando el momento en que su estado de embriaguez no le permitía sostenerse de pie.

Apenas faltaban un par de pasos para llegar a la puerta cuando el oficial dio a Lena un fuerte tirón del brazo. Perdió el equilibrio y se cayó al suelo. El prisionero del triángulo rosado pedía ayuda entre lágrimas. El oficial, de pie, abrió las piernas sobre ella. Orinó encima mientras hacía comentarios jocosos entre risas.

—Levántate, puta —gritó.

No podía. Estaba mareada y respiraba agitada. El nazi vació la botella que llevaba sobre ella. La levantó con una mano colocándola de espaldas a la pared. Lena se resistía entre gritos. El oficial la golpeó en la espalda. No tenía fuerzas. Volvió a caerse. El SS le dio una patada y luego otra.

—He dicho que te levantes —vociferó. Lena no reaccionaba.

Se puso de rodillas sobre ella, golpeándola con violencia en el rostro y el abdomen. Perdió el conocimiento. El hombre se bajó la cremallera del pantalón y la penetró sin cuidado. La envistió con violencia desgarrándola y provocando que un hilo de sangre resbalase por los muslos.

—Déjela, por Dios —gritaba el prisionero desde el suelo.

Nadie atendió a sus suplicas. Nadie entró a socorrerlos. Cuando el

oficial terminó, salió de la habitación entre gritos. La muchacha se quedó en el suelo desnuda y completamente rota. Acababa de morir la Lena que fue y la que le hubiese gustado ser.

CAPÍTULO XXXVI

MAGIA EN PORTOBELLO

«Tuvo que pasar mucho tiempo para que fuese consciente de que aquellos paseos estaban forjando mis recuerdos con él. Como si de un plan de amor se tratase, mi padre me traía cada semana para charlar y acabar entrando en ese café donde el responsable le permitía que tocase el piano y me enseñase a hacerlo a mí. Ahora sé que esperaba el día en que fuese capaz de ponerle música a mis recuerdos. Sentir que, de alguna forma, él seguía conmigo, y yo… debía seguir buscando ese reloj».

Portobello Road tenía todo el encanto que alguien pudiese imaginar. Sus fachadas se alejaban del excentricismo de Camden, y recordaban a Ángela las películas románticas que sirvieron de guion en sus sueños.

—Esta es la calle principal de Notting Hill. Recorre el barrio de norte a sur y su mercado es famoso por vender artesanía y antigüedades, mucha gente viene hasta aquí para comprar ropa *vintage* —explicó Chay.

La calle estaba llena de gente. La mayoría turistas que hacían fotos a las llamativas casas de colores que bordeaban el mercadillo. En el arcén, una multitud de puestos llenos de objetos de todo tipo.

—¿Qué has venido a buscar aquí realmente? —preguntó la muchacha.

—Bueno… —Chay se tocó el lóbulo de la oreja, algo que hacía solo cuando estaba nervioso y necesitaba inventarse alguna excusa, que en ese momento no encontraba.

—Me encanta este lugar. Te agradezco muchísimo que me hayas traído hasta aquí. No podía irme de la ciudad sin conocerlo.

—A mi padre le encantaba traerme aquí cuando era un niño. Cada semana recorríamos los puestos buscando un reloj perfecto.

—¿Y encontrasteis alguno?

Chay tardó unos segundos en contestar. La emoción se agarró a la garganta y le cortó la voz al recordar a su padre:

—Tardé mucho en ser consciente de que el reloj solo era una

excusa para venir hasta aquí y disfrutar de un rato juntos cada semana. Mi padre inventó ese motivo para regalarme los recuerdos más bonitos que tengo de él. Ahora entiendo por qué nunca encontrábamos el reloj perfecto. De haberlo hecho, no habríamos coleccionado momentos —respondió emocionado.

—¿Hace mucho que se fue?

—Apenas unos meses. Era un tío genial. Y aunque se fue siendo muy mayor, me quedaron muchas conversaciones pendientes con él. —El muchacho bajó la cabeza. Hablar de su padre le hacía sentir triste.

—Perdona, quizá no ha sido buena idea preguntarte.

—No… recordar es difícil al principio, duele. Y tienes la sensación de que cerrando ese cajón de emociones que te provocan los recuerdos estás a salvo. Sin embargo, cuando te enfrentas a esas primeras emociones, y los recuerdos empiezan a hacerte sonreír, te das cuenta de que lo mejor que puedes hacer cuando alguien se va es esforzarte por recordarlo.

Ángela se quedó pensativa después de escucharlo. Lo envidió. Había tenido suerte. Gracias a su padre, forjó los recuerdos que le permitían seguir adelante sin él, sintiéndolo cerca. Ella, sin embargo, evitaba recordar a su madre para poder seguir.

Caminaron por el mercadillo, entre bromas, adentrándose en los puestos y observando las maravillas que se vendían en muchos de ellos. Llegaron a uno donde la mirada de Ángela se detuvo en un reloj de arena lleno de purpurina. Lo sostuvo entre las manos y le dio la vuelta. Buscó al tendero para preguntarle cuánto tiempo medía.

—Cinco minutos —respondió el hombre desde lejos.

—Cinco minutos de purpurina —musitó, volteándolo una vez más.

—Deberías llevártelo —propuso Chay.

—No… es una tontería. Un cacharro más, que además se va a romper en el avión a la vuelta —respondió colocando el reloj en su lugar.

—¿Seguro? Ese reloj te va a condenar a pensar en mí cada vez que lo mires —bromeó el chico.

—Anda, vamos a tomar algo.

Portobello Road estaba repleto de cafeterías. A Chay no le costó mucho esfuerzo localizar una donde parar a tomar algo y charlar un rato. El local elegido era famoso en el barrio por su piano. Los clientes amenizaban con su música a los visitantes, que en muchas ocasiones

se agolpaban en la puerta para deleitarse con el concierto.

Sentado uno frente a otro, en una de las mesas que pegaba a la cristalera con vistas a las coloridas viviendas del barrio, la pareja recibió el café entre miradas cómplices.

—Señorita misteriosa… ¿vas a contarme lo que estás haciendo aquí?

—Creo que lo hice ya. Este viaje forma parte de una terapia que estoy haciendo para superar mis miedos.

—¿Y a qué le tienes miedo exactamente?

Ángela no supo responder. Sus dibujos con la cucharilla mientras movía el resto de café la delataron.

—Si he preguntado algo que te ha hecho sentir incomoda… discúlpame.

—¡No! —exclamó—. Es solo que no sé qué respuesta dar a tu pregunta. Supongo que tengo miedo a tantas cosas que no sé bien ni por dónde empezar. Hay tantos temores dentro de mí, que ni siquiera sería capaz de hacer un listado por orden de importancia.

—Quizá eso es lo has venido a hacer aquí.

—Mi terapeuta me dijo que tenía que conocerme, así, sin más. Y en ello estoy desde que llegué. No sé muy bien si he tenido el gusto de encontrarme en alguna esquina, la verdad. Por momentos creo que sigo siendo la misma que llegó aquí hace unas semanas y se dejó el móvil en tu cafetería.

—Yo no creo que seas la misma —Chay esbozó una sonrisa amable —. La chica que yo conocí no era tan valiente como tú.

—¿Valiente yo? —preguntó sorprendida.

—Cualquiera no se viene sola a una ciudad nueva y empieza de cero a conocer gente, a buscar su sitio. Cualquiera no hace todo lo que tú estás haciendo. Lo peor es que no eres consciente de eso. Pero créeme si te digo que he visto a poca gente evolucionar tanto en tan poco tiempo. Y sí, puede que aún quede un largo camino. Pero has encontrado el sendero adecuado, ahora solo tienes que seguirlo y disfrutar del viaje.

—Es bonito eso que dices —respondió ella.

—No, tú eres bonita.

—¿Bonita yo? Qué va. Quizás hoy esté un poco más arreglada, pero ha sido obra de mi compañera Irune, yo no soy así.

—¿Y cómo sabes que no eres bonita? Si tú no puedes ver tus hoyuelos cuando sonríes, ni el brillo de tus ojos cuando algo te emociona. No te ves cuando ladeas la cabeza para atender cuando te gusta lo que te cuentan, ni la ternura que desprendes cuando bajas la mirada porque te vergüenza algo. Sí, Ángela, eres preciosa, eres la

mujer más bonita que he visto.

Se quedaron en silencio. Nadie le había hablado nunca con tanto cariño. Intentó buscar alguna frase que encajase en el momento, pero la inexperiencia en gestionar emociones hizo que fuese imposible dar con la adecuada. Chay, consciente de que el silencio podía incomodarla, se levantó de la mesa y se dirigió al piano. Se acomodó en el banco y pulsó varías teclas. Comenzó a sonar en el café esa canción de la peli *Notting Hill*, que a ella le gustaba tanto… «*She*».

Y aunque el local estaba lleno de gente, el tiempo se detuvo y se hizo el silencio para que solo sonase aquella melodía. Chay sonreía mientras tocaba y Ángela se emocionó al pensar que la vida comenzaba a cambiar para ella.

CAPÍTULO XXXVII

DECISIONES

«Ahora sé que siempre tuve capacidad para decidir, y también la tuve para cambiar mi vida. Pero no lo hice. Busqué culpables a mi falta de felicidad y de motivación. Es mucho más fácil culpar a los demás que reconocer la falta de valor y el miedo a equivocarnos. Y aunque me faltan muchas respuestas, ahora sé, mamá, que no fuiste la culpable de que mi mundo dejase de girar para sentarme a ver cómo giraba el tuyo.

»No quise equivocarme. Preferí no saber. Decidí no enfrentarme al desamor. No quise equivocarme eligiendo mi camino. Decidí no preguntarte qué te hizo tanto daño como para cerrarle las puertas a la vida.

»He decidido perdonarme y perdonarte, mamá. Solo así, obligaré a mis recuerdos a buscar en sus archivos, los más hermosos que tengo contigo. Porque están, mamá, esos recuerdos están y voy a recuperarlos».

Abrió los ojos y se despertó con una sonrisa. Se quedó mirando el gato chino de la mesita y, sin dejar de sonreír, musitó:

—La cita fue genial, don gato.

Salió de su habitación. Irune la recibió sentada junto a la ventana, tomando un zumo de pomelo, con la gata encima de las piernas:

—Hombre… Bella Durmiente… menos mal que se despierta usted, porque yo estoy en un sinvivir hasta que me cuentes qué tal fue la cita con el camarero.

—Irune, no es camarero, es el gerente del Starbucks —respondió caminando hasta el sofá.

—Bueno, mujer, pondrá algún café, así que será camarero en algún momento, pero no me despistes y cuéntame. —La muchacha se sentó junto a ella.

—No hay mucho que contar. Fue una cita agradable. Nada más —respondió.

—¿Una cita agradable? —preguntó mirando a la gata—. ¿Qué tipo

de respuesta es esa? Yo quiero saber lo importante ¿Hubo noche de sexo salvaje? —preguntó Irune con una sonrisa pícara.

—¿Sexo salvaje? Tienes unas cosas…

—Sexo salvaje no sé, pero que a ti la cita te ha dejado cara de tonta, es un hecho. A ti te gusta mucho ese tío.

—Me cae bien. Se ha portado muy bien conmigo desde que llegué a Londres.

—Anda, mira esta… y yo también me he portado bien contigo y seguro que no pones esa cara de tonta cuando hablas de mí. Reconoce que te gusta.

La muchacha, comenzó a reír. Sonó el teléfono dentro de la habitación. Irune se levantó deprisa y corrió hacia el terminal.

—Seguro que es el camarero —dijo. Salió de la habitación con el móvil aún sonando en la mano.

—Es Ana —informó desde la puerta.

El terminal siguió sonando hasta que la pantalla anunció la llamada perdida. Ángela lo miró unos segundos antes de darle la vuelta y colocarlo bocabajo sobre la mesa.

—Algún día tendrás que responderle, es tu hermana —comentó Irune.

—Poco le importó a ella cuando me dejó sola.

—¿Dónde se fue?

—A Barcelona. Buscó un trabajo y se largó.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste tú?

—Yo me quedé donde debía, cuidando de mi madre, como debió hacer ella.

Irune era consciente de que hablar de Ana suponía volver a abrir viejas heridas, sin embargo, sintió que debía hacerlo.

—¿Qué te hace pensar que lo que ella debía hacer era eso y no lo que hizo?

La pregunta incomodó a la muchacha. Irune la agarró de las manos y comenzó a decirle:

—Mira… cuando yo tenía dieciocho años, le dije a mis padres que no quería estudiar. Quería vivir mi vida. Viajar, conocer gente, y ayudar a los demás. En ese momento, necesitaba salir de mi Granada y buscarme en el mundo, como tú has venido hacer aquí. ¿Cómo crees que se lo tomaron mis padres?

Ángela la escuchaba en silencio.

—Eran médicos y no les sentó muy bien que su hija, la *hippie*, sacase billetes a la India para colaborar con una organización que ayudaba a niños y los enseñaba a leer. Acababa de cumplir diecinueve años. Cuando me subí en el avión, no podría dejar de llorar, me sentía

culpable sin entender el motivo. ¿A quién le estaba haciendo daño yo por decidir qué hacer con mi vida? ¿A mis padres o a los proyectos que ellos tenían para mí?

—Pero lo hiciste. Te subiste al avión y pensaste en ti.

—Tardé días en abandonar ese sentimiento y no fue hasta entonces cuando me atreví a llamar a mi madre. Hasta ese momento, solo nos comunicábamos por mensaje, temía que su voz me derrumbase y la culpa me obligase a volver.

—¿Te arrepentiste de haberte ido?

Irune negó con la cabeza, antes de decir:

—Nunca. Los días en la India me reconfortaron, y me hicieron entender que el rumbo de mi vida solo podría manejarlo yo. Llamé a mi madre. Recuerdo aquella conversación como si fuese ayer. Le dije: «Mamá, no sabes lo que me habría gustado ser médico y que mis sueños también hubiesen sido los vuestros. Pero yo no soy así, y no soy feliz con ese plan que habéis creado para mí. Voy a seguir caminando y decidiendo yo. Necesito hacerlo para equivocarme, pero sobre todo para vivir. Me encantaría que lo entendieseis, pero quiero que sepas, que si no lo hacéis, eso no será un impedimento para mí. Voy a cumplir mis sueños, no los vuestros».

—¿Lo entendió tu madre? —preguntó Ángela emocionada.

—Tardó un par de semanas en escribirme un mensaje muy largo y bonito que llegué a escribir en un cuaderno para no perderlo nunca. Ella sí lo entendió. Pero mi padre no.

—¿Nunca lo hizo?, ¿ni siquiera con el tiempo?

—Con el tiempo, yo cambié de destino, y me fui unos meses a China, trabajando para otra ONG. Volvía a España en Navidades y pasaba días con ellos, pero mi padre nunca volvió a estar conmigo bien. Eso me llenaba de tristeza, hasta que volvía a mi destino y el paso de los días hacía que volviese a sentirme feliz.

—¿Sigue sin perdonártelo?

Irune bajó la mirada.

—Se fue sin hacerlo.

—¿Qué me dices? —preguntó con tristeza Ángela.

—Cuando apenas llevaba unos días en Londres, y acababa de mudarme a este piso, mi madre me llamó. Recuerdo que el gato que tienes en tu mesita estaba en este lugar. —Señaló un rincón de la librería—. le dio un infarto y se fue, dejándome con la duda para siempre de saber si me perdonó que tomase decisiones que no encajaban con las suyas. Habían pasado seis años desde que decidí marcharme de casa y durante ese tiempo nunca tuvimos ninguna conversación. No tomamos ningún café que se llenase de confidencias.

No me hice fotos con él. Ni los abrazos eran fuertes.

—Lo siento muchísimo, Irune, no tenía ni idea.

—Te he querido contar esto porque no sé qué te pasa con tu hermana, pero las decisiones que tomas en tu vida son las que te acercan un poco más a tu felicidad. Y nadie puede cuestionar lo que el corazón nos sugiere hacer. Para decidir, hay que ser valiente, Ángela. Y quizás tú no fuiste capaz de serlo, o quizás sí, y tu decisión fuese esa, pero no puedes culpar a los demás si con el tiempo te arrepentiste o te diste cuenta de que no fue lo acertado. Cuidado, Ángela, porque puede ser que un día, mientras observes algún gato chino moverse, alguien te diga que ya es demasiado tarde para tener una conversación que está pendiente desde hace mucho tiempo.

Ángela decidió pasar la tarde en Hyde Park. Paseó y pensó en la conversación con Irune, y esas palabras que habían removido tanto su alma.

Caminó largo rato, hasta que encontró frente al lago unos bancos de madera. Se sentó en uno. De fondo se escuchaban los gritos y risas de los niños, que habían llenado el parque, aprovechando la inusual tarde de sol. Pensativa, se quedó mirando al lago, y su mirada se detuvo en las ondas que dejaban los patos al nadar.

Respiró hondo. Buscó el teléfono dentro del bolso, lo sostuvo mirando en la pantalla el número de su hermana Ana, sin atreverse a hacer la llamada. No sabía cómo iniciar la conversación que tenían pendiente. Había pasado mucho tiempo.

Cerró los ojos. Escuchó sonar los tonos de la llamada. Uno, dos, tres… —musitó—. Asumió que Ana no respondería la llamada. Se dispuso a colgar cuando escuchó hablar al otro lado del teléfono:

—¿Ángela? Hola…

Tardó unos segundos en contestar.

—Hola, Ana. Cuánto tiempo.

—Mucho. ¿Cómo estás?

—En Londres.

Tras unos primeros minutos en los que no supieron qué decirse, las hermanas se permitieron dejarse fluir. Ángela le contó lo que estaba haciendo en Londres y los progresos que había hecho en pocos días. Ana se limitó a reconocerle que le encantaría verla a su vuelta.

—Ana… he pasado mucho tiempo enfadada contigo. Te fuiste y me dejaste sola hace años con mamá, aun sabiendo cómo era. Yo era solo una niña cuando te marchaste. ¿No podías haber hecho las cosas mejor?

—Sabía que tarde o temprano tendríamos esta conversación y lejos de tenerle miedo, llevo esperándola mucho tiempo —respondió su hermana.

Ángela escuchaba en silencio.

—¿Te acuerdas de aquella foto que te gustaba tanto de mamá embarazada de ti mientras me sujetaba de la mano?

—Sí…

—Yo acababa de cumplir seis años, y papá aún seguía con nosotras. Mamá ya empezó a dar muestras de un comportamiento extraño. Estaba más seria, lloraba mucho… Recuerdo que se ponía nerviosa muchas veces cuando escuchaba a papá llegar del trabajo.

—¿Qué tiene que ver papá en todo esto?

—El día que nos hicimos la foto veníamos de la Verbena de la Paloma. Yo insistí en dar un paseo, y ellos me llevaron. Estuvimos un par de horas. Yo no vi nada extraño, pero a la vuelta, papá comenzó a insultar a mamá. Le reprochaba algo con alguien. Ella intentaba calmarlo, pero él estaba cada vez más nervioso. Llegamos a casa, y papá me dijo que subiese a mi habitación. Mamá entró en la cocina, y yo me tumbé en la cama. Escuché ruidos de cristales rotos y a mamá gritando. No sabía qué pasaba. Me asusté. Abrí la puerta y comencé a llamarla, pero mamá lloraba y papá la estaba insultando mientras se escuchaban golpes.

—¿Qué estás diciendo, Ana? —Ángela estaba nerviosa. Comenzaron a temblarle las manos y un nudo se aferró a su garganta.

—Bajé las escaleras y me quedé sentada en el último escalón, viendo cómo papá golpeaba a mamá mientras ella se cubría la barriga con las manos para protegerte.

Ángela comenzó a llorar.

—Cuando se hartó, salió de la casa. Me miró al cerrar la puerta, pero no dijo nada. Yo me acerqué corriendo a mamá que estaba sangrando por la cabeza. Me pidió que llamase al hospital y pidiese una ambulancia. Necesitaba saber que estabas bien. Me fui con ella. Me quedé sentada en uno de los sillones de la sala de espera hasta que pudimos volver a casa.

—¿Era la primera vez que le pegaba?

—No, pero sí fue la última. No sé si ella habría hecho algo al respecto si papá no se hubiese marchado aquella noche. Lo cierto es que él no volvió.

—Llevo toda la vida pensando que me faltó mi padre por culpa del carácter de mi madre. Por hacerle imposible la vida y sentir la necesidad de marchar y ahora me entero de todo esto.

—Pasaron muchas semanas hasta que me atreví a preguntar a

mamá si volvería algún día papá. Ella me sentó en la cama y me explicó que a partir de ese momento nuestra familia seríamos nosotras tres. Ella haría todo lo posible por protegernos de todo y de todos.

—¿Por eso forjó ese carácter?

—No superó el dolor. El amor de su vida había destrozado todo lo que había dentro de ella, y decidió cerrarle las puertas a la ilusión para no enfrentarse nunca más al sufrimiento. Pensó que dejar de sentir era la solución para evitar la vulnerabilidad y así nos lo impuso desde que éramos unas niñas. Esa era su forma de protegernos. Se encerró con su dolor, en su casa, sin exposiciones al mundo. Era la única forma de no volver a sufrir nunca más. Quería evitarnos lo que ella pasó. Que el amor nos hiciese vulnerables hasta ese extremo y el dolor nos arrancase la vida como lo hizo con ella. Pero se equivocó, Ángela, y no hubo forma de convencerla de lo contrario, por eso me marché. Teníamos derecho a vivir. A enamorarnos, a equivocarnos. Teníamos que sufrir para aprender. No podía protegernos negándonos vivir.

Ángela colgó el teléfono, no pudo escuchar más.

CAPÍTULO XXXVIII

LO ÚNICO QUE TENGO

«Imagina que un día te sacan de tu casa y nadie te explica nada. Se llevan a tus padres, a tus amigos, se quedan con tus sueños. Piensas que en algún momento la pesadilla terminará. Y entonces es cuando te planteas lo solo que estás».

Tenía el rostro cubierto con las manos, le daba vergüenza no poder controlar la tristeza que había desatado hablar de su madre.

El Brigadeführer esperó paciente hasta que Jonás recuperó la calma. Frank Meyer no pudo aguantar la mirada de Jonás y avergonzado buscó un lugar en el suelo donde guardar la culpa.

—Dígame, señor, ¿qué necesita de mí? —preguntó el muchacho.

—Necesito tu ayuda para que colabores en un plan contra el Führer. Sé que no es fácil, pero tenemos que poner todo de nuestra parte para derrotarlo y sacarlo del poder.

—¿Qué está diciendo, señor?

—Su plan de guerra expone a mi nación. Alemania ya quedó muy mal parada después del Tratado de Versalles y se está gestando un nuevo plan de ataque soviético, con una ofensiva alemana a Kursk. Todo ello en contra del Consejo Militar del que formo parte.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto?

—Tú eres parte de esta locura. Igual que yo. Somos títeres en manos de un loco que quiere transformar el mundo a cañonazos, sin pensar en nada más que en su ego y sus ansias de poder. Dejando en el último lugar de prioridades a nuestro país, que está siendo bombardeado desde hace unos meses. —El nazi hizo una pausa antes de seguir—. Se están destruyendo ciudades enteras y plantas industriales. No soy el único en el partido que piensa que Alemania necesita que Hitler salga. Solo así terminará todo esto.

—Disculpe, señor. No consigo entenderlo. Usted me habla de planes de guerra y de una conspiración contra Hitler. Pero… también me ha dicho que esto tiene que ver con mi padre. —Jonás estaba confundido.

—Cuando conocí a tu padre y me dio esa bofetada de realidad, llena de verdad y de sabiduría, comencé a plantear otra versión de la

historia. Una completamente distinta.

—¿Mi padre fue capaz de hacerle recapacitar?, ¿a usted?

—Me convencí de que ese era el camino, pero era consciente de que tratar de razonar con alguien que llevaba años alimentado un discurso de odio no serviría para nada. Por eso estudié la posibilidad de reunir a los altos mandos que confiaban plenamente en mi criterio. Personas llenas de experiencia en asuntos de guerra. Altos mandos que desgraciadamente no conocieron a tu padre y que tampoco han tenido la oportunidad de entender eso que está al otro lado del odio en el que nos han educado. Llevamos meses trabajando en un plan para derrotar al Führer y sacarlo del poder y del partido, pero no podemos hacerlo solos. Por eso necesito a personas como tú, Jonás.

Llegó a la habitación arrastrando los pies. Pasó por delante del espejo que le recordaba a la Varsovia de antes de la ocupación, pero no quiso volver a ver su reflejo. Había algunas compañeras dentro de la habitación cuando Lena atravesó la puerta, tenía la boca entreabierta y los ojos prácticamente cerrados. Estaba llena de golpes, no llevaba ropa interior y el vestido estaba manchado de sangre.

Dos de sus compañeras se apresuraron para sujetarla. Estaba débil. No hablaba. Apenas la habían alcanzado cuando Lena se desvaneció.

El Brigadeführer encendió un cigarrillo. Y de espaldas al muchacho preguntó:

—Tú también tienes algo que contarme. Aún no sé qué demonios se te pasó por la cabeza el día que te dieron la paliza.

—Hace unas cuantas semanas, mientras hacía mi trabajo en la rampa, clasifiqué un broche. El nombre del reverso me reveló que pertenecía a la persona que más quiero en la vida.

—Por eso saliste corriendo detrás del camión aquella tarde.

—Necesitaba saber si Lena estaba allí. Me volvía loco la idea de pensar en no verla nunca más —reconoció.

—¿Qué habrías hecho si hubieses parado el camión? ¿Bajarla de ahí? ¿Escaparte con ella? ¿Dónde crees que hubieses llegado?

—Le habría dicho que la quería. Solo quería decirle eso.

—¿Te jugaste la vida para decirle te quiero a una mujer? Eso solo lo hacen los locos.

—Eso lo hacen los valientes, señor.

Pasó varios minutos inconsciente. Varias prisioneras le acariciaban la cara para que se despertase. Abrió los ojos confundida. Estaba en el suelo. De fondo, escuchó gritar a varios SS.

—Me enamoré de mi amiga sin querer y sin darme cuenta —Jonás esbozó una sonrisa—, cuando llegué a este lugar, quise imaginar que Lena seguía en su casa, en la que tenía antes del gueto, y que cada tarde se sentaba debajo de los árboles como hacíamos juntos, para leer novelas de aventuras y pensar en los viajes que haríamos por el mundo. —Se detuvo unos segundos—. Pero ese broche me dio un golpe de realidad. Dejé de verla debajo de los árboles y me rompía la idea de pensar que estaban haciendo algo que pudiese dañarla. Por eso, desde entonces, me obsesioné con la idea de volverla a ver. Solo una vez más tenía que decirle te quiero.

El Brigadeführer se conmovió al comprobar que entre la muerte, el dolor, la humillación y el miedo el único sentimiento que era capaz de sobrevivir era el amor.

Entendió que nada podía detenerlo. Que era capaz de atravesar los muros del gueto y sentarse debajo de los árboles. El amor era más fuerte que el miedo a la muerte, lo suficiente como para arriesgar la vida solo para gritar un te quiero. Daba la fuerza a los prisioneros para seguir adelante y era lo único capaz de alimentar la esperanza por un futuro mejor.

—Señor, soy consciente de donde estamos. Confío en que habrá sido fuerte y siga viva aquí dentro. Por eso, lo que quiero pedirle a cambio de mi participación en la operación contra Hitler tiene que ver con Lena —confesó Jonás.

Con dificultad y ayudada por sus compañeras, Lena se tendió en la cama. No hablaba. Escuchó sus voces como un eco lejano. Estaba rota, sin fuerzas, quería morir, cerrar los ojos y no volver a ver nunca más ese lugar.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó el Brigadeführer.

—Quiero que me diga dónde está —comenzó pidiendo Jonás—, quiero que busque en todos esos papeles su nombre y me diga si está viva. Cuando lo haga, quiero que me deje verla para despedirme de ella antes de que usted la saque de aquí y la lleve a un lugar seguro

hasta que termine la guerra.

El Brigadeführer lo miró en silencio. Sorprendido. Nada había acabado con los sentimientos del muchacho. Ni ese lugar, ni el tiempo. Tampoco pudo con el amor, el miedo a la muerte y la necesidad de sobrevivir sin preocuparse por nada ni nadie más. No le preocupaba salir él. Solo quería asegurarse de que Lena estuviese a salvo hasta el final de la guerra. El alemán comprobó que había algo que no habían podido robar a los judíos. El amor seguía en ellos. Intacto, dentro de su alma.

—Estás loco. Lo que me pides es una barbaridad —respondió el alemán.

—Soy consciente de lo que le estoy pidiendo. Sacar a una judía de un lugar como este no es tarea fácil. Sabe de sobra que no colaboraré con usted si no se cumple esa condición. No me importa lo que pueda ocurrirme. Ni en Auschwitz ni en el transcurso de la operación. Solo quiero que ella salga de aquí.

Meyer valoró la propuesta de Jonás para colaborar en la operación. Sacar a Lena de Auschwitz no era lo más complicado, lo difícil era saber dónde se mantendría con vida hasta que terminase la guerra. El Brigadeführer se levantó y salió de su despacho. Caminó entre las mesas en silencio, bajo la atenta mirada de Jonás. Buscó entre los libros de ingresos el que correspondía con la llegada de la muchacha.

—¿Cómo se llama tu amiga? —preguntó.

—Tienes que comer o te sacarán del bloque para llevarte de nuevo a tu barracón —recomendó a Lena unas de las prisioneras.

Ella seguía ausente.

—Magdalena Wiesel —respondió Jonás.

El comandante buscó el apellido. Pasó rápidamente las páginas repletas de datos. Repasó con el dedo todos los nombres apellidados por W, hasta que la vio.

—Aquí estás —susurró, miró su número de identificación y al lado, una B.

Jonás estaba en lo cierto. Lena había llegado hasta Birkenau. Con el número de identificación buscó en el libro de bajas. No estaba. Levantó la cabeza y la voz para comunicarle al muchacho que Lena estaba viva.

CAPÍTULO XXXIX

SÁCALA DE AQUÍ

«¿Cómo se le dice a alguien que el amor de su vida está en el infierno? Si supieras los esfuerzos que he tenido que hacer para ocultarte esta verdad. Si pudieses saber cómo se encogió mi pecho al ver tus ojos brillantes. Si supieras cuánto me gustaría que esto no estuviese pasando. Entenderías por qué he tenido que mentirte».

Jonás dio un salto de la silla, como si un latigazo de electricidad recorriese su cuerpo. Comenzó a mover las manos, a tocarse la cara, acariciar su ropa, mientras susurraba «está viva».

Junto al número de identificación de Lena, el Brigadeführer comprobó los códigos anotados que reflejaban cada uno de los lugares por los que la muchacha había pasado desde su llegada al campo. Frank Meyer localizó el barracón que le asignaron a su llegada, el hospital donde estuvo ingresada y el bloque 24 donde había elegido permanecer.

—¿Ha localizado ya el barracón donde está? —se impacientó Jonás.

El Brigadeführer se debatió durante varios segundos antes de responder con sinceridad a la pregunta. Conocer el destino de Lena podría ser peor que anunciarle su muerte.

Levantó la mirada y dirigiéndose a Jonás respondió:

—Sí, la he localizado. Ha tenido mucha suerte, el barracón asignado es uno de los menos poblados de Birkenau.

El tiempo se detuvo en el bloque 24. Lena dejó de hablar y de comer. Sus labios seguían entreabiertos. Se había rendido.

Cerró los ojos y quiso volar, trasladarse a un pasado que le reconfortase. Como siempre, encontró la calma en un recuerdo con él, bajo los árboles.

—Quiero verla, señor. Quiero verla antes de que la saque de aquí, ¿podemos ir ya? —Jonás estaba eufórico.

El Brigadeführer seguía dudando si hablarle con franqueza o seguir ocultando la realidad de Lena. Cerró el libro de ingresos y con paso firme caminó hacia él. Era mejor decir la verdad.

—Todas a vuestros puestos inmediatamente —gritó una de las funcionarias. Las prisioneras fueron saliendo, dispuestas a ocupar cada una su lugar en el bloque.

Lena seguía tumbada en la cama. La mujer se acercó a ella, mirándola con desprecio.

—Si no quieres que te mate a latigazos levántate ahora mismo. Estás aquí para trabajar, ¿qué pensabas que era esto?

Ella no abrió los ojos. Intentaba seguir allí, bajo los árboles, con Jonás, inmersa en su recuerdo.

—Levántate inmediatamente. Maldita puta —vociferó.

Cuando el Brigadeführer llegó a la altura de Jonás, a su pensamiento regresó Constanz, el amor de su vida. Entendió que ella era la respuesta al debate interno que libraba desde que supo el paradero de Lena.

Miró al muchacho. Sus ojos habían recuperado el brillo que solo la ilusión del amor es capaz de darle. El Brigadeführer no fue capaz de decirle la verdad. Se limitó a esbozar una sonrisa antes de decir:

—Te prometo que voy a sacarla de aquí, Jonás, pero necesito unos días para saber en qué lugar la puedo poner a salvo. No es fácil lo que me has pedido.

El muchacho bajó la cabeza. Estaba tan cerca… y sin embargo las palabras del Brigadeführer volvían a alejarlo de ella.

—No he dicho que no vayas a verla. Solo necesito unos días para estudiar la forma en la que se harán las cosas, nada más. Esto no es un juego, muchacho, puede costarnos la vida a los tres.

Jonás sabía que Frank Meyer tenía razón. Sin embargo, la necesidad de verla hacía que pasase por alto los riesgos que tenía sacar a Lena de Auschwitz. Tenía que esperar para verla de nuevo.

—Para tu tranquilidad, iré a verla y me aseguraré no solo de que está bien, sino que recibirá alimentos y agua antes de que pueda marcharse. Me ocuparé personalmente de ello. Cuando todo esté listo, podrás verla y despedirte de ella.

Jonás asintió. No podía hacer nada más. Había que esperar.

—Y ahora debes ocuparte de ti. No me servirás muerto y has prometido ayudarme, así que delega en mí el cuidado de la muchacha y ocúpate de estar bien aquí dentro. —El Brigadeführer se encendió un pitillo—. No volverás a tu barracón, he dispuesto otro destino para ti. Soy consciente de la dureza que entraña, pero también sé que te permitirá permanecer con vida hasta nuevas instrucciones.

—¿No volveré a la rampa?

—Los SS querrán terminar lo que empezaron y no siempre puedo estar detrás. Voy a adjudicarte otro lugar, donde te garantizo alimentos. A partir de ahora, pertenecerás a los Sonderkommando.

—Si no te levantas ahora, lo haré yo misma, y te arrastraré por todo el bloque —amenazó la funcionaria.

Lena abrió los ojos. Volvió a la realidad del horror. Consciente de donde estaba y de quien la rodeaba. No tenía fuerzas. No podía levantarse. La funcionaria la agarró fuerte del brazo y la tiró al suelo, dándole una patada en el estómago.

A duras penas Lena podía respirar. Se quedó tirada en el suelo, sola, en la habitación del bloque 24. Deseando con todas sus fuerzas que en algún rincón la muerte la estuviese observando y la mirase fijamente a los ojos para arrastrarla con ella lejos del infierno.

Jonás se mostró contrariado, no sabía qué trabajo desempeñaban los Sonderkommando, pero no cuestionó la decisión del Brigadeführer.

—¿Dónde tengo que dirigirme, señor?

—A las cámaras de gas —respondió apagando el cigarrillo.

El muchacho lo miró con incredulidad. No entendía nada.

—Jonás, si me vinculan con tu protección ni tú ni yo tendremos otra oportunidad aquí. No puedo darte alimentos en el barracón sin levantar sospechas. No puedo protegerte de los SS cada día.

Jonás escuchó en silencio.

—Sé que este destino marcará tu vida, pero prefiero que la marque a que el barracón acabe con ella.

—¿Qué hay que hacer allí? —preguntó el chico.

—Tendrás alimentos y colaborarás con los SS. Los Sonderkommando no duermen en los barracones, es la única forma que de momento tengo de protegerte aquí dentro.

—Pero, señor… ¿qué tarea me van a encomendar en ese lugar?

—Cada día vendrás a la oficina a traer el listado de bajas y esa será la excusa para reunirte conmigo para así perfeccionar nuestro plan. En pocos días te veré para contarte novedades, ahora márchate, te están esperando.

A pesar de llevar meses en Auschwitz, Jonás, como muchos de los prisioneros, no era consciente de qué ocurría cuando las personas eran derivadas a las cámaras.

El Brigadeführer vio alejarse a Jonás, buscando su nuevo destino. Solo él entendía por qué había decidido un lugar así para el muchacho. Mientras se sentaba de nuevo en su silla se susurró a sí mismo:

—Josef, te prometo que lo sacaré de aquí, pero tengo que mantenerlo con vida hasta que pueda hacerlo. Dios sabe cuánto me cuesta enviarlo a ese lugar, pero sé que será fuerte y sus ojos serán la última mirada de consuelo que vean todos los que se crucen con él. Perdóname, amigo, lo sacaré de aquí, te lo prometo.

CAPÍTULO XL

LA LLAVE DEL CANDADO DE LAS EMOCIONES

«Es fácil encerrar nuestro pasado. Ponerle un candado a las emociones que nos transmite el recuerdo y después tirar la llave en lo más profundo del océano. Sin embargo, aquella tarde descubrí que, durante todos esos años, mi único objetivo fue encerrar mi pasado, pero la llave del candado de sus emociones solo la tenía ella. Nunca he sentido tanto miedo de perder todo lo que tenía».

Entró en la vivienda corriendo. Fue directa a su habitación y dio un portazo al cerrar. Se sentó en la cama y se puso a llorar. Irune estaba en la cocina cuando la vio pasar. Se limpió las manos y dejó el trapo con el que se había secado en la encimera, caminó hacia la habitación y dio dos toques en la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Ángela no respondió. Irune abrió la puerta. La encontró llorando sentada en la cama.

—¡Hey, pequeña!… ¿Qué ha ocurrido tan malo para que estés así? No me digas que ha sido el camarero que le arreo un guantazo.

Una vez más la espontaneidad de Irune arrancó la sonrisa de Ángela, que lloraba en silencio. Irune se sentó junto a ella, le puso el brazo por encima del hombro.

—Si no quieres hablar me quedó aquí cerquita, ¿vale? —le dijo con una sonrisa.

Ángela asintió. Rainbow entró en la habitación y de un salto subió a la cama.

—Madre, ¿cómo se encuentra hoy?

Chay estaba animado y su madre lo notó enseguida. El tono alegre anunciaba que la cita con la muchacha había ido bien.

—Pero bueno… Si está aquí mi casanova —comentó Elisabeth acabando la frase en una carcajada.

—¿Y esa mirada pícara, madre? —Chay sonrió.

—Pues tú sabrás, ¿qué tal fue la cita en Portobello?

—Muy bien, Ángela es una chica fantástica. Creo que le gustaría conocerla. Sin embargo, tengo la sensación de que tiene sus emociones custodiadas bajo un cerrojo, tiene miedo a sentir.

Pasaron un par de horas hasta que Ángela pudo arrancar a decir algunas palabras.

—Gracias por estar aquí, Irune, cerca de mí. No sabes cuánto necesitaba tu compañía en este momento —Ángela terminó regalándole una sonrisa amable a su amiga.

—¿Me vas a contar qué te ha pasado?

—Tras nuestra conversación decidí hablar con mi hermana.

—¿Y? —preguntó Irune.

—Estuvimos hablando de mi madre. —Ángela agachó la cabeza. Respiró hondo antes de seguir—. ¿Alguna vez te has sentido la persona más miserable del mundo?

La muchacha la observó en silencio. Testigo de la tristeza que liberaba cada lágrima. Ángela continuó:

—Había un motivo. No se aisló del mundo ni quiso que lo hiciésemos nosotras por capricho. Había un motivo enorme que la llevaba a ser así y yo nunca lo supe. Hoy me he enterado de que mi madre fue víctima de malos tratos durante años. Hizo del dolor una coraza. Por eso se comportaba así.

—¿Y qué culpa tienes tú en todo eso, cielo? —preguntó la muchacha emocionada.

—Yo la hice culpable de mi vida. La taché de egoísta, de mala madre. Hasta su último segundo pensé que era la culpable de mi desdicha —respondió entre sollozos.

Irune se armó del valor necesario para hablar con la crudeza que exige la verdad, y con cariño comenzó a acariciarla diciéndole:

—Siento muchísimo que tu madre sufriese de esa forma. Que tuviese la desgracia de conocer a alguien que le hiciese tanto daño. Lo siento de verdad. Pero ella no hizo una coraza de su sufrimiento. Tu madre se volvió una cobarde y tú también lo has sido siempre.

Ángela la observaba entre sollozos.

—Los cobardes buscan culpables a todo lo que les ocurre. Habéis culpado al mundo de vuestro dolor. Ana se reveló siendo leal a sí misma, aun viviendo las mismas circunstancias que tú. Saliendo de aquellas cuatro paredes, porque esa era la única forma de avanzar. Fue valiente y, desgraciadamente, a veces serlo también lleva implícito caminar con egoísmo, el justo. Hoy te has dado cuenta de

que la única culpable de tu desdicha eras tú.

Estaba molesta. «¿Tiene que decir estas palabras en este preciso momento?», pensó. Buscó algún argumento que contrarrestase las palabras de Irune, pero no lo encontró.

Siguieron charlando durante un buen rato, sentados junto a la ventana. Hablaron como siempre, de todo un poco. Sin embargo, en el pensamiento de Chay estaba la nota que encontró en el abrigo de Ángela.

—Madre, ¿hay alguna vivienda en el edificio, además de la suya que no sea apartamento turístico?

—¿Pretendes comprar alguna, hijo? —bromeó Elisabeth.

—Qué va, es solo curiosidad, nada más —respondió.

Tardó unos segundos en responder. Chay notó que estaba incomoda.

—A mi edad ya sé pocas cosas de este edificio y de la gente que vive en él, ¿tomamos un té? —preguntó al incorporarse del sillón.

—Ángela, tu madre no ha sido la culpable de que tú no hayas hecho lo que has querido. Mírate. Ella ya no está y sigues sin hacerlo y lo peor es que no sabes qué quieres.

—Pero si hubiese conocido su secreto, habría sido capaz de entenderla.

—¿Qué habría cambiado? ¿Tu mirada hacia ella? La habrías empezado a mirar con pena y tu madre no quiso eso.

—Ana sí lo conocía y pudo elegir.

—Ana eligió porque quiso. Eligió cambiar y vivir su vida con todo lo que conlleva. Eligió arriesgarse, sufrir, amar y habría hecho lo mismo si tu padre hubiese sido el mejor hombre del mundo y se hubiese quedado a vuestro lado. No tienes motivos para sentirte miserable.

—Todo habría sido distinto si yo hubiese conocido esa parte de su historia a tiempo.

—Tu madre no quiso que supieses esa parte de su historia. No quería que supieses lo que ocurrió, pero eso no decidió tu vida, te decantaste, como lo hizo un día tu madre, por no sentir. Fue tu conformismo el único culpable de que no hayas vivido nada, y sobre todo, el causante de que hoy a tus treinta y cinco años no sepas qué quieres hacer con tu vida. No fuiste la culpable de su dolor, ni ella lo

ha sido nunca del tuyo.

—¿Me das un abrazo, por favor? Aún me cuesta mucho ser yo quien lo dé.

Elisabeth llegó a la cocina nerviosa. Calentó el agua y buscó la tetera y las tazas. Mientras las colocaba en la bandeja recordó ese momento. Aquel número en su brazo, tenía que ser ella. El número era el mismo que su marido llevaba grabado en el colgante que llevaba.

Había escuchado su nombre tantas veces que llegó a aborrecerlo. Tenía celos de alguien que no conocía y, sin embargo, jamás dio evidencias a nadie. No se atrevió a preguntarle. Siempre le asustó la idea de que el fantasma de Lena llegase a su vida, porque sabía que ella no tenía rival. Pero ese número, el número que la nueva inquilina del edificio tenía, era el número de identificación de Lena Wiesel en Auschwitz.

No tuvo dudas. Era ella. Habían pasado muchos años. Pero ese número había venido a recordarle que seguía siendo vulnerable. Aquella tarde, su esposo estaba en casa, ella entró nerviosa.

—Elisabeth, ¿eres tú?

Desde el pasillo hasta el pequeño salón caminó ayudado por su bastón. Su esposo llevaba años siendo invidente a causa de la diabetes que padecía.

—Soy yo, no te asustes —respondió.

—¿Ha ido bien el paseo?

—Ha ido bien. Me cambio y preparo la cena.

Elisabeth se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Se alejó caminando con paso firme por el pasillo en dirección a la cocina. No diría nada. No hablaría con Thomas de ese número ni de la nueva inquilina del edificio. Los fantasmas del pasado tenían que seguir donde estaban. Enterrados.

CAPÍTULO XLI

UN GOLPE DE REALIDAD

«Aquella noche al sentarme en la cama no podía dejar de pensar en su mirada. Fui capaz de ver en sus ojos la decepción que tiene un niño al enterarse de que la magia que han creado a su alrededor en realidad no existe. No me lo ha reconocido, pero he sentido cómo mis palabras removían sus cimientos, y algo de mí ha entrado en él para germinar. Hoy tenía delante a un hombre distinto. Pero él aún no se ha dado cuenta».

VARSOVIA, MEDIADOS DE SEPTIEMBRE DE 1943

Desde la distancia el Brigadeführer fue observando al médico. No se reconocía la necesidad de acercarse a él pero el tiempo fue acortando el espacio entre ambos.

Una tarde de miércoles de mediados de septiembre de 1943, el Brigadeführer bajaba las escaleras de la vivienda mientras observaba a Josef ayudar a un muchacho a sujetar una lámpara de cristal que estaba limpiando en ese momento.

Sus ojos se centraron en él y bajó el último escalón, sin percatarse del chiquillo que recorría el rellano con una bandeja repleta de porcelana que llevaba a la vitrina.

Solo hizo falta que al bajar el último peldaño, el Brigadeführer rozase el borde de la bandeja para que todos los platos y tazas quedasen esparcidos por el suelo.

La caída de la porcelana generó tal estruendo que el doctor Golik y el chico que sujetaba la lámpara corrieron a ver qué es lo que pasaba.

Al ver las piezas rotas en el suelo, el Brigadeführer comenzó a gritar al chiquillo. Apenas tenía trece años y lo habían sacado del gueto para ofrecer servicio a familias alemanas.

Estaba tan nervioso que no podía ni siquiera levantarse del suelo. Intentó recoger los trozos que se le caían de las manos temblorosas.

—Eres un completo inútil —vociferó el alemán a la vez que golpeaba al muchacho.

Con la voz entrecortada y sin poder reprimir las lágrimas, el chico

susurraba «lo siento, por favor, perdóneme». Pero el nazi no cesaba y los golpes continuaron.

El chico que limpiaba la lámpara miró al suelo y sin decir nada volvió al lugar donde continuó con su tarea mientras escuchaba de fondo al muchacho sollozar y al Brigadeführer golpearle.

El doctor Golik no lo pensó. Caminó con firmeza y cruzó el rellano hasta situarse a la altura del alemán para gritarle:

—¡¡¡Basta!!!

AUSCHWITZ, FEBRERO DE 1944

—Se llama Jonás Golik y pertenece al Kommando Kanada. Llegó al campo en diciembre y desde entonces ha dado algún que otro quebradero de cabeza.

Adolf Göth fumaba un pitillo y miraba al frente cuando escuchó por primera vez el nombre del judío con el que hablaba su amigo.

Era incapaz de entender qué relación podría tener el Brigadeführer con Jonás o su familia pero intuía que había pasado algo lo suficientemente fuerte como para observar ese comportamiento en su amigo.

Preocupado. Sintió la necesidad de poner en práctica los ideales del nazismo y decidió comprobar si el Brigadeführer seguía convencido de todo lo que había defendido hasta el momento.

VARSOVIA, MEDIADOS DE SEPTIEMBRE DE 1943

—No se te ocurra darme órdenes —vociferó el nazi.

—No se atreva a golpearlo más —aseveró Josef.

En un intento por demostrar su superioridad, el alemán levantó la mano para volver a golpear al chico. El médico lo agarró de la muñeca con firmeza y forzó al alemán a bajar el brazo, no sin antes advertirle:

—Señor, le juro por Dios que, aunque sea lo último que haga, si vuelve a golpear a este niño en mi presencia, procuraré acabar con usted y emplearé las pocas fuerzas que me queden en golpearle.

Entre risas el alemán empujó al médico que cayó al suelo. El niño asustado se levantó deprisa y corrió a ausentarse del lugar dejando los trozos de porcelana esparcidos por el suelo alrededor del doctor Golik.

El Brigadeführer puso el pie encima de la pierna del médico que seguía tendido en el suelo.

—Podría pisarte como una cucaracha.

—¿Qué está pasando, Frank? —preguntó una voz de mujer.

—Constanz, ¡¡cariño…!! ¿Qué haces levantada?

Con un camisón blanco y la tez muy pálida, la esposa del Brigadeführer se obligó a bajar de la cama al escuchar el ruido de la planta de abajo. Estaba asustada y se sorprendió al ver la escena.

—Vuelve a la cama, Constanz. No deberías estar levantada —el nazi se dirigió a ella subiendo deprisa las escaleras, preocupado. Temía que pudiese caerse por la debilidad que le había dejado la enfermedad.

Constanz lo miró diferente cuando lo tuvo cerca. No lo reconoció. Para ella, el Brigadeführer era solo Frank. Un hombre cariñoso y entregado. Un esposo paciente, una buena persona.

El alemán la abrazó y caminó con ella con paso lento hasta que juntos llegaron a la habitación. La ayudó a recostarse y sin decir nada abrió la puerta de la habitación para marcharse.

—La gratitud es un don que el Señor no concede a todo el mundo —musitó Constanz con la voz llena de tristeza.

El nazi cerró la puerta y bajó las escaleras con la cabeza baja. Aún quedaban restos de porcelana esparcidas por el suelo.

CAPÍTULO XLII

ME LLAMO ÁNGELA Y TENGO SU ABRIGO

«Tenía claro por qué dejé mi abrigo en Blitz. Era un señuelo. Una llamada que lo llevase hasta mí. Sin embargo, el paso del tiempo desvaneció esa idea y dejé de tener claro por qué mi abrigo seguía allí.

»No necesitaba espacio, ni dinero, pero algo me empujó a mantenerlo en Blitz. Ahora lo entiendo todo. Tenía algo pendiente, y el destino elegiría a la persona que me ayudaría a hacerlo. Llevo mucho tiempo esperándote, Ángela».

Tras un largo rato compartiendo confidencias, Irune miró el reloj y exclamó:

—Madre mía, otra vez llego tarde. De esta me echan seguro. —Buscó el bolso y las llaves y dio un portazo al salir.

Ángela sonrió. Rainbow estaba sentada junto a ella.

—Si no la han despedido ya no lo harán nunca, estoy segura —comentó a la gata.

Miró a su alrededor. Todo estaba desordenado. Comenzó a organizar la casa. De fondo sonaba música de los Beatles. Recogió la cocina, ordenó los libros por categorías, quitó el polvo de los pocos muebles y se dio cuenta de que su chaqueta estaba sobre la silla.

Abrió su armario. Se dispuso a colgarla de la percha cuando vio el abrigo de Blitz y su mente volvió al instante en que delante de la puerta sus miedos la empujaron a bajar sin llamar.

Empezó a tocarse los labios, como cada vez que le daba vueltas a algo. Se atrevió a descolgarlo. Buscó el bolso y salió de la casa con el abrigo en el brazo.

—¿Cuántos terrones te pongo, hijo? —Elisabeth preguntó después de poner dos en la taza.

Él sonrió.

—Como siempre, madre, dos —respondió.

La ayudó a sentarse en el sillón.

—Está preciosa, madre.

—Lo que soy es una vieja —le reprochó la anciana.

—Bueno… entonces es una vieja preciosa. —Chay se acercó, y le dio un beso en la mejilla.

Sin titubear ni pararse a pensar caminó en dirección al edificio que indicaba el papel del bolsillo del abrigo. Quería conocer a la persona que vivía en aquella dirección. No podía explicar el motivo que la empujaba a comportarse así. Tenía que ir. Algo dentro de ella se lo gritaba fuerte.

Quiso volver a preguntarle si alguien más vivía en el edificio además de ella, pero el comportamiento de su madre, evitando responder, fue más que suficiente para respetar que no quisiese hablar de ese tema.

—Debo volver a trabajar, madre. —Chay se levantó del sillón y dejó la taza encima de la mesa.

—Cada día estás menos tiempo conmigo, hijo —Elisabeth se mostró molesta.

—Madre, siempre estoy aquí el mismo tiempo.

—Será entonces que se me pasa volando el que estoy contigo.

Chay se agachó y la besó en la frente.

—Nos vemos mañana, tomamos té a la misma hora —se despidió y cerró la puerta al salir.

Llegó al portal y se quedó en la acera de enfrente observando unos segundos a la gente pasar.

—¿Y si no está en casa?, ¿y si tiene alguna visita?, ¿y si me cierra la puerta? —Se dio la vuelta. Caminó unos pasos. Se detuvo.

Había llegado hasta allí. Estaba decidida a hacerlo. Quería conocer a la persona que estaba detrás de esa dirección. Quizá el abrigo de Blitz arrastraba una historia que la había llamado para que se sentase a escucharla.

Cruzó la calle. Estaba decidida a entrar. Se situó en la puerta del edificio y miró las escaleras. Sonó el teléfono dentro del bolso. Era su hermana. Pensó no cogerlo. Volvió a mirar las escaleras, pero accedió a hablar con ella. Salió del edificio y caminó unos pasos hacia la izquierda del portal.

Chay bajó enérgico las escaleras. Pensó en Ángela y en las ganas que tenía de volver a verla. Se le ocurrió llamarla para cenar. Sacó el teléfono y se detuvo en la primera planta. Comunicaba. Colgó y siguió bajando las escaleras «la llamaré más tarde», pensó.

Salió del portal. Caminó hacia la derecha, y se perdió entre el gentío de Camden. No se percató de que a su espalda, Ángela hablaba por teléfono.

—Ana, perdona, sé que debía haberte llamado, pero no sabía…

—No te preocupes, solo quería decirte que eres muy importante para mí y que siento mucho haberte ocultado tantos años este secreto de mamá —respondió su hermana emocionada.

—Necesito unos días para asimilar todo lo que me has contado, pero me gustaría mucho volver a verte a mi vuelta.

Colgó el teléfono y lo miró con una sonrisa. El viaje ya había servido para acercarse a su hermana. Las conversaciones con Irune la hicieron reaccionar. Beatriz tenía razón.

Entró en el portal. Miró el abrigo, respiró hondo y comenzó a subir las escaleras.

Sentada en su sillón, acariciaba sus manos arrugadas. Los restos de té y pastas descansaban en la mesa que había junto a ella.

La calle estaba muy concurrida. Aquel día, había espectáculo en directo. El malabarista que tenía un sitio a dos manzanas había cambiado la ubicación y ella estaba sentada, mirándolo por la ventana.

Volvió a la puerta que no se atrevió a tocar aquel día en que fue con Irune. Tardó unos segundos en decidirse, hasta que los nudillos golpearon tres veces la puerta.

Se levantó. Caminó con dificultad en dirección a la cocina. Escuchó llamar a la puerta. Se detuvo en mitad del pasillo. No esperaba a nadie. Abrió.

No escuchó nada y comenzó a impacientarse. Apenas unos segundos habían transcurrido desde que llamase. Estaba de espaldas, dispuesta a marcharse. La puerta se abrió.

Se volvió y vio a una anciana apoyada en su bastón. La recibió con una sonrisa. Ángela la miró a los ojos oscuros, tremendamente hermosos, que la mujer tenía. Sin titubear, y sin más preámbulos, la muchacha se dirigió a la anciana:

—Me llamo Ángela y… tengo su abrigo.

La anciana contempló a la muchacha con incredulidad, pero en sus ojos se asomó la ternura. Hizo un gesto para que pasase al interior de la vivienda.

—Me cuesta estar mucho tiempo de pie —se justificó sentándose en el sillón—. Siéntate.

Ángela se sentó colocándose el abrigo sobre las rodillas.

—Pensará que soy una loca por presentarme aquí, sin conocerla de nada, con este abrigo. Lo cierto es que no puedo explicarle qué es lo que me hace estar aquí. Desde que vi la dirección en el bolsillo, sentí la necesidad de descubrir quién se encontraba detrás de la puerta. Esto no suena muy bien, ¿verdad?

La anciana levantó la mirada y buscó los ojos de Ángela.

—Me llamo Leonore y estoy muy contenta de que estés aquí, Ángela. Me alegra que decidieras venir. Llevo mucho tiempo esperándote. Estaré encantada de contarte la historia de este abrigo. Ponte cómoda.

CAPÍTULO XLIII

TE BUSCA

«Buscaré en lo más profundo de mí hasta encontrarme, para volver a enseñarte el brillo de mis ojos tal y como era cuando nos contábamos las historias debajo de los árboles. Buscaré en mis recuerdos mi sonrisa para regalártela. Quiero que, al menos tú, puedas volver a ver a la Lena que fui una vez más. Jamás sabrás en qué me he convertido, ni hasta dónde he llegado por las decisiones que he tomado. Si te soy sincera, no sé si me arrepiento en este momento de ninguna de ellas. Gracias a ellas sigo viva para volver a verte una vez más».

Se detuvo ante la puerta del bloque 24. Observó cada centímetro de sus hojas. Levantó la cabeza y miró las ventanas. Nunca había entrado en ese lugar. Tampoco mostró su aprobación cuando Himmler decidió ubicar prostíbulos en algunos campos de exterminio. No pudo evitar pensar en Constanz y en el inmenso dolor que le suponía imaginar que ella pudiese acabar en un lugar así. Le daba miedo enfrentarse a ese edificio y al dolor que custodiaba.

Llamó a la puerta. Tardaron poco en abrir. A la funcionaria le sorprendió ver al Brigadeführer Herr Frank Meyer en ese lugar. No preguntó. Se limitó a darle la bienvenida. Entró observando cada detalle. Sorprendido por la falsa apariencia de normalidad. El bloque 24 era un oasis en mitad de Auschwitz.

—Muéstrame el libro de ingresos de prisioneras de este módulo —ordenó a la funcionaria.

La mujer le entregó el libro sin preguntar nada.

—Aquí está, señor.

Meyer lo observó unos segundos antes de buscar el número de Lena. Tardó poco en localizarla, había demasiadas bajas.

—¿Dónde están las habitaciones de las prisioneras? —preguntó nervioso.

—En la planta de arriba, señor, pero es posible que algunas estén ahora mismo trabajando en las distintas estancias del bloque. Si me dice a quién busca quizá pueda ayudarle a localizarla.

El Brigadeführer no respondió y subió las escaleras en silencio.

Cuando imaginó que ya no podía más, cuando la pena le oprimía el pecho y la impotencia se adueñó de su cuerpo, llegó él. El monstruo que la violó sin compasión destruyendo todo lo que había dentro de ella.

Se puso en cuclillas junto a ella y con una sonrisa maliciosa comentó:

—No serás una mantenida aquí dentro. Eres y serás una puta. Si estos engendros no te dan tu merecido cada día, lo haré yo mismo. Cuanto antes lo entiendas mejor, así que déjate de dramas y ponte en pie —gritó.

Pero Lena no reaccionaba. Cerró los ojos.

—He dicho que en pie —ordenó el SS.

Lena no se movió. Vio el final.

Mientras subía las escaleras, el Brigadeführer escuchó gritos. Se dirigió hasta el lugar del que provenían, pasando su reflejo por el espejo que a Lena le recordaba a la Varsovia de antes de la ocupación. Entró en la habitación y vio a un SS patear a una muchacha que estaba tirada con los brazos alrededor del cuerpo.

—Basta —gritó desde la puerta.

No quería ver más. No podía escuchar nada más. Quería dejar de respirar y escapar de aquel lugar. El hombre seguía gritándole. Comenzó a patearle en la espalda y el estómago. Y cuando pensó que sería su final, escuchó una voz desconocida gritar desde la puerta… «¡BASTA!».

El Brigadeführer Herr Meyer avanzó hasta el SS.

—Sal inmediatamente de aquí —ordenó.

El hombre miró las hojas de roble del cuello del uniforme del Brigadeführer. Salió de la habitación sin decir nada, dejando a Lena tirada en el suelo y a Frank Meyer de pie, junto a ella. Se agachó para acercarse a la muchacha. Vio el rostro ensangrentado y el terror en sus ojos. Estaba temblando.

—¿Eres Lena Wiesel? —preguntó entre susurros.

La muchacha levantó la mirada con sorpresa. Nadie se había dirigido a ella por su nombre desde que el número que llevaba impreso en la piel sustituyese su identidad.

De una forma muy sutil, apenas imperceptible, Lena hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Comenzó a llorar. Sintió rabia y vergüenza a partes iguales. Se tapó el rostro con las manos.

—Tranquila, no estoy aquí para hacerte daño, no pasa nada —el Brigadeführer intentó consolarla—, hay alguien que te busca desde que llegaste a Birkenau.

Lena no decía nada. Seguía llorando, había tapado su rostro con las manos.

—Estoy aquí por él. Por Jonás Golik —continuó explicando el nazi.

Lena reaccionó. Liberó su rostro de las manos y miró a los ojos del Brigadeführer que permanecía en cuclillas a su lado. No era capaz de hablar, pero el alemán observó como en los labios de la muchacha se dibujó una ligera sonrisa.

El Brigadeführer la ayudó a incorporarse. Sentía mucho dolor en todo el cuerpo. La sentó en el camastro y se arrodilló frente a ella.

—No sé qué ha ocurrido. Pero te prometo que habría hecho cualquier cosa si hubiese podido evitarte este sufrimiento. Siento haber llegado tarde y siento formar parte de algo que está causando tanto dolor. Prometo redimir mi culpa sacándote de aquí. Te lo prometo, Lena.

Ella continuaba sin hablar, con la mirada baja y un pellizco en el alma.

—Voy a sacarte inmediatamente de aquí. Te llevaré al hospital y serás atendida. Vas a recuperarte pronto, ya lo verás. Y mientras tanto, yo lo dispondré todo para que te marches de este lugar y puedas permitirte olvidar.

Lena levantó la mirada.

—No te preocupes. Procuraré para ti un destino seguro. Ahora tengo que irme, debo informar a Jonás de que he hablado contigo.

La chica se quedó sentada en el camastro, el Brigadeführer caminó hacia la salida.

—No, por favor —comenzó diciendo la muchacha—, concédame unos días. No permita que Jonás me vea así. No quiero que vea estas señales. No quiero que olvide a la Lena que fui. No quiero que vea estos ojos ahora.

—Pero… ¿Cómo?

—Deme unos días para prepararme. Necesito buscar dentro de mí, aunque sea solo para enseñarle a él esa parte que ha quedado

sepultada en lo más hondo de mi alma. Por favor, solo unos días. El Brigadeführer asintió.

—¿Fue el hombre que estaba en la habitación quien te hizo daño? —preguntó antes de salir.

Lena bajó la cabeza y el alemán salió de la habitación.

—La prisionera A-19316 pasará inmediatamente al hospital para recuperarse de las heridas. Proceda a su baja en este bloque —ordenó a la funcionaria de control.

—¿Qué quiere decir con proceder a su baja, señor?

—Quiero que conste que ha muerto. Curse la baja de esta prisionera y hágalo saber al barracón de control.

CAPÍTULO XLIV

¿LO HAS PENSADO?

«Siempre justifiqué mi comportamiento sin plantear la opción que me ofrecía la otra parte. Honestamente, reconozco que la presunción de verdad que me atribuía desde siempre me ha restado oportunidades para seguir aprendiendo y ver que siempre existe algo más allá de lo que ven nuestros ojos y de lo que abarca nuestra razón».

VARSOVIA, MEDIADOS DE SEPTIEMBRE DE 1943

Habían pasado unos días desde la discusión entre Josef y el Brigadeführer. Durante ese tiempo el médico se dedicó a actuar con normalidad.

Seguía compatibilizando los cuidados a la esposa del alemán con la ayuda a los judíos que formaban parte del servicio del Brigadeführer. Ninguno se atrevía a hablar de lo ocurrido y el médico aparentaba una normalidad que tras lo ocurrido, hacía sospechar al resto de los miembros del servicio que se encontraban ante un hombre que no temía a nadie ni a nada.

El comportamiento de Josef Golik contaba con adeptos que no se atrevían a valorar en público la valentía del médico. La mayoría solo se atrevía a verbalizar que no era más que un loco sin pretensiones de vivir, de ahí la poca importancia que le daba a las amenazas del nazi.

Josef Golik consiguió ser en pocas semanas el centro de atención de aquella casa de Varsovia.

—Acompáñame inmediatamente a mi despacho —ordenó el Brigadeführer.

Josef, que en ese momento estaba limpiando su material de trabajo, guardó todo con calma en el maletín y caminó detrás del alemán sin preguntar nada.

Entraron juntos al despacho y el Brigadeführer cerró la puerta. El médico se quedó de pie frente a la mesa llena de documentos que presidía la estancia. El nazi la bordeó y se sentó en el sillón de piel que había detrás de ella.

AUSCHWITZ, MARZO DE 1944

Sentado en su despacho, Adolf Göth intentaba buscar alguna relación entre el judío del barracón y el Brigadeführer. No se atrevía a preguntarle directamente. Aunque eran amigos, Fran Meyer tenía el cargo más importante del campo y sus instrucciones venían dadas directamente por Heinrich Himmler, mano derecha del Führer.

La simple idea de dudar de él generaba en el alemán un sentimiento de culpa que contrarrestaba con la necesidad de imponer las ideas y razones del nazismo.

Sentía que debía ponerlo a prueba. Intuía que el Brigadeführer estaría a la altura. Pero las dudas asaltaban al Hauptsturmführer.

Se levantó de la mesa y caminó con paso firme hacia el barracón de ingresos. Se cercioró de que su amigo no se encontraba en ese momento en su despacho y se acercó a una de las mesas.

—Busca al prisionero Jonás Golik en los libros de ingresos y dime dónde se encuentra.

Sin cuestionar nada, el judío fue hasta el libro de ingresos y buscó hasta encontrar al prisionero que el amigo del Brigadeführer estaba buscando.

—Jonás Golik. Pertenecía al Kommando Kanada. Actualmente es uno de los Sonderkommando. Está en la cámara, señor.

—¿Quién cambió la ubicación del prisionero?

—No lo sé, señor. No se indica nada.

VARSOVIA, MEDIADOS DE SEPTIEMBRE DE 1943

—Siéntate —ordenó el Brigadeführer.

El médico cumplió la orden y ocupó la silla que había frente a la mesa del alemán. El nazi lo observó en silencio unos segundos. Josef mantuvo la mirada fija en los ojos de Frank Meyer.

—Debo reconocer que nunca me había topado con alguien tan insensato como tú —aseveró el de la esvástica.

—Si me lo permite, señor… me atrevería a decirle que puedo pecar de muchas cosas, menos de falta de sensatez. Supongo que, como usted, yo soy fiel a mis principios. Y nada, absolutamente nada que no entienda justificado puede hacerme cambiar. Sin embargo, usted… se mantiene en sus ideas aun siendo consciente de que el argumento que mantiene no es coherente.

—Podría sacar un arma y dispararte en la cabeza. Pero debo confesarte que me quedaría siempre la curiosidad de saber cómo has llegado a ser así. A no mostrarle ningún respeto a la vida ni a quien te la podría quitar de un plumazo.

—¿Por eso me ha llamado?, ¿siente curiosidad?

—Sí… —respondió el Brigadeführer.

AUSCHWITZ, MARZO DE 1944

Cada tarde Frank Meyer y Adolf Göth caminaban por el campo recorriendo sus calles y observando con orgullo el dantesco espectáculo que dejaban a su paso.

Solían comentar la posición de Alemania en el frente y charlaban sobre sus planes de futuro con sus familias cuando terminase la guerra.

Aparentemente todo era normal. El Brigadeführer seguía manteniendo sus argumentos para continuar con el plan marcado por el Führer y Adolf Göth sintió alivio al pensar que sus sospechas eran infundadas y seguía estando ante un nazi intachable. Aun así, decidió seguir con el plan previsto para poner a prueba a su amigo.

Caminaban hacia la taberna cuando escucharon los quejidos de un hombre a los que un SS sujetaba de la ropa, mofándose de él y ordenándole que se comportase como un perro.

Al girar la calle, el Brigadeführer comprobó que el judío al que usaban de mofa era Jonás. Se detuvo en mitad de la calle. El plan de Göth estaba dando resultado. Ahora solo tenía que ver la reacción de su amigo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Adolf Göth al SS entre risas.

—Sacar a mear al perro, señor —respondió dando una carcajada.

El Brigadeführer no decía nada. Estaba serio. Mirando la escena en mitad de la calle. Jonás levantó la cabeza y lo miró a los ojos. El SS siguió vejando al muchacho, ante la impasible actitud del nazi. Göth dio un paso más.

VARSOVIA, MEDIADOS DE SEPTIEMBRE DE 1943

—¿Me permite que le haga una pregunta, señor?

El Brigadeführer asintió.

—¿De dónde viene? —preguntó el médico.

—¿A qué te refieres?

—El odio a los judíos. ¿Cómo se lo han justificado para que sea tan creíble? —se cuestionó Josef.

El Brigadeführer encendió un pitillo y se reclinó en el sillón. Pensó unos pocos segundos la respuesta y al exhalar el humo contestó:

—Alemania no perdió la guerra en el campo de batalla. El Tratado de Versalles que tan debilitada dejó a mi nación fue la consecuencia de la traición de los judíos socialdemócratas. Vendieron a Alemania y no pudimos hacer nada. Hubo que presentar la dimisión. No sabes lo que supuso para nosotros.

El médico lo observó atentamente.

—Era muy joven cuando luché en la Primera Guerra Mundial y cuando llegué a pasar hambre después de la firma del tratado. Hitler nos dio una oportunidad y una respuesta al fracaso de mi nación. Esta vez saldría bien. Solo debíamos mantener bajo control al máximo enemigo de Alemania. Los judíos.

El médico se puso de pie y comenzó a desabotonarse la camisa. El Brigadeführer lo miró sorprendido. Incomodo por la situación.

—¿Qué cojones estás haciendo? —preguntó enfadado.

—Enseñarle las marcas de la guerra que me acompañarán hasta el último día de mi vida.

—¿De qué estás hablando?

—Mi padre era militar. Murió en el frente y yo me alisté como voluntario cuando tenía apenas dieciséis años.

—No puede ser…

—Señor…, nací en Austria y participé en la guerra junto a cien mil judíos que levantaron sus armas para apoyar a Alemania y a mi nación. Tengo guardada alguna documentación que demuestra nuestra participación en el frente.

El Brigadeführer no daba credibilidad a la versión del médico. Sin embargo, su argumento contaba con tanta seguridad que al nazi le resultó imposible mandar a callar al judío.

AUSCHWITZ, MARZO DE 1944

Se acercó a Jonás y levantó la cabeza del muchacho que permanecía a cuatro patas mientras el SS lo sostenía agarrándolo por la ropa.

—Ladra —ordenó Göth al muchacho.

Jonás no hacía nada.

—He dicho que ladres —gritó Adolf.

—Que ladres, joder —aseveró el SS.

Pero Jonás no hizo nada. Göth dirigió una mirada a su amigo y golpeó al muchacho en la boca haciéndolo sangrar.

Jonás quedó tumbado en el suelo. El amigo del Brigadeführer le pisó las manos.

—¿Vas a ladrar ahora, judío? —preguntó.

—¡¡Basta!!, se acabó. —Frank Meyer no aguantó más—. Váyase inmediatamente —ordenó al SS—. Göth, deja a ese chico y vamos a la taberna.

—¿Y si jugamos un rato con este? —propuso al Brigadeführer.

—He dicho que lo dejes —gritó.

Göth levantó los pies de las manos del chico y miró con desprecio a su amigo. Algo estaba pasando y el Brigadeführer había dejado de ser el nazi intachable que era.

CAPÍTULO XLV

SONDERKOMMANDO

«Si hubiese una profesión reconocida en el infierno sería la de Sonderkommando. No puede existir nada peor que colaborar en la muerte. No puede existir mayor castigo para los que nos alimentábamos gracias a ocupar este lugar, que recordar el resto de nuestra vida cada una de las miradas y los gritos de socorro. No puedo pedirle a Dios que me ayude a olvidar tanto dolor. Mi castigo será recordarlo mientras viva».

Caminó despacio hasta llegar a la cámara. Durante el trayecto solo podía pensar en ella. Seguía viva. No le importaba nada más. Estaba más cerca que nunca de encontrarla y en su mente solo había espacio para pensar en el reencuentro con Lena.

Bajó las escaleras en silencio. Lentamente. Observando a su paso los detalles del edificio, como si quisiera guardar para siempre la imagen en su memoria. Se detuvo en el último escalón.

—Tú, parásito. Vete arrastrándote hasta el hospital y aquí no vuelvas más —gritó la funcionaria de control.

Lena mostró la mirada de desprecio que no había podido mostrar desde su llegada.

—No te atrevas a mirarme así, puta —le recriminó la funcionaria—, o te aseguro que te mataré a latigazos delante de tus compañeras. No eres más que una ramera judía.

Pero Lena se atrevió a permanecer de pie, en el último peldaño de la escalera, manteniendo la mirada de desprecio. La funcionaria no podía entender semejante actitud. No lo pensó y levantó la mano para golpearla con todas sus fuerzas. Un oficial detuvo el golpe, agarrando fuerte el brazo de la mujer, ordenándole que volviese a su puesto.

Lena comprendió que su posición en Auschwitz había cambiado. El Brigadeführer Herr Frank Meyer le regaló la oportunidad de poder mirar el campo con la perspectiva que tenían los de la esvástica. Nadie

podía acercarse a Lena. Nadie podía atacarla. Nadie se atrevería a hacerlo. Y Lena, consciente, se permitió liberar el rencor a través de sus ojos. A partir de ese momento, dejó de reconocerse, para siempre.

Había conseguido llegar hasta ahí con vida y se juró la misma lealtad para no permitir jamás ninguna vejación.

—¿Eres el nuevo? —le preguntó un prisionero a la entrada de la cámara. Llevaba una carretilla llena de zapatos.

Una camioneta con una cruz roja pintada en los laterales se detuvo frente a ellos. Había visto transitar esos vehículos muchas veces desde su llegada, pero no se imaginó el contenido que transportaba.

—Vosotros, descargad —ordenó un SS desde la puerta de la cámara.

Jonás junto con su nuevo compañero fueron bajando una a una las latas del Zyklon B. El pesticida que se usaba en los campos para acabar con chinches y piojos, pero que lo nazis utilizaban en grandes cantidades para emitir el gas letal que terminaba con la vida de cientos de personas a diario.

—¿Qué es esto? —preguntó Jonás.

—El gas de la muerte lo llaman —respondió el prisionero.

—El Brigadeführer Herr Meyer ha ordenado que permanezcas en este lugar hasta nueva orden —una funcionaria se dirigió a Lena.

Se sentó en la cama. Observó a su alrededor. Había vuelto al mismo lugar donde le ofrecieron la única salida que tenía. Había regresado al hospital. La gente vomitaba sangre, otros tosían hasta asfixiarse. Muchos gritaban de dolor por las mordeduras de las ratas, y ella se sintió en aquel momento execrable.

Por alguna razón, el hombre con galones y una cruz esvástica en su brazo había llegado para cambiar su destino. Mirar a su alrededor la hacía ser aún más consciente de donde la iba a sacar el Brigadeführer y aunque aún no conocía su destino, sabía que escaparía a un futuro mejor donde tendría la oportunidad de empezar de nuevo. Mientras todos los que la rodeaban estarían muriéndose de hambre, de frío, de sed o de tristeza.

—Entrad y sacad a los despojos. Ya sabéis donde los tenéis que llevar —ordenó el SS.

Durante todos los meses que Jonás había pasado en el campo, no había sido consciente de lo que ocurría en el lugar donde nacían las chimeneas. Ese humo que daba a Auschwitz su olor a muerte tan característico provenía de las cámaras a las que llegaban ancianos, mujeres, enfermos y niños.

El muchacho siguió a sus compañeros que abrieron la cámara y entraron en su interior. La imagen que recibieron sus ojos fue dantesca. Cientos de personas muertas, hacinadas, unas encima de las otras, desnudas. Madres con sus hijos en los brazos, parejas de ancianos de la mano… Jonás no daba crédito.

—¿Qué es todo esto? —susurró.

Uno de los prisioneros se volvió al escucharlo.

—¿De verdad creías que lo peor que podías ver en este lugar estaba en la rampa? —preguntó.

Jonás se quedó paralizado. Caminó dando pasos hacia atrás hasta que se chocó con una de las paredes. Al tocarla, notó las señales que, con las uñas, los prisioneros que entraban en la cámara hacían antes de morir.

Los minutos que transcurrían desde que liberaban el gas hasta que no quedaba una gota de oxígeno en el interior la cámara eran suficientes para que las personas sintiesen la necesidad de escapar y acabasen arañando la piedra.

Jonás se estremeció.

Colgó el teléfono después de hablar con Constanz. Estaba todo preparado. Saldría de Polonia en pocos días para dirigirse a Francia y desde allí coger un tren hasta España.

La colaboración entre el Gobierno español y el alemán fomentó que el Brigadeführer idease este plan de salida de su esposa para ponerla a salvo. Se alejaría de ella en mitad de una guerra mundial. Lo más probable es que no volviese a verla, pero necesitaba saber que estaría en un lugar seguro. Era el primer paso en el plan orquestado contra Hitler.

No se iría sola. Buscó para ella una compañera fuerte que había hecho una armadura con su dolor y que sabría cuidar de Constanz. Lena saldría de Auschwitz para llegar a Madrid y buscar allí una segunda oportunidad.

Lena pasaba las horas con los ojos cerrados y el alma conectada a

sus recuerdos. Su mente se detuvo cuando el Brigadeführer le habló de Jonás. Sintió culpa. Durante el tiempo que permaneció en el campo, nunca pensó cómo se podía encontrar él.

Tenía las mismas ganas de verlo como miedo a encontrarse frente a sus ojos. Debía buscar en su interior la Lena que fue. Jonás no podía saber todo lo que había sucedido desde su llegada a Birkenau. No se merecía más sufrimiento.

Pocas horas después de tener que sacar los cuerpos inertes de los que habían sufrido una agónica muerte en la cámara, volvieron a llegar cientos de personas. Jonás sintió que algo dentro de él se partía. La culpa era afilada como un cuchillo que se clavaba bien adentro. Los prisioneros que llegaban no sabían nada, y Jonás ayudaba a que se desnudasen deprisa y fuesen entrando.

—Gracias, muchacho.

Un anciano, con una malformación en la espalda, no podía quitarse la ropa. Jonás con sumo cuidado lo desnudó enjugándose las lágrimas sin que el hombre fuese consciente. Llegaron madres con sus hijos. Los niños jugaban entre ellos, ajenos al dolor y rabia que sentían los miembros del Sonderkommando. Jonás perdió las fuerzas. Estaba mareado, aturdido y cuando pensó que nada podía ser peor, alguien lo tocó en la espalda:

—Jonás, amigo mío.

Se dio la vuelta y lo vio. Amiel estaba en la cámara, muy deteriorado, extremadamente delgado y Jonás no pudo evitar ponerse a llorar.

—Venga, muchacho, dame un abrazo, anda, y no te pongas así —intentó consolarlo.

Habitual en él, a pesar de las circunstancias Amiel siempre tenía una sonrisa para los demás. No dudó en darle el abrazo que tanto necesitaba.

—Sigue donde lo guardaste. El broche de Lena sigue en el barracón —le susurró al oído—, hubo un registro y casi lo localizan. Así que lo guardé más profundo, pero en el mismo lugar. Tienes que ser fuerte y volver a por él para devolvérselo.

Jonás no podía hablar. La tristeza de su mirada y la culpa en su alma hacían imposible que pudiese articular ninguna palabra. Los SS ordenaron mayor celeridad, y las camionetas volvieron a traer más latas de Zyklon B.

Poco a poco fueron entrando los cientos de personas que se agolparon en la cámara. Dejaron sus ropas y sus zapatos en el

vestuario que había en la entrada. Solo quedaba él, Amiel, y Jonás era consciente de que no podía hacer nada por él.

Ninguno de los prisioneros que llegaron conocía su destino, pero Jonás sabía que su amigo moriría en apenas veinte minutos.

Amiel se despidió con una sonrisa y Jonás se quedó parado en el vestuario, rodeado de las ropas de sus compañeros, viendo cómo se alejaba, incapaz de decir nada. Aguantó el llanto que brotó una vez se cerraron las puertas.

Jonás salió de la cámara. Se derrumbó. De rodillas, gritando y llorando, golpeó el suelo hasta sangrar por los nudillos. Sus compañeros no se atrevieron a acercase.

Durante los veinte largos minutos que duraron los gritos, Jonás no dejó de llorar y cuando solo escuchó silencio, la rabia lo empujó a correr en dirección al barracón del Brigadeführer. Con Lena a punto de salir y sin su mejor amigo. Lo había perdido todo.

CAPÍTULO XLVI

LEONORE

«Estoy absolutamente convencida de que, si se hubiese cruzado en mi camino, me habría parado a observarla. Habría detenido mi paso para percibir todo eso que emana de ella. Leonore era, a sus ochenta y nueve años, una mujer que seguía domando su fuerza, y a mí solo me quedó rendirme a su encanto».

LONDRES, 2015

La casa de Leonore era pequeña. En el salón, al que se llegaba directamente desde la puerta de entrada, solo había dos sillones junto a la ventana. Una mesa auxiliar y, al fondo, una antigua cómoda con cajones que adornaba la estancia.

Ángela se sentó en uno de los sillones. Colocó el abrigo sobre las rodillas y esperó paciente a que la anciana iniciase la conversación.

—¿Te apetece tomar una taza de té?

—Será un placer —respondió Ángela con una sonrisa—. ¿Necesita ayuda?

—No, estoy acostumbrada a hacerlo sola. Enseguida vuelvo.

Leonore se levantó y cogió el bastón que descansaba junto a la ventana. Caminó despacio, hasta llegar a la cocina.

Ángela miró el abrigo y acarició la tela. La lana se mantenía en perfecto estado a pesar de los años. Tuvo una intuición.

LONDRES, 1978

Caminó desorientada por el barrio. Buscaba un punto de referencia donde sentirse segura. Londres era una ciudad inmensa, y recorrer cada barrio no fue tarea fácil. Había llegado hacía más de dos años. Durante ese tiempo, no hizo amigos, apenas hablaba con vecinos ni dejó de mirar a su espalda para comprobar que nadie la perseguía.

LONDRES, 2015

La anciana llegó a la cocina y se apoyó en la encimera. Miró a través de la ventana que daba a la parte de atrás del edificio y observó durante unos segundos como dos gatos buscaban comida en un rincón de la calle. Calentó el agua y permitió a su mente volar y recordar el día en que vio el abrigo por primera vez. Durante muchos años permaneció oculto en el armario del fondo, hasta que decidió volver.

LONDRES, 1978

Cada cinco semanas cambiaba de casa. Apenas llevaba equipaje. Necesitaba poco para acomodarse en un rincón donde descansar después de volver un día más de buscar a Jonás en una de las ciudades más grandes del mundo.

LONDRES, 2015

—Señora, ¿fue usted quien dejó el abrigo en Blitz? —preguntó la muchacha cuando vio a la anciana aparecer empujando un carrito que transportaba las dos tazas de té y unas pastas.

—Sí, yo dejé el abrigo en aquella tienda, hace mucho tiempo. Tanto, que el motivo que me llevó a hacerlo se perdió hace unos meses. Ha sido el destino el que me ha mostrado que había más razones para dejarlo en ese lugar —respondió sentándose con la taza y moviendo la cucharilla.

—Disculpe, pero no la estoy entendiendo muy bien.

La anciana miró fijamente el abrigo. Respiró hondo y se dirigió a la chica:

—Por favor…, abre el cajón del mueble del fondo.

Ángela se levantó. Abrió el cajón. En su interior, había muchos documentos y fotografías antiguas.

—Disculpe, Leonore… ¿Qué quiere que coja exactamente?

—Al fondo. Tiene que estar debajo de los documentos. Hace mucho que no lo miro.

La muchacha levantó todos los papeles que había en el cajón y encontró una especie de cuaderno, con tapa verde. No era muy grueso y en su portada no ponía nada.

—¿Es esto lo que necesita? —le preguntó Ángela mostrando el cuaderno.

—Sí…, tráelo aquí. La historia del abrigo empieza con ese diario.

—¿Es un diario? —Ángela estaba emocionada.

LONDRES, 1978

Llegó a Camden después de dos años. Paseó por cada una de las calles, los negocios y los parques de la ciudad. Observó a todos los que se cruzaban a su paso, pero no lo encontraba.

Arrastraba una maleta vieja y en su interior llevaba el abrigo con el que la vio la última vez. Estaba cansada. Se sentó frente a una fachada de una tienda *vintage*. Observó a la gente salir del establecimiento y, tras un largo rato, decidió entrar y curiosear.

LONDRES, 2015

—¿De quién es ese diario? ¿Es suyo? —la curiosidad se apoderó de la muchacha.

—Ábrelo. Estoy muy mayor para poder leer esa letra pequeña con la que está escrito. Es posible que todas esas preguntas que te han traído hasta aquí se resuelvan con las letras de este diario.

—¿Lo ha escrito usted?

—Léelo. En alto, por favor —sugirió la anciana. Se reclinó en el sillón, acomodándose para escuchar la lectura.

LONDRES, 1978

Caminó entre las chaquetas antiguas que tanto le recordaban a sus tiempos de juventud. Recordó esos colores y los tejidos que la trasladaban a otra época de su vida.

Contempló los objetos antiguos que estaban expuestos como si fuesen joyas. Paseó entre recuerdos, entre sus propios recuerdos.

Tomó consciencia de que su abrigo, el que llevaba en la maleta, era como aquellos que colgaban de las perchas. Y lo imaginó allí. Caminando entre chaquetas y viejos uniformes. Comprando tocadiscos antiguos. Imaginó al Jonás que era antes de Auschwitz, y volvió a ver su sonrisa en ese lugar que albergaba la magia que esconden los

recuerdos.

LONDRES, 2015

Nerviosa, Ángela abrió el cuaderno. Leyó en alto lo que con una perfecta caligrafía ponía…

Estoy segura de que en el último segundo de mi vida me acordaré de él y de todos los momentos que vivimos juntos. Pero sobre todo recordaré todos los que no pudimos compartir. Para entonces solo quedará este cuaderno donde dejaré escrito el camino que hice hasta volver a encontrarlo. A quien me lea… mi nombre es Lena Wiesel y acabo de salir del infierno.

La anciana cerró los ojos y respiró profundamente. Ángela la observó. Le sorprendió cómo había sentido esas primeras líneas del diario, y aunque quiso preguntar quién era Lena, obligó a su curiosidad a guardar silencio y permitir que el tiempo y esas letras le diesen las respuestas que la anciana ya le había adelantado que encontraría.

LONDRES, 1978

¿Y si había estado allí? ¿Y si era la energía que aquel lugar le transmitía, la que le gritaba que Jonás estaba cerca? ¿Y si aún recordase el abrigo? ¿Y si el abrigo fuese como el broche y lo llevase hasta ella?

Entendió que durante todo el tiempo que caminó errante por la ciudad, estuvo buscando ese lugar. Que el abrigo estuvo guardado para ser un señuelo y gritar a Jonás que ella había vuelto.

CAPÍTULO XLVII

NO ME LO PUEDO CREER

«Te aferras a tus creencias pretendiendo justificar con ellas todo lo que te rodea. Creer algo o no hacerlo solo depende del prisma desde el que lo mires. Ser capaz de ver más allá de tus narices puede darte la oportunidad de crecer lo suficiente como para volver a creer en otra cosa, por ejemplo… en ti».

Varsovia, mediados de septiembre de 1943

—La que más me duele es esta —el médico señaló una de las cicatrices que tenía en el pecho—, me la hice el día que me clavé una rama cuando vi a uno de mis mejores amigos desangrarse delante de mí. Por aquel entonces mi padre ya había fallecido y Alemania evidenciaba que perdería la guerra. Pocas semanas después presentó su dimisión y retiró las tropas que quedábamos.

—Esa historia no es creíble —reprochó el Brigadeführer.

—Imagino que la historia que le contaron para justificar lo que vienen haciendo con mi pueblo desde hace tantos años era mucho más creíble que estas cicatrices —contestó Josef.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Porque usted solo sabe una versión de la historia. Una versión que se ha inventado alguien que necesita justificar el odio. Piénselo. ¿Se le ha ocurrido plantearse, aunque solo sea un momento, que no es más que un títere en manos de un loco?

—No te atrevas a hablar así del Führer. —El Brigadeführer se levantó con violencia del sillón.

Josef comenzó a vestirse pausadamente. No dijo nada más. Cuando terminó de abrochar el último botón, no pidió permiso. Salió sin más del despacho del Brigadeführer y caminó lento hasta su habitación. Frank Meyer se quedó de pie, rodeado de documentos y la cabeza llena de dudas.

¿Quién era ese hombre? Y sobre todo… ¿Por qué su forma de hablar empezó a generar dudas en él sobre el nazismo y las razones por la que hacían todo?

AUSCHWITZ, MARZO DE 1944

Tras el incidente ocurrido con Jonás, el Brigadeführer caminó hacia su despacho en el barracón de ingresos y su amigo lo hizo hacia la taberna. No se dijeron nada más. Sencillamente cada uno caminó hacia una dirección y Jonás se quedó tendido en el suelo hasta que los vio desaparecer a los dos.

Con una copa de vino en la mano y el codo apoyado en la barra, Adolf Göth bebía con la mirada perdida. Estaba ausente. No se percató de las risas que había a su alrededor, ni le sobresaltó la botella que se rompió prácticamente a su lado.

No podía creer que su amigo Frank Meyer tuviese algo que ver con algún judío, o que por su cabeza pasase la remota idea de pretender ahorrarles algo de sufrimiento.

El Brigadeführer fue consciente, en el momento de ocurrir el incidente con Jonás, de que su amigo se había percatado de algo. Sabía que no se atrevía a preguntarle por el cargo que ostentaba pero que su comportamiento había generado dudas en Göth y temía que en algún momento se armase del valor suficiente como para hacerle la temida pregunta.

VARSOVIA, MEDIADOS DE SEPTIEMBRE DE 1943

El médico continuó con sus labores y aparentemente todo era normal en la casa del Brigadeführer, pero Frank Meyer comenzó a cuestionarse cosas que había dado por ciertas desde siempre.

El simple hecho de pensarlas lo hacía sentir miserable. ¿Cómo podía dudar del Führer? ¿Cómo podía pensar que alguien como él se inventase una teoría que justificase todo lo que venían haciendo a los judíos?

El Brigadeführer comenzó a visitar con frecuencia la pequeña iglesia que tenían anexa a la vivienda. Se construyó para Constanz y hasta ese momento, el nazi prácticamente no la había pisado.

Rezaba durante horas. Imploró a Dios que le devolviese la seguridad que necesitaba. Pero las dudas no cesaban.

Nervioso, llegó a su despacho en el barracón de ingresos. Cerró la puerta y se reclinó en el sillón.

Cerró los ojos y respiró hondo. Sintió el mismo miedo que le trajo las dudas que le regaló el doctor Golik.

Sabía que decepcionaría a mucha gente. Que el siempre hecho de cuestionarse la única verdad impuesta por el Führer lo hacía culpable de traición al nazismo. Pero se reconoció que era la única forma de no traicionarse a sí mismo.

Había dejado de creer en lo impuesto y, sin querer, la coherencia se abrió paso hasta reconocerse una nueva versión de la historia donde él había sido manipulado.

Abrió el cajón de su escritorio y sacó unos documentos. La prueba de la intervención de los judíos en la Primera Guerra Mundial. Más de cien mil hombres defendieron la nación que le acusaba de traición. Nadie les había contado la historia completa.

—Señor, ya está en la cámara el prisionero que usted ha dispuesto.

Un SS se acercó a Adolf Göth para informarle de que se había cumplido con la orden que había previsto.

El amigo del Brigadeführer había estudiado al muchacho, sabía que el único amigo que le quedaba en el campo era Amiel y quiso ponerlo a prueba llevándolo al extremo.

Si como él pensaba, el Brigadeführer había dispuesto esa localización para su protegido, el judío reaccionaría y sería la evidencia que necesitaba para comprobar que entre los dos existía una relación que hacía incompatible la ejecución de los principios del nazismo.

Solo debía esperar. Tomarse la copa de vino y caminar hacia el barracón de ingresos. En apenas veinte minutos, la evidencia estaría ante sus ojos.

CAPÍTULO XLVIII

HA LLEGADO EL MOMENTO

«Recuerdo el día en que bajé del tren y observé la ciudad que habían creado para generar dolor. Sentí miedo al contemplar las miradas que tenían los que lucían esvástica. Me aterrorizaba pensar que algún día mis ojos pudiesen evidenciar el vacío de sus almas.

»Han pasado algunos meses desde el primer día que me enfrenté a sus miradas. Y aunque he intentado aferrarme a mi esperanza y al amor, este lugar ha terminado con todo lo que hay dentro de mí. Tras el silencio que precedió a la muerte de mi mejor amigo, sentí que mis ojos ya eran como los de ellos».

—Tranquilízate inmediatamente. Es una orden —gritó el Brigadeführer.

Jonás, preso de la ira, comenzó a golpear las paredes y a dar patadas a todo lo que se encontraba a su paso, desde la entrada del barracón hasta la oficina del Brigadeführer.

Sorprendidos por la actitud del muchacho, dos SS corrieron tras él sujetándolo del cuello.

—Salgan inmediatamente de aquí. Yo me encargo —ordenó Frank Meyer.

Jonás, con la respiración agitada y las lágrimas aún corriéndole por las mejillas, se sentó en el suelo. Abrazó las rodillas y apoyó la cabeza sobre ellas expulsando el dolor en forma de lamento. El Brigadeführer se limitó a observarlo. Se obligó a permanecer junto a él, testigo de una escena que había ayudado a gestar. Sintió la culpa de nuevo recorrerle la nuca y erizarle la piel. Se condenó a permanecer a su lado, mientras en su alma algo se encogía.

Más de una hora tardó Jonás en poder tranquilizarse. Frank Meyer permaneció a su lado. No lo tocó, no lo abrazó, ni se permitió redimir su culpa con un perdón.

—Sé que no tengo derecho a comportarme así —pronunció Jonás enjugándose las lágrimas—, pero no puedo más —se justificó.

—Tienes derecho a odiar a todos los que vestimos este uniforme que carga el odio. No tengo nada que reprocharte. Ni siquiera la forma en la que has llegado.

Jonás bajó la mirada.

—Entiendo tu rabia —continuó diciendo el Brigadeführer—, pero no puedes permitirte llegar hasta aquí de esta forma. Te has expuesto innecesariamente y siento decirte que este lugar no admite fallos.

El muchacho no se atrevió a pronunciar palabra.

—¿Qué ha ocurrido para que llegues hasta aquí de esta forma? —preguntó acariciándole el hombro.

—Amiel ha muerto. Entró en la cámara. Escuché sus gritos y el de otros cientos que entraron con él. Tuve que cerrar la puerta. No pude hacer nada por ayudarlo.

—Lo siento muchísimo, Jonás.

—¿Que lo siente? ¿Cómo puede decir que lo siente y enviarme a ese lugar para que vea morir a tanta gente? —preguntó enfadado.

—Te envié a ese lugar para alejarte de los SS que quieren matarte. Te garanticé alimentos para mantenerte fuerte. Lo entiendas o no, estoy ayudándote.

—¿A qué precio voy a mantenerme con vida? No quiero que me ayude. Prefiero que acabe con todo esto de una vez.

Frank Meyer se colocó en cuclillas frente a Jonás.

—No sé quién es ese Amiel, pero deduzco que debió ser importante para ti, y siento profundamente no poder ayudar a cada una de las personas que te hicieron la vida más fácil aquí dentro. Soy consciente de donde te he mandado y también tengo la absoluta convicción de que sabrás gestionar tus emociones. Eres muy fuerte. Mucho más de lo que crees. Necesito que te mantengas con vida, porque así ayudarás a otros que aún no han llegado a la cámara de gas. No podemos hacer nada por los que han pasado por allí, pero quizá haya una esperanza para los que aún no han entrado. Lo que has hecho hoy no solo te pone en peligro a ti. Tu descontrol puede hacer peligrar nuestro plan y eso es lo que necesito que entiendas. Si no controlas tu rabia, el plan se va al traste. Piensa en ella.

Lena permaneció días sin hablar con nadie. Se limitó a observar y pensar.

Le dieron alimentos y abundante agua, y aunque seguía recibiendo por parte del personal médico y enfermeras un trato vejatorio, la idea

de saberse a salvo la hacía sentir fuerte. Capaz incluso de mirar con soberbia a oficiales que, cumpliendo órdenes, no podían acercarse a ella.

Frank Meyer llegó al bloque donde se encontraba Lena, quince días después de rescatarla del prostíbulo de Auschwitz. Entró deprisa, con paso firme, sin dirigir la mirada ni al personal médico ni a los SS que controlaban a los prisioneros. Lena estaba sentada en la cama.

—Ha llegado el día. Está todo dispuesto para tu marcha. Será esta misma noche —aseveró el Brigadeführer— en el recuento de la tarde, quiero que salgas de aquí y te dirijas al barracón de ingresos. Al caer la noche, te marcharás de Auschwitz.

No dijo nada más. Se dio la vuelta y caminó hacia la salida. Había dado ya algunos pasos cuando la escuchó preguntar:

—¿Voy a poder despedirme de él?

—Ha llegado el día, Jonás. No he querido decírtelo antes porque hasta hoy no he podido establecerlo todo para la salida de Lena. Ha llegado el momento que tanto llevas esperando.

Embriagado por las emociones, fue incapaz de gestionar el momento ni determinar si las palabras del Brigadeführer lo hacían sentir feliz por haber conseguido sacar al amor de su vida de aquel lugar, o le provocaban una tristeza inmensa por saber que nunca más volvería a verla.

—He dispuesto para ella un buen destino. He tenido que llamar a puertas políticas que garanticen una seguridad tanto para Lena como para mi esposa. Ambas abandonarán Polonia esta misma noche.

Sentía que no tenía derecho a preguntar detalles ni del destino ni de la forma en que se llevaría a cabo el viaje. Sin embargo, se atrevió a verbalizar:

—¿Voy a poder despedirme de ella?

Tal y como había dispuesto Meyer, Lena no tuvo problemas para salir del bloque y dirigirse el barracón de ingresos donde la esperaba. Durante el trayecto, caminó lento. Observó cada detalle que había sido testigo de su desdicha durante semanas. En su mente solo había sitio para él. Estaba preocupada por el encuentro. Temía no ser capaz de hacerle ver una realidad distinta de la que había vivido. Evitarle un sufrimiento innecesario que él no había podido amortiguar. Se sentía en la obligación de regalarle a Jonás unos instantes con la Lena que


fue.

El Brigadeführer la vio llegar. Se levantó para recibirla en la puerta de la oficina.

—Todo esto está a punto de terminar para ti —pronunció el alemán.

—Debemos hacerlo rápido. En el momento que llegue el coche, Lena debe marcharse, sin más dilación. No obstante, podrás despedirte de ella.

Todo debía salir según lo previsto, de lo contrario las vidas de los tres estarían en peligro. Sin embargo, lejos de plantearse los pormenores del plan tramado para la salida de la muchacha del campo, a Jonás le invadió el miedo por no saber qué decirle la última vez que viese a la mujer más importante de su vida.

—Esta misma noche dejarás Polonia. Lo harás en coche. Llegaréis hasta Francia donde un convoy os llevará hasta España. Tendrás un pasaporte falso, con un nombre y apellidos que no serán judíos. Lena Wiesel se quedará aquí, inscrita en un libro de bajas. Muerta en la cámara de gas. Acompañarás a mi esposa, Constanz, y trabajarás como personal a su cargo en una vivienda situada a las afueras de Madrid. Permaneceréis allí hasta que se termine la guerra.

La piel de Lena se erizó. Tragó saliva. Y aunque se llenó de interrogantes, no fue capaz de formular ni una sola pregunta.

—Permanecerás sentada en esa mesa de ingresos, aparentando que trabajas hasta que yo te indique que debemos marcharnos.

—Cuando caiga la noche, acércate al barracón de ingresos con el listado de bajas que se hayan producido ese día. Desvíate por el camino, y bordea la nave. Sitúate a su espalda, allí te estaré esperando con Lena, para cumplir mi palabra.

CAPÍTULO XLIX

¿QUE ESTÁS HACIENDO, MEYER?

«Nunca me había planteado que podría llegar a sentir tanto asco por alguien a quien he admirado profundamente. No mereces lucir este uniforme ni portar la esvástica que nos representa. Eres una rata más. Como ellos».

Cuando Jonás se marchó, el Brigadeführer se sentó tras el escritorio de su despacho y apoyó los codos en la mesa. Con las manos se tapó la cara y cerró los ojos.

Materializar el plan orquestado contra Hitler suponía luchar mano a mano contra sus principios, reconocer a los suyos que se había transformado en alguien distinto a ellos.

—No voy a andarme con rodeos, Meyer —una voz alertó al Brigadeführer de que alguien se había colado en su despacho del barracón de ingresos.

Al levantar la cabeza, el alemán vio el rostro serio de su amigo Adolf Göth.

—Hola, Göth —saludó el Brigadeführer con cierto nerviosismo.

—Es posible que mis palabras no sean acertadas si hablo con un superior, pero en esta ocasión quiero hablarte como amigo. Estoy preocupado, Meyer. Y necesito que me aclares algo porque estoy comenzando a dudar de ti —respondió Göth.

Con un gesto, el Brigadeführer emplazó a su amigo a que se sentase. Le ofreció un pitillo que el otro rechazó y esperó paciente a que su compañero de partido le dijese aquello que le preocupaba.

—¿Qué relación tienes con Jonás Golik?

El Brigadeführer quiso aparentar tranquilidad. Notó un escalofrío y sintió como los vellos se le erizaban al pensar que el muchacho pudiese estar en peligro. A pesar de eso, se limitó a reclinarse en el sillón y comenzar a fumarse el pitillo que acababa de encenderse.

—No sé de quién hablas —le respondió.

—Sí lo sabes. Lo conoces muy bien. Es el chico que ha salido hace un rato del barracón. El mismo que visitaste en el hospital y que protegiste el día que nos lo encontramos en la calle mientras un SS

jugaba con él.

—No te voy a permitir ningún tipo de reproche. Vas a respetarme por mi cargo en este partido y no voy a darte explicaciones. Vete ahora mismo de mi despacho —aseveró el alemán.

Göth había ido con la intención de volcar toda su rabia contra el Brigadeführer. Sentía que lo había estado engañando y no podía comprender en qué momento había dejado de ser el hombre intachable al que él admiraba tanto.

No tuvo en cuenta el cargo ni los galones del uniforme, ni si quiera la capacidad del Brigadeführer de acabar con su vida. Adolf Göth solo podía pensar que su amigo era un traidor y esa idea lo volvía loco.

—¿Qué cojones se te está pasando por la cabeza, Frank? ¿Qué te han prometido para que traiciones nuestros principios? No puedo creerlo… tú ayudando a un judío…

Meyer conocía a su amigo. Sabía que contaba con el valor suficiente como para acusarlo, aunque eso le costase la vida. El Brigadeführer contaba con que su amigo notificase las muestras de traición a un superior del partido, y aunque de entrada nadie le creyese, sabía que sembraría la duda, y cualquier comportamiento del Brigadeführer sería analizado con lupa. Göth podía entorpecer la ejecución del plan contra Hitler. En ese momento, Frank Meyer comprendió que debía explicar qué era lo que estaba ocurriendo.

—¿Te has planteado alguna vez cuál es el origen del odio a los judíos? —preguntó el Brigadeführer.

—¿Qué coño dices? —gritó enfadado el amigo—. Sabes perfectamente que son los principales enemigos de nuestra nación y que exterminarlos supone una garantía para el futuro de Alemania.

—¿Te has planteado alguna vez que eso no sea cierto?

—Meyer, me estás tocando los cojones.

—Conocí a un judío hace unos meses. Era médico. El mejor médico de Varsovia. El único que consiguió salvar la vida de Constanz.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estás hablando?

—Mantuvimos conversaciones a lo largo de las semanas que estuvo en mi casa —respondió entre el humo del cigarrillo—. Era un hombre culto, fuerte. Un hombre aferrado a sus principios. Alguien capaz de captar la atención de un Brigadeführer.

Adolf Göth lo escuchó sorprendido.

—Ese hombre no solo era admirable por su valentía, sino que además me demostró que la teoría de la traición por la espalda a la que Hitler se refirió para justificar el exterminio de los judíos no es cierta.

—No puedes estar hablando en serio —le reprochó Adolf.

—Josef Golik murió de un disparo en el cabeza justo antes de entrar en su casa. En los intramuros del gueto. Me había dicho que tenía documentación que acreditaba su participación en el frente y la de más de cien mil judíos alemanes y austriacos. Reconozco que su forma de hablar, contundente, directa y sincera, me hizo dudar. Pero en ese momento no quise creerlo.

—¿Comprobaste que eso era cierto?

—Ordené un registro exhaustivo en la casa del médico tras su muerte. Pedí que me trajesen todos los documentos que encontrasen.

—¿Y?

El Brigadeführer abrió un cajón de su escritorio y sacó unos documentos. Los colocó encima de la mesa y con un gesto ofreció a su amigo la posibilidad de ojearlos.

Adolf Göth comenzó a mirar los papeles. Las manos le temblaban. El rostro mostraba el enfado y la decepción que era incapaz de ocultar. Frank Meyer estaba en lo cierto. Los judíos habían luchado en el frente por defender a Alemania y no tenía ningún sentido que fuesen ellos los culpables de la rendición de su país. A pesar de eso, Göth no podía olvidar los principios del nazismo y tirar de un plumazo todo lo que la esvástica suponía para él.

—Esto no cambia nada, Frank —aseveró el amigo del Brigadeführer.

—Esto fue el principio de algo que comenzó a moverse en mí hace unos meses.

—¿Qué estás diciendo, Meyer?

—Que hay una posibilidad de que no estemos en lo cierto. No creas que es fácil asumir lo que estoy contando. Creo que si pudiese elegir, nunca habría metido a ese hombre en mi casa. De alguna forma me cambió, y desde que se fue no he dejado de pelear conmigo mismo. He querido seguir siendo el mismo. Ser leal a mis superiores y mi uniforme. Pero no puedo, Adolf. Ya no puedo.

CAPÍTULO L

HE VUELTO

«Para ser sincera, nunca me detuve a pensar si él podía tener una vida sin mí. No barajé esa opción. En mi mente, Jonás seguía teniendo veintiún años. Mantenía la imagen de mi recuerdo. El tiempo consiguió que olvidase su aspecto deteriorado del último día que nos vimos, antes de partir de Auschwitz. Durante los años que esperé hasta volver a verlo, jamás me planteé si aquella despedida había cambiado algo en nosotros».

LONDRES, 1978

Los primeros días en el barrio le hicieron descubrir el encanto de un lugar diferente. No sabía si Jonás podía pasear por sus calles. Sin embargo, desde que llegó a Camden, Lena miraba a cada esquina con el corazón en un puño. Por primera vez desde que decidiese salir a buscarlo, se mostró nerviosa ante un posible encuentro en el que no supiese cómo reaccionar.

Cada día llegaba al barrio temprano. Caminaba por la zona industrial, donde lo imaginaba trabajando. Terminaba su paseo recorriendo las calles, buscando entre los turistas el rostro del hombre que la había llevado hasta allí. Siempre terminaba sentada frente a Blitz.

Al poco tiempo de recorrer el barrio, una mañana de esas que el sol asoma y Londres entero se echa a las calles para llenar sus parques, Lena caminó dando sorbos a un café que habían metido en un vaso de cartón con tapa para llevar. Volvió por Inverness Street cuando reconoció una silueta que le resultó familiar.

Algo la pellizcó dentro, despertando las mariposas dormidas y llenando las piernas de calambres.

LONDRES, 2015

Después de leer las primeras líneas del diario, Ángela y Leonore guardaron silencio. La anciana tenía los ojos cerrados, y permanecía recostada sobre el respaldo de su sillón. Ángela observó sus manos arrugadas en las que se reconocía una vida de esfuerzo y trabajo.

La mujer abrió los ojos. Se incorporó acercándose a la muchacha.

—No creo en las casualidades. Supongo que entraste en Blitz por algún motivo. ¿Qué fue lo que te empujó a comprar este abrigo?

Ángela no pensó la respuesta:

—Nunca había entrado en una tienda *vintage*. Probablemente, si la tarjeta con el nombre de ese local no llega a caerse de la guía, no habría llegado a conocer Blitz. Cuando por casualidad llegué hasta la puerta, sentí la necesidad de perderme entre sus calles. No sabría decirle por qué me detuve delante de este abrigo. Al verlo pensé que a mi madre le habría gustado. Por eso me lo llevé.

La anciana desvió la mirada, y se volvió a recostar en el respaldo de su sillón. Miró a través de la ventana. La muchacha la contempló en silencio hasta que la mujer se atrevió a decir:

—Su dueña es la misma persona que ha escrito ese diario. Debería ser ella, desde sus letras, quien te cuente su historia y la de este abrigo —aseveró Leonore.

LONDRES, 1978

Lo reconoció en mitad del gentío que caminaba aprisa por las calles de Camden. Iba vestido de obrero, y tenía la cara manchada. Llevaba una boina con visera gris, y tenía el pelo mucho más largo que cuando leía historias debajo de los árboles en Varsovia.

Quiso salir corriendo, pero algo la frenó.

¿Y si no era Jonás? ¿Y si solo era alguien que se le parecía? ¿Y si no quería verla?

LONDRES, 2015

La llegada de Ángela fue una sorpresa para la anciana que no esperaba visitas. Verla entrar con el abrigo la sorprendió y removió recuerdos que necesitaba digerir en soledad. Demasiadas emociones.

—¿Qué te parece si vuelves mañana y seguimos leyendo el diario? —preguntó la anciana.

La muchacha no entendía nada de lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué tanto misterio si solo era un viejo abrigo? Sin embargo, su

intuición la empujaba a volver. No comprendía el motivo. Pero sabía que había alguna razón por la que la dirección y la anciana habían llegado hasta ella.

—De acuerdo, mañana volveré a la misma hora —respondió con una sonrisa.

—Aquí te esperaré. Ahora, si me disculpas, necesito descansar.

—Claro. No la molesto más, nos vemos mañana.

LONDRES, 1978

El muchacho pasó muy cerca de ella, pero no la vio. Caminó sonriendo y parecía que buscaba a alguien con la mirada. Lena sintió que era él. Lo había encontrado después de más de dos años buscándolo cada día en las calles de Londres. Había encontrado la aguja en el inmenso pajar del mundo y no pensaba dejarlo escapar.

LONDRES, 2015

Bajaba las escaleras cuando sonó el teléfono. Ángela se detuvo en el rellano de la segunda planta. Buscó el móvil y comprobó quién era.

—Hola, Chay, ¿qué tal?

—Hola. Estoy trabajando, pero salgo en breve y me preguntaba si te gustaría ir a cenar a algún sitio. Conozco un lugar donde hacen las mejores *pizzas* de Londres.

Incapaz de hacer desaparecer la sonrisa de su cara, respondió:

—¿A qué hora nos vemos?

LONDRES, 1978

Lo siguió con la mirada hasta que se perdió al volver una esquina. Sitió miedo de seguirlo, ¿y si la veía? Caminó sin rumbo, con la imagen actual de Jonás en su cabeza. Un hombre apuesto de cincuenta y cinco años al que la vida había tratado bien. De complexión fuerte, en nada se parecía al muchacho frágil que se despidió de ella al principio de aquel camino, hacía treinta y cuatro años.

Se preguntó cómo debía acercarse a él. Musitó debatiéndose entre la posibilidad de presentarse delante o abandonar la locura de volver a su vida después de tanto tiempo. Sintió miedo. Temía que el tiempo la

hubiese convertido en una desconocida. Se detuvo. Su mente le formuló la pregunta que tanto temía responder. ¿Y si había llegado tarde?

LONDRES, 2015

Chay llegó puntual a la cita. Ángela, como siempre, lo hizo con retraso. Llegó corriendo. Apenas faltaban unos pocos metros para llegar hasta él cuando se detuvo. Miró su imagen en un cristal de la calle. Se colocó bien el jersey que había comprado para la ocasión, y se fue acercando lentamente a los pies del London Eye, donde él la esperaba.

—Como siempre tarde. Discúlpame, por favor. No termino de aclararme con los metros de esta ciudad.

Al escuchar su voz, Chay se dio la vuelta con una sonrisa.

Pasearon a orillas del Támesis. Charlaron envueltos en miradas cómplices. Todos los que se cruzaron con ellos pudieron ver en sus ojos el brillo que solo es capaz de dar el amor.

Aún no lo sabían, pero había nacido entre ellos algo más que una amistad. Sin embargo, para Ángela, todo era nuevo. Le costaba reconocerse un sentimiento que había florecido rápido y de la nada. Pero era real. Tanto como la energía que se cruzaba entre ambos, capaz de detener el tiempo. Era extraña la ilusión que había nacido en ella sin apenas darse cuenta. Estaba asustada. Pero era incapaz de pensar en no volverlo a ver ni dejar de mirarlo con una sonrisa. No podía estar enamorada de un extraño. El amor no llega así. Pensó. O quizá sí.

LONDRES, 1978

El miedo a invadir un espacio donde ya no tenía cabida hizo que frenase sus ansias por hablar con él a la mañana siguiente, y a la siguiente, y la otra también. Camuflada entre el gentío y ataviada con sombreros que hiciesen imposible reconocerla, Lena acudía cada día a la misma calle donde Jonás caminaba en dirección a esa esquina que volvía para perderse en un lugar desconocido.

Cada día esperaba paciente para verlo unos segundos. Jonás pasaba a pocos metros de ella. La mayor parte de las veces lo hacía sonriendo, otras hablaba con algún obrero, y siempre lo hacía con un periódico en la mano.

Londres, 2015

El restaurante era muy pequeño. Pocas mesas cubiertas con manteles de cuadros rojos y blancos llenaban el local. Había candiles blancos con velas encendidas. Y música de piano sonando de fondo.

—¿Qué tal te ha ido el día? ¿Has hecho algo interesante hoy? —preguntó Chay mientras ponía vino blanco en las copas que un camarero con bigote había colocado en la mesa.

—He conocido a una mujer.

—¿A quién has conocido? —preguntó sorprendido dando un sorbo a la copa de vino.

—A una anciana muy amable con la que he podido tomar un té. Justo bajaba de su casa cuando me llamaste.

No quiso hablarle del abrigo ni de la locura de ir a conocer a una desconocida que había colocado su dirección en un bolsillo. ¿Qué iba a pensar de ella y de esa estúpida idea de dejarse llevar por su intuición?

—Eso es fantástico. A mí me encantaba hablar con mi padre y que me contase historias de cuando era joven. Era muy reservado. Pero algunas veces algo se le escapaba, y yo me ponía a escucharlo sin dejar que se me escapase ninguna palabra.

—Es una señora muy mayor, supongo que debe rondar los noventa años. Hoy comenzó a contarme una historia de una mujer llamada Lena Wiesel.

—¿Y esa mujer es Lena?

—No. Se llama Leonore, pero algo debe vincularla con Lena. Algo importante como para que ella le confiase su diario.

CAPÍTULO LI

VAN A SALIR DE AQUÍ, CON TU AYUDA O SIN ELLA

«Si no me dejas otra opción, tengo muy clara cuál será mi elección».

Adolf Göth sentía que se clavaba un puño en su pecho. Tenía la respiración agitada y comenzó a sudar. Nunca había imaginado que su amigo hablase de esa forma. Era como si no lo conociese. Como si la persona que tuviese delante fuese un completo desconocido.

—En este momento, te juro que no sé quién eres —mantuvo Göth con la mirada llena de odio—. Eras mi referente. Alguien dispuesto a morir por su nación.

—Sigo dispuesto a morir por mi nación. Soy el mismo, pero me siento capaz de salir de los argumentos basados en la manipulación que no llevan a ninguna parte. ¿Sabes cuál es la posición de Alemania en la guerra en estos momentos? —Göth tragó saliva. No respondió.

—Si las cosas siguen así, Alemania perderá la guerra y esta vez no será culpa de los judíos porque nos hemos encargado de acabar con todos. ¿A quién culpará ahora el Führer?

—No puedo creer que hables así.

—Su ambición desmedida llevará a Alemania a un lugar que no merece. Por eso voy a iniciar un plan contra Hitler que lo obligue a abandonar el partido y permita que sea gestionado por alguien que diseñe un plan de guerra y no de odio.

—Estás más loco de lo que creía —respondió su amigo con desprecio—, si piensas que voy a callarme todo esto es que no me conoces —aseveró Göth levantándose de la silla.

—Me da igual si mis argumentos son suficientes para ti o no. Lo que tengo claro es que voy a llevar a cabo ese plan. Defender a mi nación de ese loco es lo más importante que puedo hacer en este momento —respondió el alemán.

—¿Y en todo esto qué tiene que ver Jonás Golik?

Al Brigadeführer no le dio tiempo de responder. Adof Göth cayó en la cuenta de que se trataba del hijo del médico que había removido los cimientos de su amigo.

—No voy a permitir que saques a ese niñato de aquí. Si todo lo que

he hecho no ha sido suficiente, me encargaré de matarlo personalmente.

El Brigadeführer se levantó del sillón y caminó lento hacia su amigo. Lo hizo en silencio. Y se colocó frente a él mirándolo a los ojos. Durante unos segundos aguantó su mirada de odio y comprendió que debía elegir entre su presente y su pasado.

Göth moriría sin redimir ninguna culpa y habría demostrado que era incapaz de luchar contra los principios que habían sido creados para él y no por él.

—Adolf, Jonás y Lena van a salir de aquí y yo voy a gestionar una operación que tendrá como fin destituir al Führer. Lo voy a hacer con tu ayuda o sin ella. Pero lo voy a hacer.

—No cuentes conmigo, hijo de puta. Desde este momento te miraré como lo que eres, un traidor —respondió Göth.

El Brigadeführer no lo pensó. Sacó su arma y le disparó en la cabeza. El que había sido su amigo desde la infancia quedó tendido boca arriba en el suelo. El alemán lo miró con tristeza. Entendió que su muerte suponía el pago que debía hacer por el cambio que estaba dispuesto a transitar, aun así, ver su sangre derramada supuso para él un duro golpe, del que no se recuperó nunca.

Habría querido que su amigo estuviese de su lado, que sus manos le ayudasen a ejecutar algo que estaba seguro suponía un beneficio para su nación. No había tiempo para convencerlo. Y no permitiría que Göth pusiese en riesgo la vida de Jonás. Había elegido y se había quedado con su presente.

Pasó unos minutos junto al cuerpo de su amigo. Pidió perdón a Dios, a Adolf y a él mismo. Lloró la muerte de alguien a quien a pesar de todo había conseguido querer, y sintió rabia una vez más por haber luchado tanto contra sus principios, esos que el doctor Golik tiró abajo como un castillo de naipes.

Su transición había sido difícil, pero en ese momento comprendió que estaba completa. Que no había vuelta atrás. Que Frank Meyer era un hombre completamente distinto y que desde el cielo, el mejor médico de Varsovia estaría orgulloso de él.

CAPÍTULO LII

EL ECO DE UN DISPARO

«Quise pensar que el viento se llevaría el eco de aquel disparo y mi culpa. Solo así podría seguir adelante. Desde ese momento y para siempre, tendría las manos manchadas de sangre».

Lena permaneció en el barracón, sentada en uno de los puestos de control de prisioneros. El Brigadeführer pasó el resto del día en la oficina. Estaba nervioso, la huida de Lena suponía el comienzo del plan orquestado contra Hitler, y la idea de no volver a ver a Constanz era lo que más le angustiaba.

Jonás salió varias veces de la cámara, estaba ausente, nervioso. Su pensamiento estaba con ella. En cómo sería su reencuentro. Le asustaba la idea de que Lena guardarse en su recuerdo la imagen deteriorada que presentaba.

—Muchacho, ¿qué te pasa hoy? Estás en Babia. Ponte a descargar o esta gente se te echará encima —le aconsejó uno de sus compañeros.

Con la mirada en el suelo, Jonás respondió:

—¿Qué harías si hoy tuvieses la última cita con la mujer de tu vida?

El prisionero comenzó a reír, dejando ver una dentadura a la que le faltaban la mayoría de las piezas.

—Hay que tener ganas de tener una cita aquí. A mucho no la vas a poder invitar, ¿eh? —comentó descargando la camioneta—, anda… ponte a trabajar. Si alguno de estos te ve parado, a la cita esa no llegas.

—No sé cómo será el encuentro. Solo sé que ella estará preciosa. Me asusta un poco que mi imagen le cause rechazo —confesó Jonás. Los ojos le brillaron—, solo quiero decirle que la quiero. Necesito que sepa que la he querido siempre, y que cuando leíamos novelas bajo los árboles yo, sin que ella se diese cuenta, miraba sus labios y los recorría, imaginando cómo serían sus besos.

El prisionero detuvo el trabajo y se volvió para decirle al muchacho:

—Mientras en este lugar quede gente como tú, hay esperanzas. Yo

tendré esperanzas y seguiré confiando en que Dios mediará para que el amor y el coraje de gente como tú hagan cambiar a monstruos como ellos. Así que, por si esta fuese la última vez, no te dejes ningún te quiero en el tintero porque eso te pesará para siempre.

Cuando el sol cayó y los prisioneros se marcharon a sus barracones, Auschwitz se apagó. Apenas algunos oficiales recorrían las calles para controlar el orden. El Brigadeführer sabía que la espalda del barracón era un lugar seguro para despedir a Lena y darle las últimas instrucciones antes de partir. Nadie controlaba esa zona.

A la caída del sol, tal y como indicó el Brigadeführer, Jonás caminó con paso firme y el estómago lleno de nudos hacia el barracón de ingresos donde debía entregar los informes de baja.

Se desvió como le ordenó, y bordeó el barracón para llegar a su espalda. No había nadie. Sintió miedo al pensar que podría ser una trampa que le costase la vida, o peor, que Lena ya se hubiese marchado y la esperanza de volver a verla se hubiese desvanecido para siempre.

—Acompáñame —ordenó el Brigadeführer.

Meyer caminó con paso firme hacia el paredón de la muerte. A su espalda, Lena seguía sus pasos sin preguntar, mientras Jonás los esperaba a la espalda del barracón de ingresos.

—Señor, ¿por qué estamos aquí? —preguntó temblorosa. Estaba asustada. Por primera vez se planteó que el Brigadeführer no le hubiese dicho la verdad.

Frank Meyer la observó antes de escuchar caer la botella que llevaba el SS al que había ordenado fuese a la pared de la muerte a la caída del sol.

—Colócate en esa pared —ordenó al SS.

El hombre, confundido, miró a su alrededor. No entendía nada. El SS se situó en el centro de la pared.

—Quiero que tire su arma y la arroje a su derecha —pidió el Brigadeführer.

El SS obedeció sin hacer preguntas. Frente a él, a unos cuatro metros de distancia, Lena observó la escena. El Brigadeführer se dirigió a ella:

—Te queda muy poco tiempo en este lugar. Te vas a marchar de aquí esta misma noche y todo lo que ha ocurrido en este campo se quedará aquí para que solo te lleves la esperanza de un futuro mejor. Sé que nunca podrás olvidar lo que te hizo este hombre y vivirás el resto de tu vida maldiciéndolo. Por eso, quiero darte la oportunidad de decidir qué quieres hacer con él antes de irte. —Meyer entregó a la muchacha el arma que el SS había tirado al suelo.

Por la mente de Lena comenzaron a pasar imágenes de lo que sucedió en el bloque 24. Volvió a escucharse gritar y a sentir el dolor que siguió al momento en que el hombre la violó entre risas y golpes. No lo dudó, cogió el arma y caminó hacia la pared. Se situó a pocos centímetros del SS. Dejó de sentir miedo, y se llenó de rabia.

—Ojalá Dios te perdone, porque yo no lo haré nunca —le dijo apuntándolo con la pistola en la frente.

El hombre la miró con una sonrisa. Sabía que no era capaz de hacerlo. El Brigadeführer observó en silencio a la muchacha.

—Eres y serás siempre una pu-ta —le dijo el SS entre susurros.

En Auschwitz se escuchó un disparo. Lena tiró inmediatamente el arma cuando vio al hombre caer a sus pies mientras la sangre de la cabeza regaba el lugar. Nerviosa, se miró las manos temblorosas, manchadas de sangre, llenas de culpa. Tiró la pistola. Se tapó la cara en un intento por desaparecer. El Brigadeführer la abrazó fuerte.

Escuchó un disparo y a Jonás se le encogió el corazón. Lena aún no había llegado y el miedo a pensar que aquella bala hubiese acabado con su vida le hizo perder los nervios. Comenzó a dar vueltas sin sentido, dando patadas a lo que podía, nervioso, lleno de incertidumbres y miedos. Necesitaba verla, no podía esperar más.

Se sentó en el suelo y encogió las piernas sujetando las rodillas con sus brazos y acercando la boca hasta ellas.

—Hola, Jonás.

La voz del Brigadeführer alertó al muchacho. Jonás se volvió. Seguía sentado en el suelo. Detrás, solo estaba Frank Meyer. A los ojos de Jonás se asomó la decepción cuando vio que la muchacha no lo acompañaba. No dijo nada. Le dio la espalada al alemán y cerró los ojos meciéndose suavemente.

—Le he dado unas ropas para que pueda cambiarse. No puede salir de aquí vestida con el uniforme.

De inmediato, el muchacho se puso de pie. No dijo nada. No dio tiempo. Sus ojos se humedecieron y el corazón comenzó a latir más fuerte cuando a lo lejos pudo verla caminar, en dirección a ellos.

—Tranquilízate, Lena —el Brigadeführer le repetía una y otra vez esa frase a la muchacha que no dejaba de temblar—, mírame, mírame, Lena —ordenó.

Presa de los nervios, Lena tenía la respiración agitada y sollozaba.

—No volverá a hacer daño a ninguna otra mujer —comentó Meyer acariciándola—, has hecho lo que debías y el viento se ha llevado el eco de ese disparo y la culpa que podría traerte. Hoy comienza para ti una nueva oportunidad. No vuelvas nunca a este lugar, impide a tus recuerdos encadenarse a estos barracones, y sigue adelante, sin mirar atrás.

Lena se enjugó las lágrimas.

—Acusarán a alguien de haber matado a este hombre y tomarán represalias contra inocentes —aseveró la muchacha con la voz rota.

—No te preocupes por eso. No era más que un borracho. Confesaré que yo mismo terminé con su vida intentando proteger la mía. Nadie lo pondrá en duda.

Lena se encontraba en el interior del barracón, sola, rodeada de mesas repletas de documentos. El Brigadeführer le ordenó cambiarse de ropa. No podía salir de Auschwitz con el informe de Birkenau. Había dispuesto para ella un vestido rojo con botonadura delantera y un cinturón del mismo color. Zapatos negros, un sombrero de paño y un abrigo. Uno de lana, amarillo, con unas rayas verticales y horizontales que dibujaban unos cuadros. Sería la última prenda con la que Jonás la vería vestida.

Se quitó el uniforme y lo dejó tirado en el suelo. Avanzó sin prisas hasta la puerta de salida. Decidida a encontrarse con su pasado mientras la mirada estaba enfocada hacia el futuro. Había llegado el momento de volverlo a ver, de aparentar, de disimular el dolor y la tragedia que había vivido.

Se prometió a sí misma ser lo suficientemente fuerte como para impedir a Jonás conocer a la mujer en la que se había convertido. Se obligó a rebuscar en sus recuerdos la Lena que fue. Esa podía ser la última vez que se verían, y era el recuerdo que tenía que quedarse con él.

A lo lejos, vio al Brigadeführer de pie. Delante, sentado en el suelo alguien lo estaba mirando. El chico se puso de pie, y fue entonces cuando lo reconoció. Era él, era Jonás Golik.

CAPÍTULO LIII

CAUSALIDAD

«Para ser sincera, nunca me gustó el misterio. Supongo que por eso, tras mi primer encuentro con Leonore pensé en dejar de ir a verla. Sin embargo, pronto comprendí que todo aquello era el producto de una causalidad. La misma que me llevó a Blitz y al Starbucks. No tardé mucho en entender la importancia que yo tenía en toda esta historia».

Ángela salió deprisa de su dormitorio. Caminó hasta la cocina, sin percatarse de que Irune estaba en el salón con una taza de café en la mano. Abrió el frigorífico, sacó varias naranjas y se preparó un zumo. Desde el sofá, Irune la observó. Cuando terminó, se miró en el espejo de la entrada. Buscó las llaves en el cajón y abrió la puerta.

—Alto ahí, señorita —gritó Irune. Caminaba con su taza de café y vestía una camiseta negra de AC/DC larga, que dejaba sus piernas delgadas al descubierto.

Ángela se detuvo al escuchar su voz.

Se volvió inmersa en sus pensamientos y no se dio cuenta de que Irune esperaba impaciente un desayuno con las confidencias de la cita de la noche anterior.

—Buenos días, Irune —saludó desde la puerta.

—Binis diis, Iriniiii —respondió Irune en tono de burla—, no quiero parecer tu tía abuela la del pueblo, pero anoche me quedé esperando que volvieses de la cena con el camarero y me quedé dormida. Podría haber amanecido con la noticia de tu secuestro. Estaba preocupada, ¿sabes? Pero no, aquí estás, fresca como una lechuga, ignorando mi presencia y saliendo a no sé dónde. Pero mira tú, que imagino con quién, ¿tú también lo imaginas, Rainbow? —preguntó mirando al gato.

Ángela cerró la puerta y caminó hasta Irune besándola en la mejilla.

—Tenía que haberte llamado. Se me hizo tarde, lo siento —la miró con ojos cómplices—, prometo contarte esta noche todo, de verdad, pero ahora tengo que irme.

—¿Y puede saberse dónde vas? Con quién me lo imagino.

—Me gustaría pasarme por el Starbucks antes de que Chay comience con la ronda por Camden, pero la cita no es con él. —Irune frunció el ceño.

—Anda, y parecía tonta cuando la compramos. Si es que yo lo sabía, Rainbow, una manita de chapa y pintura y se pillaban de ella hasta los maniquís.

Ángela soltó una carcajada.

—Eres mi loca preferida, ¿lo sabes, verdad? Y tienes esa capacidad para hacer sonreír a todo el que se te ponga por delante. Pero no soy la rompecorazones que crees. Mi cita es con Leonore.

—¿Con quién?

—¿Te acuerdas del abrigo que tenía la dirección en el bolsillo?

—¿La tal Leonore es la dueña del abrigo? Tía, dile que en qué pensaba para comprarse algo tan feo, coño.

—Pero mira que eres bruta hablando. Tengo que irme, esta noche cenamos juntas en casa y te cuento todo. Te lo prometo. Pasa un buen día.

Le tiró un beso desde la puerta y la cerró fuerte. Bajó las escaleras contenta, susurrando una canción. Llegó a la calle y se mezcló entre la gente del barrio. Por primera vez, estaba formando parte de algo que había creado ella misma.

Leonore se levantó temprano. Le gustaba ver amanecer sentada en su sillón. Después del primer té, solía caminar por las calles del barrio. A su edad, ya le costaba bajar las tres plantas del edificio que separaban su casa de la calle, pero si el tiempo lo permitía, y el dolor de su pierna también, Leonore recorría las calles que hicieron nacer en ella la ilusión de un comienzo. Fue en Camden donde después de treinta y cuatro años quiso volver a empezar.

Al entrar sonó la campanita que anunciaba la llegada de un nuevo cliente. Aún no había llegado la chica que ponía los cafés en Starbucks y Chay improvisó su puesto de camarero. La recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Parece que el día pinta bien. ¡Qué sorpresa de buena mañana!

—Buenos días. Quería verte antes de que te marchases a tu ronda por el barrio y tomar un café juntos.

Apenas hablaba en todo el día. Casi no recibía visitas. Una vez a la semana una chica acudía para ayudarla con la limpieza de la vivienda. Leonore era una mujer solitaria. Se acostumbró al silencio y lo hizo su compañero de vida. Era consciente de que, si quería que Ángela fuese la persona que terminase con el plan orquestado por Frank Meyer, tenía que romper las barreras del dolor. Debía contarle quién era y lo que suponía que hubiese llegado hasta allí.

—Voy a ir a casa de Leonore. Me apetece volver a visitarla y seguir conociendo la historia de Lena. No sé, tengo la intuición de que esa mujer tuvo una vida difícil, y a la vez repleta de emociones que estoy deseando conocer.

—Mucha novela romántica me parece a mí que has leído tú. Espero que me cuentes los detalles de la historia misteriosa que esconde ese diario. Si te parece bien, nos vemos luego y me cuentas. —Chay levantó la taza de café y dio un sorbo mirándola a los ojos.

Subió rápido las escaleras de edificio de Leonore. Al llegar al rellano de la segunda planta coincidió con una mujer. Tenía los ojos azules y el pelo recogido. Sus facciones recordaban la belleza de una juventud pasada, seguía teniendo rasgos hermosos.

—Buenos días —Ángela la saludó con una sonrisa.

—Estos peldaños de madera chivan todo y por tu ímpetu al subirlos los confundí con los pasos que da mi hijo cuando viene a verme.

—Disculpe si la confundí.

—No te preocupes. No suele venir a esta hora, trabaja mucho, pero si viene por la zona me da la sorpresa y a mí me encanta que me visite.

—Seguro que viene en breve y pasan un rato estupendo juntos.

—Sí, en unas horas pasará por aquí.

—Pase un buen día, señora —se despidió subiendo las escaleras.

—Igualmente. Por cierto, me llamo Elisabeth.

—Encantada de conocerla, soy Ángela —respondió desde el rellano de la planta tercera.

Leonore la esperaba sentada en su sillón, había traído el diario y lo colocó en la mesa auxiliar que había entre los dos sillones. Estaba decidida a romper ese tabique que había construido entre su corazón y

el mundo. Era necesario hacerle llegar todo cuanto había transmitido a través de sus letras. Solo así podía entender la importancia que tenía en su vida y lo relevante de haber encontrado el abrigo.

La puerta sonó con tres toques suaves, como si Ángela supiese que ella estaba cerca, esperándola.

—Es maravilloso despertarse sabiendo que hoy también tendría una visita —Leonore la saludó con una sonrisa.

El teléfono sonó en casa de Elisabeth.

—Buenos días, hijo, qué sorpresa recibir tu llamada tan temprano.

—Buenos días, madre, me pasaré en un rato. Voy a llevar cambios de café a la librería y me queda cerca ir a verla.

—Aquí te espero, hijo.

Chay abrió la puerta. Su madre lo esperaba sentada en el sillón mirando por la ventana. A su llegada, le dio un beso en la frente y se sentó junto a ella. Le acarició las manos.

—Estoy muy contento, madre. Esa chica de la que le hablé. Me gusta mucho. Hay algo especial entre nosotros.

Lo escuchó, mirándolo con ternura. Elisabeth recordó al niño que sentando en la cocina le contaba historias. Adoraba a su hijo y sentía, cuando lo tenía cerca, que Thomas y ella habían hecho un buen trabajo.

Chay era un hombre educado, culto, cariñoso, justo y divertido. Había heredado la fuerza de su padre. La capacidad de superación y lucha, y nunca fue conformista. Esperó paciente al amor y estaba dispuesto a hacerlo hasta el último día de su vida. Quizá por eso, Elisabeth reconoció esa mirada y supo que la muchacha había aterrizado directamente en el corazón de su hijo.

—Se llamaba Lena Wiesel y llevó el abrigo que compraste en Blitz cuando consiguió salir de Auschwitz.

Ángela enmudeció. Se sentó en el sillón. Estaba impaciente, quería saber, y a la vez, deleitarse con las palabras de la anciana que rebosaba fuerza.

—Tenía diecisiete años cuando llegó a ese lugar. Nada de lo que hayas escuchado puede acercarse al horror que vivieron las personas que pasaron por allí. Llegó sola a ese campo de tortura. Como si el

destino lo hubiese premeditado, y sin que ella lo supiese, alguien estaba allí esperándola para cambiarle la vida.

Ángela seguía escuchando en silencio. Las palabras de Leonore erizaron su piel.

—Él se llamaba Jonás Golik. Eran amigos desde niños. La historia del abrigo forma parte de la historia de amor más bonita que habrás escuchado nunca. Ella llevaba puesto este abrigo el último día que vio a Jonás. El resto de la historia y lo que ocurrió después de salir de Auschwitz está escrito en este diario.

CAPÍTULO LIV

ADIÓS

«De todas las formas que lo imaginé, ninguna pasaba por tener de fondo aquel escenario, ni el olor a muerte que había en cada esquina de Auschwitz. De todas las formas que imaginé, ninguna pasaba por despedirme de ti, por verte hacerte pequeño mientras me alejaba en aquel coche que esperaba arrancado a que nuestros ojos gritasen todo lo que llevábamos dentro.

»De todas las formas que imaginé tu beso, ninguna pasaba por sentir tus lágrimas caer».

El Brigadeführer se echó a un lado y Jonás vio acercarse a Lena. Despacio, como si quisiera tomarse su tiempo para disfrutar de ese instante que llevaban esperando desde la última vez que se vieron en el gueto. Testigo de la escena, Meyer observó la mirada de Jonás y la tímida sonrisa que acompañaba a unos ojos tristes pero rebosantes de emoción. Cuando apenas faltaban unos pasos para llegar el uno a la altura del otro, Lena se detuvo. Como si los pies de pronto se hubiesen quedado atados a la tierra. Jonás extendió las manos, en un intento por ayudarla a seguir. Lena dejó pasar unos segundos antes de seguir caminando y llegar hasta él.

Vio a Jonás a lo lejos, a pesar de que su alma deseaba estar cerca de él, su cuerpo no le correspondió y su paso fue lento. Un camino calmado, donde las imágenes de sus recuerdos se sucedieron en la mente.

Lena caminó hacia Jonás, pocos minutos después de haber matado a un hombre. Pocos días después de haber salido del bloque 24, donde había sido violada. Estaba rota. Lo había perdido todo. Durante el camino, que ella eternizó con su paso lento, buscó en su recuerdo las miradas debajo de los árboles, las sonrisas de complicidad y los sueños por cumplir que compartían a medias. Pero el camino hasta Jonás era

corto y los pasos terminaron por acercarla a un muchacho emocionado que la esperaba al final del camino. No pudo seguir. No se encontraba. No era capaz de capturar los recuerdos más hermosos que habían permitido que siguiese viva. Caminó hacía Jonás siendo una completa extraña para los dos.

—Estoy aquí —susurró Jonás, suplicándole con la mirada que siguiese caminando.

Fue su voz la que alimentó el recuerdo y pudo volver a verse debajo de los árboles, leyendo y comiendo dulces que cocinaba con su abuela. Y esos pasos que quedaban hasta llegar a él los hizo la Lena de siempre, la que sonreía cada vez que lo veía llegar a la puerta de su casa. Con los ojos vidriosos, Lena avanzó hasta quedarse a pocos centímetros de Jonás.

Se miraron en silencio. A un lado el Brigadeführer contempló la escena. Dos niños que habían perdido en ese momento la conciencia del lugar donde se encontraban. Se detuvo el tiempo y solo existían ellos dos en mitad de Auschwitz que, de repente, dejó de oler a muerte.

Jonás acercó sus manos al rostro de Lena y comenzó a acariciar sus mejillas, su nariz y sus labios. El Brigadeführer hizo gestos a un coche que sin luces se acercaba al lugar donde estaban.

—Ha llegado el momento, el coche está aquí, debes marcharte, Lena.

Lo tenía a pocos centímetros de su piel y Lena sintió que el mundo acababa de detenerse. Perdió la conciencia del lugar en el que estaban. Del momento que estaban viviendo y de los ojos que los observaban. Se olvidó del miedo, de la culpa y del dolor. La rabia y el rencor se escondieron, permitiéndole el paso a la ilusión y dejando al amor acampar. Lena se olvidó de todo. Lo único que le importaba era él. Sin embargo, se sintió incapaz de poder exteriorizar su emoción. Ni ella misma comprendió por qué no era capaz de tocarlo.

No pudo más. La tenía ahí a muy pocos centímetros y necesitaba besarla. Sus labios húmedos notaron los de ella, cuando las lágrimas que habían estado atrapadas comenzaron a salir. Fue un beso largo, pausado, como si hubiese querido fotografiar en su mente cada una de

las sensaciones que sintió en aquel instante. Pero aquello no fue lo que Jonás había imaginado. El largo beso de Lena fue frío, distante y duro. Y mientras duró, las lágrimas no dejaron de caer en silencio, mojando las mejillas de una muchacha rota pero calmada. Él seguía acariciándola, y ella, incapaz de reaccionar, solo pensaba que no quería que se fuese nunca de su lado.

—Siento interrumpir, pero tienes que irte ya —aseveró el Brigadeführer.

Meyer se sintió incomodo al tener que intervenir e irrumpir en un momento que ambos llevaban esperando tanto tiempo. Lena tenía que marcharse.

Se detuvo el coche. Era un vehículo oscuro que formaba parte de la flota que tenían a su cargo los altos mandos. El conductor era de una de las personas de confianza del Brigadeführer. El nazi abrió una de las puertas de la parte trasera, esperando que Lena entrase para darle las últimas indicaciones.

Jonás le sujetó la mano cuando notó que la muchacha avanzaba hasta el coche. No era capaz de dejarla ir.

—Te quiero y sé que lo sabes. Lo sabes desde siempre, porque no creo que nadie pueda mirarte como lo he hecho yo desde que te conocí. Reconozco que todas las aventuras que inventaba para ti las imaginaba contigo. Porque tú, Lena Wiesel, eres lo más bonito que me ha pasado en la vida.

Ella correspondió sus palabras con una sonrisa, pero no fue capaz de responderle. No dijo nada, soltó la mano de Jonás y caminó hasta el coche.

Se quedó unos segundos de pie, mirándolo antes de entrar en el vehículo. Lo vio llorar en silencio, pero no dijo nada.

Jonás esperaba que verbalizase lo que sus ojos contaban, pero Lena se montó en el coche y miró al Brigadeführer esperando instrucciones. El encuentro con Jonás había terminado. No había nada más que decir y el muchacho comenzó a sentir que algo se clavaba dentro, muy dentro.

Frank Meyer se apartó un momento y rescató de un lugar cercano una caja de latón. Jonás la observó y se acercó hasta el coche, donde Lena esperaba sentada. El Brigadeführer extendió la caja a la muchacha y la colocó sobre sus rodillas.

—Cuando salgas de este lugar partiréis inmediatamente hasta Varsovia para recoger a Constanz. Serás parte de su personal de confianza y estarás a su lado hasta que yo vuelva. Quiero que adquieras el firme propósito de no dejarla sola y cuidarla, porque estoy convencido de que ella lo hará contigo. Serrano Suñer me ha

facilitado una vivienda a las afueras de Madrid. Viviréis allí y seréis abastecidas de alimentos sin que os falte nada para poder vivir tranquilamente. España acaba de salir de una guerra, pero el Caudillo baila el agua a Hitler y a todos los altos mandos que estamos con él. Sé que en estos momentos no hay un lugar más seguro y las posibilidades de que entren en la guerra son prácticamente nulas.

Jonás miraba a Lena y ella tenía la mirada puesta en la caja de metal.

—Lleváis un salvoconducto. Una carta firmada por mí que os permitirá cruzar todas las fronteras hasta llegar a vuestro destino. No quiero que habléis con nadie, ni que digas tu nombre. He dado órdenes, como sabes, para que constes en el listado de bajas. Nadie te buscará. Para el mundo estás muerta.

—Pero… Lena se mostró confundida.

—Esta es tu nueva identidad —le confesó entregándole un pasaporte alemán. Te llamas Leonore Astor y nunca has estado aquí. Invéntate una nueva vida que te aleje de este pasado que hoy muere en este lugar.

Jonás sintió morir también una parte de él al escuchar que Lena, su Lena, nunca más estaría viva. Que no volvería a gritar su nombre y que no volvería a verla nunca. Inundado por las emociones, quiso gritar. Quería llevársela. Impedir que borrasen su pasado. Su historia. Su vida. Su nombre. Sus recuerdos. Ese era el precio de la libertad y Jonás tenía que dejarla ir.

—La caja contiene información necesaria para condenar a los militares más sanguinarios del campo y los altos mandos por crímenes de guerra. Hemos recibido órdenes de Himmler de hacer desaparecer la información relativa a las muertes de los judíos. Buscan acabar con las pruebas que demuestre lo que está ocurriendo aquí dentro y yo necesito que el mundo sepa lo que ha pasado, para que se actúe en consecuencia y se haga justicia.

—Pero, señor, en esa documentación está usted —comentó Jonás.

Sin dirigir la mirada al chico, el Brigadeführer siguió con los ojos puestos en Lena.

—Haz lo que te digo. Guardarla. Que nadie la encuentre, mucho menos Constanz. Ella no puede saber lo que ocurre aquí dentro. No puede saberlo.

—Señor, tenemos que irnos ya —el conductor alertó al Brigadeführer.

Había llegado el momento. El último adiós. Lena volvió la cara y fijó sus ojos en los de Jonás. Le dirigió una sonrisa tímida y Jonás le suplicó que le corroborase que era correspondido, pero el coche

arrancó y avanzó despacio, sin luces que alertaran de su presencia. Lena se hizo pequeña en la distancia, hasta desaparecer al final de un camino que la conducía a una nueva vida sin Jonás Golik.

CAPÍTULO LV

EL DIARIO DE LENA WIESEL I

«Como si las letras estuviesen escritas con la sangre de esa mujer, desde que abrí el diario pude sentir su aliento, su fuerza y su dolor. Lena tenía mucho que contarme y yo estaba dispuesta a escucharla».

LONDRES, 2015

Algo había cambiado en ella. Leonore se mostró más cercana esa mañana. Fue su cambio de actitud y la necesidad que tenía de contar la historia de Lena lo que incomodaron a la chica. Sintió que estaba invadiendo la intimidad de alguien que había llenado con su vida las páginas de un diario que ella estaba deseando leer. Nunca pensó que tras la dirección del abrigo se encontrase la oportunidad de conocer una historia que parecía ser fascinante.

—Me gustaría que fueses leyendo las páginas de este diario para que puedas comprender el significado que tiene el abrigo que compraste —espetó la anciana.

LONDRES, 1978

Acudía cada día a verlo pasar. Se conformó con unos pocos segundos. Llegaba hasta el barrio y se situaba en el lugar de siempre para esperarlo. Los comerciantes comenzaron a darse cuenta de la presencia diaria de una forastera. Hablaban entre ellos. Se preguntaban qué motivo tendría la mujer del sombrero para detenerse cada día en el mismo lugar y mirar siempre a la misma dirección.

Y uno de esos días, cuando Jonás volvió la esquina y se perdió de nuevo, la propietaria del puesto de las flores se acercó hasta ella y se atrevió a decirle:

—Si es el amor lo que te motiva a sentarte aquí cada día, nada vas a conseguir escondiéndote de él. No sé quién es la persona a la que esperas, pero tienes que hacer algo para que te vea.

Le entregó una margarita y le regalo su sonrisa antes de seguir con

sus labores. Lena no dijo nada. La mujer tenía razón. No había llegado hasta allí para permanecer escondida.

LONDRES, 2015

—¿Sigue viva la mujer que escribió el diario? —preguntó Ángela.

—Lena murió en Auschwitz —respondió Leonore bajando la mirada.

La muchacha notó que la pregunta había afectado a la anciana. En su mente, hizo cálculos para saber qué edad podría tener Lena si estuviese viva en 2015. Podría ser como ella. Lena tendría la edad de Leonore.

—Disculpe si he dicho algo que la ha hecho entristecer.

—Toda esta historia, tu abrigo, este diario… mueven recuerdos y algo duele aquí dentro. —Tocó su pecho—. Quiero contarte esta historia y necesito que te tomes el tiempo que necesitemos. Debes conocerla sin prisas para que entiendas muchas de las cosas que se hicieron y otras tantas que dejaron de hacerse.

—No tengo prisa. Puedo venir cada día si lo desea hasta que me marche.

—¿No vives aquí?

—No. Un simple imán decidió el destino. Estoy aquí por casualidad.

—Nada lo es. Todo es producto de una causa. No es casualidad que hoy estés aquí. Hay un motivo.

—¿Cuál es el motivo?

—Solo el tiempo es capaz de darle respuesta a esa pregunta. No tengas prisa. Terminarás conociendo la causa de tu viaje y de nuestro encuentro.

LONDRES, 1978

Se levantó temprano la mañana que decidió ponerse en el camino de Jonás. No sabía cómo justificar una ausencia de tantos años, pero tenía claro que necesitaba estar cerca de él. Estaba convencida de que llevaba todo ese tiempo esperándola. Tenía mucho que contarle. Mucho que explicar y sobre todo tenía pendiente un te quiero que se quedó atrapado en ella, treinta y cuatro años atrás, cuando se despidieron en el camino que la sacó de Auschwitz.

En su mente preparó un discurso de perdón. Estaba nerviosa. Aquellos segundos hasta verlo pasar se harían eternos. Había llegado

el momento.

Se situó en su rincón de siempre. Decidida a esperarlo para ponerse delante y gritarle que había vuelto. Después vendrían las preguntas y las respuestas que ella debía dar. Pero aquel día, cuando Jonás se acercó no lo hizo solo. En sus hombros llevaba un niño, tenía unos cinco años, un chico guapo que cantaba sobre sus hombros.

Lena había dado un par de pasos cuando lo vio venir, pero se detuvo cuando escuchó al pequeño llamarlo padre.

LONDRES, 2015

Nunca he sabido expresarme con claridad. Mucho menos cuando me refería a mis sentimientos. Siento que no he podido transmitir a Jonás todo lo que necesitaba hacerle saber el día de nuestra despedida. Sin embargo, tengo el firme convencimiento de que volveré a verlo. Sé que saldrá vivo y Meyer cuidará de él hasta que podamos estar juntos de nuevo. No me guardará rencor, pero tengo que pedirle perdón. Estoy segura de que esperará por mí, igual que yo lo haré por él.

Ángela leyó esas líneas del diario y se detuvo para mirar a Leonore que escuchaba atenta la lectura mientras miraba por la ventana.

—Discúlpeme, Leonore, acabo de empezar a leer este diario y ya estoy perdida. Usted ha dicho que Lena murió en Auschwitz y, sin embargo, este diario menciona momentos posteriores a su salida, ¿dónde está Lena?

LONDRES, 1978

La imagen del niño a hombros de su padre paralizó a Lena, que no fue consciente de que Jonás pasó más cerca de ella que nunca. No era posible. Nunca se imaginó la posibilidad de que Jonás pudiese tener una familia. Que la construyese sin ella. Habían pasado treinta y cuatro años desde la despedida en el camino de Auschwitz. Sin embargo, no fueron suficientes para que ella pudiese olvidarlo.

Apesadumbrada, se sentó en uno de los veladores. La florista observó su mirada y se percató de que algo había ocurrido.

—¿Por qué tanta desilusión? —preguntó.

Lena tardó unos segundos en responder. Su mirada estaba clavada en una mancha que había en el suelo. Levantó la cabeza y con los ojos vidriosos respondió:

—Supongo que algunas veces las historias se terminan mucho antes de que nos enteremos una de las partes, y en cierta forma es algo lógico. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Tiene familia?

—Sí.

—¿Puedo preguntarte si alguna vez intestaste tener tu propia familia lejos de él?

—Era imposible tener una familia lejos de él. Porque él era mi hogar.

La mirada de Lena volvió a buscar la mancha del suelo para disimular las ganas que tenía de llorar.

LONDRES, 2015

—Voy a responderte a todas tus preguntas, pero antes necesito que desgranes estas páginas. Sigue leyendo, por favor. No hace falta que sea en orden. Busca algún párrafo próximo al que has leído.

Sin replicar, Ángela buscó un párrafo de la página siguiente y lo leyó en alto:

No siempre podemos demostrar el amor de la mejor forma. A veces es tanta la amargura y el dolor que rebosa el alma que el amor queda atrapado, incapaz de salir a flote y gritar un te quiero al ser que más amas en el mundo.

Acababa de matar a un hombre. No me importaba el mal que había causado, lo cierto es que mis manos quedaron manchadas de sangre. Igual que las de ellos, y lo peor es que no lo hice para procurar que no generase más dolor, lo hice única y exclusivamente por mí. Por el daño que me hizo. Por llamarme puta. Por saber cuánto dolería todo aquello a la gente que me quería. Lo hice y no me arrepiento. Lo único que siento es miedo. No sé quién soy, ni en quién me he convertido. Por eso no he sabido demostrar amor a quien más quiero. Cuando la amargura congela el alma, eres incapaz de dar amor y eso me ha ocurrido a mí.

Leonore suspiró en un intento por sacar los recuerdos que en ese momento se agolparon en su cabeza. Ángela se detuvo tras leer el párrafo. Su mente volvió a volar junto a su madre y lo entendió todo. Fue incapaz de demostrar amor porque el dolor había creado en ella una coraza.

Comenzó a llorar en silencio y, sin que se diese cuenta, una lágrima cayó sobre el diario.

—Perdóneme, por favor. —Ángela se enjugó las lágrimas.

—¿Quién era esa persona que te hizo sufrir?

Leonore acarició las manos de la muchacha, que mirándola a los ojos respondió:

—Mi madre.

Ángela siguió hablándole entre sollozos:

—Tengo treinta y cinco años y hasta hoy no he podido entender por qué nunca me dijo te quiero. Nunca supe que había sufrido tanto. Estas líneas me han permitido acercarme a una Lena rota, en guerra con ella misma. Confundida, triste y abatida. Uno no puede amar desde esa posición. He tardado mucho en darme cuenta de que mi madre estaba enjaulada. Prisionera de su dolor y su rabia. De alguna forma, a su manera, fue generosa conmigo, pero nunca supe verlo.

CAPÍTULO LVI

VACÍO

«Algunas veces otros sentimientos le tapan la boca al amor y este no puede gritar te quiero, aunque se clave en el alma. Es entonces cuando solo nos queda sonreír y pensar que en algún momento esa persona, que solo recibió el silencio, pueda entender que algunas veces el dolor es capaz de cerrarle los labios al amor».

Cuando el coche se perdió en el camino y ya nada se veía en la distancia, Jonás dio unos pasos hacia el carril por el que se había marchado Lena. Lo hizo en silencio. Aguantando el llanto. Roto por el dolor.

El Brigadeführer, testigo de un encuentro extraño y frío, permitió a Jonás unos minutos de soledad. Lo dejó al principio del camino que lo había llevado a separarse del amor de su vida. No sabía qué decir a alguien que acaba de dejar huérfano a un trozo de su alma.

Se acercó al muchacho y lo acarició en el hombro.

—Te prometí que saldría de aquí y lo ha hecho gracias a ti —intentó consolarlo.

Jonás volvió la cabeza y fijó sus ojos en los del alemán. Su mirada atrapaba unas lágrimas que no quería dejar correr.

—Se ha ido, señor, y no ha dicho nada. Se ha ido para siempre, pensé que…

El Brigadeführer y el muchacho se abrazaron como lo hacen un padre y un hijo. Jonás se rompió y comenzó a llorar sin consuelo, viendo pasar por su mente todas las imágenes que, desde el comienzo de su historia, había vivido con Lena.

El alemán sintió que le invadía una emoción desconocida para él. Jonás había calado lo suficiente como para justificar la muerte de su amigo de la infancia.

Durante el abrazo con el muchacho, el Brigadeführer volvió a ver el cuerpo inerte de Adolf Göth tirado en el suelo del barracón. Sintió el puñal de la culpa aferrarse a su pecho, pero la necesidad de protección al joven Jonás encabezó las prioridades del nazi.

Cuando el coche comenzó a recorrer el camino que separaba Auschwitz de la vida, Lena no se atrevió a mirar atrás. Bajó la mirada hasta el suelo del vehículo.

Sabía que la imagen del final del camino era la de un Jonás destrozado. Sorprendido por una actitud fría y distante de alguien con la que habría compartido su vida. Cuando se atrevió a hacerlo y volvió la cabeza, ya no se veía el camino, ni la silueta de Jonás, y un nudo fuerte se aferró a su garganta. Lena se acarició el cuello en un intento por aflojar eso que apretaba tanto y que impedía que respirase con facilidad. Quiso llorar pero las lágrimas no salían.

No le quedaba nadie en Auschwitz. Estaba solo. Debía cumplir su promesa. El plan orquestado por Frank Meyer había comenzado con la salida de Lena, y él formaba parte de un mecanismo diseñado para propiciar un cambio. Cumpliría su promesa aun sin saber qué deparaba para él aquel nazi que lo abrazaba como un padre.

El coche recorrió las calles de una Varsovia ruinosa que en nada se parecía a la que la vio soñar mientras paseaba de niña. No pudo evitar los recuerdos con sus padres y sus abuelos cuando pasó delante del lugar donde merendaban cada domingo. El café ya no lucía como antaño. Los cristales estaban rotos y las sillas apiladas en su interior recordaban que las bombas pusieron fin a las tardes en familia y a la colección de recuerdos que nunca deberían haberles quitado a los niños.

Sus ojos se volvieron vidriosos cuando vio que en el lugar donde Jonás pasaba a recogerla para ir juntos a leer bajos los árboles había una alambrada custodiada por militares que impedían el paso de la población civil. Fue consciente de que nada volvería a ser como antes y que la gente, como aquellas calles, tenían que volverse a construir. Debían obligarse a recuperar lo que habían perdido, guardando la esencia que se tuvo un día, adaptándose a los nuevos tiempos.

Bajó la mirada y detuvo sus ojos en el abrigo amarillo que el Brigadeführer le había dado para que saliese de Auschwitz. Palpó la suave lana y sintió que estaba disfrazada de alguien que no era. Pero ella, como esa ciudad en ruinas que estaba recorriendo en coche, no tenía más opciones que volver a construirse. Tenía que asumir su propia muerte, la de Lena Wiesel. La mujer que llegó a Auschwitz se

había quedado detrás de las alambradas que bordeaban el campo de la muerte.

El coche recorrió la ciudad hasta detenerse delante de una de las viviendas más hermosas de Varsovia. No era muy grande pero su arquitectura recordaba a las antiguas casas nobles. Las calles que la rodeaban no habían sido bombardeadas. Como si aquel espacio hubiese sido creado para recordar una ciudad en calma. Era un oasis en medio de un desierto de miseria y hambre.

Una mujer abrió la puerta. Era delgada y tenía un aspecto elegante. Llevaba una maleta marrón. El conductor del vehículo salió aprisa en cuanto la señora comenzó a bajar los peldaños de su casa para llegar hasta el coche. Se sentó junto a Lena. Las dos mujeres se miraron en silencio.

Constanz había recibido una llamada de su esposo apenas dos días antes de que el coche que llevaba a Lena en su interior se detuviese a las puertas de su casa en Varsovia. Durante las horas que transcurrieron entre la llamada y el encuentro de las dos mujeres, la esposa del nazi no se planteó cómo sería la persona que la acompañaría en un viaje en el que ambas cambiarían su vida.

Tuvo la intuición de que ya la estaban esperando. Abrió la puerta de su casa y sin mirar atrás caminó hasta el vehículo donde una mujer la esperaba sentada en el asiento trasero.

El conductor se bajó en cuanto la vio aparecer, quiso ayudarla con la maleta, pero ella hizo un gesto con la mano, agradeciendo el ofrecimiento con una sonrisa. Se sentó junto a una mujer deteriorada, de mirada triste y facciones bellas. La observó unos segundos en silencio. Acababa de conocer a una de las mujeres más importantes de su vida, pero ella aún no lo sabía.

—Señor, debe decirme cuáles son los pasos que debo dar a partir de ahora —preguntó Jonás.

—De momento vuelve a la cámara y al final del día, como está previsto, acude al barracón para traer los partes de baja. Actúa con normalidad, sin preguntar nada. El día que necesite que des otro paso, te lo haré saber. De momento, preocúpate de ti, de seguir vivo aquí dentro, no te queda mucho, solo debes aguantar un poco más.

—Me llamo Constanz y soy la esposa del Brigadeführer Herr Frank Meyer.

La señora de la maleta marrón rompió el silencio con el que viajaron las mujeres los primeros minutos desde que el coche arrancase en la puerta de la casa de Varsovia. A la presentación de Constanz le sucedieron unos segundos de silencio.

Lena recordó las indicaciones del Brigadeführer, estaba prohibido hablar del lugar del que había salido y de la persona que dejó de ser para alcanzar la libertad. Estaba muy nerviosa, pero se esforzó por aparentar normalidad.

—Me llamo Leonore Astor y soy la esposa de uno de los capitanes fallecidos en acto de servicio. He atravesado una enfermedad, de ahí lo demacrado de mi aspecto. Su esposo siempre fue muy amigo de mi marido y cuando se enteró de su fallecimiento quiso velar por mí.

Constanz no sabía quién era la mujer que tenía a su lado, pero estaba convencida que esa voz temblorosa y el aspecto demacrado no correspondían con la voz de la esposa de un capitán. Aun así, siempre confió en su esposo, si él había dispuesto ese viaje, es porque la mujer con la que compartía vehículo era la mejor compañera. Así que Constanz se limitó a esbozar una sonrisa. Esa mujer era Leonor Astor, la esposa de un caído en la guerra, y no había nada más que añadir.

—Nuestra nueva vida comienza hoy y da igual el pasado que llevemos en las maletas. No te preguntaré por él y no tendrás que esforzarte por recordar nada de lo que me cuentes. Eres Leonore Astor y tu historia comienza para mí a partir de ahora. No te preocupes. No preguntaré nada.

Constanz sintió la necesidad de liberar de la carga a la muchacha. Podía sentir su respiración acelerada por los nervios y era evidente el estado de ansiedad que presentaba solo con ver sus manos temblorosas. A Lena le brillaron los ojos. No dijo nada, simplemente asintió y dio las gracias. Rezó en silencio durante todo el trayecto hasta llegar a Francia.

CAPÍTULO LVII

EL DIARIO DE LENA WIESEL II

«Nunca sabes de dónde puedes sacar las mayores lecciones de vida, ni quién te las puede enseñar. Llevaba toda mi vida buscando las respuestas que me esperaban en aquel diario. Estaba frente a unas letras llenas de alma y de respuestas que yo llevaba buscando toda mi vida. Era como si lo hubiese escrito para mí, para enseñarme el camino que recorre alguien que sabe pelearle al destino».

—Discúlpeme, Leonore, por hoy necesito parar. Demasiadas emociones. Muchos recuerdos y respuestas a preguntas que llevaba buscando toda una vida. Necesito parar y continuar mañana si a usted le parece bien.

Leonore se incorporó del sillón, dirigió su mirada a la calle a través de la ventana y respiró hondo antes de decir:

—Hay muchos sentimientos dentro de esas páginas y quizá si buscabas respuestas es que alguien las escribió para ti. Vete a descansar, niña, mañana continuaremos averiguando cómo diste con un abrigo que te condujo hasta un diario lleno de respuestas.

Ángela se levantó y acarició el hombro de la mujer que miraba la calle a través de la ventana. Al salir cerró la puerta y se quedó unos segundos de pie, sin avanzar. Miró las escaleras, como si una fuerza no la dejase continuar ni alejarse de la anciana.

Leonore se quedó horas en silencio con la mirada fija en la calle que se veía desde su sillón. Durante ese tiempo en su memoria bailaron los recuerdos y las emociones. Por momentos sentía el cosquilleo que le regaló Jonás y era capaz de oler la muerte que se respiraba en Auschwitz. Las letras del diario de Lena Wiesel abrieron la caja de Pandora que habitaba en el corazón de la anciana.

Miró el diario que Ángela había dejado sobre el sillón. Se incorporó hasta poder alcanzarlo. Lo observó en silencio. Abrió sus páginas y pasó sus manos por las letras escritas con tanta fuerza que acariciaban

la yema de los dedos al tocarlas. Y como si el destino quisiera llevarla a ese recuerdo, sus manos se detuvieron en un párrafo donde la tinta de algunas letras corridas alertaba de unas lágrimas que acompañaron a Lena mientras escribía.

Constanz ha llegado a mi vida de forma inesperada. Formaba parte de mis condiciones para seguir viva. Debía acompañarla, cuidarla y convertirme en su escudera hasta que alguien pudiese hacerse cargo de ella. Mentiría si dijese que no la imaginé como alguien desvalido, sin embargo, bastaron unos pocos minutos para saber que dentro de ella había mucha más fuerza de la que aparentaba. Algo dentro de mí me dice que será alguien importante en mi vida. Solo el tiempo me dará la razón.

A sus ochenta y nueve años, a Leonore le costó poder leer las líneas del diario. Al hacerlo comprendió que nuevamente el caprichoso destino había pactado con el azar que sus yemas acariciasen ese párrafo que la transportó lejos navegando a través de sus recuerdos.

Ángela abrió la puerta de su casa pensativa y caminó hacia su habitación sin percatarse de la presencia de Irune en el salón; estaba sentada en el sofá con el portátil sobre las piernas.

—¿Se está convirtiendo en costumbre hacerme la mujer invisible? —preguntó la muchacha molesta.

Ángela se volvió desde la puerta de la habitación. La miró fijamente y comenzó a llorar.

—Pero bueno, ¿qué te ha dicho la vieja del abrigo? Ya sabía yo que una mujer con tan mal gusto no podía ser amable —comentó Irune mientras dejaba el ordenador sobre el sofá—. Pero, chica, ¿qué te pasa? Ahh, que no es la vieja, eso es el camarero que te ha dado largas, yo me imaginaba que era un sinvergüenza, pero no te dije nada.

Una vez más, la espontaneidad de Irune sacó a Ángela una sonrisa que acompañó al llanto.

—Ains, si es que soy la dueña de tus sonrisas —Irune acarició la barbilla de su amiga—, anda ven, siéntate en el sofá que preparo té y me cuentas la pena del día, no tardo.

Ángela se sentó en el sofá, acarició a Rainbow y sonrió al ver a Irune preparar el té en bragas y camiseta, con unas pantuflas que tenían la cara del gato Garfield.

—Venga, que ya están las tazas listas, ¿qué ha pasado? ¿A quién matamos primero, a la vieja del abrigo feo o al camarero?

—Fui a ver a Leonore como te dije.

Irune se acomodó en el sofá dispuesta a escuchar a su amiga.

—Hay un diario. Una chica que fue prisionera de Auschwitz lo escribió, ella era la dueña del abrigo. Leonore quiso que leyese algunos párrafos del diario y… —Ángela comenzó a llorar nuevamente.

—Venga tranquila —dijo Irune acariciándola.

Intentó calmarse. Bebió té y enjugó sus lágrimas con un pañuelo antes de seguir.

—Esa mujer me ha dado respuestas a preguntas que llevo haciéndome toda la vida. Me ha hecho entender que hay personas que, a pesar de amar, no son capaces de hacérselo saber a los demás. Es como si estuvieran metidas en una jaula, tienen a las personas que quieren cerca pero las rejas hacen que sea imposible que puedan acercarse a ellas como les gustaría. Solo el dolor es capaz de crear rejas así de fuertes y fueron las que construyó mi madre.

—De alguna forma me alegra que hayas podido entender que, a pesar de todo, tu madre te quería más que a nadie en el mundo. Algunas veces los sentimientos paralizan al amor, o sencillamente lo secuestran y son invadidos por sus miedos, sus complejos y sus fantasmas.

—Estar con esa mujer, mirarla a sus ojos, leer esas líneas. Es increíble. Es como si hubiesen estado allí para mí. Esperándome. Como si el abrigo me hubiese llevado hasta ella para encontrar todas las respuestas que tenía dentro.

Dentro del bolso sonó el teléfono de Ángela.

—Es Bea —dijo en voz baja.

—¿Y esa quién es? —preguntó Irune.

—Tengo que responder. Ahora vuelvo.

Descolgó el teléfono:

—Espera un segundo, Bea.

Cerró la puerta de su habitación y se sentó en la cama.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Ángela.

—Bueno, eso debería preguntarlo yo primero, ¿no crees? —respondió Bea desde el otro lado.

—Han pasado muchas cosas estas semanas, es increíble. En pocos días han ocurrido aquí más cosas en mi vida que en los treinta y cinco años que pasé en Madrid.

—No han ocurrido porque estés allí, ha sido porque tú lo has permitido. Porque has decidido y eso ha traído consecuencias. Eso era

lo que quería enseñarte. Necesitabas saber todo lo que eras capaz de hacer si decidías por ti misma.

—Gracias por obligarme a salir de un sitio donde no era capaz de avanzar.

—Gracias a ti por creer en ti misma, aun sin ser consciente de ello.

En el salón, Irune esperaba impaciente la salida de su amiga. No sabía quién era Bea, pero algo le hizo intuir que aquella llamada podía suponer la vuelta de Ángela a su casa en Madrid.

—Has sido valiente y has aguantado allí ocho semanas sin pedir ayuda. Lo has hecho sola y ha llegado el momento de volver.

—¿Volver?, pero ¿ya?

—Ángela, tu sitio está aquí. Tu trabajo, tu casa, tu vida. Este viaje te ha enseñado que eres capaz de tomar decisiones que llevan cambios, pero ahora no puedes anclarte a ese lugar, porque entonces estarías haciendo lo mismo que aquí.

Ángela guardó silencio. Bea tenía razón, pero ¿cómo dejar aquello que había construido junto a sus nuevos amigos en ese lugar tan especial?

—Tienes razón. Tengo que volver a mi vida. Retomarla y cambiar todo lo que no encaje en mis proyectos, los que he decidido hacer a partir de ahora. Voy a volver a Madrid, pero dame un par de semanas más antes de regresar. Tengo que leer un diario de alguien muy especial y cuando haya acabado regresaré a casa, te lo prometo.

CAPÍTULO LVIII

BIENVENIDAS A MADRID

«Supe desde el primer instante que Constanz sería importante para mí. Ella era como el aire que inhalas después de una carrera a la que llegas sin apenas oxígeno, y yo… yo fui la fuerza que la levantó cada día y quien le presentó a la persona que más amó en su vida. Sí, Constanz era muy importante para mí y lo supe desde el primer instante».

El viaje se hizo largo. Apenas se detuvieron en todo el trayecto. Fueron pocas las palabras que se cruzaron durante el camino. El salvoconducto que le había entregado Meyer fue utilizado en más de una decena de ocasiones, después de revisarlo comprobaban quién viaja en el asiento trasero del vehículo. Lena se ponía nerviosa cada vez que uno de los hombres posaba sus ojos en ella. Constanz le sujetaba la mano, en un intento por tranquilizarla.

Durante el camino de vuelta a la cámara, Jonás solo podía pensar en la despedida de Lena. No lograba entender la actitud fría y distante. Intentó buscar una explicación a ese final entre los dos, pero no la encontró. En los días que se sucedieron, el muchacho no cesó en el empeño de intentar justificar el comportamiento distante de su amiga.

Cumplía con su tarea como si de un autómata se tratase. Algunos de sus compañeros empezaron a ser conscientes de que en Jonás algo había cambiado desde aquella tarde en que fue a entregar el listado de bajas. Las pocas sonrisas que dirigía a los desgraciados que tenían que pasar por aquel lugar desaparecieron, y el sentimiento de rabia y culpa se desvaneció como lo hacía el humo de las chimeneas del crematorio. Jonás dejo de sentir.

Era como si aquella despedida hubiese congelado su alma. No quería seguir, ni pelear. Ya no había proyectos, ni sueños por cumplir. Ya no tenía a nadie, ni siquiera a ella. Estaba solo.

Tres días después de la salida de Auschwitz

En Francia tomaron un tren donde viajaron en clase preferente. A solas, sin oídos de conductores, ni miradas de militares que cuestionasen nada, las mujeres pudieron empezar a conocerse.

Lena miraba por la ventanilla, observaba cada árbol que pasaba, cada montaña, cada trozo de tierra baldía que avistaba en el camino hasta Madrid. Había aprendido a valorar, era consciente de aquella nueva oportunidad que le había dado el Brigadeführer.

Tenía las lágrimas asomándose al balcón de sus ojos, pero no podían salir. Constanz la observó. Respetó con un silencio sepulcral la soledad que la muchacha necesitaba tener en aquellos instantes en los que se estaba dando de bruces con la nueva Lena. En apenas unas horas, tenía un nombre nuevo, y viajaba sin recuerdos ni pasado. Alguien sin religión ni orígenes. Una mujer con las manos manchadas de sangre, alguien que había dejado de sentir culpa, pero, sobre todo, una mujer que se había olvidado de amar.

Una semana después de la despedida de Lena

—Muchacho, detente, quiero hablar contigo —espetó el Brigadeführer.

Durante los días que sucedieron a la despedida de Lena, cada vez que veía a Jonás entrar en el barracón levantaba la cabeza y lo observaba. Miraba cómo su paso era cada vez más lento, más abatido, y aquel día, cuando lo vio llegar, dio una orden para que se detuviese. Sentado en su sillón y fumando un pitillo, Meyer esperó a que el muchacho cruzase el barracón y entrase en la oficina donde él se encontraba.

Tres días después de su salida de Auschwitz

—¿Tienes familia? —preguntó Constanz tímidamente.

—No. —Lena bajó la mirada—. Ya no me queda nadie —susurró.

—Ahora nosotras somos una familia —respondió la esposa del Brigadeführer—. Yo te necesito a ti y tú me necesitas a mí.

—Como usted disponga, señora.

Constanz supo que llegar a esa chica no sería fácil. Advirtió que la

vida que había tenido hasta subirse al coche le había dejado mella, pero se armó de paciencia.

UNA SEMANA DESPUÉS DE LA DESPEDIDA DE LENA

—Querías sacarla de aquí y lo has hecho. A estas alturas, deben estar llegando a España donde un vehículo del Gobierno las llevará a la casa que han dispuesto para ellas a las afueras.

Jonás escuchó en silencio, de pie, observando al comandante desde el otro lado de la mesa.

—He hablado con mis compañeros para seguir dando pasos. Hitler sigue adelante con su plan de guerra y la exposición y riesgo que está generando sobre Alemania hacen necesaria una intervención. Las potencias de Inglaterra y Estados Unidos deben ser conscientes de estos movimientos.

SEIS DÍAS DESPUÉS DE SU SALIDA DE AUSCHWITZ

Llegaron a Madrid de noche, como estaba previsto. Cuando bajaron del tren había una persona esperándolas para llevarlas a la vivienda situada a las afueras. El hombre las reconoció en cuanto se bajaron del tren y ellas supieron que las estaban esperando para llevarlas a su nuevo hogar.

Durante el trayecto comprobaron el estado de una ciudad de posguerra, un Madrid lleno de hambre donde aún quedaba el recuerdo de las bombas.

Llevaban bastante rato en el coche, cuando a lo lejos vieron una vivienda de piedra con una chimenea. Tenía una planta y no era muy grande. Estaba rodeada de campo, junto a ella un corral con gallinas y un pequeño huerto con el que lindaba por el otro lado de la casa. Acababan de conocer el lugar que Meyer había dispuesto para salvaguardar la seguridad de las dos mujeres. El lugar donde comenzarían su nueva vida.

La caja de metal que el Brigadeführer le había entregado al salir de Auschwitz había viajado durante todo el trayecto en una maleta.

En su mente, sonaban las instrucciones que le había dado, la más importante: Constanz no podía saber nada.

La esposa de Frank Meyer bajó primero del vehículo. Agradeció al conductor la diligencia con la que había hecho el trabajo encomendado y caminó firme en dirección a la vivienda. Una señora de pelo canoso y vestimenta negra salió a recibirlas. Llevaba una vela con la que alumbrarse en la oscuridad de la noche.

—Se llama Remedios y es la viuda de un caído en la guerra. Sabe cocinar y se le ha entregado esta vivienda a cambio de compartirla con vosotras y serviros en lo que dispongáis —explicó el conductor a Lena.

Constanz sonrió al cruzarse con ella. No conocía el idioma y tampoco hizo grandes esfuerzos por hacerse entender de alguna forma. Entró en la vivienda, caminó unos pasos hasta que se detuvo. Desde la puerta principal se entraba directamente al salón donde había una chimenea y una cocina. Al fondo, un estrecho pasillo, la habitación para ella y otra algo más pequeña para Lena. La señora Remedios había preparado la llegada de las dos mujeres.

Lena se detuvo frente a la mujer. Intentó ayudarla con la maleta que portaba pero la muchacha negó con la cabeza. Entró en la vivienda seguida por la señora, no conocía el idioma pero se esforzó por agradecer la bienvenida.

—Aprenderé su idioma y podré agradecerle el trato que nos dé. Gracias por estar aquí y preparar esta casa para nosotras —comentó Lena.

La mujer se limitó a bajar la mirada y corresponder sus palabras con una sonrisa. No entendió nada pero sabía que los brillantes ojos de la muchacha escondían una historia que la había llevado hasta ella.

Colocó la maleta encima de la cama. Se quitó el abrigo y lo observó con una mezcla de sentimientos que se agolparon dentro de ella.

Abrió la puerta de la habitación y se dirigió a la chimenea que estaba encendida. Llevaba el abrigo en la mano. Quiso tirarlo, hacerlo desaparecer. Verlo consumirse, con la intención de que el fuego quemase también sus recuerdos. Pero alcanzó a recordar que fue la última prenda con la que Jonás la vio y pensó que, si el paso de los años cambiase su aspecto lo suficiente como para que Jonás dejase de reconocerla, el abrigo sería un señuelo, una llamada de atención. Una alerta que despertarse un recuerdo. Volvió a su habitación. No quería verlo y decidió guardarlo, lo dobló todo lo que pudo, y lo escondió al fondo del armario. Encima colocó sábanas, para no volverlo a ver hasta que Jonás estuviese cerca.

CAPÍTULO LIX

NO HAY TIEMPO QUE PERDER

«No puedo aferrarme a un lugar como hice con mi madre, con mi casa, con mi vida. Tengo que seguir avanzando. Camden solo ha sido una parada del camino. Una muy importante, que está enseñándome todo lo que, hasta ahora, he aprendido sobre mí.

»Debo volver a mi casa, pasear por las calles de mi Madrid. Pero esta vez será diferente. Dejé atrás a esa mujer llena de miedos, de complejos y de fobias. Nunca me imaginé capaz de encontrarme un hueco en las vidas de los demás, de empezar de cero en un sitio donde no conocía a nadie. Nunca imaginé que mis respuestas me estarían esperando a muchos kilómetros de distancia. Pero antes de regresar tengo que leerte, Lena, porque has llegado a mi vida por algo, y mi intuición me está gritando que debo seguir escuchándote para llegar hasta ti».

Aquella mañana, Ángela llegó a la puerta del edificio de Leonore nerviosa. Necesitaba seguir descubriendo los secretos que escondía el diario de Lena Wiesel.

Subió las escaleras enérgica, como si una fuerza la empujase a sentarse frente a la anciana, que la esperaba en su sillón con el diario sobre sus rodillas. Al llegar a la puerta dio dos golpes secos. Leonore, que ya había escuchado crujir la escalera mientras Ángela subía los peldaños de dos en dos, se había levantado del sillón y ya la esperaba detrás de la puerta.

—Buenos días —saludo Ángela.

—Me alegra que estés más animada esta mañana. Sentí mucho cómo te fuiste ayer.

—Conocerla no solo ha sido un placer, sino que además me ha generado una avalancha de emociones. Como le dije ayer, estoy aprendiendo más de Lena que de mí misma.

La mañana la pasó pensativo. Tenía claro que sentía algo por ella,

pero no sabía si era buena idea hacérselo saber. Le aterraba la idea de no volverla a ver, y era consciente de que el viaje de la muchacha tenía fecha de vuelta. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad que llevaba esperando toda su vida.

Sentado en una de las mesas del Starbucks de Camden, tal y como estaba el día que Ángela se sentó a su lado, Chay recordó a su padre y una de las conversaciones que tuvieron durante sus paseos por Notting Hill.

Él era un jovenzuelo de apenas veinte años, y su padre aún no había perdido la visión, por lo que mantenían la tradición de buscar un reloj que sirviese como herencia familiar. Con esa excusa, cada semana pasaban un rato juntos paseando por uno de los barrios con más encanto de Londres.

Estaban sentados en aquel café, donde improvisaban conciertos a piano, cuando Chay preguntó:

—Padre… ¿Cómo sabré si algún día estoy enamorado?

Su padre bajó la mirada y observó el plato sobre el que descansaba la taza que aún contenía restos de un café a medio tomar. Su menté volvió a ese lugar, a esa despedida, volvió a Lena. A los años que pasaron juntos en los que la vida se detenía cuando conversaban debajo de los árboles.

—Supongo que el amor no te avisará. No serás consciente de que estás queriendo a alguien un poco más cada día. Aparentemente nada cambia mientras esa magia sucede. Sin embargo, sabrás que lo estás cuando te duela pensar en esa persona imaginándola lejos de ti. Cuando algo que te recuerde a ella detenga tu vida, tu tiempo, y hasta tus prioridades cambien, porque solo querrás que esté bien, sin importarte cómo estás tú. En eso, Chay, consiste el amor. De todos los sentimientos que puedan existir, en su inmensidad, solo cabe la generosidad de querer dar, y eso solo es capaz de entenderlo quien ama. Por eso, aunque no avise que llega, sabrás que está dentro de ti cuando ocurra de verdad —respondió su padre.

—¿Por dónde quiere que empecemos hoy?, me refiero al diario, ¿quiere que elija alguna página al azar?

—Me parece una buena idea conocer a Lena a través de sus días de una forma aleatoria. Deja que la yema de tus dedos se detenga en el párrafo que debas leer —respondió Leonore.

Ángela abrió el diario. Comenzó a acariciar sus páginas con sumo cuidado, como si estuviese acariciando a la propia Lena, hasta que sus dedos se detuvieron y comenzó a leer:

Pensé que mi llegada a Madrid me aportaría tranquilidad. Sin embargo, arrastro los miedos que encontré en Auschwitz. No puedo confiar en nadie, y la sombra de la muerte sigue acechándome. Me da miedo confundirme, decir mi verdadero nombre. Que alguien encuentre mi pasado. Anoche, quise arrojar al fuego el abrigo con el que salí de allí. Me repugnaba saber el daño que le habrían hecho a su verdadera dueña. Iba a quemarlo cuando recordé a Jonás, y pensé que si los años cambian nuestra imagen, él podría reconocerme si me viese con el abrigo, como si fuese un señuelo.

—Estaba enamorada —susurró Ángela.

Sin pensarlo, Chay buscó el teléfono entre los papeles que tenía en la mesa. Rastreó en la agenda del móvil hasta encontrar el número de Ángela.

—Guardó el abrigo para él, era un señuelo —Ángela se dirigió a Leonore.

La anciana contemplo a la muchacha que, emocionada, estaba leyendo el diario como si de una novela romántica se tratase. El teléfono de Ángela comenzó a sonar.

—Discúlpeme, Leonore, debe ser mi compañera de piso, deje que responda y enseguida sigo leyendo.

Buscó su móvil. Miró la pantalla y sus ojos se encendieron. La sonrisa delató que quien llamaba la había llenado de ilusión. Descolgó.

—Chay…

Leonore la observó. La chica no dejó de sonreír durante la conversación. No pudo evitar recordar las miradas cómplices de Lena y Jonás. Los momentos a solas. Los abrazos que se dieron, y el beso de despedida que arrastraba desde hacía tantos años.

—Ya está. Discúlpeme, es un amigo.

—Permíteme decirte que esa sonrisa no sale nunca con un amigo. La curva que han hecho tus labios la mueven los hilos del corazón.

—Nunca he tenido amigos de verdad, ni me he sentido parte de nada. Chay fue la primera persona que conocí cuando llegué a esta ciudad, y gracias a él encontré un lugar donde quedarme los primeros

días en los que me sentía tan desubicada —Ángela intentó justificarse.

—¿Cómo has dicho que se llama el chico? —preguntó Leonore sorprendida.

—Es el gerente del Starbucks de Camden. Se llama Chay.

No podía ser. No podían existir tantas casualidades. Ese muchacho formaba parte de su historia con Jonás, y por ende, también era protagonista en la historia del abrigo. Leonore se quedó paralizada, sin decir nada. Sorprendida, pensativa.

—Disculpe… ¿le pasa algo? —preguntó Ángela al ver la reacción de la anciana.

Leonore se había quedado pensativa, mirando por la ventana y apoyada en el respaldo de su sillón. Sin mirar a la muchacha, que la observaba preocupada y temerosa de haber dicho algo que hubiese incomodado a la anciana.

—Estoy viendo que se nos ha hecho un poco tarde y yo debo irme. He quedado para almorzar con… mañana nos vemos, Leonore —se despidió con una sonrisa.

No lo entendía. Le había hablado a Chay de Lena y él no había reaccionado a su nombre. Quizás estuviese vinculado a Leonore, pero ¿qué importancia podría tener en su vida como para tener esa reacción?

La anciana tardó varios minutos en salir de sus pensamientos. Volvió al día en que estaba dispuesta a ponerse delante de Jonás. Estaba decidida, había vuelto por él y pensaba gritárselo en mitad de la calle. Pero esa tarde no estaba solo. Sobre sus hombros había un niño, que a Jonás lo llamó padre. Ese niño era Chay.

CAPÍTULO LX

LA CAJA DE LOS SECRETOS

«Como si de una caja se tratase, el corazón guarda secretos que nadie conoce. Y aunque pensaba que yo no tenía ninguno reservado para él, se equivocaba. Mi secreto fue conocer siempre la verdad. Su verdad, y hacerle ver lo contrario. Permanecer en mi falsa ignorancia, en la que él se sentía más cómodo. Nunca juzgué ninguno de sus actos, porque sabía que su corazón limpio acabaría ganándole terreno al odio. Ese será por siempre mi secreto».

MADRID, 1944

Constanz había dejado la puerta de su habitación abierta. Se asomó cuando vio a Lena dirigirse a la chimenea con el abrigo en la mano. No dijo nada, sabía que escondía un mundo de secretos por descubrir y simplemente se limitó a observarla. La volvió a ver entrar en su dormitorio y cerró la puerta. Se quedó de pie, escuchando.

Con el abrigo guardado, ya solo faltaba la caja que le había entregado el Brigadeführer para ocultar la documentación de Auschwitz. Miró en todas las direcciones dentro de la habitación. Buscó un lugar donde nadie pudiese dar con la caja, pero escuchó pasos. Se asustó y la escondió debajo de la cama. Llamaron a la puerta. Era Constanz. Lena abrió, sin percatarse de que, al quitarse el abrigo, el vestido que llevaba dejaba al aire el número de identificación que le asignaron a su llegada a Auschwitz.

Necesitaba ser sincera con ella. Al fin y al cabo, su esposo la había dispuesto como compañera de vida hasta su regreso, y necesitaba hacerle saber que podía soltar el lastre que la venía acompañando todo el camino.

Sí, se lo diría.

Respiró hondo y dio los pocos pasos que separaban su habitación de la puerta del dormitorio de Lena. Dio dos golpes secos. La puerta se abrió. Su mirada bajó hasta el número tatuado en la piel.

Nerviosa, se tapó el número con la mano. Constanz dio unos pasos hacia el interior de la habitación. Cerró la puerta y le hizo un gesto con el dedo, pidiéndole que guardase silencio.

Lena estaba asustada. Eran recientes las sanciones por incumplir normas en el campo y comenzó a temblar. Se sentó en el borde de la cama. Constanz la observó.

—Señora, por favor, lo he prometido. No puedo decirle nada —se justificó.

La esposa de Meyer dirigió su mirada hacía el brazo tatuado.

—¿Te hicieron eso allí?, ¿lo hicieron para marcarte? —preguntó con los ojos brillantes.

Lena agachó la cabeza, en un gesto de vergüenza.

—Sí, me lo hicieron allí. Pero, señora, yo no puedo, no estoy autorizada a contarle nada, por favor no haga más preguntas.

Constanz la acarició y con la voz melódica que la caracterizaba, dijo en un tono muy bajo:

—Empezar de nuevo no es fácil para nadie. No lo es para ti, pero tampoco es tarea fácil para mí. Nunca he estado lejos de la gente que quiero, y necesito sentir la calidez de una familia cerca de mí para sentirme tranquila y segura. Si voy a compartir mi vida contigo, quiero saber quién eres.

Lena estaba en silencio con la mirada fija en el suelo.

—Frank nunca supo, ni sabrá, que yo conocía las atrocidades que se hacían en ese campo. Fui ajena durante mucho tiempo. Quise ignorar la situación de los judíos en el gueto, y supongo que la causa de mi reclusión en casa no eran las indicaciones de mi esposo, sino una decisión propia, por no enfrentarme a una realidad dura, de la que yo también formaba parte. Sin embargo, desde que el doctor Golik se marchó de casa, Frank cambió en muchos aspectos.

—¿Conocía usted a Josef Golik? —preguntó Lena sorprendida.

—Fue el médico que me trató y al que le debo la vida, ¿tú conocías al doctor Golik?

Sorprendidas, las mujeres empezaron a comprender que no había sido una casualidad su encuentro, ni que Lena fuese la elegida para acompañar a Constanz en su nueva vida.

—Josef Golik es el padre de mi mejor amigo. Lo conocía desde que era muy pequeña —los ojos de Lena se humedecieron al recordarlo—,

su esposo me vino a buscar al bloque 24 de Auschwitz. Me salvó de una muerte a patadas, y me habló de Jonás, el hijo del doctor que la trató. Él pidió que me sacara de allí.

Constanz era ajena a la relación que su esposo tenía con Jonás. Jamás le habló de él, ni tampoco lo volvió a hacer de Josef después de acompañarlo al gueto el día que se marchó de su casa. Estaba asombrada. La muchacha tenía razón, su encuentro no había sido una casualidad. Sin embargo, no lograba entender qué relación podría tener su esposo con la familia de Josef Golik.

—El Brigadeführer me pidió que guardase el secreto de lo que ocurría en el campo, me dijo que usted no podía saber nada.

Constanz se sentó en el borde de la cama junto a ella.

—Siempre ha creído que yo no sabía lo que ocurría. Lo cierto es que esa es la imagen que quise darle para colmarlo de paz. Durante mucho tiempo, su conciencia solo fui yo, hasta que conoció a Josef y algo cambio en él. Supe que le debía ese silencio. Esa falsa apariencia de ingenuidad que él quería atribuirme. Supongo que, en algún momento, llegó a sentirse un monstruo. Alguien deleznable que hacía daño sin razón, y quería alejarme de esa visión que tanto distaba de su fondo.

Lena la escuchaba atentamente sin decir nada.

—Sé que te ha mandado aquí para cuidarme, y sé que no hay nadie mejor que tú, porque si no él habría enviado a otra persona. Pero no quiero que me mientas. No quiero seguir dando esa falsa apariencia, y aunque tu pasado, tu nombre, y tus recuerdos se borrasen en ese lugar, quiero que construyas los nuevos, sabiendo que no tienes que mentir —terminó diciendo la esposa del Brigadeführer.

Nadie había hablado con tanta humanidad a Lena nunca. En los ojos de aquella mujer se podía ver su corazón, su generosidad, y la empatía que demostró a la muchacha desde que la viese en el coche en Varsovia.

—Hay algo que me pidió que guardase.

Lena se agachó y sacó de debajo de la cama una caja de latón cerrada. La colocó encima de la cama. Sacó la llave que llevaba colgada en una cadena que le había entregado Frank Meyer. La metió en la cerradura de la caja, y se escuchó un clic.

—¿Qué contiene esta caja? —preguntó Constanz.

—Me pidió que usted nunca viese el contenido de esa caja, y que la guardase a buen recaudo hasta que terminase la guerra.

Constanz abrió la tapa. Dentro de la caja había listados de bajas de prisioneros fallecidos en las cámaras. Había nombres y apellidos de altos mandos y de SS que habían cometido asesinatos dentro del

campo.

—¿Qué es todo esto? —susurró.

Lena no dijo nada.

La esposa del Brigadeführer observó con detalle la documentación. Había fotografías. Imágenes dantescas de personas famélicas, clavadas en palos, cadáveres atrapados en las alambradas. Constanz se tapó la boca y comenzó a llorar en silencio. Revisó los documentos con las manos temblorosas y se percató de que entre los nombres se encontraba el de la persona más importante de su vida, Brigadeführer Herr Frank Meyer.

Tardó unos segundos en poder hablar. Cerró la caja. No podía ver nada más. Respiró hondo y miró a la muchacha que seguía en silencio.

—Solo puedo sentir una tremenda vergüenza y culpa por ser parte del mundo que ha mirado a otro lado mientras esto ocurre. Siento profundamente todo lo que has sufrido allí dentro.

Se levantó y abrazó a la chica que no era capaz de corresponderle.

Se mantuvo rígida, fría. Incapaz de mostrar la ternura que Constanz hacía nacer en ella.

—Tenemos que esconder esta caja, no puede encontrarla nadie. Espera, ahora vuelvo —comentó la esposa del alemán.

Salió de la habitación y fue a la cocina. Buscó entre los estantes latas de conservas. Las abrió y sacó el contenido vertiéndolo en cuencos de madera. Constanz entró en la habitación con tres latas de conservas vacías. Las puso en la cama y se sentó junto a la caja. Uno a uno fue doblando los documentos hasta que fueron entrando en las latas, bajo la atenta mirada de Lena. Abrió la puerta de la habitación.

—Ayúdame, vamos —espetó Constanz.

Salieron de la casa y caminaron hasta la parte posterior. Con herramientas que encontraron fueron sacando de su sitio algunas piedras de la fachada, haciendo hueco en el interior, hasta que, dentro de él, cupiesen las tres latas de conservas.

—Nadie, salvo tú y yo, sabrá nunca el contenido de estas latas. Aquí se quedarán, para siempre. No permitiré que la historia hable de Frank Meyer como un asesino —le indicó Constanz.

CAPÍTULO LXI

¿COINCIDENCIAS?

«Durante muchos años, visité Blitz al final de cada tarde. Mantenía la esperanza de que Jonás encontrase el abrigo y supiese que yo estaba cerca. De esa forma, le daría la opción de buscarme y no sentiría esta culpa que me invade si soy yo quien lo hace.

»Con los años, el motivo de mantener el abrigo en Blitz cambió. Fue cuando recibí aquella llamada desde España. Supe que, a partir de ese instante, el señuelo no sería para Jonás, sino para quien estuviese destinado a comprar el abrigo.

»Metí mi dirección en el bolsillo y esperé hasta que ella llegó a mí. Ahora sé que de alguna forma, también llegué a él».

LONDRES, 2015

Ángela estaba pensativa. La reacción de la anciana al hablarle de Chay le había preocupado. Estaba claro que, para esa mujer, el chico del Starbucks tenía que significar algo.

—¿Has estado hoy con la anciana del diario? —preguntó Chay en un intento por sacarla de sus pensamientos.

Ángela no dio rodeos, necesitaba saber si conocía a la anciana.

—Chay… ¿tú conoces a una señora llamada Leonore?

Durante unos segundos se quedó pensativo, buscando entre sus recuerdos alguien que respondiese a ese nombre.

—No, no conozco a nadie que se llame así… ¿Por qué?

—Esta mañana estuve en su casa. Cuando me llamaste y dije tu nombre, se comportó de forma extraña. Pensativa, ausente, no sé… como si fueses importante para ella —respondió la chica.

A Chay le sorprendieron las palabras de su amiga. ¿Quién era esa mujer? Y sobre todo, ¿por qué sabía quién era él? Recordó el abrigo y ese momento en que vio la dirección donde estaba el edificio de su madre, ¿y si aquello tenía alguna relación con esa señora?

—Ángela, la mañana que te olvidaste el abrigo, fui a guardarlo en el almacén. Al doblarlo, un papel cayó al suelo. Cuando vi lo que ponía la nota, me sorprendí bastante. No entendía por qué tenías la

dirección de mi madre en tu abrigo.

Desde que la muchacha lo nombró, la anciana no había podido quitarse el nombre del hijo de Jonás de la cabeza. No podía ser una coincidencia. Ángela había llegado desde Madrid, entró en Blitz y compró un abrigo que llevaba muchos años colgando de su percha.

Sin duda era ella. La muchacha que nerviosa llamó a su puerta, lo hizo para terminar una operación que comenzó hacía más de setenta años.

La operación Lena, que puso en marcha Frank Meyer tenía que cumplir su propósito, y Ángela sería la persona que llevaría a cabo el último paso.

Desde su sillón, Leonore visualizó a esa Lena joven que peleó por ganarle al destino. Se reconoció a sí misma la valentía que le había permitido llegar hasta sentarse delante de su ventana en Camden Town, y cerró los ojos, en un intento por volver de nuevo a sentarse debajo de los árboles que tanta paz le regalaban.

Ángela se quedó paralizada.

—¿Cómo que la dirección de tu madre? —preguntó nerviosa.

—No indicaba el piso, pero sí el edificio. Pensé que solo podía ser mi madre. El resto del inmueble fue adquirido por una constructora para hacer pisos de alquiler turístico, que yo sepa, solo queda mi madre en ese edificio.

—¿Tu madre es Leonore? —Ángela estaba hecha un lío.

—Mi madre se llama Elisabeth, vive en la segunda planta del edificio que aparecía en la dirección de tu abrigo.

Ángela se quedó pensando unos segundos, y recordó esa conversación con la anciana que salía el día que conoció a Leonore. Tenía que ser ella, le habló de su hijo, y vivía en la segunda planta. ¿Cómo era posible que no conociese la presencia de la mujer en el edificio?

—Leonore vive en la tercera planta.

—No sabía que viviese alguien más en el edificio. Es cierto que yo me marché joven de casa, y estuve viajando por el mundo varios años hasta que mi padre perdió la visión. Les perdí la pista a los vecinos del edificio, pero tenía entendido que la constructora compró las viviendas de todos, no entiendo cómo…

A su mente volvió ese recuerdo en que conversando con su madre

preguntó si alguien más vivía en el edificio. Quizás esa mujer tuviese alguna relación con su madre.

—¿Sabes si se conocen? Me refiero a Leonore y Elisabeth —preguntó Ángela.

Chay tenía la mirada fija en una cesta con cubiertos. Se quedó inmerso en sus pensamientos, repasando sus recuerdos. Intentando encontrar alguno en que tuviese cabida alguien llamada Leonore, pero no lo encontró.

Sonó el teléfono, y Leonore salió de sus recuerdos. Alertada por el sonido del terminal, sabía que solo él podía llamarla. Era la única persona que le quedaba en el mundo.

—¿Y si le preguntas a tu madre? Seguro que la conoce.

Chay sabía que su madre no le diría nada. Leonore era alguien importante en sus vidas, pero conocía a su madre. Algo le impedía hablar de esa mujer. Respetaría su silencio, pero no se conformaría con las dudas.

—Tienes que seguir leyendo el diario de Lena y visitando a Leonore. Solo tú podrás averiguar la relación que une a esa anciana con nosotros. Yo no sé quién es, jamás escuché hablar ni de ella ni de Lena —respondió Chay moviendo nervioso los dedos sobre en mantel.

Ángela estaba desconcertada ante tanto misterio. Sin duda, era un motivo más para alimentar la curiosidad que sentía de conocer a esa mujer y de seguir leyendo el diario de Lena. Se reconoció a sí misma haber acertado con la intuición que la llamaba a conocer a la persona que estaba detrás de la dirección de abrigo.

—¿Y si me acompañas la próxima vez que vaya a verla? —preguntó la muchacha.

Chay lo valoró unos segundos, le encantaría saber de primera mano todo lo que escondía la misteriosa anciana. Por otro lado, sentía que debía esperar el momento para presentarse frente a ella.

—Pregúntaselo, pero antes averigua quién es Lena, dónde está y qué relación tiene con mi familia. Algo me dice que esa mujer que has conocido ha sido importante pero no sé ni cuándo ni para quién —respondió Chay.

—De acuerdo —dijo la chica.

El resto de la comida fue amena. Decidieron cambiar de tema, olvidar durante un rato a la señora misteriosa y se centraron en ellos.

Durante el almuerzo hubo miradas cómplices, risas nerviosas y caricias en las manos que disimulaban mientras sostenían la copa de vino.

Chay supo que era el momento.

—Ángela, estoy algo nervioso, pero me gustaría contarte algo.

La muchacha en silencio lo observó tomando pequeños sorbos de vino. Nerviosa movió la pierna por debajo de la mesa.

—Cuando era joven, pregunté a mi padre cómo sabría si alguna vez estaba enamorado. Él me dio la definición de amor más bonita que jamás he escuchado y se quedó grabada en mí, a fuego.

Ángela se empezó a emocionar al escuchar las palabras de Chay. Nunca había sido la protagonista de una cita romántica, ni de una declaración de amor. Había perdido la esperanza de ser la chica especial para alguien. Sintió que llevaba esperando ese momento toda su vida. Muy atenta y en completo silencio, siguió escuchando al muchacho que, nervioso, comenzó a acariciar las manos de la muchacha.

—Me dijo que lo sabría. Que cuando llegase ese momento, sabría que era el amor. Han pasado muchos años, y perdí la esperanza de encontrarlo, busqué el amor como tú lo haces con la felicidad, como un loco desesperado. Buscaba señales, hasta que perdí la esperanza y me dediqué a mi trabajo y a mis amigos. Ese día en que me preguntaste si podías sentarte en mi mesa, al mirarte supe que había algo en ti que debía conocer. Para ser sincero, y creo que en este momento debo serlo, supe que te habías dejado el teléfono antes de que salieses del local, pero esperé para tener una excusa y poder hablarte de nuevo.

La muchacha comenzó a sonreír con ternura.

—Ojalá pudieses ver todo lo que yo veo en ti. Eres lo más maravilloso que ha llegado a mi vida y siento que quiero estar cerca de ti, siempre.

Los ojos de Ángela comenzaron a llenarse de lágrimas. Estaba nerviosa, tanto, que no supo reaccionar al momento que llevaba esperando toda su vida.

Chay no lo pensó. Se levantó de la mesa y la besó. Fue un beso largo y lento, donde ambos pudieron saborearse el uno al otro. Sentirse y hacerse llegar de una forma tan íntima todo lo que sentían.

Tardó en responder. Los años no perdonaban y cada vez le costaba más levantarse del sillón desde el que veía pasar la vida.

—¿Dígame? —preguntó Leonore al descolgar y ver un número que

no conocía.

Desde el otro lado, alguien al decirle su nombre le arrancó una sonrisa. Se sentó en su sillón. La habían llamado desde España. Respondía al nombre de David.

CAPÍTULO LXII

UN REGALO PARA CONSTANZ

«Jamás imaginé que ella me regalaría lo que la vida me negó. Y aunque habría querido que las cosas fuesen de otra manera, en este momento, no me atrevería a modificar nada de mi pasado, si en mi presente no estuviese ella».

MADRID, 1944

Las cosas no estaban saliendo según lo había previsto el Brigadeführer. Constanz ocultó las latas con las pruebas que incriminaban a su esposo. Lena no se atrevió a cuestionar la idea. Se dirigieron a sus respectivas habitaciones. Ninguna dijo nada. Caminaron en silencio, atravesando el patio y recorriendo el corto pasillo donde estaban las puertas de sus dormitorios.

Lena se tumbó en la cama. Adoptó una posición fetal. Se aferró a sus rodillas y se balanceó suavemente. En su mente estaba el Brigadeführer y esa promesa que hizo al salir de Auschwitz. Por alguna razón, el alemán quería que se hiciese justicia, aun cuando él mismo fuese uno de los condenados. Pero Constanz había cambiado sus planes. Nadie debía conocer el contenido de aquellas latas. Nadie haría nunca justicia por el daño cometido. Nadie señalaría al Brigadeführer Herr Frank Meyer como autor de crímenes de guerra.

Cuando Constanz llegó a su habitación, cerró la puerta y se sentó en la cama. Sintió una presión en el pecho. Sabía que por primera vez estaba ignorando una de las órdenes de su esposo, pero no permitiría que fuese recordado en la historia como alguien sanguinario y mezquino.

La presión empezó a descender a medida que las lágrimas brotaban. Su llanto se llenó de rabia y de pena, de miedos, de lamentos. Frank Meyer lo había entendido todo. Quizá no a tiempo, pero no es posible culpar a quien se adoctrina para odiar, sino a los que enseñan el

mensaje.

Había cambiado cuando ya formaba parte del odio, pero intentó redimir su culpa ayudando a esas personas que, como otras tantas, habían sido elegidas para sacrificar sus vidas y sus ilusiones.

Apenas habían descansado cuando el alba anunció la llegada de un nuevo día. Remedios ordeñaba las vacas, mientras un hombre venía desde la ciudad con la poca fruta y verdura que podía comprarse. Las dos mujeres salieron a la misma vez de sus habitaciones, y se quedaron mirándose fijamente.

Lena decidió respetarla, aunque su deseo llevaba implícito desobedecer al Brigadeführer.

—Buenos días —saludó Constanz.

—Buenos días, señora —respondió Lena.

—Empezamos de nuevo, vamos… —La esposa del Brigadeführer acarició a la muchacha en el brazo.

Y ambas se dirigieron al exterior de la casa para comenzar el primer día del resto de sus vidas.

AUSCHWITZ,1944

Jonás entró en el barracón de ingresos para dar traslado del listado de bajas como cada día. Era una tarde de marzo de 1944, cuando Frank Meyer le dio una orden.

—Entra a mi despacho y cierra la puerta.

MADRID, 1944

Las dos mujeres salieron de la casa, dispuestas a ofrecerse para llevar a cabo las tareas propias del lugar. Lena comenzó a encontrarse mal. Se sintió mareada. Detuvo el paso y se aferró a una de las paredes de la casa. Perdió el equilibrio.

Constanz caminaba unos pasos por delante, no fue consciente del malestar de la muchacha hasta que la escuchó caer. Lena quedó tendida en el suelo.

AUSCHWITZ, 1944

—El Führer está perdiendo la cabeza. Su ambición desmedida y su odio están haciendo que Alemania se debilite en una guerra en que nuestros aliados están perdiendo fuerzas.

Jonás escuchó en silencio.

—Te dije que había puesto en marcha una operación para debilitar la posición de Hitler. Boicotear su conquista a territorios como Reino Unido. Bien, ha llegado el momento de explicarte en qué consiste la operación Lena —comentó el Brigadeführer.

MADRID, 1944

Abrió los ojos en la cama, rodeada de Constanz y de Remedios. No sabía qué había ocurrido, pero seguía encontrándose fatigada.

—Ya estás de vuelta, pequeña —susurró Constanz acariciándole la cara.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó nerviosa.

—Nada que no se cure en unos meses —habló Remedios.

AUSCHWITZ, 1944

Jonás comenzó a temblar.

—Churchill es consciente de que Alemania tiene espías en todos los territorios que ha conquistado, facilitándole de esta forma la entrada en los países con sus tropas. Somos conscientes de que, tras la invasión francesa, Reino Unido está alerta y conoce las intenciones de conquista de Hitler.

Jonás escuchaba en silencio, atento y sorprendido, ajeno a todos los movimientos militares de los que hablaba el Brigadeführer.

—En el marco de la operación Lena se va a enviar a cincuenta espías falsos a Reino Unido, con el único fin de boicotear los deseos de conquista de Adolf Hitler. Y es ahí donde necesito que actúes.

—Pero señor, por mi aspecto, en Reino Unido sabrán que soy judío. Es fácil entender que no voy a ser espía, que sería un enviado de Alemania y me matarían al llegar allí.

—Eso ocurriría si los cincuenta enviados fuesen judíos, pero tú serás el único. Lo harás junto a daneses y holandeses. Tendrás una nueva identidad, y saldrás desde Francia en un bote de remo, pidiendo ayuda, por tener que salir de Dinamarca por haber sido conquistada.

—Pero, señor…

—Te marcharás de Auschwitz para vivir fuera de Varsovia, donde

tendrás que recuperarte físicamente para que nadie note tu procedencia judía. Y justo un mes después, partirás hacia Francia, con un salvoconducto que te permitirá cruzar las fronteras. Una vez allí, el Brigadeführer Herr Mark Becker, uno de los partícipes de la esta operación Lena, te ayudará a subir a ese bote junto con otros espías. No hablarás con nadie, no contarás de dónde vienes, y olvidarás tus raíces, tu nombre y tu religión. Nos ayudarás a que Reino Unido no sea conquistado y de esta forma, Hitler plantee frenar su plan de guerra. Cuando todo acabe podrás empezar de nuevo en Reino Unido, con tu nueva identidad.

MADRID, 1944

—¿Qué…? ¿Qué quiere decir? —Se incorporó de la cama. No podía ser lo que estaba pensando. Lena estaba asustada.

AUSCHWITZ, 1944

Jonás se sintió sobrepasado. No tenía miedo de morir. Ya no le quedaba nada, pero la información recibida y saber que se marcharía de aquel lugar hicieron que sus ojos se humedecieran y se llenasen de lágrimas, de emoción, de miedo, de rabia, de pena, de melancolía… No sabía si sobreviviría a ese bote y llegaría a Reino Unido, eso solo dependía de él, pero habría conseguido salir vivo de Auschwitz.

—No hay tiempo para llantos ni chiquilladas… Has demostrado ser fuerte, y harás bien este trabajo por Alemania y por tu pueblo, porque así debilitaremos a un monstruo. No será fácil… ¿estás dispuesto a participar en la operación Lena?

A Jonás le cayeron dos lágrimas que resbalaron por su cara, antes de responder en alto:

—Sí, señor, estoy dispuesto.

MADRID, 1944

—Leonore, estás embarazada —dijo Remedios extendiéndole un vaso de agua—, y ahora tienes que cuidarte para cuidar de quien va a venir.

Lena negó con la cabeza mirando a Constanz. La esposa de Frank

Meyer no alcanzó a entender en ese momento la importancia que tendría ese niño, en su vida y en la de muchos.

CAPÍTULO LXIII

DESCUBRIENDO A LENA WIESEL

«Nunca he sentido miedo de nada. Siempre me consideré una mujer valiente, segura de mí misma, capaz de enfrentarme a todo y a todos, hasta que ella llegó a mi vida.

Es la única persona que puede quitarme lo que he construido, porque lo hice sobre los cimientos de sus recuerdos, y porque para él jamás dejó de existir».

LONDRES, 2015

A la mañana siguiente de su cita con Ángela, Chay necesitó hablar con su madre. Era consciente de que no podía contarle la conversación con su amiga, pero quería observar sus reacciones y descubrir si su mirada le hablaba de Leonore.

—Buenos días, madre, he traído dulces para desayunar juntos —anunció desde la entrada de la casa.

Su madre preparaba café en la cocina y lo escuchó llegar. Miró la hora, era muy temprano. Se extrañó.

—Pero bueno, qué sorpresa, ¿qué haces aquí tan temprano? —preguntó mientras caminaba con dificultad en dirección al salón.

Aquella mañana, Ángela subió las escaleras del edificio de Leonore pensativa. No entendía tanto misterio, ni la reacción al saber que Chay y ella se conocían. Era fácil adivinar que aquel muchacho, aun sin saberlo, ocupaba un lugar en la vida de la anciana, y ella se había propuesto averiguar cuál era.

Cuando subía las escaleras que la conducían al segundo piso, escuchó como la puerta de la madre de Chay se cerraba. Se detuvo unos instantes en el rellano antes de seguir subiendo. Se quedó allí, de pie, contemplando la puerta de la casa de Elisabeth como si fuese un cuadro. ¿Cómo era posible que esa mujer no conociese a alguien que vivía apenas unos peldaños más arriba? Entendió que no solo Leonore

custodiaba secretos, también había misterio detrás de la puerta de la madre de Chay, y supuso que todas esas dudas se disiparían a medida que avanzase en la lectura del diario.

—Quería darle una sorpresa. Voy a tener el día complicado y no quería perderme mi cita diaria con usted —comentó Chay mientras se acercaba a ella para darle un beso en la frente.

Elisabeth sonrió con ternura.

—Un día liado de trabajo o… ¿Una cita con Ángela? —preguntó con mirada cómplice.

Ángela llamó a la puerta de Leonore, dispuesta a sentarse en el sillón y seguir descubriendo una historia que aún tenía mucho que ofrecerle.

Leonore abrió la puerta más seria que otros días. La muchacha se percató de inmediato. Prefirió no decir nada, limitarse a observar y escuchar todo lo que la anciana tuviese que contarle.

—Buenos días, Leonore, ¿dispuesta a continuar la historia del abrigo?

—Siéntate, hija, mis piernas ya no me responden mucho tiempo de pie. Tienes el diario en el sillón, listo para que lo abras por donde desees.

Ángela se sentó. Abrió el diario y contempló sus letras y los distintos tonos de tinta con los que estaba escrito.

Acarició con la yema de los dedos las letras que había marcado la vida de alguien que ahora daba respuestas a sus preguntas. Cuando se dispuso a buscar esa parte de la historia de Lena que tuviese que comentar con Leonore, cerró el diario, y dirigió una mirada a los ojos de la anciana, observando la belleza que aún mantenía a pesar de la edad.

—Leonore, ayer… cuando le hablé de Chay, usted, reaccionó de una forma extraña, ¿podría preguntarle el motivo?

Como si ya supiese que esa pregunta sería formulada, la anciana, lejos de evitar la respuesta, contestó tranquila:

—Podría decirte el motivo en este momento, pero no entenderías nada. Solo puedo decirte que Chay, de alguna forma, es parte de la historia que viniste a buscar, y debes saber qué significa para mí a su debido tiempo.

—Bueno, muchacho… ¿y cómo es que no me hablas de esa chica que te ha cambiado la sonrisa? —Elisabeth se inclinó desde su sillón para acariciar las manos de su hijo.

Chay dejó de disimular el hormigueo que sentía cada vez que hablaba de la muchacha. Estaba enamorado, lo había declarado abiertamente a quien debía y ya no había razón alguna para negarle la evidencia a nadie, mucho menos a su madre.

—Pues… todo va genial, madre. Es una chica fantástica. El problema es que sé que tiene intenciones de volver. Intento no pensarlo y disfrutar con ella cada momento que pasamos juntos, pero es inevitable pensar en que esta historia tendrá una despedida.

—Estoy segura de que conseguirás que se quede aquí más tiempo del que pensaba.

El objetivo de la visita y del desayuno con su madre era hablarle de Leonore, ver su reacción, observarla cuando nombrase a la anciana. No sabía cómo iniciar la conversación y, aprovechando el hilo de la que había creado, sin pensarlo comentó:

—De momento ha conocido a alguien que la tendrá entretenida unas cuantas semanas.

Elisabeth se sorprendió ante el comentario de su hijo, sabía que no se estaba refiriendo a él.

—¿A quién te refieres, Chay?

—Madre, ¿se acuerda del abrigo por el que le estuve preguntando hace unas semanas?

Elisabeth asintió.

—Pues Ángela lo compró en una tienda de ropa antigua, y casualmente dentro del bolsillo había una dirección.

Atenta, la mujer se mantuvo expectante a las palabras de su hijo.

—Ángela se interesó por saber quién era la persona que se escondía tras esa dirección y fue a conocerla. Quería conocer la historia del abrigo.

—Y ahora supongo que me vas a decir a quién encontró —comentó Elisabeth.

—A una anciana de casi noventa años.

—Bueno, es lógico. Si el abrigo estaba en una tienda de ropa antigua no podía esconderse ninguna jovencita detrás de la puerta —dijo Elisabeth mientras se levantaba.

Chay se mantuvo en silencio, observándola. Elisabeth no reaccionó de ninguna forma al abrigo. Caminaba hacia la cocina con la bandeja cuando su hijo se atrevió a decir en voz alta:

—La anciana se llama Leonore.

Elisabeth detuvo el paso. Se quedó de espaldas a su hijo,

sosteniendo la bandeja. Chay permanecía sentado en el sillón, mirándola. Ella no decía nada, pero era evidente que escuchar ese nombre le afectó. Su madre sabía quién era esa mujer y por algún motivo lo había querido ocultar.

—Madre, ¿está bien?

—Sí, la edad, hijo, que no perdona y necesito ir despacio. Pero estoy bien —comenzó de nuevo a caminar con paso lento.

—Madre, ¿vive alguien más, además de usted, en este edificio?

—Ya te dije que no lo sé —respondió Elisabeth.

Llegó a la cocina y soltó la bandeja enfadada. Intentó respirar tranquila, tenía que disimular su estado nervioso. Abrió la ventana y observó a lo lejos. Había un parque, con muchos árboles frondosos que daban sombra a unos bancos de madera. Su mente se llenó de recuerdos y de fantasmas.

La respuesta de Leonore dejó aún más impactada a la muchacha.

—De acuerdo —dijo Ángela abriendo el diario—, sigamos descubriendo a Lena.

Y comenzó a leer en voz alta:

He tardado días en asumir esta noticia que ha llegado por sorpresa. Nunca pensé en ser madre, tenía tantos planes…

He tardado días en entender que esta criatura que hay dentro de mí no tiene la culpa de venir de un lugar donde mora el dolor. Soy consciente de que no puedo quererlo. Que seré incapaz de abrazarlo sin recordar cómo llegó hasta mí. Pero como si el destino hubiese preparado este plan perfecto, ha traído a mi lado a una mujer colmada de amor para dar a este ser indefenso que estoy gestando. Lo pondré en sus brazos para darle la oportunidad que me quitaron a mí.

Leonore había cerrado los ojos mientras escuchaba la melódica voz de Ángela. La habían invadido los recuerdos. A su oído volvieron los llantos del niño que nació ayudado por Constanz, y envuelta en sus recuerdos, Ángela vio como la anciana acariciaba su vientre.

Y a la muchacha le surgieron mil preguntas…

—Leonore, ¿Lena se quedó embarazada en Auschwitz?

La anciana tardó en responder:

—Sí, aquel niño fue el resultado de una violación en el bloque 24. El padre biológico de esa criatura era un SS que olía a alcohol y daba palizas a todas las chicas del bloque.

—Dios mío… —susurró Ángela.

Los ojos de Leonore buscaron el horizonte a través de su ventana.

—Aunque intentaras comprender el dolor que sintió Lena en aquel lugar, nunca llegarías a acercarte a su magnitud.

—Leonore… ese niño. ¿Dónde está?

Los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas atrapadas, asomadas a un balcón de dolor. La mujer hizo una pausa, hasta que su emoción le permitió responder:

—Ese niño, actualmente. tiene setenta y un años, me llama cada semana. Y se llama David.

CAPÍTULO LXIV

DAVID

«La historia de una persona se inicia cuando se gesta.

Supe mis orígenes muchos años después de nacer, y fue mi madre quien me contó mi historia.

»Me confesó tiempo después de que ella se marchase que me cuidó en su vientre para regalarme a la mujer que me crio.

»Y fue cuando abracé a mi hija por primera vez, cuando comprendí que dejarme en los brazos de Constanz para que me cuidase fue el gesto de amor más grande que ella hizo por mí».

MADRID, 1944

Pasaron muchos días hasta que Lena se levantó de la cama. No era capaz de asimilar la noticia de su embarazo. Nunca quiso ser madre, o al menos, nunca lo planteó como una maternidad en solitario. Mucho menos se imaginó que su primer hijo traería para siempre el recuerdo de uno de los momentos más duros de su vida.

Llena de vergüenza y conteniendo la rabia, entendió que no podía permanecer siempre metida en aquella cama, donde cada día se acercaba Remedios para traerle alimentos que ella dejaba sin probar.

—No puedes seguir sin comer, hija, tienes que alimentarte para salir adelante. Ahora no estás sola.

El mismo tiempo que necesitó Lena para asimilar esa noticia, lo empleó Constanz para entender el lugar que ella tenía en la historia del niño que estaba por nacer.

Era consciente, por la reacción de la muchacha, de que el bebé que esperaba no era fruto del amor, y que en los ojos de Lena se podía ver la rabia y el dolor por la forma en que fue gestado. Entendió que Dios había querido enviar ese regalo en forma de vida para darles esperanza, y que ella estaba recibiendo la oportunidad de dar el amor más importante de su vida.

No sabía cuál sería la decisión de la muchacha en cuanto al nacimiento del pequeño, pero tenía claro que sus brazos recibirían a esa criatura con el amor que merecía.

Las semanas fueron sucediendo tranquilas en la casa de campo a las afueras de Madrid. Lena apenas hablaba, hacía labores de recolección en el huerto de la casa, o daba largos paseos en solitario, mientras veía cómo el color de las hojas de los árboles cambiaba a medida que abultaba su vientre.

Durante esas semanas, las mujeres permanecían atentas a la radio que el hombre que las proveía de fruta había conseguido traerles desde la capital. Las tropas alemanas no solo habían frenado su avance, sino que estaban debilitadas con respecto a los aliados que comenzaron a cobrar protagonismo.

Constanz era consciente de que la vida de su marido corría peligro si Alemania finalmente perdiese la guerra. Lena veía una oportunidad para que Jonás saliese del infierno, pero tenía serias dudas de que, a esas alturas, aún siguiese con vida.

Durante aquellas semanas a escondidas, cuando caía la noche y Lena cerraba la puerta de su habitación, Constanz y Remedios se sentaban en sus butacas, y mientras se mecían escuchando el crujir de la madera fueron cosiendo un ajuar para dar la bienvenida a una criatura a la que esperaban en otoño.

A lo largo de esas semanas, el médico la visitó un par de veces, para controlar su tensión y su estado de salud durante la gestación. Mientras el doctor la atendía, Lena nunca lo miraba a los ojos. Buscaba un punto lejano, fijando su mirada donde el médico no pudiese ver la vergüenza y rabia que sentía.

En secreto, Constanz encargó al hombre que le traía alimentos de Madrid que pidiese a un carpintero hacer una cuna para un niño al que le quedaba poco para nacer.

Durante aquellas semanas en las que los árboles teñían sus hojas de distintos tonos, Lena comprendió que estaba gestando un niño al que no podía dar amor. Su alma se había llenado de rencor y de pena, y la criatura que había llegado a ella no tenía la culpa de lo que había ocurrido.

Dios había enviado un regalo. Una vida que venía de un lugar lleno de muerte, y sabía que lo hacía por algo. Ese niño tenía una misión que cumplir, era un mensaje de Dios que debían cuidar hasta que pudiese llevar a cabo su labor.

Lena sabía que Constanz cosía ropa para su hijo, y había encargado una cuna que debajo de una sábana guardaba en su habitación. Sabía que era la madre que merecía.

Y fue poco tiempo antes de que llegase el otoño, cuando llegó a la casa de las afueras de Madrid alguien con desmejorado aspecto, con cara de preocupación y uniforme militar.

Lena salió de la habitación cuando escuchó al hombre llamar a Constanz desde la entrada. Frank Meyer había vuelto junto a su esposa.

UNA SEMANA DESPUÉS DE LA LLEGADA DE MEYER A MADRID

Dedicó su tiempo a pasear con Constanz y tener largas conversaciones. Frank Meyer era consciente del punto en que se encontraba Alemania en la guerra. Realmente corría un grave peligro, y sabía que las posibilidades de que Hitler perdiese la contienda no eran pocas.

Lejos de lo que muchos pudiesen pensar, aquello no era una huida, pues el Brigadeführer tenía fecha de regreso a Auschwitz.

Ser justo pasaba por permanecer en el lugar donde había elegido estar. Donde por destino le correspondió y donde redimiría sus culpas llegado el momento. Pero debía verla antes. Charlar, sin que la guerra fuese un tema de conversación. Quería ver a una Constanz que siguió aparentando no saber. Ambos se regalaron momentos, huyeron durante unos días del dolor, y crearon recuerdos que los acompañarían el resto de sus vidas.

Constanz era consciente de que él había viajado hasta allí para verla una última vez antes de volver al sitio del que no saldría con vida. Pero no permitió a sus lágrimas salir en presencia de su marido, y su sonrisa disfrazada de ingenuidad hizo que el hombre se sintiese tranquilo. Cerca de quien más quería, sin sentirse un monstruo.

Habían pasado varios días desde que el Brigadeführer llegó a

Madrid cuando pudo hablar a solas con Lena. Caminaron alrededor de la casa mientras la chica de forma inconsciente colocaba su mano en el vientre.

Durante esos días, en los que Lena esperó pacientemente a que Meyer se acercase a ella para hablar, solo podía pensar en la pregunta que quería hacerle, ¿dónde está Jonás?

Durante unos minutos caminaron en silencio, hasta que llegaron a la parte trasera de la casa, justo en el lugar donde Constanz había guardado en latas de conservas los documentos que lo incriminaban.

—Hice lo que me pidió —dijo Lena.

El Brigadeführer la observó en silencio.

—Los documentos. Están guardados en un lugar donde nadie podría encontrarlos; de hecho, ahora están delante de usted, y no sabría adivinar dónde se encuentran.

El hombre observó la pared de piedras, y no encontró ningún lugar donde a simple vista pudiera haber guardado la documentación.

Miró a la chica y dio unos pasos hasta la pared de la casa y acariciando la fachada dijo:

—Alemania puede perder la guerra. He venido para despedirme de Constanz. No quería irme sin verla por última vez. Pero tú haz lo que te pedí, cuando todo acabe, procura que se haga justicia.

A Lena le conmovió ver a ese hombre hablar con tanta rotundidad. Había asimilado su destino. Podía quedarse en aquella casa, en un país que no lo delataría. Podía ver pasar los años juntos a Constanz pero entonces no sería justo.

Cumpliría la promesa que le hizo en Auschwitz, si sobreviviese a Constanz, pero sería leal a la persona que más cariño le había dado en mucho tiempo. Sin embargo, con una sonrisa cómplice le respondió:

—Señor, no se preocupe, haré lo que me pidió, puede irse tranquilo.

—Gracias, Lena… —El Brigadeführer bajó la mirada hasta el vientre abultado de la muchacha y con una sonrisa comentó—. Ese niño tendrá una buena madre.

—Tendrá a la mejor —respondió Lena mirándolo a los ojos.

Sin despedidas, sin abrazos ni más promesas, el Brigadeführer dio por terminada la conversación con la muchacha y dándose la vuelva caminó en dirección a la vivienda cuando la escuchó preguntar:

—¿Sigue vivo?

Sin volverse respondió:

—Salió de Auschwitz y forma parte de una operación a la que di tu nombre. OPERACIÓN LENA. Está en Londres, y allí debe seguir hasta que termine la guerra.

CAPÍTULO LXV

ELISABETH

«Me costó muchas lágrimas entender que mi sitio estaba ocupado por alguien. La primera vez que la vi paseaba junto a Jonás, que llevaba de la mano a Chay. Recuerdo quedarme en un lugar donde ellos no me vieron. Los observé, y comprobé cómo Elisabeth miraba a Jonás. Entendí con el paso del tiempo que el lugar al lado de una persona no viene asignado. Ella se ganó el lugar que tenía en su vida. Lo cuidó cuando enfermó. Era la sonrisa que veía cada mañana y el pañuelo que sostenía sus lágrimas cuando el recuerdo del pasado bailaba en su cabeza.

»Ella le dio una familia, y con ella construyó un hogar donde fue feliz. Tardé mucho en entender que nunca me gané ese lugar. Cuando lo hice comprendí que debía respetar la distancia que Elisabeth me pedía».

LONDRES, 2015

David… aquel nombre suponía un nuevo interrogante en el puzle de Ángela. Intentaba saber, vincular a todas las personas que en ese momento ocupaban su escena, pero no conseguía establecer los lazos de unión que había entre los personajes. Sabía que debía continuar el viaje al pasado a través de las letras de ese diario para comprender.

¿Cómo era posible que su hijo supiese de la existencia de Leonore? Elisabeth estaba nerviosa. No quería revelar un pasado que solo ella conocía y, sobre todo, no quería que su hijo estuviese al lado de la mujer a la que más miedo había tenido.

Sus recuerdos la llevaron a ese día. Elisabeth ayudaba a su esposo a subir los peldaños de la escalera del edificio hasta llegar a su casa. Lo hacían a paso lento. Jonás había perdido la visión debido a la diabetes que padecía. Ella lo sostenía por el brazo.

Cuando aún no habían llegado a la segunda planta, escucharon el

crujir de la escalera. Alguien estaba subiendo. Era Lena.

Elisabeth la miró. Hacía mucho tiempo que sabía de ella, y en alguna ocasión la había visto alrededor del edificio donde vivían. La reconoció la mañana en la que Lena dejó a la vista el número de identificación de su brazo. Cuando se percató de que Elisabeth lo había visto, se tapó deprisa, en un intento por ocultar ese pasado que quedó atrás hacía tantos años.

El número correspondía con el que su esposo llevaba grabado en la pequeña placa de plata que colgaba de su cuello. Le preguntó muchas veces a qué correspondía ese número. Él siempre respondía con evasivas.

Lena se detuvo detrás de ellos, unos peldaños por debajo, observando al matrimonio. Elisabeth estaba nerviosa.

—Querido, quédate a este lado, una señora debe pasar y estamos importunándola. Pase… por favor —indicó a Lena con un gesto.

—No se preocupen, esperaré a que suban pacientemente. No tengo prisa, nadie me espera —respondió Lena.

Esa voz hizo que él levantase la cabeza, en un gesto de alerta. Su timbre le resultó familiar. Nervioso, se puso la mano a la altura del cuello, y buscó la cadena de la que colgaba el número con la identificación en Auschwitz de Lena Wiesel.

Elisabeth se percató del gestó, sintió amenazada su posición en la vida de su esposo. ¿Por qué había vuelto? ¿Por qué quedarse tan cerca de ellos?

—Por favor, le pido que pase y continúe su camino. Mi esposo estará más tranquilo sin que nadie esté detrás —pidió Elisabeth.

Lena no dijo nada. Subió las escaleras dejando atrás al matrimonio cuando a su espalda escuchó al hombre preguntar:

—¿Es nueva en el edificio?

Sin detener el paso respondió:

—Sí, llevo poco tiempo aquí.

—Sea bienvenida —respondió en tono sarcástico Elisabeth.

Elisabeth y su esposo se detuvieron en la segunda planta del edificio.

Lena, que permanecía en el rellano de la tercera planta, había escuchado como se abría la puerta y Elisabeth le pedía que entrase. Entonces el hombre volvió a preguntar:

—¿Cómo se llama?

Lena sonrió tímidamente antes de responder:

—Leonore…

Elisabeth cerró de un portazo.

—Leonore, quisiera preguntarle por alguien.

La anciana, que durante la lectura del diario permanecía con los ojos cerrados, reclinada en su sillón, buscó la mirada de la muchacha cuando le preguntó por ella. Por Elisabeth.

—Usted, ¿sabe quién es la madre de Chay? Ella vive en este edificio, justo en la planta de abajo.

—Es imposible no conocer a una vecina, ¿no crees? —respondió la anciana con voz calmada.

Elisabeth se vio superada por los recuerdos. Se obligó a detenerlos, quiso borrarlos de su mente, igual que el día en que ella volvió a sus vidas. Pero de la misma forma que Lena no se fue, tampoco lo hicieron los recuerdos.

Elisabeth caminó lentamente hasta su habitación. Se detuvo delante de una cómoda alta con varios cajones. Abrió el primero y levantó las sábanas. Al fondo, había un pañuelo blanco, dentro de él, un broche.

—Sigue leyendo —pidió Leonore a la muchacha mientras buscaba su posición en el sillón para escuchar la lectura con detalle.

David nació al poco de asomar el otoño. El Brigadeführer se había marchado apenas una semana antes y Constanz estaba destrozada.

Yo era consciente de que este niño la ayudaría a seguir adelante. Ella sabía que no volvería a ver a su esposo; y yo supe cuando se despidió con aquella sonrisa, que él había vuelto al lugar donde quería quedarse para que se hiciese justicia. Durante las semanas previas al nacimiento de David, pensé en marcharme en cuanto se decretase el final de la guerra.

Pensé que podría dejar a ese niño que se gestó del horror. Cogería mi abrigo, ese con el que Jonás me vio salir de Auschwitz, con el que me reconocería sin problemas y me iría a buscar el lugar que yo tenía en el mundo, uno cerca de Jonás.

—El abrigo… —susurró Ángela— lo guardó para él.

Leonore asintió. Miró a través de la ventana, se dedicó a contemplar a la gente pasar. Ángela siguió leyendo en voz alta:

Nació de madrugada. El dolor era insoportable. A mi lado estuvieron sin separase de mí ni siquiera un momento Remedios y Constanz.

Fue un parto largo, y muy duro, algo normal siendo primeriza. En algunos momentos quería llorar y no me quedaban fuerzas ni para poder hacerlo. Constanz, a mi lado, sostenía fuerte mi mano y me daba ánimos. Hasta que por fin, el silencio de la noche quedó roto por el llanto de un niño.

—Es un varón —dijo Remedios.

Constanz se levantó deprisa para hacerle llegar a la mujer un arrullo que ella misma había cosido. Remedios me entregó el bebé. Yo no lo quise mirar, escuchaba su llanto mientras mis ojos miraban la oscuridad de la noche a través de la ventana de mi habitación.

El niño dejó de llorar cuando Constanz lo abrazó. Su mirada llena de amor me hizo comprender que aquella criatura había llegado al lugar adecuado, en el momento perfecto.

—Madre… ¿está bien? —preguntó Chay mientras se acercaba a la puerta de la habitación donde su madre estaba cerrando el cajón de la cómoda.

—Sí, es solo que me acordé que había dejado una blusa fuera del armario. Ya sabes lo maniática que soy. Vamos… sigamos charlando en la sala de estar.

La reacción de Elisabeth al escuchar el nombre de su vecina fue determinante para que Chay comprobase que había algo que unía a esas dos mujeres. Sin embargo, no lograba entender por qué su madre no se enfrentaba a sus preguntas.

Elisabeth estaba navegando en un mar de recuerdos que removían su culpa, y eso… causaba mucho dolor.

Y cuando dieron por finalizada la reunión, y Ángela se marchó de la casa, despidiéndose hasta el día siguiente… Leonore volvió atrás en el tiempo. Recordó aquella lluviosa mañana de domingo en que alguien golpeó con fuerza la puerta de su casa.

Ella estaba colocando unos libros en la estantería. Se sorprendió. No esperaba visitas. Caminó hasta la puerta y la abrió. Detrás estaba

Elisabeth.

—¿Puedo hablar contigo… Lena?

Ella asintió y, con un gesto, invitó a la esposa de Jonás a entrar.

—Supongo que sabrás por qué he venido a verte…

CAPÍTULO LXVI

OPERACIÓN LENA (PRIMERA PARTE)

«Cuando conocí a Josef Golik, supe que me había llenado de odio y rencor hacia inocentes.

Comprendí que el cambio debía empezar en mí, para que pudiese continuar en el resto. Y fue entonces cuando valoré la posibilidad de destruir a Hitler desde dentro.

»No fue mucho antes de mi final cuando entendí la transcendencia que tendría aquella operación con nombre de mujer. La historia hablaría de nosotros. Nunca sabré en qué términos. Pero ellos, los que la hicieron posible, supieron a tiempo que el Brigadeführer Herr Frank Meyer fue lo suficientemente valiente como para dar un giro a la Segunda Guerra Mundial».

VARSOVIA, 1943

Aquella mañana de mayo de 1943, Herr Frank Meyer había ido a ver a su esposa. La posición de Alemania en la guerra hacía indispensable la presencia de sus altos cargos en los principales campos de trabajo, así como en la gestión de las tropas dispuestas para conquistar territorios. El Brigadeführer debía regresar a Auschwitz.

Mientras Constanz y su esposo se distraían en el porche de su vivienda en Varsovia, sonó el teléfono. Alguien del servicio respondió rápido, se escucharon pocos tonos de llamada desde el otro lado, y a los pocos segundos, una señora con delantal caminó hasta el lugar donde se encontraba la pareja.

—Señor… tiene una llamada.

El Brigadeführer, que en ese momento estaba sentado junto a Constanz, miró a la mujer del servicio.

—Ahora mismo estoy ocupado, dígale que devolveré llamada cuando pueda.

—Señor, ha insistido en que le diga… que llaman desde Berlín.

El hombre se levantó de inmediato.

—Querida… no tardaré mucho, discúlpame.

AUSCHWITZ, 1944

Desde la última reunión que Jonás mantuvo con el Brigadeführer, apenas se habían visto. El muchacho se limitó a cumplir órdenes, a seguir sus labores como Sonderkommando, y aunque no se acostumbró a la tristeza, la culpa se volvió más imperceptible.

Frank Meyer consiguió que el muchacho entendiese que aquel lugar era donde más seguro podía encontrarse. Sabía que los SS respetaban de alguna forma a los judíos que hacían esta labor, y aunque alguna vez sus comentarios jocosos buscaban lastimarlos o hurgar en su culpa, los prisioneros acababan asumiendo el rol que les había tocado en el campo.

Jonás sabía que el Brigadeführer tenía un plan perfectamente orquestado y se cumpliría según los tiempos establecidos por él. Nada era al azar, ni siquiera la elección del nombre de la operación de la que formaba parte el muchacho. Aun así, no estaba tranquilo. Sabía que los Sonderkommando tenían un trágico destino.

Noventa días eran los que se les permitía vivir. A partir de ese momento, eran considerados parte de las pruebas que mostraba al mundo lo que ocurría detrás de las alambradas. Sin demora, cuando se cumplía ese plazo, los judíos que eran obligados a colaborar con el exterminio, también eran asesinados.

A diferencia de los que llegaban a la cámara, ellos no se desnudaban tranquilos en el vestuario, ni albergaban esperanza de comer caliente después de la ducha que prometían los SS. Conocían cada sonido. Habían sido testigo demasiadas veces del sufrimiento.

VARSOVIA, 1943

El Brigadeführer se apresuró a atender la llamada. Pidió al servicio que se encontraba haciendo labores alrededor que se marchase. Cuando se percató de su soledad, respondió:

—Al habla el Brigadeführer Herr Frank Meyer…

AUSCHWITZ, 1944

Se había completado el día ochenta y tres de Jonás como Sonderkommando, cuando acercó al barracón de ingresos, como cada

día, el listado de bajas de prisioneros.

Se disponía a marcharse cuando el Brigadeführer salió de la oficina.

—Jonás…

El muchacho se volvió. Su mirada triste se dio de bruces con la del alemán.

—Ha llegado el día. Hoy te marcharás de este infierno para siempre.

VARSOVIA, 1943

Tras colgar el teléfono, Frank Meyer se quedó pensativo. Cabizbajo caminó hacia su despacho. Constanz comprobó que aquella llamada había cambiado algo en su esposo. Pero como siempre hacía, respetó el espacio que él le pedía, y volvió a salir de la casa, alejándose de él sin decir nada.

El hombre entró en el despacho y cerró la puerta. Respiró hondo antes de sentarse en su sillón forrado de piel verde oscura. Se reclinó sobre el respaldo y en silencio observó las fotografías de su mesa y el estante lleno de libros que había al fondo de la habitación.

Con la mirada fue recorriendo su historia. Observó la imagen de su padre, militar de profesión, que junto con un joven Adolf Hitler comenzaban a cambiar la historia que dividió al mundo por segunda vez. Detuvo su mirada en la fotografía de un grupo de jóvenes que lucían la esvástica en su antebrazo, entre los que se encontraba él.

Una a una fueron sucediéndose las imágenes que le recordaron un pasado de adoctrinamiento y de odio. Una vida entera formándose para llegar a colocar a Alemania en el lugar que merecía. Unas pretensiones irreales que cambiarían una realidad que tras el Tratado de Versalles situaba a su amado país fuera de las grandes potencias mundiales.

Aquella sucesión de imágenes terminó en una que salió del fondo del cajón de su escritorio. Tuvo que abrirlo con una llave. En su interior, había unos cuantos documentos, su alianza de matrimonio, y una fotografía. Una imagen de Josef Golik.

AUSCHWITZ, 1944

Jonás enmudeció. No supo qué responder a la noticia que llevaba tanto tiempo esperando. Había perdido la esperanza y la capacidad de transmitir alegría. Sin embargo, con mucho esfuerzo, pudo esbozar

una leve sonrisa mientras sus lágrimas comenzaron a correr por su rostro en silencio. Estaba de pie, en mitad del barracón, rodeado de mesas repletas de cifras que hablaban de vidas destrozadas.

El Brigadeführer caminó hacia él. Lo miró a los ojos, y acarició su hombro con la ternura que lo hace un padre que alienta a su hijo para que aguante los pocos pasos que le quedan hasta llegar a la meta.

—Esta noche te buscarán en la cámara. Pediré a un SS que te traiga hasta mí, supuestamente para ejecutarte personalmente por haber sido la persona que más información ha tenido sobre mí.

Mientras seguían cayendo las lágrimas, Jonás escuchaba en silencio.

—Te acompañará hasta la pared de la muerte y allí te esperaré para que puedas reunirte con tu nuevo destino. Saldrás de Auschwitz en el mismo vehículo que lo hizo Lena. Confío plenamente en la persona que te llevará y sé que cuidará de ti hasta que te ponga a salvo.

—¿Volveré a saber de usted? —preguntó el muchacho.

—Una vez salgas de este lugar, nadie debe vincularte conmigo. Está en juego tu seguridad y la mía. Sabrás todas las instrucciones de esta operación a su debido tiempo, pero no volverás a verme.

VARSOVIA, 1943

Josef Golik había sido el comienzo de un cambio en él. Sus palabras germinaron dentro del Brigadeführer, que luchó contra sí mismo por aferrarse a sus ideales.

Durante muchas semanas se sucedieron las noches en vela acompañado por un vaso de licor y un enjambre de pensamientos que se arremolinaban dentro de él.

Quería seguir siendo el mismo y sin embargo, era incapaz de sostener los mismos principios que había defendido.

En secreto, comenzó a gestarse entre el Brigadeführer Herr Frank Meyer y otros altos mandos, una operación cuya finalidad era hacer fracasar los planes de conquista de Hitler.

Tuvieron lugar varios encuentros entre los altos mandos que no veían con buenos ojos las gestiones del Führer. Poco a poco, Meyer planeó un plan de ataque desde dentro.

Y sin saberlo, tras aquella llamada en la que el Brigadeführer se prometió que haría lo imposible por cambiar el mundo, nació una operación que recogerían los libros de historia, y a la que una mujer, que por aquella época malvivía en un gueto, pondría su nombre. Ese día, nació la operación Lena sin que sus protagonistas aún lo supieran.

CAPÍTULO LXVII

LA MESA DEL FONDO

«A nadie le suelen gustar las mesas del fondo. A mí, sin embargo, siempre me llamaron la atención.

Fue una mesa del fondo de un café de estilo parisino la que me acogió para hacerla mi casa durante todos aquellos años, en los que desde lejos, me conformaba solo con mirarlos.

»Aquellas escenas me permitían soñar. Imaginar un futuro que nunca me perteneció y al que rogaba a la noche me regalase en mis sueños.

»Y era esa, la mesa del fondo, la que me vio llorar y reír».

LONDRES, 2015

Apenas quedaban dos semanas para que Ángela volviese a Madrid y aún no había comentado nada ni a Irune ni a Chay. En realidad, no volvió a pensar en su vuelta desde la última llamada de Beatriz.

Conocer a Leonore y vincularla de alguna forma con el chico del Starbucks la llenaba de incertidumbres y de ilusión. Por primera vez, mostraba interés real en algo que le ocurría.

—Pequeño saltamontes —gritó Irune con tono infantil desde la puerta de la habitación—. No hay quien te vea desde que conoces a *lady* misterios.

Ángela esbozó una sonrisa. Se puso los zapatos sentada al borde de la cama.

—¿Qué?, ¿tenemos reunión otra vez con la abuela? —preguntó Irune molesta.

—Se me está ocurriendo algo —dijo Ángela con una sonrisa cómplice.

—Cualquier cosa menos ir contigo a comprar ropa *vintage*. Eres capaz de encontrar algo peor que ese abrigo.

—Vente conmigo.

—¿Contigo? —Irune se mostró contrariada.

—Viniste conmigo la primera vez a casa de Leonore. Acompáñame hoy. Me encantaría que te conociese, y a mí me gustaría que

entendieses de primera mano qué hay de especial en esa anciana y en el diario que tiene en su poder.

Irune buscó una buena excusa, pero no la encontró.

—Venga, te gustará conocerla —le animó Ángela.

—De acuerdo. Si me das quince minutos me voy contigo y le pongo cara a *lady* misterios.

—No le dirás nada del abrigo, está prohibido.

—Uhmm… no puedo prometerte nada —dijo Irune entre risas.

LONDRES, 1978

Lena tardó días en entender que había llegado tarde. Que Jonás no la había esperado, y él había conseguido encontrar la felicidad al lado de alguien que no era ella.

Durante ese tiempo, dejó de esperarlo en la puerta de la floristería de Camden.

LONDRES, 2015

A la ilusión por seguir conociendo más sobre la vida de Lena Wiesel, se unió la presencia de su amiga en la misma sala que compartía con la anciana del abrigo.

No estaba muy convencida de que Irune pudiese tener la boca cerrada y no hiciese alguno de sus comentarios impertinentes, pero necesitaba tener cerca a otra persona que le diese su visión, no solo de la lectura del diario, sino de la relación que pudiese unir a Leonore con Chay y su familia.

Las dos amigas llamaron a la puerta, y como si las estuviese esperando, Leonore les abrió deprisa, las recibió con una sonrisa y un plato de pastas en la mano.

LONDRES, 1978

Durante aquellos días, Lena tuvo que asimilar que su gran amor había construido una familia sin ella. Se llenó de sentimientos encontrados. A los celos que sentía por aquella esposa de la que desconocía su nombre, se unía la rabia por no haber podido llegar a tiempo. La atrapó la envidia cuando imaginaba los planes de futuro

donde no tenía cabida y el miedo de haberse perdido en el recuerdo del hombre que la mantuvo con vida.

Aquellos días se hicieron eternos. Hizo su equipaje en varias ocasiones con la intención de marcharse al día siguiente, pero cuando amanecía, recordaba que alejarse de ese lugar también suponía separarse de él, y volvía a colocarlo todo en su sitio para volver a guardarlo en la maleta al caer la noche.

LONDRES, 2015

—Ella es Irune, mi compañera de piso. Le he hablado mucho de usted, me hacía ilusión que la conociese. Ella vive en el barrio y puede visitarla cuando yo ya no esté.

Irune frunció el ceño al escuchar esas palabras y muy bajito susurró al oído de Ángela:

—¿Qué estás hablando?, yo aquí no vengo más.

LONDRES, 1978

Fue una de las mañanas en las que volvía a colocar cada cosa en su lugar, cuando decidió no perder más instantes de los pocos que pudiera regalarle la vida con Jonás. Las cosas habían cambiado, y Lena sintió que no tenía derecho a entrometerse en una vida de la que había decidido no formar parte.

Se equivocó, y su arrepentimiento la acompañaría hasta el final de su vida, pero las circunstancias no podían cambiar.

No supo si lo buscaba por amor o por desesperación, y aquella duda hizo que se mantuviese en ese lugar, lo suficientemente lejos para que no la viese, y lo bastante cerca para volver a escuchar su voz y ver la sonrisa que no había perdido a pesar de todo.

LONDRES, 2015

Ángela se acomodó en el sillón. Cogió el diario y lo abrió. Llamó su atención una página que estaba escrita con un color distinto a las demás, Leonore se percató.

—No tenía a mano otro bolígrafo y le gustaba escribir cuando el alma se lo pedía. Por eso es un color distinto. Aquel bolígrafo se lo

ofreció una floristera de Camden y era el único que tenía.

Ángela asintió. Irune reaccionó:

—Pero… que yo me entere, ¿usted es la hermana de Lena o quién es usted?

—¡Irune, por favor, no seas impertinente! —reprochó su amiga.

—¿Queeé? Pero si sabe hasta por qué escribió con un boli de distinto color. A mí esto no sé si me da más miedo o curiosidad. A ver si esta señora va a ver espíritus y yo me asusto mucho con eso.

Leonore tuvo un ataque de risa tras escuchar a Irune, que con cara de preocupación hacía gestos a su amiga para que saliesen de la casa.

Ángela comenzó a leer esas líneas del diario que estaban escritas con otro color:

Lo acabo de ver pasar. Hoy también está con su hijo. Se le ve feliz, y a mí me arrancó una sonrisa saber que lo es. Quizá lo más ético es marcharme. Desaparecer. Pero no puedo alejarme del único trozo de mi vida donde fui feliz. Alguien se ha dado cuenta de que me quedo aquí para verlo pasar y me ha chivado que cada domingo va a Notting Hill con su hijo. Pasean por el mercadillo y acaban tomando chocolate en un café de estilo francés que tiene un piano de cola en su interior.

Leonore miró a Ángela y le sonrió con cariño.

—O sea… que la tal Lena está enamorada pero no se lo dice y ahora resulta que sabe dónde va este hombre. Pero… ¿por qué no decirle nada y que él decida? —preguntó Irune.

La anciana respiró hondo antes de responder.

—Porque algunas veces renunciar a alguien es el mayor gesto de amor que puedes tener hacia esa persona. No se trata de llegar a su vida destrozando todo lo que alguien construyó con amor y esfuerzo. Respetar la vida del otro, la calma que ha conseguido encontrar, fue la mayor muestra de amor que Lena le hizo a Jonás.

LONDRES, 1978

Lena comenzó a ir cada domingo a ese café de estilo francés que había en Notting Hill. Se sentaba en la mesa del fondo y esperaba pacientemente que Jonás llegase con su hijo. Por delante se ponía un libro o un gran periódico. Siempre iba ataviada con tocado o sombrero, y nunca se atrevió a ponerse el abrigo. No quería que la

reconociese, solo quería ver cómo los árboles de la calle cambiaban sus hojas mientras, al bajar la mirada, observaba a Jonás dar lecciones a un muchacho que fue creciendo hasta hacerse un hombre. Nunca faltó a esa cita, daba igual que lloviese o nevase. Lena siempre estaba esperando en aquel café.

LONDRES, 2015

De pronto Ángela cayó en la cuenta.

—No puede ser… —susurró.

—¿Sabe usted por qué motivo iban cada semana Jonás y su hijo a Notting Hill? —preguntó Irune a la anciana.

—Buscaban un reloj. Al menos eso pensó Chay. Pero su padre buscaba regalarle los recuerdos en los que él navega cada vez que lo piensa —respondió Ángela emocionada.

CAPÍTULO LXVIII

OPERACIÓN LENA (SEGUNDA PARTE)

«Supongo que nunca fui consciente del protagonismo que tendría en la historia. Imagino que, de ser así, habría huido por el miedo al fracaso. Ahora que miro atrás desde la perspectiva del tiempo y la sabiduría de los años, entiendo que la operación que se orquestó para boicotear un plan de guerra, se hizo desde el amor y la reconciliación. Y estoy seguro de que mi padre, desde donde estuviese, se sintió muy orgulloso de ti, Brigadeführer Herr Frank Meyer».

AUSCHWITZ, 1944

Jonás estaba nervioso, esperaba con ilusión la caída del sol que anunciaría su salida de Auschwitz. Durante las horas que transcurrieron entre la conversación con el Brigadeführer y su salida de la cámara, se dedicó a observar en silencio cada resquicio del lugar que se había convertido en su casa.

Recordó su llegada y los momentos con Amiel en el barracón. A su mente volvió el instante en que el tren de ganado trajo a Lena y descubrió su llegada al encontrar el broche con su nombre. Se emocionó al recordar el momento en que se vio obligado a arrastrar a un hombre al paredón de la muerte donde sería ejecutado en su presencia. Mientras tocaba las paredes, sintió en la yema de sus dedos los arañazos de quienes allí perecieron. Había luchado mucho para llegar hasta allí. Durante los meses que Auschwitz lo vio pasear sus calles de arena, sintió muchas veces que las fuerzas le fallaban. Perdió la esperanza, el ánimo y los sueños. Pero el destino tenía guardada una carta para él. Una con una esvástica y la oportunidad de comenzar de nuevo.

Esa noche comenzaba su nueva vida. Lo haría solo, con unas instrucciones que aún eran desconocidas para él. Aun así, estaba feliz por tener la oportunidad de empezar en algún lugar donde pudiese hacer algo más que sobrevivir.

BERLÍN, 1943

Frank Meyer convocó a ocho altos cargos a una reunión que se celebraría a finales del mes de octubre de 1943 en Berlín.

A priori podía parecer arriesgado, pero… ¿Quién podía sospechar de ocho cargos que desempeñaban labores de asesoramiento del Führer? Con esa excusa, para valorar la posición de Alemania en la guerra y los posibles nuevos ataques a los territorios que ansiaba Hitler, era imposible sospechar de ellos. Ni siquiera el mandatario alemán podría imaginar que detrás de aquella reunión de militares con esvástica había una conspiración contra él y su plan de guerra.

AUSCHWITZ, 1944

—Busco al prisionero 11.756 —gritó el SS de la puerta de la cámara.

Desde el fondo, Jonás escuchó la llamada. Supo que era el momento. Respiró hondo y salió con paso lento hasta situarse frente al nazi.

—Soy yo, señor.

—Camina, esta noche habrá una rata menos aquí dentro —le contestó con mirada penetrante.

Mientras caminaba hacia el paredón de la muerte acompañado por el militar, miró atrás unos segundos. Observó las chimeneas humeantes de los crematorios. El silencio que rodeaba el lugar que desprendía ese olor a muerte que acabó siendo imperceptible para él. Miró atrás y pidió a Dios que algún día pudiese borrar de su memoria las imágenes que Auschwitz le había dejado grabadas. Sus pasos hacia la libertad trajeron de vuelta el recuerdo de quienes se fueron y la culpa se aferró a su garganta, ahogándolo con una tristeza que pesaba demasiado.

BERLÍN, 1943

—El Führer está desoyendo al consejo de guerra. Su ansia de poder está poniendo en un grave peligro a nuestra nación, y a eso debemos sumar el exterminio de los judíos. Si Alemania pierde la guerra la condena a los cargos que gestionamos los campos nos llevará a la muerte.

Frank habló rotundo. El resto de los militares escucharon

atentamente el mensaje que quería trasladarles.

—¿Y qué propone, Meyer? —preguntó el mayor de los presentes.

—Propongo destruirlo desde dentro. Evitar que conquiste las tierras de Gran Bretaña, y permitir a Alemania seguir adelante.

—Necesitamos un líder —espetó otro.

—Necesitamos un líder que fundamente su mandato en otros pilares que vayan más allá del odio y sus ansias por controlar el mundo —comenzó diciendo Frank Meyer—. Alemania es una gran potencia mundial. Si bien es cierto que hemos conseguido remontar después de la situación en la que nos dejó el Tratado de Versalles, la exposición a la que nos somete Hitler, teniendo en cuenta la alianza de Estados Unidos con Gran Bretaña, nos hace plantear que de perder esta guerra podríamos situar a nuestra nación en la peor de las posiciones. Por no hablar de los crímenes de guerra por los que seríamos condenados en el caso de saberse lo que está ocurriendo con los judíos.

—¿A quién crees que puede importarle lo que ocurra con los judíos? —preguntó otro de los mandos que rodeaba la mesa—. No son más que escoria. Estamos haciendo un gran favor al mundo quitándolos de en medio.

—¿Os habéis detenido alguna vez a analizar el porqué estamos acabando con ellos? —preguntó el Brigadeführer.

La pregunta del Brigadeführer sorprendió a los asistentes. Se miraron entre ellos, preguntándose si el plan conspiratorio contra el Führer tendría su base en algo personal.

—Meyer… ¿Qué cojones te pasa? —preguntó uno de los militares.

El Brigadeführer lo comprendió. No serviría de nada hablarles de Josef Golik, ni de la multitud de preguntas que se había hecho después de mantener con él conversaciones que lo llevaron a cuestionarse el nazismo.

Esos hombres no se arrepentirían de la sangre derramada ni se cuestionarían el propósito que los llevó a cometer tanta barbarie. Sin embargo, necesitaba de su ayuda para seguir adelante con el plan contra el Führer.

Durante las horas que duró el encuentro entre los nazis, Frank Meyer no volvió a nombrar a los judíos. Se limitó a argumentar los motivos que llevaban a conspirar contra el mandatario alemán sin que la moral tuviese cabida entre ellos.

Los ocho hombres que se reunieron alrededor de la mesa en Berlín tuvieron que reconocer que Hitler llevaría a Alemania a la peor posición en la guerra si seguía actuando de esa forma. Fueron reacios a conspirar contra su líder, pero comprendieron que no había otra

opción.

El Brigadeführer lo había conseguido. Había convencido a todos los asistentes de que debían unir sus fuerzas para derrocar al gran líder. Ese día nació oficialmente la operación Lena.

AUSCHWITZ, 1944

El alemán esperó a Jonás un largo rato. Durante el tiempo que permaneció delante del paredón de la muerte, recordó instantes que le hicieron avergonzarse de su condición humana. Cerró los ojos, en un intento por sentirse más cerca de Dios. Quería conectar con su alma, implorarle un perdón que a esas alturas ya nadie le concedería. Necesitaba redimir su culpa y sabía que la salida de Jonás no sería suficiente para tapar el inmenso hueco que el dolor y la culpa se habían hecho dentro de él.

Volvió a recordar a Adolf Göth, la imagen de su cuerpo y sus ojos entreabiertos con la sangre recorriendo el barracón llenaron sus ojos de lágrimas. Llegar hasta ahí había supuesto no solo luchar contra él mismo, sino que había tenido que elegir entre los suyos o el futuro de Alemania y de Jonás Golik.

El muchacho llegó acompañado del SS, que se jactó de su posición de superioridad. Lo empujó cuando se encontraba a pocos metros del Brigadeführer. Cayó justo a sus pies.

—Levántate, judío —le dijo mientras lo miraba con desprecio delante del SS.

A duras penas Jonás se incorporó.

—Márcharte —ordenó el Brigadeführer al SS—, yo me encargo de él.

BERLÍN, FINALES DE 1943

—Supongamos que estamos de acuerdo en apoyarte en un plan que nos puede condenar a morir. ¿Cómo sería? —preguntó otro de los asistentes a la reunión.

—Lo haremos a través de espías. Infiltraremos a personas que no sean profesionales. Podríamos amenazarlos con llevarlos a campos de trabajo, será fácil. Esta pésima selección de espías hará que se filtre información a Gran Bretaña, y de esta forma, fracasen los planes de conquista. Esto debilitará la posición del Führer y podríamos plantearle que firme un tratado de paz con el resto de potencias

mundiales.

—¿Estás hablando de contraespionaje?

—Pero… el Abwehr tendrá algo que decir. No será tan fácil evitarlos —puntualizó el hombre más anciano de la sala.

—En Gran Bretaña se está persiguiendo mucho a los espías, saben que los hemos utilizado para la conquista de los territorios. Tenemos colaboradores instalados allí desde hace meses, y son ellos quienes pasan la información a Hitler para dar la orden de los movimientos de las tropas —respondió el Brigadeführer.

—De acuerdo. Supongamos que ese plan de espionaje nos parece una buena idea y decidimos apoyarte. El Abwehr tiene que estar informado o caeremos todos antes de empezar a mover a los espías. ¿Cómo hacemos para que los servicios secretos den el visto bueno sin la autorización del Führer?

—También he pensado en eso. Hitler no suele mirar la documentación que se le traslada. Si se elabora por parte de esta comisión de expertos un documento donde se recoja la necesidad de llevar a cabo esta forma de espionaje y está firmado por el Führer, nadie lo cuestionará —dijo el Brigadeführer.

—¿Cómo lo va a firmar?, ¿crees que es tan tonto?

—Leería cada punto de un documento que sea entregado por cualquier militar, pero no valoraría la posibilidad de que yo le pudiese hacer llegar un documento de tanto calado sin hablarlo previamente con él. Confía en mí, y le haré ver que simplemente debe firmar una petición de ingresos para la adquisición de mayor munición. Será fácil —terminó diciendo Frank Meyer.

AUSCHWITZ, 1944

—Llegó el momento, muchacho. Camina hasta la trasera del barracón de ingresos. Dispararé al aire. Para todo el mundo Jonás Golik habrá muerto ajusticiado por mí, así se hará constar en los libros de bajas.

—Señor, sé que no tengo derecho, debo mostrarle mi eterno agradecimiento por sacarme de este lugar, pero aun así, me atrevería a pedirle algo…

El Brigadeführer lo observó en silencio.

—Lo único que me quedaba era ella. Era la única persona de mi pasado que quedaba con vida, y supe cuando se marchó que no volvería a verla jamás. Por eso me gustaría pedirle lo único que guardo de ella, el broche que me anunció su llegada a este lugar. Lo

guardé, aun exponiendo mi vida y la de mis compañeros. Me ayudó a recordar todo lo que tenía fuera. Ahora ese broche es lo único que tengo para pelearle al olvido. No quiero marcharme de aquí sin lo único que me queda de Lena.

CAPÍTULO LXIX

SABRÉ RECONOCERTE POR EL TIMBRE DE TU VOZ

«Conforme pasaban los años, calculaba la edad que tendría en ese momento. Intentaba imaginármela cómo sería a los treinta y cuatro, a los cincuenta y seis o a los sesenta años… pero la imagen que siempre venía a mi cabeza era la de aquella niña de apenas diecisiete años que salió de Auschwitz con un abrigo amarillo.

»Me asustaba la idea de no reconocerla entre un montón de gente, y el miedo a pensar que estuviese cerca de mí sin percatarme.

»Un día, hablé de este tema con Elisabeth. Y ella, como siempre, supo darme la calma que necesitaba cuando algún pensamiento alteraba mi paz. "Sabrás reconocerla por el timbre de su voz. Habrá madurado con el paso de los años, pero ese timbre no desaparecerá nunca, así que tranquilo, si algún día ella vuelve, la reconocerás por el timbre de su voz"».

LONDRES, 1991

Cada domingo la escena entre padre e hijo parecía repetirse, pero lo cierto es que ninguna cita fue igual a la anterior. Desde su posición, Lena pudo ver cómo Jonás envejecía mientras su hijo iba adquiriendo cada domingo, poco a poco y de una forma casi imperceptible, las facciones del hombre atractivo en que se había convertido.

Era mucho más alto que su padre, y más corpulento. Solía pasarle el brazo por el hombro siempre que salían del café. Por aquella época, el único que tocaba el piano era Chay. A Jonás se le habían olvidado la mayoría de las notas. Alguna vez, entre bromas, Lena lo escuchó decir que ya había cumplido su cometido, lo había enseñado a tocar para deleitarse con su música.

Siempre estaban el mismo tiempo, un par de horas.

Al principio era Jonás quien llevaba la batuta en la conversación, y fue el paso del tiempo el que equilibró la balanza de las charlas entre padre e hijo. Normalmente era Chay quien, tras mirar el reloj, le recordaba a su padre que debían marcharse. Dejaban el dinero en la mesa, y se levantaban caminando al paso lento que marcaba un Jonás envejecido y afectado por una diabetes sobrevenida unos años atrás.

Lena esperaba paciente que saliesen del local y cuando calculaba

que habían avanzado calle abajo, salía del café para verlos hacerse pequeños mientras caminaban juntos.

Aquel domingo al salir, Lena no se había percatado de que Chay olvidó su chaqueta en la silla donde se había sentado. Se cruzó con el muchacho que deprisa pasó por su lado rozándole el hombro.

—Disculpe —dijo mientras avanzaba dentro del local dispuesto a recuperar su chaqueta.

—No se preocupe —respondió Lena.

Jonás, que ya había perdido mucha visión, levantó la cabeza con un gestó de sorpresa cuando escuchó el tono de voz de la mujer que disculpó al muchacho. Consciente de su reacción, Lena se agobió, y decidida a marcharse del lugar comenzó a caminar cuando escuchó a Jonás preguntar:

—Disculpe… el timbre de su voz me resulta familiar, ¿podría decirme su nombre?

Por un momento pensó en no responder, pero finalmente se volvió y, aunque hubiese querido gritarle que era Lena y había vuelto por él, contestó:

—Me llamo Leonore.

LONDRES, 2015

Ángela miró a la anciana, que desde su sillón esperaba tranquila la reacción de la muchacha. No quería desvelarle nada, era mucho más mágico que ella fuese uniendo las historias y entendiendo la relación que unía a Chay con la mujer del abrigo.

—Espérate que no me entero, ¿qué Chay dice?, ¿el camarero con el que estás liada? —preguntó Irune a su amiga—. Dame ese diario que yo leo más rápido —ordenó impaciente.

Ángela no prestó atención al ocurrente comentario de su compañera. Seguía inmersa en las teorías que el diario había desatado en su cabeza. Hasta que se atrevió a preguntar:

—Chay no sabe quién es Lena, ¿es posible que tampoco sepa quién es Jonás?

Irune giraba la cabeza, mirando a cada una de las mujeres, como si estuviese presenciando un partido de tenis.

—Es posible que Chay no sepa quién es Jonás. Sí, puede ser —respondió la anciana.

LONDRES, 1991

Cuando Chay salió del local con la chaqueta en la mano, Lena caminó a paso rápido para evitar que el muchacho pudiese reconocerla al domingo siguiente.

Jonás no dijo nada, pero el camino que hizo con su hijo hasta su casa, lo hizo pensativo. Recordando las palabras de Elisabeth al poco de conocerse: sabría reconocerla por el timbre de su voz. Sin embargo, en ese momento, se cuestionó que realmente pudiese reconocerla de esa forma. De ser así, no entendía por qué aquella señora, que se hacía llamar Leonore, tenía el mismo timbre que la mujer más importante de su vida.

LONDRES, 2015

—Señora, usted me va a volver loca —dijo Irune con voz nerviosa —. ¿Cómo no va a saber el muchacho quién en su padre? ¿En qué lugar deja a la madre? Ángela… esta señora tiene una edad. Haz el favor de no seguirle el juego porque sales de aquí compuesta y sin novio.

Con el talante paciente que la caracterizaba, Leonore esperó a que la verborrea de Irune cesase para hablar.

—No estoy diciendo que Chay no sepa quién es su padre. Solo que es posible que no sepa que su padre fue Jonás Golik. Cuando salimos de Auschwitz cambiaron nuestra identidad con el propósito de protegernos, y Jonás dejó de ser él para ser Thomas.

—Pero… ¿Por qué ocultaría Jonás esa parte de su vida a su hijo? —preguntó Ángela.

—No lo sé. Quizá hubo algún motivo por el que no quisiera recordar su pasado.

LONDRES, 1999

Tras ese encuentro en que coincidieron los tres en la escalera del edificio, Elisabeth estaba nerviosa. Su marido había notado un estado de irascibilidad inusual en ella y, sin embargo, no quiso decirle cuál era la causa de su nerviosismo.

Hacía muchos años que conocía a su esposo. Sabía en quién pensaba cuando se mostraba ausente y qué instantes recordaba en sueños cuando se despertaba sobresaltado.

Tardó muchos años en entender que ella ocupaba un lugar en su vida, y que por más que odiase el recuerdo de Lena Wiesel, su sombra la acompañaría para siempre. Por eso, durante esos días que

transcurrieron desde el encuentro de los tres en la escalera, valoró mucho la posibilidad de subir a hablar con ella. La odiaba. Envidiaba su recuerdo y la figura que seguía siendo para el hombre más importante de su vida.

Sentía rabia por tener que compartir el corazón de un hombre al que le había entregado su vida, y no entendía por qué ella había decidido quedarse tan cerca de él después de tantos años.

LONDRES, 2015

¿Quién había sido el padre de Chay…?, esa pregunta retumbaba en la cabeza de Ángela una y otra vez.

Era consciente de que Leonore no sabía responderla, y evidenció que para Chay, el pasado de su padre no había existido tal y como lo relataba el diario de Lena Wiesel. Sin embargo, en el puzle, aún quedaba una pieza por conocer. Faltaba descubrir si detrás de ella estaban las respuestas a por qué Jonás ocultó su pasado.

Elisabeth era la pieza que faltaba en aquella relación de tres. Sí, quizá ella conociese la respuesta.

Londres, 1999

Llamó a la puerta nerviosa, y durante los segundos que transcurrieron hasta que Lena abrió, se volvió varias veces con la intención de marcharse y evitar que la viese allí.

—¿Puedo hablar contigo… Lena? —preguntó Elisabeth.

Y como si ella la hubiese estado esperando, abrió la puerta por completo, y con un gesto sereno, la invitó a pasar.

Las dos mujeres se sentaron en los sillones que había junto a la ventana.

—Supongo que sabrás por qué he venido a verte —comenzó diciendo Elisabeth.

—Aunque tenga una ligera idea, quiero escucharte. Dime… ¿Por qué has venido a verme?

—Llevo tantos años escuchando tu nombre… Recuerdo aquellos primeros paseos con él. No sabes cuánto me costaba elegir el vestido más bonito para impresionarlo. Yo lo evitaba, intentaba sacar cien temas de conversación distintos durante esos paseos, pero él siempre terminaba hablando de ti.

Elisabeth hizo una pausa. Se emocionó al recordar los días junto a él. Lena esperó pacientemente a que su emoción se calmase para que pudiese seguir hablando. En silencio, se limitó a observarla.

—Me enamoré de él el día que mi padre lo trajo a casa. Llevaba en

Londres muy poco tiempo, pero al verlo, comprendí que no existía en el mundo alguien al que pudiese amar más que a él. Por el contrario, él tardó en quererme. Todo el tiempo que transcurrió en perder la ilusión por tu regreso. Le obsesionaba la idea de no reconocerte. Tenía miedo de que lo olvidases, a él y las promesas que os hicisteis desde niños. Le preocupaba tanto la idea de no reconocerte, que un día le dije que si volvía a verte, sabría reconocerte por el timbre de tu voz. Hace unos días, en el encuentro de la escalera, supe que reconoció tu timbre, y me invadieron los miedos y la rabia. ¿Con qué derecho vienes ahora a destrozar mi vida? La que construí sobre tus ruinas.

—¿Te apetece un té? —preguntó Lena levantándose—. Sí, prepararé té para las dos, presiento que esta será una larga conversación. Enseguida vuelvo.

Elisabeht quedó impresionada por la belleza que aún escondían las facciones de Lena. Por aquella época, estaba próxima a cumplir setenta y dos años. Su templanza y su saber estar impactaron a la esposa de Jonás. Estaba nerviosa, pero sabía que se debían esa conversación. Y aunque habría deseado salir corriendo de la casa de Lena Wiesel, respiró hondo y espero a que ella volviese con el té y ocupase su lugar en el sillón que tenía a pocos centímetros del suyo.

Lena llegó con dos tazas de té. Las colocó en la mesa que había junto a los sillones. Dirigió una mirada a su vecina, y mientras ocupaba su asiento comenzó a hablar pausadamente:

—Supe que Jonás me había reconocido por el timbre de mi voz. Pero… la primera vez no fue en esa escalera. Fue delante de vuestro hijo, en Notting Hill. Salía de un café, Jonás estaba perdiendo la visión y esperó a que Chay entrase a recuperar la chaqueta que había dejado olvidada. Bastaron dos palabras para que reconociese mi voz.

Elisabeth frunció el ceño, en un gesto de sorpresa y molestia.

—Le respondí lo mismo que hace unos días: me llamo Leonore. Aunque permíteme reconocerte que me habría encantado gritarle que era Lena. El problema es que hace mucho que dejé de reconocerla dentro de mí. Y fue mucho antes de aquel encuentro en el café cuando descubrí a un niño de apenas cinco años que llamaba a su padre. Supe entonces que Jonás había formado una familia sin mí.

—¿Cuántos años llevas en Londres? —preguntó Elisabeth contrariada.

—Muchos —respondió Leonore, mientras sorbía su taza de té—, y en ninguno de ellos me planteé destrozar nada de lo que Jonás hubiese construido sin mí. Me conformé con verlo pasar, con aquellos segundos de cada día, y después, con los domingos del café. Me bastaban para seguir alimentando mis recuerdos, y para poder

imaginar la vida que habría querido tener a su lado. Sin embargo, esa enfermedad le quitó la visión, y los domingos empezaron a distanciarse en el calendario. Lo único que quedó después de eso era un viejo abrigo colgado en una de las perchas de un local *vintage* y el recuerdo de nuestra despedida en Auschwitz.

—Me habló de ese abrigo… «si la viese entre un montón de gente con el abrigo puesto la reconocería de inmediato», me decía.

—Reconozco que dejé aquel señuelo para darle la oportunidad a él de buscarme, y de esa forma no vivir ahogada en una culpa que me invadía al pensar que podría destrozarle la vida que había construido sin mí. Me negaba a vivir lejos de él. Y aunque durante un tiempo deambulé por el mundo buscando un hueco donde hacerme una vida, comprendí que necesitaba sentirlo cerca y pasé años buscándolo cada día por las calles de esta inmensa ciudad.

Elisabeth la escuchaba. Su mirada comenzó a tornarse en ternura y comprendió que detrás de los ojos más hermosos, que había visto, se encontraba una mujer que amaba lo suficiente como para frenar sus deseos y respetar a la persona que más amaba en la vida.

—Cuando lo encontraste, ¿por qué no le gritaste quien eras? —preguntó Elisabeth.

—¿Y de qué habría servido? Jonás no habría roto nunca la familia que había creado contigo. Quizás en algún momento, mi recuerdo sobrevolaba en sus pensamientos, pero nada más.

—Sabes, igual que yo, que se habría marchado contigo si se lo hubieses pedido, porque te querrá hasta el último aliento. Aun así, sigo sin comprender, ¿por qué has venido a vivir aquí?

—Porque es lo único que me queda. Reconozco el crujir de la escalera cuando él sube apoyando el bastón, y yo me quedo en silencio detrás de la puerta sabiendo que es él quien está ahí. Me gusta verlo pasar contigo cuando camináis todas las mañanas o cuando charla con alguien que se encuentra en el edificio. Al final, me conformé con ser una mera espectadora de su vida. No tenía derecho a nada más. Supongo que cuando alguien te espera tanto tiempo, y tú no reaccionas, debes acatar las consecuencias de tu silencio. Por eso acepté no acercarme a Jonás, pero no podría aceptar jamás dejarlo fuera de mi vida. Sé que te da miedo perderlo, y soy consciente de que te asusta la idea de que Lena vuelva junto a Jonás, pero eso es imposible que ocurra. Lena ya no existe dentro de mí y Leonore lo respeta lo suficiente como para no cambiar lo que dispuso el destino. Así que… si el motivo de tu visita es saber si me acercaré a él, la respuesta es no. Ya puedes irte tranquila. —La anciana reclinó la espalda sobre el sillón—. Por favor, al salir cierra la puerta.

Elisabeth se levantó y caminó hasta la puerta. La abrió y mientras mantenía la mano en el pomo, sin volver la cabeza, comenzó a decir:

—Cada día vamos al parque que hay a dos manzanas. Le gusta sentarse debajo de los árboles y mantenerse en silencio. —Elisabeth comenzó a llorar—. Yo sé que cada día recuerda esas novelas que leía contigo en Varsovia, y que el silencio lo necesita para navegar en sus recuerdos sin intrusos a los que convencer de nada. Está enfermo, y es mayor, y lo amo lo suficiente como para regalarle los instantes de felicidad más bonitos que se llevará cuando muera. Cada martes y jueves me iré con alguna excusa para que puedas sentarte junto a él debajo de los árboles. Reconocerá el timbre de tu voz, lo único que te pido es que no le digas que eres Lena.

Elisabeth se marchó dando un portazo al salir.

CAPÍTULO LXX

HASTA SIEMPRE, BRIGADEFÜHRER HERR FRANK MEYER

«Supongo que a veces la vida nos da segundas oportunidades. No somos conscientes de los paralelismos que encierran unas situaciones con otras. Son las formas que tiene la vida de permitirnos redimir nuestras culpas para no dejar de hacer aquello que hubiésemos hecho en otro momento de nuestra vida. Hoy, la vida me ha regalado esos segundos que hay antes del último adiós. Antes de partir… dejaré hablar a mi corazón. Esta vez sí».

AUSHWITZ,1944

Cuando Jonás llegó a la parte trasera del barracón, no había nadie. La noche permitió olvidar con su silencio el ruido que deja la muerte. Hacía frío, y Jonás lo sentía principalmente en su alma. Estaba emocionado, por fin saldría de allí, y aunque no conocía lo que le deparaba el destino, sabía que nada podría compararse con lo que había vivido en Auschwitz.

Sin embargo, a pesar de la emoción que le regalaban los momentos previos a su marcha, el muchacho sintió que la tristeza anidaba dentro él. No fue consciente del momento en que la figura del Brigadeführer comenzó a tornarse familiar. Por más que buscaba en su mente el momento en que empezó a tenerle cariño a ese hombre, no conseguía ubicarlo en sus recuerdos. Lo cierto es que Frank Meyer se fue haciendo un hueco dentro del alma del muchacho sin que ni él mismo fuese consciente de ello. Fue esa noche, la de la despedida entre ambos, cuando Jonás sintió que había aprendido a querer a alguien al que la historia le había obligado a odiar.

Era el padre que le había regalado la vida. La persona que cuidó de él y lo protegió. Se convirtió en su referente. Su guía y el espejo donde mirarse cuando quisiera recordar la importancia de la lealtad, la amistad y el amor.

—¿Estás preparado? —preguntó el Brigadeführer.

Consciente de que Alemania estaba perdiendo posiciones en la guerra, Meyer sabía que no saldría con vida de Auschwitz. Tenía la oportunidad de huir, podía escapar y ocultarse del mundo en aquella casa del campo a las afueras de Madrid. Pero sería imposible vivir cargando con la culpa que arrastraba.

Se había despedido de Constanz sabiendo que la dejaba en un lugar seguro, rodeada de gente que aprendería a quererla, y sabía que Lena no se separaría de ella hasta que estuviese preparada para continuar sola.

Había conseguido el apoyo de ocho altos mandos nazis para llevar a cabo una operación con la intención de boicotear la conquista de Gran Bretaña. Sabía que, si debilitaba la posición del Führer desde dentro, su reinado empezaría a caer como un castillo de naipes. Alemania no podía seguir en sus manos, y las vidas de miles de judíos que aún quedaban por exterminar, tampoco.

Después de que Jonás se marchase hasta la trasera del barracón, el Brigadeführer se quedó unos minutos en la pared de la muerte. Había pactado con un oficial del campo que trajese ante él a un judío que acabase de morir en el bloque 25. El cuerpo inerte del inocente fue arrastrado en la noche hasta situarlo frente al paredón. Allí, Meyer le cubrió la cabeza con un saco y le disparó en el pecho. Ordenó al oficial que llevase el cuerpo a los hornos crematorios para hacerlo desaparecer para siempre. Oficialmente, acababa de morir Jonás Golik.

Pocos minutos después de escucharse el disparo, la presencia del Brigadeführer sorprendió a todos los que se encontraban en el barracón donde Jonás escondió el broche de Lena. Los prisioneros se pusieron de pie y los funcionarios se miraron entre ellos preguntándose qué podía estar buscando uno de los altos mandos del campo en ese lugar.

Frank Meyer bajó la cabeza al contemplar los rostros de los prisioneros. Sintió la mezcla resultante de combinar la vergüenza con la culpa, y se vio obligado a mirar al suelo pidiéndole a Dios perdón por todo el dolor causado.

Respiró hondo antes de dar los pasos para llegar al lugar donde Jonás había escondido el broche.

Los funcionarios en silencio solo se miraban entre ellos, y los prisioneros nerviosos comenzaron a pensar en las consecuencias que tendría el hallazgo de aquello que el alemán hubiese venido a buscar.

Con sumo cuidado, Meyer levantó las tablas y metió la mano hasta el fondo. No fue fácil localizarlo. Extrajo el broche envuelto en el

pañuelo blanco que llevaba las siglas de Lena. Lo colocó en la palma de la mano y abrió con delicadeza el trapo dejando ver el nombre que grabado en la plata había avisado a Jonás de la llegada a Auschwitz de su gran amor.

—¿Quién ha guardado esto aquí? —preguntó vociferando uno de los funcionarios al ver el broche en la mano del Brigadeführer.

Los prisioneros comenzaron a mirarse entre ellos. Algunos comenzaron a llorar, conocían las represalias que tenía robar cualquier pertenencia.

—He preguntado que quién ha guardado esto aquí —vociferó el funcionario mientras caminaba entre los prisioneros.

Con el broche en la mano, apretándolo fuerte, el Brigadeführer espetó:

—Déjalos en paz. Nadie tomará represalias contra esta gente. Este broche lo colocó aquí un hombre que acaba de morir y me indicó el lugar exacto al que debía dirigirme para recuperar lo que es nuestro. Olvida lo que has visto.

—¿Estás preparado, muchacho? —preguntó el Brigadeführer.

Jonás estaba sentado en el suelo. Volvió la cabeza y sonrió. Frank Meyer se sentó junto a él.

Y así, sentados sobre la tierra que olía a muerte y guardaba el ruido del dolor, comenzó la última conversación entre el chico del pijama de rayas y uno de los altos mandos más importantes del campo.

—El coche te llevará a una vivienda situada a unos ciento setenta kilómetros de aquí. Estarás seguro, cuidado por una familia de mi confianza. Es un matrimonio mayor, sin hijos. No podrás hablar con ellos, no conocen tu idioma, pero te alimentarán durante las semanas que resten hasta que recibas la orden de viajar en bote hasta Gran Bretaña.

Jonás escuchaba en silencio.

—Formarás parte de un grupo de personas que hemos buscado para que hagan labores de espionaje en Gran Bretaña. La mayoría de ellos, por no decir que todos, van en contra de su voluntad. Han sido chantajeados con entrar en campos de trabajo o con matar a sus familias.

El muchacho lo miró con tristeza.

—Con esa excusa viajarás a Gran Bretaña, donde te ordeno que no hagas nada más que sobrevivir. No quiero que formes parte del grupo de espionaje que se llevará a cabo durante la operación Lena.

—Pensé que usted quería que yo colaborase en este plan contra

Hitler —comentó el chico.

—Quizá al principio pensé en ti como uno de esos espías, pero el tiempo me ha regalado un sentimiento que no conocía. Aunque no soy padre, creo que debe acercarse mucho al amor que se siente por un hijo. No puedo ofrecerte en estos momentos mayor garantía, ni tampoco puedo asegurarte que llegues a Gran Bretaña con vida, pero estoy seguro de que si has conseguido sobrevivir a esto, vas a poder sobreponerte a todo lo que te ocurra —respondió el Brigadeführer.

Un vehículo se acercó sin luces hasta ellos. Jonás comenzó a temblar.

Frank Meyer se quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros al muchacho. A Jonás se le humedecieron los ojos, y con la voz rota por la emoción comenzó a decir:

—Señor… He sobrevivido aquí por usted, y quiero que sepa que si consigo salir adelante lo haré gracias al esfuerzo que hizo por inculcarme los valores que usted aprendió de mi padre. Nunca he podido darle las gracias por lo que ha hecho por Lena y por mí, pero sin duda, de todos los gestos que usted ha tenido, el más importante es que en algún momento se convirtió en el padre que me robó la vida. Desde donde esté, Josef Golik debe sentirse muy orgulloso de usted, Brigadeführer Herr Frank Meyer.

Sin contener la emoción y permitiendo a una lágrima recorrer su mejilla, el Brigadeführer se abrazó al muchacho que siguió hablando:

—Alemania debe perder la guerra, señor, porque si no lo hace, perderá el mundo. Todo lo que ha ocurrido formará parte de la Historia. Solo espero que cuando llegue ese momento, en que el mundo miré atrás y valore todo lo que ocurrió, hable de usted como el hombre más humano que tuvo el nazismo.

El muchacho abrió la puerta del coche y se sentó en su interior. Frank Meyer metió la mano en el bolsillo y sacó el broche. Lo puso en las manos de Jonás y las cerró.

—Guárdalo hasta que puedas devolvérselo. Mientras tanto, sé feliz, Jonás. Te lo mereces —dijo antes de cerrar la puerta.

Desde la ventanilla Jonás observó al Brigadeführer, que permanecía de pie. Tenía unas inmensas ganas de llorar pero se limitó a esbozar una tierna sonrisa. El vehículo arrancó, y mientras el coche se hizo pequeño en aquel camino que sacaba a Jonás de la muerte, el Brigadeführer lloró al despedir al único hijo que le había dado la vida.

En el coche, Jonás volvió la cabeza. Vio al Brigadeführer hacerse pequeño mientras las lágrimas cayeron en silencio sobre al abrigo. El conductor lo escuchó decir muy bajito: «Hasta siempre, señor Meyer».

CAPÍTULO LXXI

LA HISTORIA DE AMOR MÁS BONITA DEL MUNDO

«Supongo que para todos la suya es la historia más bonita del mundo. Piensas que nadie sabe querer más que tú y que ese sentimiento especial, que te une a la persona que hizo magia en ti, no es comparable con el que puedan sentir los demás. Somos así, egocéntricos. Incapaces de entender que el amor es tan inmenso que tiene la capacidad suficiente de hacer magia en muchas más personas de las que podemos imaginar. Sin embargo, conocerlas a ellas me hizo comprender que las historias de amor no empiezan ni terminan un día concreto. Que en esas historias pueden participar todos los que hagan posible que caiga la purpurina en el reloj que marca su tiempo. Pude entender que el amor se compone de lealtad y sacrificio. Que no tiene caducidad y que no está relacionado ni con el sexo ni el tiempo que pasas al lado de la persona que amas. Así que, si algún día lo sientes, si eres capaz de reconocer el sentimiento más inmenso que pueda conocer una persona, siéntete afortunado. Hay quien vive noventa años sin amar, y ellas supieron querer al mismo hombre sin condición y sin esperas. Sí, la suya fue sin duda la historia de amor más bonita del mundo».

LONDRES, 1999

Cuando Elisabeth se marchó, Leonore se quedó sola, sentada en su sillón, con la mirada fija en la taza de té que la esposa de Jonás había dejado en la mesa antes de salir. La escuchó bajar la escalera con prisas, dio un portazo al entrar en su hogar y después se hizo el silencio tras la conversación que había removido los cimientos del alma de las dos.

Leonore comenzó a recordar cada una de las palabras de la esposa de Jonás y se dio cuenta de que él había encontrado a la persona perfecta para hacerlo feliz. Alguien capaz de amarlo lo suficiente como para renunciar a ocupar la totalidad de su corazón. Elisabeth, que había subido llena de miedos, acabó bajando con el corazón inundado de amor.

Era generosa, lo estaba siendo con Jonás, no con Lena. Por eso no quería que supiese la identidad real de la anciana de la tercera planta. Leonore cerró los ojos, respiró tranquila y se permitió encontrar la calma tras aquella bomba de emociones que ambas soltaron durante los minutos que duró la conversación.

Elisabeth bajó la escalera llena de miedos. Había permitido a Lena acercarse al hombre más importante de su vida, y no sabía si estaba haciendo lo correcto. Abrió la puerta de su casa y la cerró de golpe quedándose apoyada sobre ella con la mirada abatida.

—¿Elisabeth, eres tú? —preguntó su esposo desde el fondo de la casa.

LONDRES, 2015

En mitad del caos que se había creado tras las palabras de Leonore, Ángela tenía dos opciones: permanecer inmersa en aquel estado de emoción e incertidumbre o seguir leyendo los pasajes de la vida de Lena que daban respuesta a muchos interrogantes. Y mientras Irune seguía haciendo preguntas sin control y Leonore permanecía secuestrada en sus recuerdos, Ángela comenzó a leer de nuevo.

Durante el embarazo de David pensé mucho en lo que haría cuando terminase la guerra. Me imaginaba capaz de tomar decisiones al margen de aquella criatura que llevaba en mi vientre. No aprendí a quererlo durante su gestación, pero sí a entender que aquel hijo que se engendró con odio y dolor estaba libre de culpas y que llegaría a este mundo siendo un lienzo en blanco en el que poder pintar sobre él los valores más importantes que debe inculcarse a una persona.

Supe que no era yo quien debía cuidarlo y que la vida no puso por casualidad a Constanz en mi camino. Por eso comprendí que les había hecho un regalo a ambos y que junto a la esposa del Brigadeführer, David sería un niño feliz.

Reconozco que pensé en marcharme cuando terminase la guerra, pero aunque de mí no salían los abrazos, ni eran mis labios los que le contaban cuentos,

aprendí a querer a David desde la distancia. Me conformé con verlo jugar en el campo mientras yo tendía las sábanas. Comprendí que a veces el amor nace inmenso y otras va creciendo poco a poco. Y ahora que han pasado siete años desde su nacimiento, y hace tanto que la guerra terminó, me veo incapaz de volar lejos del nido que lo acuna cada noche. He aprendido a querer y supongo que cuando el tiempo me permita verlo volar, sabré que ha llegado el momento de buscarlo a él, a Jonás. Mientras tanto, seguiré esperando el momento.

—Se quedó por su hijo —comentó Irune pensativa tras la lectura de su amiga.

—Se quedó por ella —respondió Ángela mientras miraba a Leonore que, dando un suspiro, se recostó en el sillón.

LONDRES, 1999

Por aquella época, Chay había hecho grandes viajes por el mundo acompañado solo de una vieja mochila. Aunque amaba a sus padres profundamente, lo cierto es que pasaba poco tiempo con ellos. Sus compromisos laborales y las semanas que pasaba fuera del país conociendo el mundo hicieron que para Elisabeth fuese fácil ocultarle la presencia de Leonore en el edificio.

Era consciente de que el timbre de voz de Leonore acercaría a Lena a su esposo. Volvería a verlo ausente entre recuerdos y esbozaría alguna sonrisa llena de ternura, suspirando al final de una sucesión de momentos vividos a su lado. Aun así, sintió que le debía esos momentos que de alguna forma ella había impedido en el pasado.

—Sí, soy yo, querido, acabo de llegar. He salido a caminar, me dolía un poco la cabeza —respondió Elisabeth.

Jonás conocía perfectamente el tono de voz de su esposa y sabía que algo había ocurrido para que ella estuviese intentando disimular que se encontraba rota por dentro.

—No hay nada que no arregle un buen té y una charla junto a la ventana, ¿qué te parece el plan, cariño? —propuso el esposo.

—Me parece el mejor plan del mundo —Elisabeth respondió mientras caminaba por el pasillo en dirección a la cocina, disimulado su voz quebrada y secándose alguna lágrima que sin querer empezó a correr por su rostro.

LONDRES, 2015

Las dos amigas guardaron silencio al contemplar la reacción de Leonore tras la lectura del párrafo. Sus ojos se empañaron y en su memoria navegaron mil recuerdos de aquella casa de campo y del niño que creció sin llamarla nunca mamá.

Ángela se incorporó, dejó el diario en la mesa y sujetó las manos de la anciana que comenzó a acariciar con ternura.

—Yo no soy madre, y no puedo entender la dimensión que puede alcanzar ese amor, pero creo que Lena supo querer antes de ser consciente. Lo quiso tanto que renunció al título más bonito que la vida le puede conceder a una mujer. Lena renunció a David por amor. Para darle la oportunidad de crecer feliz, sin que los recuerdos de una madre herida hiciesen mella en su infancia. Mi madre fue una mujer rota por el dolor y cuando el corazón se rompe de esa forma, se hace muy difícil demostrar un sentimiento que queda encapsulado detrás de las heridas. Quizá yo habría sido más feliz en los brazos de Constanz, así que Lena puede estar tranquila. Hizo lo que debía —terminó diciendo la muchacha con los ojos húmedos.

LONDRES, 1999

Sentados en su sillón, Elisabeth y Jonás recordaron muchos de los momentos que les devolvieron a su juventud, a su etapa de padres inexpertos, y a los largos paseos por los parques en los que hablaban de un pasado que Jonás hubiese querido enterrar para siempre.

—Querido, ¿tú sabes que yo nunca habría hecho nada que te hiciese daño, verdad? —preguntó Elisabeth con la voz rota.

—Eres la mujer más buena que conozco —comenzó hablando Jonás—. No harías nada que hiciese daño a nadie, mucho menos a mí, ¿qué pensamiento es ese que te tiene tan ausente? —preguntó con cariño.

Algo en la cabeza de Elisabeth daba muchas vueltas. Un pensamiento que le devolvía a un sentimiento de culpa. Nerviosa, se levantó del sillón y caminó hacia su habitación. Abrió el cajón donde su esposo guardaba una caja de madera tallada. Dentro, estaba el broche de Lena y junto a él una carta, noticias que llegaron desde España muchos años atrás, justo los que Elisabeth llevaba a su lado.

LONDRES, 2015

Debía esperar. Entender que solo Leonore sabría en qué momento de la lectura de su vida debía presentarse como la autora de aquellas líneas llenas de alma. Irune no comprendió cómo su amiga no fue

consciente de que la mismísima Lena Wiesel estaba sentada frente a ellas.

—Creo que por hoy el día se ha colmado de emociones y deberíamos dejar descansar a Leonore. Mañana volveremos para seguir conociendo la historia de Lena.

Irune comprendió que la anciana necesitaba llorar sus recuerdos y había llegado el momento de dejarla a solas. Sentada en su sillón, recordándose un pasado que la hizo feliz a ratos y la trajo de vuelta a su lugar favorito. Leonore volvió a sentarse debajo de los árboles junto a Jonás Golik.

LONDRES, 1957

Elisabeth llevaba enamorada del amigo de su hermano desde que lo conoció. Ella se había convertido en su mejor amiga, su confidente y la persona que más escuchaba hablar de Lena Wiesel. Al principio sentía celos de alguien que, sin estar, llenaba el alma y la vida de una persona.

Durante aquellos años, Jonás se levantaba cada mañana y buscaba entre las caras alguien que se pareciese a Lena. Tenía la esperanza de que el Brigadeführer le hubiese contado el destino que tenía preparado para él y que, una vez terminase la guerra, ella buscase continuar la vida que el dolor y el miedo dejaron en pausa. Pero los años fueron pasando y, aunque Jonás dejó de buscarla cada mañana, no perdía la esperanza de que Lena volviese algún día.

Elisabeth se llenó de rabia al comprobar que sus esfuerzos por hacerse visible en el corazón del muchacho eran inútiles mientras existiese el mínimo resquicio de duda de que Lena pudiese volver.

Y fue entonces cuando pidió a esa amiga de la infancia, que se marchó a vivir a España, que escribiese una carta de despedida donde hablase de un futuro prometedor lejos de Londres y de Jonás Golik. Una carta donde relacionase a Jonás con la etapa más dura de su vida y expresara la necesidad de dejarlo atrás para ser feliz.

Elisabeth pidió a su amiga que se hiciese pasar por Lena Wiesel y rogase en sus líneas a Jonás que se olvidase para siempre de ella y de todos los recuerdos que construyeron antes de llegar a Auschwitz.

Aquellas líneas terminaban con un agradecimiento a Jonás por pedirle al Brigadeführer que la sacase del lugar más horrible del mundo y le rogaba que fuese feliz.

Fue ese día en que Jonás recibió la carta cuando Elisabeth lo vio más roto que nunca. Pero supo que era el principio de una oportunidad para volver a empezar. No era justo que la vida de Jonás estuviese en manos de Lena, ¿y si ella no volvía nunca? Jonás

necesitaba un final para la historia de amor más bonita del mundo. Tenía que terminarla para darse la oportunidad de empezar de nuevo y permitir a su corazón volver a querer.

Aunque Elisabeth sabía que nunca ocuparía el mismo lugar que Lena, estaba segura de que cuando Jonás se diese permiso para amar, sabría quererla lo suficiente como para hacerla la mujer más feliz del mundo.

Y aquel día en que Jonás lloraba, mientras en su mano arrugaba la carta de Lena, comenzó su historia con Elisabeth. La mujer que permanecería a su lado hasta el final.

CAPÍTULO LXXII

HAY UNA NUEVA VIDA ESPERÁNDOTE

«Desde que era muy pequeño intentaba visualizar mi vida en la edad adulta. No tenía muy claro dónde plantar mis raíces. Sabía que quería conocer el mundo. Aprender de las personas que fuesen apareciendo en mi camino. Siempre supe que quería tener una familia y que, si alguna vez la vida me lo ponía difícil, sabría salir adelante.

»Visualicé muchos destinos, y mil formas de llegar a ellos, pero jamás imaginé que para alcanzar mi nueva vida tendría que cruzar el canal de la Mancha en bote, teniendo por compañeros de viaje a muchachos muertos de miedo, coaccionados por las amenazas de conocer el lugar del que yo pude salir».

EN ALGÚN LUGAR A CIENTO SETENTA KILÓMETROS DE AUSCHWITZ, 1944

Durante todo el trayecto Jonás sintió una mezcla de emociones que le resultaba imposible describir. No conocía el destino al que se dirigía, solo sabía que alguien cuidaría de él hasta recibir instrucciones para llegar a Gran Bretaña. Mientras tanto, debía esperar y agradecer a Dios haber llegado hasta allí con vida.

Quiso preguntar al conductor el destino de su viaje, sin embargo, cayó en la cuenta de que nada podría ser peor que el lugar de donde había salido. Decidió guardar silencio y esperar.

Durante las horas que duró el trayecto, Jonás fue testigo del desastre de la guerra. Polonia estaba en ruinas. Pueblos enteros derruidos por las bombas, personas hambrientas y miseria. Las tropas nazis habían dejado a su paso un dantesco espectáculo de muerte.

No pudo evitar volar a través de sus recuerdos a su Varsovia natal. A la hermosura de sus edificios y la tranquilidad de sus gentes paseando por sus calles, antes de que Alemania considerase a su pueblo el mayor de sus enemigos.

Durante el camino, sus pensamientos bailaron con los recuerdos de sus padres, su hermano y de aquella Lena, de sonrisa ingenua y mirada de ternura, que no reconoció el día de su despedida en Auschwitz.

AUSCHWITZ, 1944

La posición de Alemania en la guerra se debilitaba por momentos. Aun así, Hitler no perdía las esperanzas de conquistar al gigante de Gran Bretaña. Sabía que si conseguía conquistar una de las mayores potencias mundiales sería capaz de conquistar el mundo.

Sin embargo, los altos mandos nazis, capitaneados por Frank Meyer, eran conscientes de que aquel castillo de naipes que habían construido estaba a punto de empezar a desmoronarse.

Sabían que si Alemania perdía la guerra, no solo lo haría su nación, con ella también caerían todos los que participaron en aquel espectáculo de muerte capitaneados por el Führer.

Pocos días después de despedir a Jonás en la trasera del barracón, Frank Meyer se sentó en su escritorio, encendió un pitillo y se reclinó en el sillón.

Se dedicó a observar todas las páginas que llenaban las mesas de nombres, y leyó una vez más la instrucción de Himmler. Había que destruir toda la información que pudiese incriminarlos. Ordenó quemar todas las pruebas del horror al que sometieron a más de un millón de judíos.

El Brigadeführer cerró los ojos dando un suspiro, como si aceptase el destino que era capaz de ver. Llegó allí siendo verdugo. Formó parte de un sistema de odio y de muerte. Se conformó con un plan trazado para elevar a su país al lugar que le correspondía. Sin embargo, el tiempo y las personas le hicieron entender que se había convertido en una víctima más. Alguien a quien nadie esperaría para despedirlo.

Fue duro consigo mismo. Se recordó su mal y el dolor que había causado cada una de las balas que salieron de su pistola. Miró la esvástica que llevaba en su brazo y, por primera vez, lo hizo con desprecio. Sabía que si Alemania perdía la guerra tenía que quedarse en el lugar donde más dolor había causado para redimir sus culpas y bajar al infierno desde allí.

Pero Constanz, no merecería una despedida así. Necesitaba crear para ella los recuerdos en los que refugiarse cuando él ya no estuviese cerca. Decidió viajar a España para despedirse de la mujer más maravillosa que había conocido en su vida. Quería regalarse un último beso, una última noche a su lado y el último te quiero, antes de volver al lugar donde debía quedarse hasta el final.

En algún lugar a ciento setenta kilómetros de Auschwitz, 1944

El coche se detuvo en algún lugar a ciento setenta kilómetros de Auschwitz. Junto a una casa pequeña, con una chimenea encendida y una pareja de ancianos esperándolo en la puerta.

Jonás se bajó del coche.

—Volveré para traerle noticias —dijo el conductor antes de partir.

Auschwitz, 1944

Se levantó de la silla y caminó hasta el centro del barracón. Miró en todas las direcciones, en cualquiera de ellas se respiraba dolor. Comenzó a rescatar fotografías, no solo de los ingresos sino de los cadáveres en las alambradas. Hombres desnudos atravesados por palos. Enfermos colmados de heridas ocasionadas por los latigazos. Mujeres embarazadas y niños víctimas de experimentos macabros.

Acumuló la información suficiente que incriminaba a los SS, oficiales, funcionarios y altos mandos del campo.

Era consciente de que no podía salvar toda la documentación y que a pesar de las imágenes, el mundo nunca entendería la magnitud de los horrores que se cometieron allí dentro. Había entregado a Lena una muestra de la barbarie, pero necesitaba que Jonás completase el puzle para hacerle llegar al mundo lo que se había cometido en ese lugar. No podía permitir que tanto daño quedase impune y, aunque era conocedor de que su nombre ocuparía las páginas de la historia y sería considerado un monstruo, debía ser justo. Era la única forma de poder implorar a Dios el perdón que los judíos no podían concederle.

Guardó todas aquellas páginas llenas de información en un sobre que sacó de uno de los cajones de su escritorio. Hizo una llamada a alguien que se encontraba en otro punto del campo. Pidió que ocupase su lugar y le avisó de que estaría de vuelta en unos días.

Y así fue como Frank Meyer salió de Auschwitz para regresar después de regalarse el último abrazo, el último beso y la última noche con la mujer que más amaba en la vida.

En algún lugar a ciento setenta kilómetros de Auschwitz, 1944

Los días pasaron rápido para Jonás. Cada mañana se despertaba nervioso. Ansioso por saber cuáles serían las instrucciones que marcasen el inicio de un viaje que daría el pistoletazo de salida a su

nueva vida.

Durante aquellos días, se ocupó de él. De recuperarse. Se alimentó para llenar su cuerpo de nutrientes y caminó durante horas para curar su alma de tantas heridas.

Durante esos días pensó mucho en el Brigadeführer. En su despedida, pero, sobre todo, en qué sería de aquel hombre si Alemania perdía la contienda.

Durante los largos paseos que Jonás dio en algún lugar a ciento setenta kilómetros de Auschwitz, pudo comprender muchas de las actitudes, no solo del Brigadeführer sino de los SS que tanto daño hacían a quienes llegaban a Auschwitz.

Entendió que fueron educados en el odio y tampoco para ellos hubo opciones. De la misma forma que los judíos fueron sacados de sus ciudades, hacinados en guetos y finalmente trasladados en trenes de ganado; aquellos hombres y mujeres habían pasado su vida escuchando un discurso de odio y racismo. Fueron educados desde la cuna en la consecución de un plan que tenía como objetivo acabar con el mundo tal y como era en ese momento.

Por eso, durante aquellos largos paseos, Jonás fue capaz de escuchar el alma del Brigadeführer y valorar cada uno de sus gestos. Supo apreciar desde la distancia sus miradas de arrepentimiento y la amargura que encerraban sus palabras.

Lo había perdonado y era conocedor de que ya no había tiempo para más conversaciones entre ellos. A ciento setenta kilómetros de Auschwitz, sentado sobre una roca, en mitad de la nada, Jonás lloró por sentir el perdón sincero que esperaba que el aire llevase al Brigadeführer.

Fue aquel hombre con esvástica quien le hizo volver a creer en los hombres. En la capacidad de cambiar, de ser mejor persona. Fue él, el padre que le regaló el destino y que Josef Golik puso en su camino, quien le enseñó que hasta que la muerte nos sorprenda siempre estamos a tiempo de mejorar.

DIECIOCHO DÍAS DESPUÉS… EN ALGÚN LUGAR A CIENTO SETENTA KILÓMETROS DE AUSCHWITZ

Nervioso, Jonás abrió el sobre que le habían hecho llegar. En su interior estaba la muestra del horror, documentación que completaba a la que Lena se llevó el día de su partida.

Despacio fue sacando cada uno de esos documentos que hacían encoger su corazón. Revisó los listados y comprobó que el nombre del

Brigadeführer aparecía en muchos de ellos.

Caminó hacia la casa, entró deprisa y cerró la puerta de su dormitorio. Sentado en la cama comenzó a leer las líneas que Meyer había escrito de puño y letra.

Querido amigo:

Ha llegado el momento de salir en busca de una nueva aventura para encontrar el lugar donde quedarte y esperar a que todo pase. Sé que lo harás bien y cuando todo acabe conseguirás olvidar tu paso por Auschwitz. Ojalá puedas olvidar todo lo que ocurrió aquí, ojalá consigas olvidarte incluso de mí. A continuación, te indicaré las instrucciones que debes seguir hasta montarte en un bote en el que cruzarás el canal de la Mancha. Lo harás acompañado de hombres y mujeres que harán funciones de contraespionaje y aunque pensé en ti para ser parte de este ejército, comprendí pronto que no se puede enviar a un hijo a la guerra. No encontré otra forma más rápida de sacarte de este lugar. Es una oportunidad de salir y abrir una ventana de esperanza en tu futuro. Lee detenidamente estas instrucciones y síguelas hasta que llegues a tu destino. Cuídate, Jonás, y cuida del legado que te dio tu padre. Has heredado su fuerza, su valentía, su lealtad y su humanidad.

Feliz viaje, Jonás, y feliz vida.
Hasta siempre,
Brigadeführer Herr Frank Meyer

CAPÍTULO LXXIII

SECRETOS

«Siempre supe que mi padre guardaba muchos secretos. Me habría encantado entrar en sus entrañas para poder ir abriendo los cajones de su memoria y sacar, como si fuesen pañuelos de colores de una chistera, todos esos secretos que él supo guardar hasta el final de sus días.

»Sin embargo, ahora que me encuentro frente a ese cajón, no estoy muy seguro de querer saber los colores de los pañuelos que guarda. Al fin y al cabo… ¿Quiénes somos para obligar a la memoria de otro a rescatar aquello que se guarda en el fondo del alma? ¿Quiénes somos para desentrañar los secretos que se guardan por un motivo que uno se lleva consigo?

»Por eso, ahora que estoy a punto de saber algunos de tus secretos, siento la necesidad de pedirte perdón, papá, por hurgar en tus recuerdos, tu pasado y tus sueños, esos que encerraste bajo la llave que te llevaste contigo».

LONDRES, 2015

Ángela llegó pronto a la cita con Chay. Estaba nerviosa. La anciana del abrigo tenía una relación muy importante con el chico del Starbucks, y probablemente Chay hubiese permanecido ajeno a eso durante toda su vida.

Por algún motivo, el padre de Chay ocultó su pasado y existiría una razón lo suficientemente fuerte como para que su madre no quisiera hablarle de la anciana.

Aquellos días con Leonore estaban suponiendo una autentica lluvia de emociones. Descubrir de su mano a Lena Wiesel estaba resultando enriquecedor.

Definitivamente, el abrigo había cambiado su vida y la forma de ver su mundo. Aquel abrigo la llevó directamente a un diario de superación y lucha, a conocer a la mujer con los ojos más hermosos que había visto. El viaje había supuesto un cambio en ella, y ahora que estaba a punto de terminarse, empezaba a ser consciente de ello.

Chay solía llegar siempre con unos minutos de antelación. Durante el camino hasta el restaurante, fue pensando todas las cosas que quería decirle. Haciendo balance de su relación durante aquellas semanas, se dio cuenta de lo distinta que era Ángela de aquella chica a la que devolvió el móvil en la parada del bus.

LONDRES, DOS HORAS ANTES DE LA CITA ENTRE ÁNGELA Y CHAY

Ángela salió pronto de su casa. Necesitaba pensar, ordenar ideas y emociones tras la jornada en casa de Leonore. Durante su paseo, reflexionó acerca de las letras de Lena y de las lágrimas contenidas de la anciana, y mientras caminaba, vino a su mente la madre de Chay. Había algún motivo por el que ella ocultaba a su hijo quién había sido su padre y, sobre todo, ¿cómo era posible que no supiese de la existencia de Leonore?

Sin dudar, cambió el rumbo y se dirigió al edificio de la anciana. Subió las escaleras rápido pero esta vez se detuvo en la segunda planta. Llamó con firmeza a la puerta de Elisabeth y esperó a que ella abriese.

La muchacha recibió a su amigo con una enorme sonrisa. Estaba nerviosa, tenía mucho que contarle y no sabía por dónde empezar.

—Estás preciosa esta noche —dijo Chay antes de besarla en la frente.

Ella se limitó a sonreír. Se esforzó por no mostrar los nervios que impedían que dejase de mover el pie derecho de forma espasmódica. Aquella noche había que hablar de temas importantes. Comenzaba la cuenta atrás para finalizar un viaje que tenía billete de vuelta, pero antes… tenían que abrir el cajón de los secretos de Lena, Jonás y Elisabeth.

LONDRES, DOS HORAS ANTES DE LA CITA ENTRE CHAY Y ÁNGELA

—Supongo que desde la primera vez que te vi subir por esa escalera a la tercera planta, supe que en algún momento bajarías a hablar conmigo —dijo Elisabeth mientras con un gesto invitaba a la muchacha a pasar al interior de su vivienda.

—No tengo mucho tiempo, Elisabeth, y debo reconocerle que no imaginé nunca conocer a la madre del chico que me gusta presentándome en su casa un rato antes de una cita con él. Pero estos

días con Leonore he descubierto que Chay forma parte de la historia de Lena Wiesel y la relación que tuvo con Jonás Golik, el padre de su hijo.

Elisabeth, con paso lento, avanzó por el pasillo hasta llegar a su habitación. Ángela la observó desde la sala de estar, donde permanecía de pie. La mujer salió de la habitación con una carta en la mano. Caminó hacia la muchacha y se la entregó.

—¿Qué es esto?

—Eso es el motivo por el que Chay no sabe quién es Leonore —respondió Elisabeth.

—He traído algo para ti —anunció Chay entregando a la muchacha una bolsa de papel *kraft*.

Nerviosa, la chica rompió el papel para descubrir en su interior un reloj de cristal que en lugar de arena contenía purpurina dorada, pequeños puntos brillantes que caían hipnotizando a quien los mirase. Cinco minutos de purpurina a los que dar la vuelta cada vez que necesitase volver a sentirse cerca del muchacho que conoció en Camden y cambió su vida.

Ángela miró el reloj, y observó caer los puntos dorados. A su mente volvió el día en que su terapeuta le indicaba cuál sería el siguiente ejercicio: volar sola, en sentido literal y figurado. Mirar con perspectiva la vida, lo suficientemente alto como para entender que cuando uno llega a un callejón sin salida, solo queda retroceder y volver a la avenida principal para buscar un lugar mejor donde quedarse.

Observando la purpurina caer, comprendió que había encontrado un hogar y que ese viaje había dado respuestas a muchas de las preguntas que arrastraba. Lo había conseguido. Estaba volando sola. Había sido capaz de decidir. De arriesgarse. De pedir perdón sin tener que arrepentirse de no haber hecho lo que alguien no le había autorizado. Había caído en la cuenta de que ese camino que había recorrido durante aquellas semanas, la llevaron a conocer esa parte de ella que había encerrado bajo llave, y aunque deseaba quedarse en ese restaurante para siempre junto al chico que la besó en la frente al llegar, sabía que debía regresar. Volver a su punto de partida, enfrentarse a su vida, sus recuerdos y su duelo.

LONDRES, DOS HORAS ANTES DE LA CITA ENTRE CHAY Y ÁNGELA

Ángela comenzó a leer las primeras líneas de la carta y se

sorprendió al ver quién la firmaba. Elisabeth esperó paciente a que la muchacha terminase de leer. Se sentó en el sillón y miró a través de la ventana mientras escuchaba el susurro de la muchacha al leer.

—No entiendo nada —dijo Ángela levantando la mirada.

La madre de Chay esperó unos segundos para responder:

—Le mentí. Y lo peor es que a pesar de los años no he conseguido saber si lo hice por él o por mí. De lo que estoy segura es de que si esa carta no hubiese llegado a Jonás yo nunca lo habría podido abrazar cada noche ni cuidar cada día. Sin esta carta Chay no estaría en tu vida… ni en la mía y, posiblemente, no habría ningún motivo para que tú hubieses venido a ese edificio y nunca nos hubiésemos conocido.

—Pero ¿qué tiene que ver en todo esto Leonore? ¿Por qué no le dijo a Chay que vivía alguien más en el edificio?

—Porque hicimos un pacto —respondió Elisabeth mientras seguía contemplando a la gente pasar por la calle a través de su ventana.

—Bueno… estoy deseando que me cuentes, ¿conseguiste averiguar de qué me conocía la anciana de la tercera planta? —preguntó Chay en un intento por sacar a la muchacha de los pensamientos mientras observaba caer la purpurina del reloj.

Por unos segundos, Ángela se detuvo a recordar la conversación que había tenido con Elisabeth un rato antes de su cita. Sus palabras, sus silencios, la sonrisa cómplice que le regaló al despedirse. Supo que las piezas del puzle que se destaparon con el abrigo de Blitz formaban parte de una historia de amor a tres que la había conquistado, y que Chay merecía descubrir cómo lo había hecho ella.

Decidió dejarle un hilo del que tirar, para que buscase sus respuestas y encontrase a su padre, oculto entre los secretos que dejó guardados bajo la llave que tenían dos mujeres.

—Lena llegó a Auschwitz en un tren de ganado… —comenzó contando la muchacha con la voz quebrada— y fue un broche el que alertó a Jonás Golik de la presencia de la chica…

Y entre copas de vino y velas, Ángela narró la historia de la mujer fuerte y del muchacho enamorado que lo dio todo por sacarla de un lugar que los transformó para siempre.

Le habló de David. De la mujer que lo cuidó y de Frank Meyer, pero decidió respetar a Elisabeth, permitiendo que fuese el tiempo quien hiciese descubrir a Chay el lugar que ella tenía en toda esa historia.

El muchacho escuchaba a su chica hablar mientras veía como se le empañaban los ojos al narrar los capítulos del diario que la había

conquistado. Los hilos de los que Chay debía tirar quedaron al descubierto durante la velada, y el muchacho sintió la necesidad de buscar en los cajones los secretos de su padre.

CAPÍTULO LXXIV

RUMBO A TU NUEVA VIDA

«Comenzar supone un esfuerzo, salir de esa zona de confort donde nos sentimos protegidos por nuestra rutina. Comenzar supone un reto que tiene como metas nuevas oportunidades.

»David había crecido y Constanz había asumido que su esposo no volvería nunca. Supe que podían seguir sin mí… y que mi lugar no estaba con ellos.

»Necesitaba irme, no tenía claro dónde, pero llevaba años sintiéndome presa en un alma que no me correspondía.

»Necesitaba encontrarme y buscar mi lugar en el mundo. Sabía que había llegado el momento de cambiar, pero no tenía claro qué dirección debía tomar».

FRANCIA, 1944

Estaba listo, debía comenzar su nueva vida. Era consciente de que llegar al destino previsto por el Brigadeführer no sería fácil. Sin embargo, Jonás se mostró ansioso por comenzar de nuevo.

Un salvoconducto que acompañaba la carta que Meyer le envió a través de uno de sus hombres sirvió para que un Jonás muy recuperado físicamente, con el pelo más largo y sin heridas que gritasen del lugar que provenía, pudiese cruzar media Europa, desde Polonia hasta el oeste de Francia.

En la maleta que portaba, llevaba un sobre con la documentación que le entregó el Brigadeführer y completaría la que previamente se llevó Lena. Frank Meyer no podía dejar que el mundo no tuviese pruebas de lo que estaba ocurriendo, y tampoco podía arriesgarse a entregarle solo a uno de los dos toda la documentación.

Frank Meyer había trazado un plan perfecto que tenía como objetivo boicotear al Führer. Sus colegas de partido apoyaron la idea de sacar a Hitler del poder, pero en ningún caso buscaron la protección de los judíos.

La operación Lena tenía dos objetivos, sin embargo, el Brigadeführer asumió que protegerlos era una cuestión de la que debía

ocuparse sin buscar aprobación. Sabía que no la encontraría.

A espaldas de los compañeros de partido, Meyer se aseguró de que los documentos viesen la luz, y lo hizo confiando en las posibilidades de supervivencia de Jonás y Lena.

MADRID, 1958

David tenía casi once años cuando Lena decidió que era el momento de partir. Buscaba volver a sentirse cerca de su alma, de ella misma. En algún lugar donde no tuviese que pelear contra los recuerdos.

Constanz había tardado en superar la ausencia del Brigadeführer. Habían pasado once años desde el último abrazo, y desde entonces, los únicos instantes en los que se veía calmada y feliz eran los que pasaba con David. El niño que adoptó como propio y del que se hizo cargo desde el mismo instante en que nació.

Entre ellas no hubo pacto, ni conversación en la que se acordarse que Constanz sería la madre de David. Fue algo espontaneo que surgió del amor. Constanz se convirtió en madre desde que acunó al niño, y Lena supo que los dos se tendrían mutuamente para siempre. A él no le faltó el amor de una mujer íntegra, leal, cariñosa y fuerte, y ella… se aferró a la razón que tenía para vivir. La ilusión por verlo crecer era mayor que la pérdida del Brigadeführer.

Los años pasaron rápido y David se convirtió en un niño fuerte, rubio y con los inmensos ojos negros de su madre. Creció pensando que su padre, el Brigadeführer, volvería un día del viaje que hacía por el mundo. Lena lo veía correr a su alrededor mientras tendía las sábanas en el patio trasero, o cuando leía un libro sentado con su madre, debajo de algún árbol.

David no solía acercarse a Lena, apenas mantuvieron conversaciones durante todos esos años en los que ella aprendió a quererlo desde la distancia.

Nunca le dio un beso antes de dormir, ni lo abrazó después de alguna caída. Nunca le explicó por qué su padre no vivía con ellos, ni cómo se sintió el día que llegó al mundo. Pero David sabía que aquella mujer era alguien muy especial, y que lo observaba con cariño cuando ella pensaba que no la estaba mirando.

Y tras esos once años Lena decidió que había llegado el momento de partir. Había cumplido la promesa de cuidar de Constanz, y le había regalado el motivo que sería su motor en la vida. Ya no había ninguna razón para quedarse en Madrid.

FRANCIA, 1944

Jonás cruzó media Europa viajando en el vehículo que el Brigadeführer puso a su disposición. Era un coche alemán, conducido por un hombre que formaba parte del servicio privado de Frank Meyer. Un señor de mediana edad que jamás cuestionó las órdenes de su superior. Un hombre discreto que se limitó a mirar por el espejo retrovisor sin decir nada.

Nunca hizo preguntas, ni cuestionó la decisión de salvar de su destino a dos judíos. Los condujo a su nueva vida, sin cuestionar nada.

El vehículo se detuvo en cada una de las fronteras de los países que había conquistado el Führer. En cada una de ellas, personal del servicio militar bajo las instrucciones de Himmler, solicitaba la documentación que permitía el paso de los simpatizantes del Régimen.

Durante las paradas, el conductor del vehículo aportó la documentación que le había entregado Meyer. Sentado en la parte de atrás, vestido con un traje de chaqueta clásico, Jonás aguardaba nervioso.

Permaneció en silencio, sin mostrar su estado nervioso y el miedo que sentía a ser reclutado de nuevo para volver al infierno del que salió. Era necesario que no dijese ninguna palabra, cualquiera que advirtiese su condición acabaría con su vida de inmediato y con la de la persona que lo trasladaba.

MADRID, 1958

Había poco equipaje que meter en la vieja maleta que tenía guardada en el armario. La colocó abierta sobre la cama y fue guardando los pocos vestidos que había cosido el tiempo que llevaba en Madrid.

La puerta estaba abierta, pero Constanz tocó dos veces antes de pasar. Lena estaba de espaldas, se volvió y esbozó una tímida sonrisa.

—En alguna ocasión pensé que te quedarías con nosotros para siempre. Luego te miraba y adivinaba en tus ojos que esperabas el momento oportuno para marcharte —dijo Constanz con la dulzura que la caracterizaba mientras sacaba una de las camisas del armario y doblándola la guardaba en la vieja maleta.

Lena la miró con ternura.

—Nunca vine a quedarme y, realmente, aún no sé adónde voy a ir.

Supongo que busco algo que… no sé, y eso complica las cosas. Necesito marcharme, y aunque no recuperaré nunca el tiempo perdido, necesito vivir aprovechando el que me quede. Aquí dejo a alguien que aprendí a querer gracias a ti. Sé que no me necesita, porque le regalé a la mejor madre que pudo tener, aun así, formáis parte de mi vida y una parte de mí se queda aquí, con vosotros —respondió Lena emocionada.

Constanz y Lena se fundieron en un abrazo largo e intenso que ambas recordarían el resto de sus días. No hubo lágrimas, ni ruegos para que todo continuase como hasta la fecha. Había llegado el momento de marcharse, y Constanz respetaría la decisión de la que había sido una de las mujeres más importantes de su vida.

FRANCIA, 1944

Jonás tardó varios días en llegar a la costa oeste de Francia, desde donde saldrían los botes en los que cruzaría el canal de la Mancha para llegar a tierras británicas. Todo estaba ocurriendo según el plan que había orquestado el Brigadeführer. Para Jonás todo era familiar, el alemán le había contado con lujo de detalles cómo se desarrollaría la operación que llevaba tanto tiempo preparando.

En la costa francesa, un señor apellidado Müller, militar de profesión, perteneciente la cúpula de altos mandos que gestionaban la conquista de territorios, esperaba a los camiones en los que fueron trasladados personas provenientes de Dinamarca y Holanda.

El servicio secreto, que seguía las instrucciones del Brigadeführer, justificó la presencia de estos agentes sin experiencia. Entrarían en Gran Bretaña sin problemas, argumentando que huían de un país invadido y temían por sus vidas.

MADRID, 1958

Constanz y David se dieron la mano y esperaron fuera de la vivienda a que Lena saliese para caminar hasta su nueva vida. El niño se mostró triste ante la partida de la mujer que sonreía al verlo jugar de lejos. La misma que en las noches que estaba enfermo se levantaba para comprobar si la fiebre había bajado mientras Constanz, agotada por el cansancio, se había quedado dormida cogida de su mano. Lena fue una madre en la sombra, nunca se atrevió a decirle que lo quería, ni a confesarle el secreto que no hizo falta prometer a Constanz y se

llevaría a la tumba. Jamás revelaría a David que ella era su madre biológica.

—Prométeme que me escribirás cada semana en cuanto te instales en algún lugar. He hablado con Fernando, el pescadero, y me ha dado estas señas para que envíes allí la correspondencia y nos la haga llegar —dijo Constanz fundiéndose en un abrazo con la muchacha.

Con los ojos húmedos por la emoción, Lena asintió y sonrió tímidamente. Se agachó y se puso a la altura de David, le acarició la nariz y lo miró a los ojos.

—¿Me prometes que vas a cuidar mucho de tu madre? —preguntó al chiquillo, que asintió.

Hasta ese momento, Lena nunca se atrevió a besar y abrazar a David. Tenía miedo. Tardó años en reconocer que a lo que realmente temía era a quererlo y arrepentirse en algún momento de su vida de no haber sido la madre que él necesitaba.

Ese temor frenó todo lo que comenzó a brotar en ella. Lena cerró su corazón y se impidió querer y dejar que lo hicieran los demás.

Pero aquella despedida hizo nacer entre el niño y Lena un abrazo espontaneo, lleno de cariño, donde ella acarició su pelo rubio y lo besó en la mejilla. Durante los segundos que duró el abrazo, ella sintió que se rompía. Quiso llorar y que aquel momento no terminase nunca. Habría querido pedirle perdón, y confesarle que fue ella quien lo trajo al mundo, pero prefirió despedirse, sin más. La historia con David se quedaba allí. Con ella se irían los recuerdos, y a David le quedarían las sonrisas que Lena esbozaba cuando lo veía a lo lejos.

Agarró su maleta, y sin mirar atrás comenzó a caminar. Tendría que hacerlo kilómetros hasta encontrar una parada de autobús que la llevase a alguna estación para llegar a un destino aún incierto.

FRANCIA, 1944

Müller se acercó a Jonás que estaba nervioso. Sabía que no debía hablar con nadie. Frank Meyer había sido muy insistente con esa norma. Cualquier frase, palabra o movimiento fuera del control de los militares podría costarle la vida y él no estaría allí para protegerlo.

—Espero que hagas tu trabajo como se te exige y colabores con la diligencia que mi camarada nos ha trasladado.

Jonás se limitó a asentir. Müller le entregó el pasaporte con la nueva identidad que tendría a partir de ese momento: Thomas Pedersen, natural de Aalborg, Dinamarca. Respiró hondo antes de cogerlo para guardarlo en el bolsillo interior de su chaqueta.

Algunos oficiales pertenecientes a los servicios secretos dieron la señal para que Jonás y el resto de las personas trasladadas en camiones subieran a los botes para cruzar el canal de la Mancha.

La mayoría temblaba al hacerlo, otros lloraban como niños y algunos se atrevieron a rogar que los dejasen en tierra por temor a morir en el mar. Jonás fue el primero en subir. Desde ahí observó en silencio a sus compañeros de pasaje. Nada podía ser peor que el infierno del que venía. Aquel viaje suponía una oportunidad. La única que le permitiría reunirse con Lena una vez finalizase la guerra.

Y cuando todo estaba listo, Müller entregó a Jonás un equipo de radio con el que poder comunicarse y controlar la misión de espionaje para la que habían sido enviados.

MADRID, 1958

Habían pasado un par de horas desde la despedida de Lena. Constanz estaba bordando. Recordó el momento en que guardaron los documentos que incriminaban a su esposo como autor por crímenes de guerra.

Se levantó deprisa. Salió de la vivienda y caminó hacia la trasera de la vivienda. Buscó entre las piedras, las que en su día consiguieron sacar de su sitio para guardar en su interior las latas que contenían la información de una operación, que aún era desconocida para el mundo.

Durante unos minutos, Constanz buscó nerviosa. Encontró detrás de un arbusto una de las latas vacías. Lena se había llevado la documentación, suponía, que para cumplir las órdenes que el Brigadeführer le dio a su salida de Auschwitz.

La esposa de Frank Meyer se sentó en el suelo y apoyó la espalda sobre la pared de piedras de la casa. Nerviosa, se tapó el rostro con sus manos y comenzó a llorar. Habían pasado muchos años desde la última vez que abrazó al Brigadeführer, pero nunca confirmaron su muerte, y su nombre tampoco estaba en el listado de los milites más buscados para juzgarlos por estos crímenes. Temía que Lena no cumpliese la promesa que le hizo aquella noche, cuando juntas ocultaron las pruebas del horror que incriminaba al Brigadeführer Herr Frank Meyer.

CAPÍTULO LXXV

GUÁRDAME EL SILENCIO Y YO TE REGALARÉ EL TIEMPO

«Pensamos que lo sabemos todo sobre el amor. Que solo hay una forma de sentir y que las relaciones deben cumplir el estándar que marca la sociedad.

»Sin embargo, fue a raíz de conocerlas a ellas cuando comprendí que el amor tiene tantas formas como personas existen en el mundo. Que las relaciones solo las marca el amor que sienten las personas que las componen, y la de ellos fue, a pesar de todo, una relación de tres.

»Una en la que hubo respeto, lealtad y compromiso desde el principio. No hizo falta hablar, ni sentar las bases de ningún acuerdo, aquella relación nació sin más… y era de los tres».

LONDRES, UNA HORA Y CUARTO ANTES DE LA CITA ENTRE CHAY Y ÁNGELA

—¿Un pacto? —Ángela frunció el ceño confundida.

Elisabeth esbozó una tímida sonrisa antes de sumergirse en sus recuerdos y comenzar a contar la historia de amor que fue de los tres.

—Nunca quise compartir a Thomas. Por momentos, sentía celos hasta del viento que compartía camino con él. Mientras yo esperaba paciente a que llegase esa hora de la tarde en la que pudiese verlo para conquistar muy poco a poco un pedazo de su corazón.

Ángela escuchó atenta a la mujer, que hablaba más con el alma que con los labios. Fue testigo de la emoción que salía con cada frase de Elisabeth. Sintió que se detuvo el tiempo al escuchar a esa mujer enamorada hablar con franqueza de alguien que aprendió a quererla a base de tiempo y dedicación.

—Pero supe muy pronto que pretendía ocupar un corazón que tenía una inquilina. Alguien que aun estando lejos estaba muy presente, y que durante muchos años formó parte de la vida de Thomas. Cada día lo veía esperarla con ilusión. Se despertaba con la esperanza de verla llegar y comenzar un futuro que dejaron en pausa cuando llegaron a Auschwitz. Lo vi cumplir años sin hacer caso a sus sueños, porque el

único que tenía era ella. —Elisabeth acarició su alianza de matrimonio mientras hablaba del hombre que se mantuvo firme ante el recuerdo de Lena Wiesel.

LONDRES, 1999

Habían pasado más de dos meses desde la visita de Elisabeth a casa de Leonore; y desde entonces, la anciana de la tercera planta se mantuvo en su sillón viendo pasar, como cada mañana, a Jonás con su esposa.

En su mente resonaba aquella conversación con Elisabeth y esa proposición de pasar dos horas a la semana con el hombre más importante de la vida de ambas. Esperó paciente ese momento en que ella, su esposa, estuviese preparada para enfrentarse a sus miedos y regalarles el tiempo que la vida y las decisiones les había robado.

Una mañana de mayo de 1999, Leonore sintió como tocaban su puerta de una forma suave, como si la persona que se encontraba detrás no quisiera que nadie supiese que estaba allí.

Al abrir, la encontró a ella. Leonore supo que no venía a charlar sino a darle un corto y sencillo mensaje: había llegado el momento. Estaba lista para permitirles un tiempo cada semana. El suficiente como para alimentar esa parte del alma que llevaba tantos años esperando.

La anciana susurró un simple gracias y Elisabeth le respondió:

—En una hora te veo en el parque que hay a dos manzanas del edificio. Siempre nos sentamos en el mismo banco. El favorito de Thomas. El que está debajo de los árboles.

LONDRES, UNA HORA ANTES DE LA CITA DE CHAY Y ÁNGELA

—No lo pensé. No premedité aquella mentira. Si lo hubiese pensado apenas unos minutos, no habría sido capaz de hacer algo que tanto daño le hizo. Pero fue ese día cuando dejó de ser Jonás y comenzó a ser Thomas, y se obligó a vivir sin esperar. Comenzó a escuchar en lugar de oír y observaba lo que antes solo miraba. Esta carta le dio la oportunidad de seguir. Yo no sabía si ella volvería algún día. Ojalá hubiese sabido dónde se encontraba cuando tanta falta le hizo a Jonás cada noche. Ojalá hubiese sabido dónde estaba Lena cuando él la lloraba pensando que se había olvidado de él. Lo hice, sí, y no lo pensé. Y ahora que tengo todo el tiempo del mundo para hacerlo, no sabría decirte si aquella carta la envié por él o por mí… porque yo sabía que de todas las personas que hay en el mundo no había nadie que pudiese quererlo más que yo.

La emoción de Ángela llenó de lágrimas sus ojos.

—Sufrió mucho cuando tuvo que admitir que ella no volvería. De alguna forma era como si hubiese muerto. Aquella carta se convirtió para él en la sepultura que lloraba cada noche.

LONDRES, 18 DE MAYO DE 1999

Como una chiquilla que va a su primera cita, Leonore miró su reflejo en el espejo una decena de veces antes de salir. Observó sus canas y las arrugas de su frente. Tocó sus mejillas y recordó la imagen de aquella niña de apenas diecisiete años que llegó a Auschwitz para cambiar el destino de su vida.

Sus ojos seguían desprendiendo la misma fuerza. Cualquiera que la mirase era capaz de perderse en la inmensidad de su mirada. Cuando Leonore observaba su reflejo en el espejo, y era capaz de mirar más allá de las canas y las arrugas, podía ver a Lena Wiesel. Eso la hacía sonreír. Saber que, de alguna forma, no había desaparecido del todo, y aún quedaba una posibilidad de que él sintiese cerca a esa niña que se despidió en Auschwitz aquella fría noche en la que sus vidas se separaron.

LONDRES, UNA HORA ANTES DE LA CITA ENTRE CHAY Y ÁNGELA

—Thomas comenzó a sonreír con el tiempo, y los paseos conmigo se llenaron de confidencias. Alguna vez la nombraba preocupado. Le asustaba que el paso de la edad los convirtiese en extraños. Y encontró consuelo cuando le dije que si ella volvía alguna vez sabría reconocerla por el timbre de su voz. Y muy poco a poco, fui ganándome un lugar en su vida. Me fui haciendo un hueco en sus proyectos y hablaba de mí cuando empleaba el futuro. Poco a poco empezamos a caminar cogidos de la mano. Un día, me besó. Y fue el beso más bonito del mundo.

Delante de Ángela estaba la mujer que más enamorada había estado de Jonás, o al menos, era la que más había luchado por estar cerca de él. Desde sus ojos, y sentada en aquel sillón, encontró la perspectiva suficiente para entender que Lena había sido una mujer fuerte, pero incapaz de romper el bloque en que se había convertido su corazón.

Sus heridas impidieron pelearle a la vida y ganarle el pulso que el destino le hacía al amor.

Ángela comprendió que no se equivocaba al pensar que la historia de amor que relataba Lena a través de sus letras era la más bonita del mundo, pero advirtió después de escuchar a Elisabeth que la historia

fue de los tres. Fueron ellos quienes consiguieron hacerla especial. Y fueron ellas, las dos mujeres más importantes de su vida, quienes consiguieron hacerlo feliz hasta el final de sus días.

—Elisabeth… ¿no se planteó decirle alguna vez que la carta era falsa?

—Alguna vez me levantaba de la cama dispuesta a buscarlo en algún lugar de la casa y confesarle que la carta era falsa, que Lena podría aparecer en cualquier momento y que necesitaba que me perdonase. Pero no me atreví nunca, y los años fueron pasando. Después llegó Chay haciendo de nuestro mundo el lugar más hermoso. Y durante aquellos años, conseguí olvidarme de ella. No sabría decirte si Thomas dejó de pensarla aquellos años tan felices en los que mi Chay llenaba cada rincón de esta casa con su risa y sus juegos. Pero la vida pasa rápido, y Chay creció. Se fue pronto de casa… y yo sentí que de nuevo mi vida estaba montada sobre los cimientos de Lena y en cualquier momento podría aparecer y destrozar todo lo que yo había construido.

El miedo a perder lo que más amas en la vida llevó a Elisabeth a mentir. Ese miedo acompañó a Elisabeth hasta el último día de su esposo. Temía que en algún momento le reprochase su mentira, pero sobre todo, temía que Jonás le reconociese que sin aquella carta, él jamás habría dejado de esperar a Lena.

LONDRES, 18 DE MAYO DE 1999

En la entrada del parque había un arco. Leonore se detuvo unos segundos a contemplarlo; era de hierro forjado y la transportó a ese mensaje de bienvenida en que a los presos se les advertía que solo el trabajo les haría libres. El arco le recordó el último lugar en que Lena y Jonás estuvieron juntos. Y aquella mañana de mayo, cincuenta y cinco años después de la última vez que hablaron, volverían a hacerlo, sentados por fin debajo de los árboles.

El parque era grande, tenía una fuente de piedra a la entrada, con una figura de una mujer que arrodillada jugaba con dos niños. No había agua, solo la encendían en el verano. A su alrededor había una hilera de flores naranjas y amarillas.

Leonore caminó tranquila. Observó a su paso la pareja que paseaba a su bebé. Se cruzó con un chico vestido de azul que tenía turbante en el pelo y que corría con unos cascos puestos. Sonrió a una señora que llevaba flores en la mano y que había comprado en el mercado.

Y a lo lejos, sentado debajo de unos árboles enormes, vio a Jonás. Junto a él estaba Elisabeth. Por un momento quiso darse la vuelta, volver a su casa y limitarse a verlos pasar debajo de su ventana. Pero

se armó de valor, y obligó a sus pasos a seguir hasta acercarse al banco del que se levantó Elisabeth.

—Debo hacer unos recados. Tardaré una hora, volveré entonces a buscarte para regresar a casa —dijo Elisabeth a su esposo mientras veía a Leonore acercarse hasta ellos.

El tiempo se detuvo cuando Lena, a sus setenta y dos años, tuvo delante al amor de su vida. Un hombre que no conservaba nada de la imagen de aquel chico que despidió en Auschwitz cincuenta y cinco años antes. Un Jonás ciego, de tez arrugada y pelo canoso, pero era él… y por fin, después de tanto, Elisabeth les dio la oportunidad de volver a sentarse juntos, debajo de los árboles.

CAPÍTULO LXXVI

A PARTIR DE HOY COMIENZAS DE NUEVO

«Cuántas veces imaginé cómo sería el día en que pudiese comenzar de nuevo.

Cuánto recé para que sucediese. Cuántas noches me acosté imaginando ese principio en la mejor de las compañías.

»Acabo de subir a un autobús, y me dirijo a Lisboa. Siento que debo hacerlo, aún no sé para qué, pero necesito empezar de nuevo en ese lugar en que comenzaron nuestras historias. A partir de hoy comienzo de nuevo».

MADRID, 1958

Sentada en el asiento de la ventanilla, Lena viajó en silencio. Observó el paisaje pasar deprisa ante sus ojos. Junto a sus pies colocó la pequeña maleta, en la que llevaba lo poco que tenía. El conductor del vehículo intentó que la pusiera en el lugar destinado a los equipajes, como hacían el resto de viajeros, sin embargo, Lena prefirió tenerla cerca.

A partir de ese instante en que salió de la casa de Madrid dejando atrás a dos de las personas que más querría en el mundo, y a las que fue incapaz de demostrarles nada, Lena supo que su vida comenzaba otra vez.

VARSOVIA, 26 DE AGOSTO DE 1939

—Mira, Jonás… ¿has visto alguna vez un insecto tan grande? —preguntó Lena sorprendida.

Desde el suelo, un jovencísimo Jonás Golik observó a su amiga que subida a una piedra enorme que había junto al árbol donde se sentaban a leer aventuras contemplaba los movimientos de un insecto que no solía verse habitualmente por la zona.

—¿Sabes dónde será el primer sitio donde te voy a llevar cuando nos dejen hacerlo?

Lena volvió la cabeza, esperando conocer la respuesta de su amigo.

—A Lisboa —respondió él con una sonrisa—. Voy a llevarte a conocer una de las ciudades con más encanto de Europa.

Apenas unos días más tarde, el 1 de septiembre de 1939, Polonia fue invadida por la Alemania nazi. Durante poco más de un mes, el ejército polaco peleó intentando defender a su población y su territorio de la conquista; sin embargo… el 6 de octubre de 1939, apenas unas semanas después del encuentro entre Jonás y Lena bajo los árboles, comenzaba la Segunda Guerra Mundial.

CANAL DE LA MANCHA, 1944

Viajaban con unas pocas mantas. Lo hacían en silencio, mirándose entre ellos, nerviosos, incrédulos ante aquella situación que los había llevado a navegar en botes a través del canal de la Mancha. Se turnaban a los remos y Jonás abrazaba la maleta en la que llevaba todos los documentos que el Brigadeführer le había pedido custodiase hasta el final de la guerra.

La maleta era una especie de detonador de la barca donde viajaban. Jonás era consciente de que si alguien, nazi o no, se percataba de su contenido, no solo su vida peligraba, sino también la del Brigadeführer y los altos mandos que colaboraron en llevar a cabo la operación Lena.

LISBOA, 1958

Había caído la noche en Lisboa cuando el autobús llegó a su destino. Los pasajeros bajaron deprisa, buscando sus equipajes. Seguros del lugar al que dirigirse cuando saliesen de la estación.

Lena se quedó unos minutos sentada en el asiento en que había hecho el recorrido desde Madrid. Miró por la ventilla el constante trasiego de pasajeros que subían y bajaban de los autobuses.

—Señora —gritó un hombre desde el principio del autobús—, ¿baja ya o qué?

Sin decir nada Lena se levantó del asiento, agarró fuerte la maleta y salió en silencio de la estación. Con paso lento, nerviosa, sin dinero, y sin saber dónde ir a partir de ese momento.

CANAL DE LA MANCHA, 1944

Durante las primeras horas de travesía, ninguno de los pasajeros del bote se atrevió a decir nada. A Jonás le bastó observarlos para saber

cuáles eran sus pensamientos.

—Tengo hambre —se atrevió a decir uno de los ocupantes del bote en un momento en que la oscuridad los envolvía y solo se escuchaba el sonido que hacía el agua al levantar los remos.

—No te atrevas a tocar nada de lo que hay en esos sacos o soy capaz de tirarte del bote —un hombre de barba espesa, ojos claros y arrugas prominentes parecía sentenciar al hablar de aquella forma.

Jonás se percató de la tensión que los dos hombres generaron en el pequeño habitáculo flotante. Temió que su disputa pudiese perjudicar al resto y se vio obligado a tomar parte para salvar su vida y la de quienes viajaban con él.

Se dio cuenta entonces de que los obstáculos con los que se encontraría antes de llegar a su nueva vida se los pondrían, incluso, personas que se encontraban en su misma situación. Comprendió que la miseria, el hambre, el dolor y el miedo, lejos de amedrentar a quien sufre de azote, consiguen sacar lo peor.

—Yo dispondré de los alimentos. Racionaré las cantidades, tanto de comida como de agua. No sé cuánto tardaremos en llegar a las tierras de Gran Bretaña, pero debemos alargar al máximo lo que tenemos en estas bolsas o moriremos antes de llegar a nuestro destino. No olvidéis que una vez allí no tenemos nada y debemos guardar provisiones —Jonás habló rotundo.

El hombre de la barba espesa se mostró molesto ante las palabras de Jonás, y sin decir nada, de un tirón levantó la bolsa de comida del bote. El muchacho se levantó bruscamente, haciendo que la barca se tambalease y algunos pasajeros le rogasen que se mantuviese sentado, pero Jonás, lejos de hacerles caso, empujó al hombre de la barba espesa, arrancándole de las manos la bolsa con las provisiones. Con rabia, lo miró a los ojos mientras lo sujetaba por la camisa, debajo del cuello.

—He visto morir a mi padre a través de una ventana. Mi madre no superó el viaje en el tren de ganado que nos transportaban hasta el mismísimo infierno. He oído gritar de dolor y miedo a gente en la cámara de gas que yo mismo he cerrado. He pasado frío cada noche, me han dado palizas de muerte y he visto como a enfermos los mordían las ratas antes de morir. La vida me ha regalado la única oportunidad que tengo para seguir adelante en este mundo en que sobramos, y ni tú ni nadie va a impedir que llegue a esas tierras con vida. Así que o me dejas racionar la comida o te mataré yo mismo para poder sobrevivir.

LISBOA, 1958

Lena no tardó en descubrir el encanto de esa ciudad de la que Jonás le había hablado. Realmente era una ciudad preciosa, tanto la impresionó, que no podía dejar de mirar a todos lados. Llamaban su atención las fachadas de las casas altas, las cuestas de las calles… la gente que se cruzaba a su paso. Estaba inmersa en sus pensamientos. Los recuerdos volvieron a situarla en Varsovia, debajo de los árboles, junto a Jonás y no escuchó el automóvil tocar el claxon en repetidas ocasiones, ni se percató de que un señor que había salido a la misma vez que ella de la estación le gritaba a unos metros que se apartase de la calzada.

El conductor del vehículo frenó en seco, golpeando a Lena en el momento que se detuvo. Inmediatamente después, se abrió la puerta del coche, bajando de él una mujer de belleza serena. Una mujer delgada, que vestía un abrigo blanco y llevaba el pelo recogido en un moño bajo.

La mujer se acercó a Lena que intentaba levantarse del suelo.

—Por favor… ¿se encuentra bien? —preguntó nerviosa.

Intentando incorporarse, Lena levantó la mirada y pudo ver a la mujer que la recibió con una sonrisa.

—Estoy bien, ha sido culpa mía. No me percaté de que venía ningún vehículo, siento el susto que les he dado. Discúlpeme, por favor.

La mujer ayudó a Lena a levantarse. Se había hecho daño en el tobillo, cojeaba al andar.

CANAL DE LA MANCHA, 1944

Apenas treinta y tres kilómetros distaban Francia de Gran Bretaña. *A priori*, era fácil llegar a tierra con vida. Llevaban comida y agua, pero también tenían miedo, pocas fuerzas y esa sensación extraña de estar compitiendo por la vida con aquellos con quien compartían espacio en el bote.

La travesía se hizo dura. Estaban agotados de remar, tenían frío y miedo… mucho miedo. A lo desconocido, se unía aquella operación que los había situado como espías. Una misión que podría costarles la vida, y todo bajo el yugo de la amenaza de entrar en uno de los campos de trabajo repartidos por Europa.

Jonás repartió la comida en las cantidades en que lo hacían en Auschwitz. Era consciente de que siendo así, se garantizaba llegar a tierra con provisiones. Sabía que pasarían hambre, pero había comprobado que el cuerpo de un ser humano necesita muy poco para sobrevivir, y él pensaba hacerlo. A lo lejos supieron mediante las luces que anunciaban la tierra, que habían llegado a su destino.

Lisboa, 1958

—Espere… dígame dónde va, mi coche la llevaré donde usted desee.

—No tengo donde ir, buscaba alguna iglesia donde refugiarme. Algún sitio donde pasar la noche, al menos hasta mañana, para poder empezar una nueva vida.

La mujer la miró con ojos tristes. Sintió la necesidad de ayudarla.

—Puedes quedarte conmigo, pasar la noche y mañana decidir qué haces con tu vida.

Lena asistió.

—Mi nombre es María —dijo la desconocida extendiendo la mano con una sonrisa.

—Me llamo Leonore, encantada de conocerla, señora.

CAPÍTULO LXXVII

BAJO LOS ÁRBOLES

«Tuvimos muchas citas debajo de los árboles en Varsovia, sin embargo, nunca me detuve a observarlos. Creo que me resultaría imposible poder describir sus hojas o la forma de sus troncos.

»Mi mente guardó como el recuerdo más preciado los momentos que Jonás y yo pasamos debajo de los árboles, sin embargo, no supe valorar el espacio que nos rodeaba. Al fin y al cabo, fueron los únicos testigos de un amor que nació en silencio y en secreto. Tardamos muchos años en confesar que debajo de aquellas hojas había nacido un sentimiento inmenso, tanto… como los árboles que había en el parque de Londres.

»Esta vez sí me detuve a contemplarlos. Observé sus hojas y la luz. Esa luz débil, tan distinta a la que entraba por la ventana en mi casa de Madrid. Proyectaba un rayo justo en el banco donde Jonás solía sentarse, como si fuese una flecha que señalase el lugar adecuado. Esta vez sí me detuve a saborear los detalles que volvían a repetirse. Después de tanto tiempo, volvíamos a estar juntos, debajo de los árboles».

LONDRES, CINCUENTA Y CINCO MINUTOS ANTES DE LA CITA ENTRE CHAY Y ÁNGELA

Ángela aún tenía en la mano la carta que Elisabeth le entregó. Se percató rápido de que la letra era distinta a la del diario. Su mente se hizo eco de una pregunta… ¿no reconoció Jonás la letra de la mujer que amaba?

—Pero… cuando Thomás falleció, ¿por qué no habló abiertamente con Chay? ¿Por qué siguió ocultándole a su hijo la presencia de Leonore?

Como si estuviese esperando la pregunta, Elisabeth contestó mientras sus ojos seguían los pasos de los viandantes que se cruzaban delante de su ventana:

—Para él, Jonás nunca existió… decidió que no quería enseñar a su hijo esa parte de su pasado. No quería mostrarle las heridas y las

marcas que Auschwitz le dejó. Y aunque yo siempre supe quién era Thomas, jamás volví a hablar de su pasado. Aquello ocurrió —dijo Elisabeth bajando la mirada—, él se arrepintió toda su vida, pero no encontró perdón en su alma y quiso enterrar para siempre a Jonás. Lena solo existió en esa historia… por eso Chay no sabe quién es Leonore.

—Ella es Lena —susurró Ángela emocionada.

LONDRES, 18 DE MAYO DE 1999

Leonore caminó despacio en dirección al banco donde estaba Jonás. En su camino se cruzó con Elisabeth. No se miraron. Se separó de él, haciendo posible con su ausencia un reencuentro que llevaban cincuenta y cinco años esperando.

Sin decir nada, Leonore se sentó en la otra esquina del banco. Jonás sintió el crujir de las piedras que la mujer pisó al sentarse junto a él.

—Buenos días —saludó Jonás con una sonrisa mientras mantenía la mirada al frente.

—Buenos días, señor —respondió Leonore con los ojos llenos de lágrimas, que encerradas en sus inmensos ojos negros aguardaban el momento de salir y correr por sus mejillas.

Se quedaron en silencio, sin saber qué decir. Oficialmente eran dos desconocidos que compartían un banco del parque. Leonore sintió como su voz erizó la piel arrugada de Jonás. Hizo ese gesto con sus manos que denotaba lo nervioso que estaba, y la anciana supo que el timbre de su voz le había traído de vuelta a sus recuerdos.

Al principio se quedó inmóvil, sin hacer ni decir nada, y Leonore se limitó a observarlo. Recorrió su rostro arrugado con la mirada, su pelo que peinaba canas, observó su nariz…, sus labios y comprobó que los años no habían rectificado la forma perfecta de su barbilla. Sus ojos bajaron a las manos que sostenían el bastón blanco que hacía las veces de ojos, cuando Elisabeth no estaba con él.

Aquel anciano de setenta y siete años distaba mucho del muchacho que despidió en Auschwitz, y del hombre que encontró saliendo de la fábrica de Camden. El tiempo había pasado, sin dejar rastro de la belleza ni la juventud, pero no fue capaz de cambiar la sonrisa, ni la forma en que inclinaba la cabeza cuando a su mente venían recuerdos hermosos en los que quería concentrarse.

—Si usted quiere —se atrevió a decir Leonore— puedo ayudarle y acompañarle donde desee ir cuando tenga que marcharse.

Como si la voz de Leonore fuese una música que lo hipnotizase,

Jonás se quedó en silencio. No podía ser. Era ese timbre. Otra vez.

La anciana lo seguía observando. Jonás se mostró nervioso ante su nueva acompañante, y ella sintió que podía estar incomodándolo.

—Discúlpeme. Supongo que estará usted aquí sentado cómodamente y lo último que quiere es hablar con una extraña.

—No —respondió Jonás sin dejar terminar a la anciana—. No me molesta. Es solo que… —sonrió— su voz… me trae recuerdos. Me ha traído de vuelta a alguien que esperé mucho tiempo.

Londres, cincuenta minutos antes de la cita entre Chay y Ángela

—Pero… ¿qué pudo haber hecho Jonás para que no quisiera que Chay conociese la historia de su vida? —preguntó Ángela confundida.

—Thomas se equivocó. Fue un error y aquello costó la vida de alguien que había sido importante para él. Nunca se lo perdonó. La operación no salió como esperaban. Cuando la guerra terminó sintió que con ella también había terminado la historia de Jonás Golik y nunca más volvió a nombrar nada que trajese a su mente ningún recuerdo que lo obligarse a recordar su error. Ella fue lo único que mantuvo de la historia de Jonás, hasta que yo mandé escribir la carta que tienes en las manos.

—Pero ¿de qué operación está hablándome, Elisabeth?

La anciana se reclinó en su sillón. Dio un suspiro y respondió con voz suave:

—De la operación Lena.

Londres, 18 de mayo de 1999

Durante una hora, Jonás y Lena volvieron a charlar debajo de los árboles. En aquella ocasión, no narraron historias de aventuras, ni planificaron ningún viaje. Tampoco recordaron su infancia, ni los paseos por la Varsovia antes del bombardeo.

Pero en esa conversación en la que aparentaban ser dos extraños, hubo la misma complicidad que en las charlas de cincuenta y cinco años atrás. El tiempo se detuvo y Leonore volvió a sentirse Lena cerca de él. Sabía que no podrían hablar nunca de su pasado. No recordarían su infancia ni se reconocerían el amor que dejaron en pausa en el lugar más horrible del mundo.

Tenían la oportunidad de conocerse como Thomas y Leonore, y de volverse a enamorar debajo de aquellos árboles. Sin prisas, sin

condiciones, sin ningún tren de ganado que los deportase a un lugar donde cambiar y alejarse.

Leonore no sabía cuánto tiempo le regalaría la vida y cuántas serían las mañanas que podría sentarse debajo de los árboles. Entendió que el tiempo se cuela como si fuese arena dentro de un reloj, no da tregua y, sobre todo, no vuelve atrás.

Había perdido cincuenta y cinco años de su vida lejos del ser que más quería en el mundo, si la vida le regalaba cinco horas más a su lado, estaba dispuesta a disfrutarlas.

LONDRES, CUARENTA Y CINCO MINUTOS ANTES DE LA CITA ENTRE CHAY Y ÁNGELA

Ángela no entendía nada. Frunció el ceño y apretó los labios como solía hacerlo cuando algo no le cuadraba.

—¿Operación Lena?, pero… ¿se está refiriendo a la operación que se hizo en Gran Bretaña por los nazis?

Elisabeth se limitó a asentir con la cabeza…

—¿Tuvo algo que ver Jonás con esa operación? Y, ¿Lena?

Decenas de preguntas se arremolinaron en su mente y apenas podía articular palabra mientras miraba a la anciana, que desde su sillón comenzó a contar la historia.

Elisabeth entendió que como espectadora, para Ángela esa historia fuese causa de entusiasmo y euforia. Al y fin y al cabo, Jonás formó parte de la Segunda Guerra Mundial, y Lena dio nombre a una operación que llegó al 2015 siendo una completa desconocida. La operación Lena dejó muchos interrogantes abiertos y poca documentación que respondiese a los expertos todas las cuestiones que plantearon acerca de su ejecución.

Para Elisabeth, Jonás era simplemente el amor de su vida y Lena, el fantasma con el que peleó desde el principio. No se sintió cómoda ante la reacción de Ángela, y sintió que la reunión debía terminar.

—Ahora ya sabes quién es Leonore, y lo que significó en las vidas de Jonás y la mía. Supongo que, a estas alturas, con el telón levantado y tantos personajes en el escenario, Chay empezará a ver una obra que le sorprenderá, porque a pesar de que pasó delante de sus ojos, nuestra historia, la de los tres, fue imperceptible para los demás. Déjale la puerta abierta para que entre a buscar entre los recuerdos. Es hora de que Chay sepa quién fue Jonás Golik.

LONDRES, 18 DE MAYO DE 1999

Aquella hora que le había regalado Elisabeth a los dos pasó muy

rápido. Los dos extraños dialogaron como si la confianza de una vida entera les diera temas de conversación y complicidad. Y aunque ninguno confesó que la presencia del otro le había devuelto a un pasado que ambos quisieron olvidar, para Jonás y Lena fue como volver a sentarse debajo de los árboles de Varsovia.

—Ha sido fantástico encontrarla, Leonore, y compartir este rato de charla con usted —comentó Jonás, que sintió al oír el crujir de unas hojas secas que Elisabeth había vuelto de sus recados.

—Ha sido un verdadero placer conocerlo —respondió la anciana—. Por cierto… usted no me dijo su nombre.

Jonás esbozó esa sonrisa pícara. Con dificultad se levantó del banco dispuesto a caminar en dirección al ruido de las hojas secas, donde sentía que lo esperaba Elisabeth.

—Tiene razón… y es extraño que habiéndonos cruzado en la escalera aún no sepa que me llamó Thomas.

El hombre avanzó despacio, ayudado por su bastón blanco. Leonore se quedó en el banco pensativa. Había reconocido a la mujer de la escalera y la que años atrás preguntó su nombre en el barrio de Notting Hill. Sabía que no había sido una casualidad sentarse en aquel banco, y que no era la primera vez que compartían espacio. Sin embargo, Leonore no tenía muy claro si había reconocido a la mujer que se escondía detrás, y si el timbre de su voz lo había llevado de vuelta a Lena Wiesel.

Durante el camino de vuelta a casa, Elisabeth, nerviosa, observó cada gesto de su esposo. Intentó adivinar las sensaciones que le había transmitido estar cerca de Leonore, pasar tiempo con ella, navegar a través del timbre de su voz en su pasado y en los recuerdos que tanto se esforzó en guardar.

Jonás se mostró como cada día, sonriente. Comunicativo, cariñoso, atento. Al llegar a casa, se sentaron cada uno en su sillón y dialogaron acerca de las noticias del periódico que Elisabeth leyó en voz alta.

Levantó la mirada por encima del periódico, y observó a su marido como siempre. Encontró calma en su aparente normalidad. Estaba tranquila. Jonás no había reconocido a Lena Wiesel.

Desde que escuchó hablar a Leonore en la puerta del café de Notting Hill, Jonás reconoció el timbre de la voz inconfundible de la mujer que más amaba en la vida. Desde ese día valoró muchas cosas.

¿Y si era ella?, ¿y si había vuelto por fin? ¿Qué debía hacer él? Pero su corazón y su mente no tardaron en darle una respuesta.

Sus ojos eran los de Elisabeth. Las manos que lo sujetaban cuando había consulta médica y se ponía tan nervioso eran las de Elisabeth. El beso de buenas noches y el de cada mañana también era de ella. Los recuerdos de los últimos cincuenta y cinco años correspondían a su esposa.

Aquel timbre le había devuelto al ser que más quería en el mundo, pero no podía ser lo suficientemente fuerte como para apartarlo de su vida.

Desde entonces, se limitó a esperar. Jonás sabía que si el timbre era de ella, y esa mujer que decía llamarse Leonore en realidad era Lena, se quedaría muy cerca de él.

Y esa mañana de mayo de 1999 Jonás, con aparente normalidad, se despidió de Lena. La dejó sentada en el banco del parque esperando el momento de volverla a ver.

Jonás había reconocido a Lena Wiesel.

CAPÍTULO LXXVIII

DÉJAME CONTARTE

«Este viaje ha cambiado mi vida, la forma de verme y de ver a los demás. Y ahora que está a punto de terminar, echo la vista atrás y comprendo todo. No existen las casualidades. Todo lo que ha ocurrido, lo había tramado el destino: el abrigo, el chico del Starbucks, conocer a Irune, las ancianas del edificio y la mujer más especial que ha llegado a mi vida, Lena Wiesel».

LONDRES, LA MAÑANA SIGUIENTE DE LA CITA ENTRE ÁNGELA Y CHAY

Apenas quedaban siete días para su regreso a Madrid y Ángela sentía que aún le faltaban muchas cosas por hacer. Por momentos, llegó a plantearse que fuera de Camden su vida seguiría siendo como era antes de viajar a Londres.

Pensar en volver le daba vértigo. Temía enfrentarse a ese momento en que volviese a abrir la puerta de su casa, pero a la vez, estaba deseando comprobar cómo sería la vida en Madrid de la nueva Ángela.

En siete días esa vida que creó de la nada y que comenzó solo unas semanas atrás terminaría. Debía pensar en la despedida de Irune y en no encontrarla al llegar a casa.

En solo una semana, el sueño del que Chay la hizo protagonista se tornaría de silencios y despedida. Sabía que lo fácil era quedarse allí, acomodarse, y volver a depender de aquellos que la hicieron sentir en calma durante todas esas semanas. Pero fueron ellas, Leonore y Elisabeth, las que hicieron entender a Ángela que la calma se encontraba dentro de ella. Igual que la fuerza, los sueños y las ganas por empezar de nuevo.

Sabía que esos encuentros no habían sido casualidad y que el amor era lo suficientemente fuerte como para ganarle el pulso a los kilómetros. Sintió que no debía adelantar ninguna despedida, ni volver agridulce los momentos que le quedaban en Camden.

A falta de siete días para volver, Ángela no advirtió a nadie de su partida. Aún quedaban cosas por descubrir y no estaba dispuesta a perder el tiempo.

La mañana después de la cita con Chay, Ángela se levantó nerviosa.

El muchacho conoció aquella noche a Lena Wiesel a través de los labios de Ángela. Se emocionó con su historia, y abrió con ella la posibilidad de navegar en unos recuerdos que no le pertenecían. Necesitaba saber si Jonás Golik formó parte de su vida, solo así entendería que Lena pudiese vincularlo con su pasado.

—¿Llevas mucho tiempo esperándome? —preguntó Ángela cuando encontró a Chay de espaldas, esperándola en plena calle.

El muchacho se limitó a sonreír. Negó con la cabeza, le dio un beso corto en los labios y acarició sus manos.

—¿Vamos? —preguntó nervioso.

—Vamos… —respondió ella con una sonrisa.

LISBOA, 1958

La mujer del abrigo blanco se convirtió en una oportunidad para Lena. Disfrazada con la identidad que Meyer inventó para ella y sin pasado, empezaba de nuevo subida en aquel vehículo de color oscuro, acompañada de una mujer de aspecto elegante y mirada triste.

No sabía lo importante que sería para ella en el futuro, pero comprendió rápidamente la relevancia de su presencia en el presente.

El vehículo las condujo hasta el hotel Plaza, un precioso edificio construido apenas cuatro años antes, situado en pleno corazón de la ciudad.

Lena se bajó del vehículo ruborizada… ¿un hotel? Sintió vergüenza. No tenía dinero. Ni sabía dónde ir. Ese lugar estaba muy por encima de sus posibilidades.

María agradeció al señor que condujese hasta el hotel y lo citó al día siguiente a la misma hora. El hombre asintió y se fue con el coche, dejando a Lena y María a las puertas del hotel más lujoso de Lisboa.

Caminando detrás de ella con paso lento, avergonzada por sentirse una intrusa en aquel lugar, Lena se maravilló al conocer el *hall* del hotel y la elegancia de las mujeres que se cruzaban agarradas del brazo de señores ataviados con trajes. Caminó observando la imponente iluminación del lugar, los sofás tapizados con telas que no había visto en su vida y las pinturas que adornaban las paredes.

Lena no sabía quién era la mujer que acababa de conocer, pero intuyó que debía ser alguien relevante para acaparar las miradas de todos cuando entró en el hotel Plaza de Lisboa.

LONDRES, 2015

Leonore esperaba con un té recién hecho a su visita de cada mañana cuando escuchó tocar la puerta dos veces. Sabía que era ella. Con paso lento y ayudada por un bastón, abrió. Detrás, Ángela y a Chay cogidos de la mano la esperaban con una sonrisa.

La anciana se sorprendió, pero evitó evidenciarlo. Dio un paso atrás y los invitó a pasar.

—Ella es Leonore… la anciana de la que te hablé, y la que me ha dado la oportunidad de conocer a través de sus letras la historia de una mujer fascinante, Lena Wiesel —dijo Ángela sin apartar los ojos de la anciana.

LISBOA, 1958

María abrió la puerta de su habitación, invitando a Lena a pasar a su interior.

—Mañana dispondré que te preparen una habitación y disfrutes de ella el tiempo que necesites. Esta noche tendrás que compartirla conmigo, sino te importa.

—Me basta dormir en el suelo bajo este techo para sentirme completamente agradecida. Mañana me iré, no se preocupe. No tendrá que disponer ninguna habitación para mí.

La muchacha entró en la habitación. Miró a todos lados: la madera robusta del cabecero de la cama inmensa que vestían ropas de lino y algodón, las lámparas de cristal, el blanco impoluto de las paredes…, las cortinas perfectamente seleccionadas, dando un toque de elegancia a una habitación de cincuenta metros cuadrados.

Un vestidor repleto de ropas elegantes, abrigos de todos los colores, zapatos de tacón, tocados para el pelo… Lena siguió caminando, deleitándose con la belleza y la calma que le invadió al entrar en la habitación del hotel Plaza.

LONDRES, 2015

—Tuve la necesidad de traer a Chay para que la conociese, espero que no le moleste —dijo Ángela mientras ocupaba su asiento junto a la ventana.

La anciana hizo un gesto a Chay para que se sentase en una de las sillas. Supo desde que lo vio en la puerta, que Ángela ya había averiguado que detrás de ella se encontraba Lena Wiesel. Aun así, prefirió dejar que el tiempo pusiese en orden los recuerdos y fuese la misma historia que marcaba el diario la que reconociese la identidad de todos los personajes.

Ángela abrió el diario y dejó que su instinto la guiase hasta el capítulo que ese día quisiera mostrarle el azar.

Apenas llevo unas horas en este autobús. He decidido mi destino buscando los recuerdos que me trae quien ha guiado mi vida hasta este momento. Sin embargo, me siento incapaz de ir al lugar donde se encuentra él. Tengo miedo. No quiero enfrentarme al dolor, y no quiero que él se conforme con alguien que no es capaz de demostrar amor. No estoy preparada, y sé que él me esperará siempre. Debo encontrarme, dedicarme a mí y pararme a escuchar mis silencios, solo así sabré cómo debo seguir.

He decidido comenzar mi camino en Lisboa. No sé cuánto tiempo estaré allí, ni cómo saldré adelante. Solo sé que Jonás me habló de esa ciudad, necesito comenzar mi futuro buscando en mi pasado.

—Pero ¿no fue a buscarlo en cuanto pudo hacerlo? —preguntó la muchacha.

—Lo ha dicho —respondió Chay—, ella pensaba que él la esperaría siempre, por eso no fue a buscarlo.

LISBOA, 1958

Lena fue incapaz de dormir aquella noche en la que sus ojos buscaban las molduras del techo de la habitación del hotel Plaza. Intentó pensar en un plan perfecto que le facilitase la vida, algo que la ayudase a comenzar de nuevo, pero nada de lo que podía soñar estaba a su alcance. A la mañana siguiente, María sentó a Lena junto a ella al borde de la cama.

—Todos necesitamos ese empujón que acelera nuestro ritmo y marca el paso del camino. No creo que fuese casualidad encontrarte. Ahora que justo me quedo sin personal de confianza que me acompañe en cada viaje ocupándose de mi vestuario y de mí. Creo que podríamos comenzar de nuevo juntas.

Lena la observó en silencio.

—Te estoy ofreciendo conocer el mundo. Visitar los mejores hoteles y permanecer junto a mí en todos esos momentos. ¿Qué dices, Leonore? ¿Quieres comenzar de nuevo?

En ese momento, en la vida de Lena comenzaba el capítulo junto a una de las sopranos más importantes. María Callas era la mujer del abrigo blanco que ayudó a Lena a comenzar de nuevo.

LONDRES, 2015

Siempre pensé que los ángeles vestían de blanco. No podía ser causalidad que el abrigo de María fuese de ese color. No sabía nada de ella, pero tardé poco en darme cuenta de que el destino la puso ahí para ayudarme. Sin imaginarlo, el día en que me monté en el vehículo que nos condujo hasta el hotel Plaza en Lisboa, cambié el sentido de mi vida. Ella trazó para mí un camino que me alejó de Jonás.

María me ofreció una vida de oportunidades donde no había hambre, ni frío. Una vida que me permitía olvidar un pasado que Jonás me recordaba demasiado. Aun así, yo sabía que me esperaría siempre, y decidí caminar junto a ella… María Callas, la soprano más importante, estaba regalándome la oportunidad de crecer a su lado, y yo no lo dudé.

—Dios mío —susurró Ángela sorprendida.

La anciana aprovechó ese momento para levantarse y caminar hacia el pasillo que conducía a las habitaciones.

La pareja, que permanecía en la sala de estar, aguardó en silencio a que Leonore volviese.

Regresó con una caja de metal bastante grande que guardaba fotografías, recortes de periódicos, peinecillos que la artista llevaba en sus espectáculos y el cartel que anunciaba en Lisboa aquel marzo de 1958, que María Callas y Alfredo Kraus estarían en el Teatro Nacional de São Carlos con *La Traviata*.

—Fue una de las artistas más importantes del siglo —comentó la muchacha llena de entusiasmo mientras repasaba las fotos y los recuerdos que almacenaba la caja de metal.

—Fue una de las mejores personas que he conocido en mi vida. Su música, capaz de transmitir emociones a quien era incapaz de sentir, no consiguió sacarla de la tristeza en la que vivió —dijo la anciana

sentándose en su sillón.

Chay dejó las fotografías en la caja y se acercó a la anciana. Ángela seguía mirando los recortes de periódicos.

—María Callas…, ¿viajó a Londres durante el tiempo que Lena estuvo con ella? —preguntó Chay.

La anciana se percató de que el muchacho había empezado a tirar de un hilo que la unía a su padre. Había llegado el momento de contar la historia sin dejar nada por decir.

—Sí… Lena viajó a Londres durante el tiempo que permaneció con María, lo hizo varias veces —respiró hondo y espero unos segundos antes de seguir—, pero no lo buscó, él seguiría esperándola, o eso pensaba ella.

CAPÍTULO LXXIX

LA CAJA DE LOS RECUERDOS DEL FONDO DEL ARMARIO

«Siempre fui un niño curioso. Me gustaba estudiar cualquier cosa que me diese la respuesta a las preguntas que me formulaba durante el día. Siempre me gustó saber no solo cómo funcionan las cosas… sino cómo lo hacen también las personas.

»Supe desde muy pequeño que detrás de la fachada amable de mi padre, había una historia que él ocultaba por algún motivo, pero nunca imaginé que su alma encerrase tanta pasión por la vida y por una mujer».

Sabía que en algún momento, durante la lectura del diario o en alguna charla tras un café, Ángela acabaría desvelando el hilo del que tirar para que Chay pudiese conocer la verdadera historia de su padre.

Sentía miedo y ganas con la misma intensidad. En el fondo siempre quiso que su hijo descubriese la caja de los recuerdos del fondo del armario.

Había asumido que el silencio que guardó durante tantos años debía romperse en ese momento en el que el destino jugó sus cartas. Cómo si no podría entender que de los más de ocho millones de habitantes de Londres, aquella chica fuese a cruzarse con el hijo del hombre que más amó la mujer que dejó un abrigo en una tienda *vintage* para que ella lo encontrase.

Visto con perspectiva, parecía una broma del destino. Una fuerza que los llevaba a unir los eslabones rotos de una misma cadena, y ella, que nunca había creído en las casualidades, decidió respetar ese movimiento que hizo el azar para situar a la muchacha que llegó desde Madrid en el centro de una historia que aún alguien debía escuchar.

LONDRES, 2015

Chay sabía que tenía delante a Lena Wiesel. Por momentos, sentía la necesidad de gritarle que contase la historia de su vida y se centrase especialmente en el capítulo del que él, sin saberlo, formó parte.

Sin embargo, el muchacho quedó atrapado en la inmensidad de los ojos negros de la anciana, y prefirió respetar con el silencio el momento en que la mujer decidiese contarlo.

Elisabeth se levantó del sillón. Estaba inquieta, como si alguien le hubiese chivado al oído que en la planta de arriba, los secretos que ella había custodiado con tanto mimo empezaban a quedar al descubierto.

Sintió la necesidad de levantarse, y con paso lento recorrió el pasillo hasta su habitación. Abrió el armario de madera tallada que aún conservaba la vieja llave oxidada que traía. Corrió la ropa hacia el lado izquierdo y pudo ver al fondo la caja de los recuerdos.

La sacó con cuidado, colocándola sobre la cama. Se sentó en el borde y acarició la tapa. La abrió dejando al descubierto el alma y los secretos de Jonás Golik.

Aquella vida que comencé en Lisboa en 1958 me llevó a viajar por el mundo. Conocer otras culturas, otras gentes. Aprendí nuevas lenguas y probé sabores que nunca habría imaginado.

Permanecí en Lisboa las semanas que duró el espectáculo de María. De ahí nos fuimos a París, y pasados unos días nos instalamos en Grecia.

Yo me encargaba de su vestuario, controlaba que no faltase nada en la habitación antes de una ópera ni después… y aunque ella siempre me trató con respeto, cada vez que se rodeaba de gente yo me sentía pequeña.

Ángela rompió el silencio entre Chay y la anciana leyendo otro párrafo del diario.

—¿Hasta cuándo permaneció Lena con María? —preguntó Ángela.

—Hasta el final. Permanecí a su lado hasta aquel 16 de septiembre de 1977 en que me despedí de ella para siempre.

En ese momento, Leonore sintió la necesidad de dejar de fingir, y comenzó a hablar en primera persona de su historia:

—Desde que la conocí en Lisboa no me separé de ella ni un

segundo, hasta que ella me obligó a perseguir mi sueño y dejar de vivir en el suyo. Me empujó a volver a Londres. Pagó mi billete de avión y durante meses caminé errante por la ciudad buscando un rostro que me recordase al muchacho que dejé al final del camino de Auschwitz.

—Pero… ha dicho que permaneció con ella hasta el final —comentó Chay.

La anciana dio un suspiro antes de responder.

—Cuando encontré a Jonás supe que me había equivocado. Que no me estaba esperando y comprendí que había llegado tarde. Muy tarde. Asumí mi derrota y mi culpa. Continué en Londres, pero visitaba puntualmente a María y pasaba algunas semanas con ella al año. El resto del tiempo permanecí cerca de Jonás, oculta detrás de un periódico o sentada en la última mesa de una cafetería de Notting Hill.

La pareja escuchaba en silencio la voz quebrada de la anciana.

—A veces, siento que nunca estuve en ninguna parte. No estuve para Jonás y realmente tampoco para María. No estuve con Constanz y mucho menos para David. Sentía que vivía a medias en el mundo de quien me quería, por eso, en muchos momentos necesitaba huir.

Leonore hizo una pausa, sus ojos se llenaron de lágrimas que se asomaron a los ojos cubriéndolos de una fina capa que pareciese cristal. Tardó en romper la primera lágrima, justo el tiempo que ella se tomó para acabar diciendo:

—Quiso el destino que ese 16 de septiembre yo estuviese con ella y su despedida coincidiese con una de las visitas que le hacía durante el año. A María le explotó el corazón, aún no sé si de amor o de tristeza, o quizá fueron ambos sentimientos los que a partes iguales peleaban dentro de su alma que se partió ese día. María se fue dejándome completamente sola.

Elisabeth abrió lentamente la caja de los recuerdos de Jonás. En lo más alto estaba el broche.

Lo colocó en la palma de la mano y lo observó durante unos segundos. Le dio la vuelta y repasó con sus ojos cada una de las líneas que formaban el grabado del nombre de Lena.

Ángela y Chay sintieron que después de las palabras de Leonore debían guardar silencio. Respetar el dolor que había levantado ese polvo que mueve la melancolía y los recuerdos.

María Callas, la soprano más importante del siglo XX, había sido una hermana para ella. La mujer que le enseñó el mundo y las miserias que pueden esconder el poder y el dinero.

Cuando Leonore ya no pudo aguantar esos recuerdos, y todos invadieron su mente y se colaron en su alma, la anciana comenzó a llorar en silencio. Desde el sillón que había frente al suyo, Chay la miró con ternura y se inclinó para acariciar sus manos arrugadas.

Dejó el broche sobre la falda y siguió rebuscando en la caja de los recuerdos. Apartó recortes de prensa donde hablaban de la operación que pasó a la historia como la desconocida operación Lena. Hasta que localizó doblada en cuatro partes la carta que el Brigadeführer escribió a Jonás dando las instrucciones para llegar hasta Gran Bretaña.

Elisabeth la leyó en voz alta y la tristeza se apoderó de ella. Se aferró al papel, abrazándolo en su pecho, y recordó ese momento en que su esposo le confesó entre lágrimas cuándo decidió enterrar para siempre a Jonás Golik.

Ese momento en que quiso morir y desde el que arrastró su culpa hasta el final de sus días. Ese momento en que decidió no hablar nunca más de quien fue, matando para siempre al hombre al que nunca querría parecerse.

—Sin duda… el abrigo llegó a las manos adecuadas —dijo Leonore mirando a la muchacha.

La anciana sintió que debía avisar al muchacho de que había llegado el momento. Se inclinó desde su sillón y sostuvo las manos de Chay.

—Quizá deberías ir a ver a tu madre. Se alegrará mucho de verte. Nosotras seguiremos aquí, leyendo el diario. Pero tú… deberías ir a verla.

CAPÍTULO LXXX

TODA LA VERDAD

«Solo quien oculta la verdad y la esconde en el fondo de un armario guardada entre documentos y coronada por un broche que lleva grabado un nombre entiende el motivo de tanto silencio. Y cuando estás delante de esa verdad es cuando planteas si merece la pena conocerlo todo o, a veces, y solo a veces, es mejor quedarse con ese silencio que acaba con una sonrisa.

»Ha llegado el momento, y solo espero que, desde donde estés, entiendas que necesito saber qué escondía tu alma y dónde te llevaban tus recuerdos cuando en algunos de los momentos que compartimos juntos, volabas a otro lugar. Necesito conocerlo, papá… para sentirme más cerca de ti».

LONDRES, 2015

Tardó varios minutos en bajar los diecinueve peldaños que separaban la planta de Leonore de la de Elisabeth. Bajó lento cada escalón, y cada uno le estimulaba un pensamiento dirigido a su padre. Algunos peldaños se tiñeron de recuerdos. De las primeras veces en bicicleta o de los primeros cafés en Notting Hill. Otros anhelaban perdón. Al fin y al cabo, su padre había guardado aquel secreto por las razones que considerase, y él estaba a punto de conocer el motivo de sus silencios. Al llegar al último escalón, Chay se detuvo y contempló unos segundos la puerta de su madre. La observó al detalle, como si en ella estuviese la clave del misterio.

Estaba nervioso. No sabía cómo iniciar la conversación. Ni si debía contarle que había conocido a Lena Wiesel. Estaba confundido, no sabía por qué debía ocultar a la anciana de la tercera planta y, sin embargo, sentía que algo la unía a sus padres.

No hizo falta que llamase, Elisabeth abrió la puerta cuando él aún no había bajado el último peldaño.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—Discúlpeme —dijo Ángela ocupando su sitio frente a la anciana —, ahora que no hay nada que ocultar, y que sé que es Lena… ¿Cómo debo llamarla? —preguntó la muchacha.

La mujer sonrió con ternura.

—Como siempre, querida: Leonore. Hace mucho tiempo que dejé de ser Lena. Mucho más de lo que yo imaginaba. Quizás Lena murió sin que yo lo supiera el día que bajó del tren de ganado, y fue ahí cuando nació la mujer que tienes delante. O quizás Leonore nació del Brigadeführer, y esa identidad me obligó de alguna forma a ser la mujer que soy hoy. Así que llámame como lo has hecho hasta ahora.

La anciana se inclinó y retiró de las piernas de Ángela el diario que ella misma había escrito. Lo tocó como si estuviese acariciando sus recuerdos. Lo abrió por la mitad y repasó con la yema de sus dedos las líneas que conformaban las palabras de las que se llenó el cuaderno de su memoria. Ángela la observó en silencio.

—Ahora que sabes tanto de mí, que has leído muchos de los pasajes de mi vida, supongo que ha llegado el momento de preguntarte si quieres saber algo más sobre esta historia —pronunció Leonore.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Madre —susurró Chay desde la escalera.

Elisabeth sonrió y lo invitó a pasar con un gesto alegre. El muchacho entró deprisa y se fundió en un abrazo largo y fuerte con su madre. La mujer sintió que había llegado el momento. Estaba preparado para conocer la historia de Jonás Golik. Sujetó el rostro de su hijo con las manos. Lo miró a los ojos y le dijo con la voz llena de ternura:

—Pasa, quiero contarte una historia. Una muy especial. La historia de Jonás Golik. Siéntate a mi lado…

Emocionado, Chay agarró fuerte a su madre de las manos. Sabía que la historia lo llevaba esperando toda su vida y que su padre sabría entender que sus silencios debían cobrar voz para terminar de cumplir un plan que comenzó setenta y un años atrás.

LEONORE, TERCERA PLANTA

La anciana comenzó a reír, como lo hace una adolescente cuando el

chico que le gusta la mira, o cuando sus amigas le preparan una fiesta de cumpleaños sorpresa. Leonore era capaz de recuperar el brillo de sus ojos cuando hablaba de él.

—Elisabeth permitió que cada martes y jueves Jonás y Lena pasasen una hora juntos sentados bajo los árboles. No había nada que cambiase esos planes. Ni la nieve, ni la lluvia, ni el frío. Pasase lo que pasase, Jonás caminaba del brazo de Elisabeth y cruzaba el parque hasta sentarse en el banco donde Lena siempre lo esperaba.

Ángela se acomodó en el sillón. Apoyó la barbilla en la palma de su mano y atenta se atrevió a navegar con Lena dentro de sus recuerdos. Tanto, que fue capaz de verlos tal y como ella relataba, debajo de los árboles.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Cada martes y jueves caminábamos por el parque hasta el banco que hay debajo de los árboles. Lo hacíamos siempre. Daba igual que nevase o hiciese frío. Al llegar allí, sentada en el banco estaba ella, Lena Wiesel. Nunca faltó a la cita… con tu padre.

Chay escuchaba atento, y aunque surgían mil preguntas que se amontonaban en el aire, no se atrevió a verbalizar ninguna. Quería escuchar la historia y entender. Necesitaba entender.

—Tenían una hora para charlar. Nunca pregunté de qué hablaban. Cuando aquellas conversaciones terminaban y el reloj marcaba las doce y media, tu padre y yo volvíamos a casa y continuábamos con nuestras vidas, con nuestras charlas junto a la ventana. Cuando aquella hora terminaba, ella desaparecía.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—Al principio, todo era muy extraño. Había que disimular. Aparentar que no lo conocía. Que nunca me había detenido a contemplar sus facciones y que no sabía de memoria cada mancha de su piel. Solo teníamos dos horas a la semana, pero fueron suficientes para hablarle de todo sin tener que decirle quién era. Se lo prometí a Elisabeth… nunca le diría que era Lena.

—¿Cumplió su promesa? —preguntó la muchacha.

—Nunca dejé de cumplir ninguna de las promesas que hice en mi vida, por eso estoy aquí contigo —respondió la anciana—. Aún me queda una por cumplir.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Supongo que, a estas alturas, ya sabrás la historia de Lena y Jonás —dijo Elisabeth mientras miraba por la ventana.

—Sí, Ángela conoció a Leonore. Y bueno… ella le contó la historia de Lena Wiesel. Pero no sabemos qué le pasó a Jonás cuando salió de Auschwitz. El diario solo habla de ella —respondió el muchacho.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—Durante aquellas conversaciones bajo los árboles de Camden, Lena y Jonás se fueron acercando. Volvieron a reír de las mismas cosas. Se hicieron las mismas promesas, volvieron a enamorarse cada martes y jueves, y lo hicieron sin tener que decirse quiénes eran realmente.

En ese momento, los recuerdos invadieron a Leonore y ella se sumergió en ellos permitiéndose disfrutar de Jonás y del recuerdo del viento frío de las mañanas de Camden, cuando el tiempo se detenía debajo de los árboles.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Jonás llegó a Londres a través del canal de la Mancha embarcado junto con diez pasajeros más. Todos viajaron coaccionados, amenazados con llevarlos a campos de trabajo o asesinar a sus familias. Todos menos Jonás. Él había subido a esa barca ayudado por el Brigadeführer Herr Frank Meyer. El alemán hizo pensar a sus camaradas que Jonás sería un espía que enviaría información errónea para que fracasase el plan de conquista de Gran Bretaña. Aquel plan recibió el nombre de operación Lena y buscaba conspirar contra el Führer.

En silencio Chay escuchaba a su madre.

—Jonás llevaba una maleta llena de documentos que contenían la información suficiente para condenar al Brigadeführer y los altos mandos que colaboraron con él en la ejecución de la operación Lena. La documentación viajó en una maleta que él subió a la barca, y que camufló entre su equipaje.

El muchacho empezó a escuchar en aquella historia: nombres que había leído en los libros de historia. La operación Lena, una de las operaciones más estudiadas por historiadores y de las que no pudieron

averiguar nada. La documentación había desaparecido, y no localizaron a ninguno de los protagonistas con vida para poder detallarles el objeto de esta operación. Chay acababa de conocer que Jonás Golik tenía parte de los documentos de esta operación pero ¿quién era realmente ese hombre?

LEONORE, TERCERA PLANTA

—¿Jonás fue un espía de los nazis? —preguntó emocionada la chica.

—Realmente, él subió a esa barca como un supuesto espía, pero el Brigadeführer no quería ese destino para él. Sabía el peligro que corría su vida. Por eso le advirtió antes de salir de Auschwitz que no hiciese nada al llegar a Londres. La guerra estaba debilitando la posición de Alemania, solo tenía que esperar. Aun así, Jonás siempre lo tuvo claro, de alguna forma, él formaba parte de aquella operación que recibió el nombre de la mujer que amaba. Asumió su riesgo y sin desvelarle nunca al Brigadeführer que él también formaría parte de la red de espionaje, salió de Francia con un destino muy claro. Ayudar a boicotear el plan de guerra de Hitler.

La anciana, consciente del impacto que estaba causando en la muchacha el relato, prosiguió sin preguntar. Sin detenerse, sin guardar la pausa que en muchos momentos habría necesitado para tomar aire y oxigenar los recuerdos que movían tanto dolor.

—Entonces, ¿le llegó a reconocer Thomas en las conversaciones del parque que realmente era Jonás Golik?

—Nunca reconoció ser Jonás Golik —respondió reclinada en la espalda de su sillón—. Durante mucho tiempo no comprendí por qué contaba aquella historia como la de su mejor amigo. La relataba como quien cuenta una novela de ficción y, sin embargo, hablaba de su vida. Tardé mucho en comprender que lo hacía para que yo supiese que era consciente de que tenía al lado a Lena Wiesel. Solo a ella desvelaría la historia de Jonás Golik, a nadie más…

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Al llegar a la costa británica los espías bajaron de las lanchas. Algunos comenzaron a correr sin sentido, huyendo de no sabían qué. Ajenos a la idea de morir si fuesen interceptados por agentes británicos. Churchill estaba obsesionado con la idea de crear una red

de espionaje que contrarrestase la de los alemanes. Sabía que gran parte del éxito de sus conquistas se debía a la puesta en marcha de operaciones de espionaje que garantizasen la entrada de las tropas en un momento en que el enemigo estuviese desprevenido o confundido por la información errónea que manejaban de algunos de los espías infiltrados.

Chay, que había preparado té para los dos, estaba sentado en el sillón moviendo la cucharilla en la taza. Fascinado.

—Jonás bajó de la lancha aferrado a su maleta. Llevaba las pruebas de la operación que buscaba boicotear a Hitler y lo estaban haciendo militares nazis que avistaban la pérdida de la contienda y las consiguientes consecuencias para su nación. Sabía que, si descubrían la documentación, no solo él estaría muerto, sino que también lo estaría el Brigadeführer, al que debía tanto…

—¿Qué hizo con la maleta? ¿Cómo ocultó la documentación? —preguntó el muchacho.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—Al llegar a la costa se separaron. Llegaron por la mañana, muy temprano. La mayoría se apresuró a alejarse de allí. Él, como si hubiese orquestado un plan de espionaje, se comportó como si no corriese peligro. Caminó durante unas horas hasta llegar a un pueblo. Lo hizo con otro compañero de aventuras. El muchacho, muerto de miedo, observó que Jonás se comportaba de forma tranquila. Como si tuviese un seguro que le garantizase la vida por llegar a aquellas tierras. Qué lejos estaba de saber que a Jonás ya casi nada lo podía asustar. Estaba solo y había visto morir a todos los que quería. Solo le quedaba el broche de Lena y la esperanza de verla el día que todo terminase para continuar con su historia.

La anciana hizo una pausa. Se levantó con dificultad y se dirigió a la cómoda que había al fondo de la sala. Abrió el primer cajón y sacó una carpeta vieja con los bordes levantados. Se volvió a sentar con ella en sus rodillas.

Ángela intuyó que dentro de la vieja carpeta habría documentos que completaban el diario, pero supo esperar el momento que la anciana considerase. Debía descubrirlos, así que se mantuvo en silencio, escuchando la historia que Leonore retomó desde su sillón.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Cuando llegaron al pueblo Jonás repasó mentalmente la actitud que debía adoptar para no levantar sospechas. Gran Bretaña aplicaba la ley de la traición a todos aquellos que perjudicasen los intereses de su nación. Especialmente a los que hiciesen labores de espionaje para beneficiar al Führer. Por eso, cuando su compañero decidió entrar en una taberna demasiado temprano, Jonás se detuvo. Durante el tiempo que permaneció a la espera de la señal del Brigadeführer para embarcar rumbo a Gran Bretaña, estudió a los británicos y sus pautas de comportamiento. Sabía que no bebían tan temprano y que si alguien desconocido entraba en el local pidiendo alcohol, el dueño avisaría a los agentes que rápidamente actuarían, interrogando al nuevo visitante, condenándolo bajo la ley de la traición a morir ejecutado ante la mínima duda de que fuese espía.

Chay sorbía el té mientras mantenía la mirada fija en su madre. Observó cada gesto, cada detalle de la forma en que contaba la historia. Seguía sin entender, pero estaba convencido de que estaba más cerca de hacerlo. Elisabeth continuó:

—Jonás no podía permitirse ningún error. La maleta que portaba era un detonador. La información que contenía era capaz de hacer volar por los aires muchos intereses y a muchas personas. Los documentos viajaron en un fondo falso de la maleta, oculto tras la ropa que traía desordenada. No avisó al muchacho, no lo advirtió de su error al comportarse de forma llamativa en un momento tan crucial. Se ocultó entre unas ramas y se sentó a esperar para comprobar si estaba en lo cierto. Los agentes británicos no se demoraron en llegar. El dueño del negocio llamó apenas vio entrar al visitante. Jonás, oculto entre las ramas, comprobó como se lo llevaban a un destino desconocido para ser interrogado. Jonás tuvo claro que el destino del muchacho era la muerte, que sería ejecutado por aplicarle la ley de la traición y que como él, la mayoría de los espías enviados morirían al llegar a Gran Bretaña.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—Durante varios días se ocultó en una caseta abandonada cercana al pueblo. Necesitaba ordenar sus pensamientos. Cada día se acercaba a la carretera para visualizar los coches que pasaban, la vigilancia militar, y buscar una buena coartada para contar en caso de ser

capturado.

Escuchando aquella historia, Ángela no sabía si pedirle a la anciana que se detuviese en cada detalle o por el contrario necesitaba que hablase más deprisa para conocer el destino de Jonás. La historia la atrapó desde aquel momento en que llamó a la puerta de Leonore, y aunque algo en su interior le gritaba que en la dirección del abrigo había algo que la esperaba, nunca imaginó que podría ser la historia más fascinante que había escuchado, de boca de sus protagonistas.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Apenas dormía. Le obsesionaba la idea de que pudiesen apresarlo, interrogarlo hasta poder sacar alguna información o que preguntasen algún dato del supuesto país del que procedía y él no supiese dar la información correcta.

Jonás estudió cuidadosamente cada movimiento antes de llegar a la ciudad. Lo hizo acompañado por su maleta y el firme propósito de localizar a la persona de la que hablaron en el bote mientras cruzaban al país. El Brigadeführer no quiso que se convirtiese en espía, quizá no lo viese preparado o simplemente no quiso arriesgarlo. Le ofreció salir, y solo tenía que estar quieto hasta que la guerra hubiese terminado, pero Jonás tenía otro plan, y no pasaba por esperar.

LEONORE, TERCERA PLANTA

Tras una pausa en la que Leonore ordenó sus recuerdos, la anciana continúo narrando la historia del muchacho que formó parte de la Segunda Guerra Mundial:

—Habían pasado unos diez días desde su llegada a las costas británicas, cuando Jonás llegó a Londres. Lo hizo caminando, cansado, con un plan minucioso y una respuesta a cada pregunta que pudieran hacerle para controlar que no se tratase de un espía. Era primeros de junio de 1944 cuando Jonás, con un poco de dinero que llevaba en la maleta, se hospedó en una pensión. Necesitaba ubicarse en algún lugar para comenzar las labores de espionaje tal y como estaban determinadas en la operación Lena.

—Junio de 1944 —susurró la muchacha.

Ángela, sorprendida, hizo una mueca con los labios. Aquella fecha estaba marcada en la historia del mundo como la fecha en la que comenzó el famoso desembarco de Normandía. Fue el principio del

final de la contienda y de Hitler. Lo que la muchacha no podía alcanzar a imaginar es la importancia de Jonás en esa operación que cambió el mundo tal y como lo conocemos hoy día.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Jonás buscó por toda la ciudad un club social donde hiciesen partidas clandestinas de póker. Sabía que allí podría encontrar a Erik Nielsen. Un alemán simpatizante del Régimen cuyos rasgos distaban bastante de los cánones que marcaba la raza aria. Erik era un hombre menudo, moreno, tenía los ojos oscuros y las facciones muy definidas. No tenía buenos hábitos, y llevaba infiltrado en Gran Bretaña desde el año 1940. Llegó en barca, como lo hizo Jonás, haciéndose pasar por un danés que huía preso del miedo a lo que pudiese ocurrirle si su territorio fuese conquistado por los alemanes. Era conocido en la ciudad por organizar partidas ilegales de póker o peleas clandestinas. Erik se hizo un hueco en la ciudad, y nadie lo vinculaba ni con Alemania ni con los nazis.

LEONORE, TERCERA PLANTA

La ubicación de Ángela en la sala fue cambiando a medida que la anciana narraba la historia. A ratos se sentaba frente a ella en el sillón y se tocaba las manos, nerviosa por los acontecimientos. Al poco, necesitaba ponerse de pie, apoyada sobre la pared que había frente a la ventana. Escuchaba en silencio el relato de los hechos, tan transcendentes para las vidas de quienes los vivieron como para el resto del mundo que se valió de aquella historia para cambiar su rumbo.

—Coincidió con Erik a la salida del club social. Jonás nunca me contó cómo llegó a reconocerlo. No sé si fue una intuición o había algún rasgo que evidenció que fuese el espía infiltrado que controlaba la información a los nazis y el que gestionada una completa red de espionaje en Gran Bretaña.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Jonás reconoció a Erik Nielsen por la cicatriz que tenía junto a la

oreja derecha. Era la señal que le quedaba de una herida profunda que le hicieron al cortarle el rostro con el cristal de una botella rota. Fue fácil y no lo dudó. Caminó los pocos pasos que había y se puso delante de él.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—¿Se acercó al espía alemán? —preguntó Ángela sorprendida.

Jonás no había sido adiestrado en las técnicas de espionaje que los alemanes llevaban a cabo en los territorios conquistados. Leonore le dedicó una tierna sonrisa, y respondió:

—Solo alguien que no conociese a Jonás Golik podría hacer esa pregunta. Era un hombre apasionado, y aunque era tremendamente inteligente, el corazón le marcaba el camino. Y el suyo le gritaba que buscase justicia, que intentase colaborar desde dentro en destrozar el plan de guerra trazado por un loco. Sí, se acercó al espía sin dudarlo, y aunque no planeó qué decirle cuando lo tuviese delante, no dudó en acercarse y preguntarle si era Erik Nielsen.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—El espía lo miró con desprecio. Era un hombre altivo, se codeaba con la clase alta de la ciudad y Jonás no era más que un inmigrante que había buscado asilo en un país donde tener un futuro mejor, o al menos eso era lo que pensó Erik.

»“Quiero hablar con usted” le dijo. El espía, nervioso, preguntó quién era y Jonás muy bajito respondió que venía de parte de Frank Meyer, que cumplía órdenes y que estaba a su disposición desde ese momento.

Chay, que permanecía relajado con las piernas cruzadas y los brazos sobre ellas, se incorporó cuando escuchó aquel momento de la historia.

—Se metió en la boca del lobo —susurró.

—Ese lobo era la clave para transferir la información. La que confundiese al servicio secreto alemán y de esta forma poder boicotear los planes de guerra —respondió Elisabeth.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—«No hables aquí… —ordenó el espía—, las paredes oyen, los británicos tienen dispositivos en cualquier sitio para poder escucharnos… así que cuida lo que hablas y con quién». Así le habló Erik Nielsen a Jonás. Miró a todas las direcciones y caminó buscando un callejón que había pasado el club social, donde solían tener lugar las peleas clandestinas que él mismo organizaba.

—Madre mía —susurró Ángela.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Jonás no lo sabía, pero Erik Nielsen llevaba muchos meses en el punto de mira de los servicios secretos británicos. Aquello se había convertido en una especie de teatro donde tanto hombres como mujeres hacían pensar lo que no eran para infiltrarse en determinados círculos donde pudiesen llevar o recoger información. Ese día, cuando Jonás y Erik se alejaron buscando la intimidad del callejón para hablar sin cuidado, alguien los estaba mirando desde muy cerca, sin que ellos se percatasen.

Chay se inclinó hacia delante. Nervioso.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—Erik Nielsen —susurró Ángela—… nunca había escuchado ni leído en libros de historia su nombre.

—Ni el de él, ni el de tantos espías que formaron parte del entramado nazi para la conquista de territorios. Muchos murieron en el ejercicio de alguna operación. Otros, como Erik Nielsen, tuvieron un final diferente, y la historia consideró que sería mejor no recordarlos— respondió la anciana.

Tras una pausa en la que las mujeres compartieron otras confidencias en la cocina, mientras preparaban un aperitivo para amenizar la conversación y la velada, volvieron a sentarse en los sillones de la sala para continuar con la historia de Jonás Golik.

—El día en que Jonás y Erik se adentraron en el callejón, unos ojos azules que se escondían tras unas gafas oscuras los observaban desde la distancia. Estaba en silencio, controlando cada movimiento. Poco imaginaba Jonás en ese momento la importancia que aquel hombre

tendría en su vida.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—¿Quién era ese hombre, madre? —La postura de Chay evidenció su tensión.

—Ese hombre formaba parte de los servicios secretos británicos. Llevaba meses detrás de Erik. Sabía que escondía algo, pero nada lo vinculaba directamente con Alemania y los nazis. El encuentro entre el espía alemán y Jonás fue corto y cordial. Jonás llevaba documentación de Meyer para acreditar su procedencia. Solo así podía convertirse en un aliado para Erik. Solo así podría boicotear el plan de guerra de Hitler.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—Después de la reunión, Jonás caminó solo por las calles de Londres. En el bolsillo interior de su chaqueta llevaba parte de la documentación que le había entregado el Brigadeführer. Cuando fue a girar una calle, alguien se puso delante de él. Era un hombre alto, de ojos azules, apuesto y corpulento. Lo agarró por el brazo y lo condujo a una especie de trastero que había en una de las calles poco transitadas. Jonás estaba asustado, sintió que lo habían pillado y que ese hombre pertenecía a los servicios secretos británicos. Lo tenía claro. Aplicarían la ley de la traición y acabarían con él en pocas horas.

—Pero… ¿Quién era ese hombre?

—Ese hombre era Charles Walker —contestó Leonore.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Mi abuelo —susurró Chay mientras levantaba la mirada para dirigirla a su madre que esperaba para recibirla con una amable sonrisa.

Elisabeth se levantó con dificultad. Necesitaba caminar un poco, tomar aire antes de continuar.

El puzle empezaba a definir la imagen que había detrás de cada pieza. A Chay le faltaban pocos minutos para conocer la verdadera

identidad de su padre y el motivo por el que decidió ocultar al mundo su nombre y sus recuerdos. El muchacho, consciente del estado de su madre, se mantuvo en silencio, con la imagen de su abuelo y los recuerdos de su infancia navegando a sus anchas por su mente y su alma.

Cuando la esposa de Thomas se sintió preparada para continuar, volvió a sentarse en el sillón.

—Durante horas, Jonás permaneció en aquella habitación sin ventanas, sentado en una silla, observado por varios hombres que cumplían órdenes de Charles Walker, mi padre.

—Pero… ¿qué relación tenía mi abuelo con el entramado de la Segunda Guerra Mundial? Él era un simple contable —se cuestionó el muchacho.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—Charles Walker era para todo el mundo un simple contable, pero formaba parte de los servicios secretos británicos. Estaba al mando de una red de espionaje que controlaba a todos los que despertasen el mínimo resquicio de duda de venir de parte de los nazis. Charles Walker era el abuelo de Chay.

Ángela se quedó con la boca abierta.

—Cachearon a Jonás. Tenían que comprobar que no llevaba ninguno de los dispositivos que en la época se usaban para el espionaje. Algunos eran dignos de películas, y Walker estaba obsesionado con la idea de ser espiado constantemente. Durante la búsqueda de elementos que pudiesen condenar a Jonás, lo único que encontró fueron unos documentos que firmaba Frank Meyer, y Charles no se lo pensó, sacó su arma y la puso en la sien de Jonás. Asustado, cerró los ojos, pero alcanzó a decir algo antes de que Charles disparase.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—«Formo parte de la operación Lena» dijo Jonás alzando la voz. Tu abuelo apartó el arma de la sien de Jonás y el muchacho, temblando de miedo, volvió a repetir: «Formo parte de la operación Lena, no me mate, por favor».

—¿Operación Lena? —preguntó Chay entre susurros—, ¿es casualidad que ese nombre coincida con… el de ella? —preguntó

mientras señalaba con el dedo la planta de arriba de la vivienda.

—Me parece, querido, que a estas alturas preguntar por las casualidades tiene poco sentido —respondió su madre.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—Jonás le detalló a Charles Walker y a las personas que allí se encontraban en qué consistía la operación Lena. Por primera vez, el servicio secreto británico escuchaba que desde dentro del entramado nazi buscaban boicotear los planes del alto mando. Aun así, tanto Walker como el personal adherido a su servicio no se mostraron conformes con la información si no había pruebas que la corroborasen. Algunos de los hombres que allí se encontraban plantearon a Walker matar a Jonás. Al fin y al cabo… venía de parte de un alemán.

—¿Por qué no lo hicieron? —preguntó la muchacha.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Él sabía que Jonás decía la verdad. Siempre tuvo un instinto especial para poder ver más allá de aquello que alcanzaban los ojos. Tu abuelo puso a prueba a Jonás. Estaban planteando una operación para liberar los territorios de la Europa occidental ocupada por la Alemania nazi. Llevaban tiempo trabajando en la operación Overlord. Así fue como en clave gestaron la que sería nombrada la batalla de Normandía.

—¿Cómo? —Chay estaba impresionado—, ¿mi abuelo gestó esa operación?

LEONORE, TERCERA PLANTA

Desde su sillón, sentada cómodamente y dando sorbos a su taza de té, Leonore siguió hablando:

—Pusieron a prueba a Jonás para comprobar si realmente buscaba boicotear a Hitler. Tendría que ayudarlos y ser la pieza principal para trasladar una información errónea que confundiese a los alemanes para poder desembarcar en Normandía, tal y como estaba previsto en la operación Overlord.

—¿Y Jonás quería hacerlo? —preguntó la muchacha.

—Nada le interesaba más que boicotear al Führer —respondió la anciana—. Jonás formó parte de dos operaciones a la vez que tenían el mismo objetivo. Frank Meyer no quería que Alemania perdiese la guerra, temía la posición en la que quedaría su nación tras la contienda, pero sabía que las ideas de Hitler y su ambicioso plan de guerra solo podría reportar consecuencias negativas a medio plazo para Alemania. Por eso ideó la operación Lena, para poder frenar la ambición y de esta forma darle alguna esperanza a Alemania.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Pero Jonás no evidenció hasta tiempo después que aunque aquellas operaciones fuesen *a priori* compatibles, sus protagonistas no buscaban el mismo resultado. Los aliados querían recuperar el control de la Europa conquistada; y los nazis que organizaron la operación Lena no querían perder la guerra, solo buscaban acabar con Hitler. Querían cambiar de líder, sentían que la ambición había ganado terreno a la inteligencia y la actitud del mandatario alemán solo podría llevar a su nación a perder la guerra. Supongo que Jonás no valoró que haciendo cómplices a los aliados de la operación Lena, había condenado al Brigadeführer y sus subordinados.

—Pero ¿por qué?... Realmente el Brigadeführer, de alguna forma, ayudaba con su operación a los aliados. ¿Por qué querían acabar con él?

LEONORE, TERCERA PLANTA

—En ese momento —continuó hablando Leonore— los británicos no tenían como objetivo condenar a los nazis. Habían cometido crímenes de guerra por los que serían juzgados al terminar la contienda. Ellos buscaban recuperar el control, empequeñecer al monstruo para que perdiera sus fuerzas y de esta forma devolverle al mundo el control que él le hizo perder. En ese momento, la figura de Frank Meyer no importaba, ni la de los militares que gestaron junto a él la operación Lena.

—Es evidente —respondió la joven—. En ese momento, ¿qué importaba el nombre de un cargo alemán? No conseguirían nada condenándolo solo a él.

—Le propusieron a Jonás trasladar a Erik Nielsen una información

errónea que garantizase a los aliados el desembarco militar más grande de la historia. Tenían muy pocos días, las cosas se estaban poniendo difíciles y había que reaccionar en cuestión de horas.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Madre, ¿usted me está hablando del desembarco de Normandía? Estoy… impresionado… es como si tuviese la Historia viva delante de mis ojos. Como si pudiese mirar con lupa aquello que he imaginado mil veces mientras leía las crónicas de esa guerra. Y ahora usted me dice que mi abuelo y ese muchacho que aún no sé quién es fueron piezas clave en el desarrollo de la operación. Discúlpeme si no consigo salir de mi asombro y decirle algo más, pero le juro que no doy crédito —manifestó el muchacho.

Elisabeth acarició las manos de su hijo.

—La decisión de los aliados de volver a conquistar los territorios europeos y detener la invasión nazi, se tomó un año antes en Washington. Había que invadir Francia, que en aquel momento estaba en manos de los alemanes. Y comenzaron a preparar una operación que consistía principalmente en distraer al enemigo para que no pudiese prevenir el ataque y poder arribar las costas con puentes artificiales. Había que tener cuidado. Los aliados tenían espías alemanes infiltrados y era complicado no caer en las trampas que los servicios secretos de los nazis habían creado para ganar la contienda. La operación Overlord estuvo a punto de fracasar varias veces desde que se ideó, y Jonás era la pieza clave para iniciar la reconquista. Con todo listo para detener la invasión… tocaba el turno de Jonás. Debía trasladar la información a Erik y esperar el resultado. Ellos sabían que si Jonás había demostrado de parte de quién venía, Erik creería lo que le contase. Había llegado el momento. Tenía que dar comienzo la operación que llevaban más de un año gestando.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—Jonás trasladó a Erik la información que los británicos le solicitaron, y fue determinante para que el 6 de junio de 1944, los aliados desembarcasen en Normandía. A partir de ahí ya conoces la historia y cómo sucedió el avance de las tropas aliadas en la conquista de los territorios ocupados por los nazis.

—¿Qué ocurrió con Jonás entonces? —preguntó la muchacha.

La anciana se tomó unos segundos para responder.

—No lo sé…, Jonás no contaba nada más allá de esta historia. Por eso no sabría responder qué motivo le llevó a ocultar su pasado a su propio hijo.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Después de la batalla de Normandía, comenzó el declive de los nazis. Fue el principio del final y Hitler lo sabía. Después de que terminase la batalla, en agosto de 1944, Erik Nielsen buscó a Jonás en la pensión donde vivía. Lo acorraló con un grupo de matones y le propinó una paliza que casi lo mata. Mientras Jonás estaba tirado en el suelo, sangrando y sin poderse mover, los matones fueron sacando los cajones, destrozaron el armario, rajaron el colchón… buscaron hasta encontrar la documentación que hablaba de la operación Lena. Ese documento que condenaba al Brigadeführer había caído en las manos que lo delatarían y condenarían a muerte. Jonás solo podía llorar, había condenado a Frank Meyer. Erik Nielsen le tiró los documentos a la cara y escupió sobre él antes de marcharse.

La mujer se levantó del sillón y pidió a su hijo que la acompañase mientras caminaba hacia su habitación. Cuando Chay abrió la puerta, encontró una caja cerrada encima de la cama. Su madre se apresuró a sentarse junto a ella, y con una sonrisa llena de amor le aconsejó:

—Deberías abrirla…

El muchacho no se lo pensó, abrió la caja y encontró en su interior documentos antiguos y un broche. Miró a su madre. Ella se quedó en silencio, no hizo falta decir nada más.

Con los ojos vidriosos, Chay sujetó el broche y le dio la vuelta. Algo se agarró a su pecho cuando leyó las letras que formaban el nombre de Lena. Entre los documentos, la carta de despedida del Brigadeführer, anotaciones que formaban parte de los libros de seguimiento en Auschwitz y toda la documentación que, firmada por Frank Meyer, demostraba al mundo que los nazis intentaron boicotear a su alto mando.

—Es mi padre… Jonás Golik es mi padre —musitó.

En silencio, se derramaron las lágrimas del muchacho sobre los documentos que contaban una historia que su padre ocultó para evitar darle un lugar a los recuerdos.

—El Brigadeführer Herr Frank Meyer murió como traidor. El mismo Heinrich Himmler le dio un disparo en la cabeza y obligó a hacer desaparecer su nombre de cualquier documento que vinculase a Frank

Meyer con el nazismo. Por eso la historia no habla de él. Tu padre se culpó toda su vida de su muerte, y no se perdonó nunca haber condenado a la persona que consiguió darle la última oportunidad. Por eso, Jonás Golik murió con él… y desde entonces y para siempre fue Thomas, sin más. Sin recuerdos, sin historia… por eso ocultó su identidad a la persona que más quería en el mundo, que eras tú.

CAPÍTULO LXXXI

¿QUÉ OCURRIÓ DESPUÉS?

«Me resulta muy complicado explicar cómo me siento después de conocer la historia de mi padre. Reconozco que durante unos pocos minutos me sentí defraudado por creer en ese personaje llamado Thomas que fabricó para sobrevivir.

»Ahora, con la perspectiva que da el tiempo, puedo decir que me siento, si cabe, aun más orgulloso de él… y siento mucho que no se atreviese a desvelarme su pasado, porque eso me habría dado la oportunidad de decirle que era alguien admirable».

Chay se quedó sentado en la cama. Su madre estaba al otro lado de la caja. Pero aquella historia no terminaba con el final de la Segunda Guerra Mundial. El muchacho seguía teniendo dudas, y eran muchas las preguntas que se agolpaban en su cabeza. Madre e hijo volvieron al salón para sentarse en sus respectivos sillones y continuar con la historia.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—¿Qué ocurrió con Lena y Jonás después de que ella supiese la historia que lo condujo hasta Londres?

La anciana cerró los ojos, en un intento por disimular la tristeza que sentía. Respiró pausadamente. Necesitaba oxigenarse. Llenar de energía sus recuerdos para que volviesen a ella, y contarle a la muchacha qué ocurrió entre ellos después.

—Sentí la necesidad de redimir mi culpa, y de implorar ese perdón que necesitaba para seguir adelante. Siempre pensé que Jonás me esperaría hasta que volviese. No valoré la opción de que él pudiese continuar sin mí. Durante las conversaciones en las que Jonás me habló de su vida, de cómo conoció a Elisabeth y de la familia que había formado con ella, comprendí que el tiempo había pasado sin piedad. Sin permitirme una tregua, supe que había llegado tarde, muy

tarde. Que no había estado en las sonrisas ni en las lágrimas, y que en sus recuerdos solo permanecía con diecisiete años.

—En esos nuevos encuentros… ¿No hubo complicidad? —preguntó la muchacha.

—Es imposible no sentirte cómplice con alguien a quien amas más que a ti mismo —respondió emocionada la mujer—. Nunca le revelé quién era realmente, y tampoco supe nunca si él me reconoció como Lena. Pero esa sonrisa cada vez que me escuchaba decir buenos días al llegar al banco delataba que a nuestra edad seguíamos enamorados. A mi forma, le pedí perdón. Le revelé mi historia como la de una amiga, como hizo él con la de Jonás. Confesé que había un hijo que no crie y al que me empeñé en no demostrar amor por miedo. Le conté cómo había sido mi vida alrededor del mundo de la mano de una gran artista que se convirtió en mi mejor amiga… y así, entre historias del pasado y algunas confidencias del presente, los árboles fueron cambiado el color de sus hojas, y vimos los años pasar, sentados en aquel banco del parque… debajo de los árboles.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Supongo que querrás saber cómo continuó su historia. Me refiero a la de Jonás y Lena.

El muchacho asintió.

—Cuando los matones de Erik dieron la paliza a tu padre y casi lo matan, tu abuelo fue a buscarlo. Casualmente apareció por allí… Quería saber cómo estaba. Habían pasado tres meses y durante ese tiempo Jonás rogó a Charles Walker que ayudase al Brigadeführer. Tu abuelo no lo vio nunca como un espía alemán. Para él, siempre fue un muchacho necesitado de cariño, que rebosaba coraje y fuerza. Y sin pensarlo, ese día lo trajo a casa. Lo salvó de la muerte, pero Erik ya se había marchado con la información y los nombres de los traidores entre los que se encontraba Frank Meyer. Aún recuerdo la cara de mi madre cuando vio a mi padre entrar con aquel muchacho sangrando. Por aquel entonces yo tenía casi trece años, y mi hermano la edad de Jonás. Tu abuelo sabía que si alguien conocía la procedencia del muchacho lo matarían sin más. Y acordó con mi madre que el chico viviese con nosotros hasta el final de la guerra.

—Así que…, así conociste a mi padre —dijo Chay con una enorme sonrisa.

—Sí… así fue la primera vez que lo vi, y sería maravilloso contarte que fue un flechazo, y que nuestro amor surgió al poco de conocernos,

pero la realidad es que la única que me enamoré en ese instante fui yo. Para él, solo existía Lena Wiesel. Cada día, se levantaba hablando de ella y cada noche pedía a Dios que la cuidase para poder reunirse con ella. Los meses fueron pasando, la guerra llegó a su fin… y mi hermano ayudó a tu padre a encontrar trabajo en la fábrica. Y aunque el tiempo no le devolvía a Lena, su recuerdo permanecía como si fuese un freno en la vida de Jonás, aquello le impedía seguir adelante y, sobre todo, le impedía poder verme, y entonces… le mentí.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—Un día, después de algunos años desde el primer encuentro en el parque de Londres… Jonás se puso enfermo, fue hospitalizado y faltó a nuestra cita durante varias semanas. Yo no me atrevía a preguntar nada, dejé de escucharlo subir las escaleras hasta su casa y de ver a Elisabeth. Me preocupé mucho, y sentí miedo al pensar que no volvería a verlo nunca más. Entonces, ella me lo contó: estaba muy enfermo y le habían dado poco tiempo de vida, pero habían decidido ocultárselo a Chay, que en esos momentos viajaba durante algunas semanas en la otra punta del mundo. Jonás no quería que Chay lo viese mal, y no quiso empañar los recuerdos que había creado para él. Por eso, durante aquellas semanas en las que Jonás ya no podía llegar caminado al parque, Elisabeth me permitió bajar y visitarlo en su casa. La mayoría de las veces estaba dormido, pero yo me sentaba en la cama y ella se marchaba para que pudiésemos hablar a nuestra forma… con el alma, que es de la manera que habla el amor.

Las lágrimas de emoción de Ángela brotaron en silencio.

—Una de las tardes que lo visitaba en su casa, me atreví a tocarlo. Él estaba dormido. Comencé a acariciarle los dedos, la palma de la mano, y a rozar sus muñecas. En ese momento en que estaba tan cerca de él, sentí que me desmoronaba, que esa mujer fuerte que había creado a base de armaduras que me impidieron demostrar el amor, se venía abajo desplomada, porque el único pilar que me mantuvo siempre de pie estaba ahí, dormido, apagándose poco a poco. Y yo no había podido pedirle perdón ni decirle te quiero. Aquel día me olvidé de las promesas y sin dejar de acariciarle las manos me atreví a pedirle perdón mientras las lágrimas caían sobre sus sábanas. Le reconocí que nunca me fui del todo porque una parte de él siempre estuvo conmigo.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Esta es la carta que supuestamente le envió Lena desde España advirtiéndole que nunca volvería a estar con él —dijo Elisabeth—. Por eso, cuando ella se trasladó a vivir aquí yo no quise que supiese de su existencia. Tu padre no quería contar su pasado y yo… no quería que supiese que en el mío había cosas que no estuvieron bien hechas. Yo sabía que ella estaba aquí, cerca de él… y me aterrorizaba la idea de que él me dejase, porque sabía que en el fondo seguía esperándola.

Elisabeth comenzó a llorar, se tapó el rostro con las manos y Chay, abrazándola, le susurró al oído:

—Madre, usted lo hizo feliz.

LEONORE, TERCERA PLANTA

Perdóname… te juro que si pudiese volver atrás y cambiar algo en mi vida… si pudiese cambiar solo una cosa, volvería a Auschwitz, al día que me despedí de ti, y te abrazaría fuerte, muy fuerte, susurrándote al oído que te quiero, y que, si no vuelvo a buscarte, no es por ti… sino porque soy incapaz de quererte como tú te mereces.

A pesar de eso… te busqué durante dos años por esta inmensa ciudad para decirte que te quería y que no podía olvidarte por más años que hubieran pasado. Pero entonces conocí a Chay y supe de la familia que habías creado sin mí. Desde entonces… estoy aquí, cerca de ti, manteniendo la distancia suficiente para no correr y abrazarte…

Ángela observó a Leonore llorar. Ella, en silencio, se secaba las lágrimas mientras sus labios temblorosos denotaban la inmensa tristeza que traían esos recuerdos en los que navegaba.

La muchacha no dijo nada… simplemente respetó su silencio.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Lo peor es que nunca me arrepentí de haber hecho aquello, ni de la carta ni de ocultarle que ella estaba aquí, cerca de él. Y me siento mal por no sentir esa culpa que debiera. Por haberle mentido a la persona que más amaba en el mundo. Pero luego pienso en nuestra

vida juntos… en las risas durante las cenas en familia, en aquel viaje que hicimos a Francia, pienso en nuestras charlas junto a la ventana y en las noches eternas que me regaló llenándolas de pasión y de amor. Y pienso que nada de eso habría sido posible si la sombra de Lena hubiese seguido ahí. Sin embargo, yo sabía que su alma estaba reservada para ella. Aun así, me hizo feliz. A su lado fui la mujer más especial del mundo, y sentí que le debía algo, por eso, cuando él perdió la visión, permití que durante dos horas a la semana estuviesen juntos, para charlar bajo los árboles.

—¿Hasta cuándo se estuvieron viendo, madre?

—Hasta el final.

—¿Ella estuvo cerca de padre cuando falleció? —preguntó el chico.

LEONORE, TERCERA PLANTA

—Rogué a Elisabeth que me avisase cuando llegase el momento. Que me permitiese estar junto a él al final de su vida.

—¿Y se cumplió? —preguntó Ángela.

ELISABETH, SEGUNDA PLANTA

—Ella me rogó estar cerca de él cuando se fuese para siempre… y yo sé que él habría querido sentirla en ese momento, pero mi egoísmo me pudo, y sentí que era la única persona legitimada para estar a su lado en ese momento. Decidió irse a escondidas de su propio hijo. ¿Por qué debía compartir aquella despedida con esa extraña? —dijo la madre de Chay—. El día en que él se marchó, yo lo supe desde que amaneció. Algo me hizo saber que ya no lo vería más, y durante esas horas, no me aparté de su lado ni un segundo. Le hablé. Le recordé momentos juntos y le agradecí cada una de las cosas que hizo para mí cada día. Antes de irse, sentí ese pellizco que a veces da la culpa y corrí al armario. Busqué la caja y saqué el broche. Lo coloqué en la palma de su mano y la cerré con el broche dentro, con mis manos abracé las suyas. Él me dedicó la última sonrisa, y yo… pude pedirle perdón por haber sido tan cobarde durante tantos años.

CAPÍTULO LXXXII

EL FINAL DE LA OPERACIÓN LENA

«No sé si la Historia llegará a conocer esta operación que nació de mí y que está secundada por altos mandos que buscan proteger a nuestra nación. Tampoco alcanzo a imaginar cómo se conocerá en caso de que traspase las fronteras de esta guerra y si perdurará o no con el paso del tiempo. Deseo escribir estas líneas, que explican cuáles fueron mis verdaderos motivos para gestar una operación que puede llevarme a la muerte, y dirigirlas al mundo para que la historia se cuente completa. Sin sombras. Para hacer saber que, a pesar de todo, siempre estamos a tiempo de cambiar y morir siendo alguien distinto. Alguien mejor. Con la marcha de Lena Wiesel, comienza una operación que recibirá su nombre y que la historia debe recordar como aquella que buscó proteger a Alemania del monstruo que la controlaba.

FIRMADO BRIGADEFÜHRER HERR FRANK MEYER».

Con la historia de Jonás al descubierto y los documentos que demostraban las verdaderas intenciones del Brigadeführer, Chay sintió la necesidad de subir con la caja y mostrar a Lena los documentos que corroboraban la historia que ella había contado a través de su diario.

Afectada por la intensidad de las emociones, Elisabeth necesitaba descansar y pidió a su hijo que la dejase sola. El muchacho sacó los documentos, dejando únicamente el broche dentro de la caja, y subió las escaleras con los papeles en la mano, dispuesto a revelar las partes de la historia que Lena no conociese.

Leonore abrió la vieja carpeta que tenía sobre sus piernas bajo la atenta mirada de Ángela. Se disponía a mostrarle los documentos que contenía cuando llamaron a la puerta.

Alguien se mostró nervioso desde el otro lado. Llamó

insistentemente hasta que la muchacha abrió y encontró a su novio detrás, con unos documentos en la mano y los ojos vidriosos por la emoción.

El muchacho entró sin preguntar. Se puso en cuclillas delante de Lena, que permanecía sentada en su sillón, y con los ojos llenos de lágrimas alcanzó a decir:

—Ahora ya sé que usted formó parte de la vida de mi padre y… quiero agradecerle que respetase todo lo que construyó junto a mi madre. Que guardase la distancia suficiente para que no pudiese sentirla tan próxima como para huir con usted, alejándose de nosotros. Gracias, Lena Wiesel, por ser tan generosa. Con su historia he aprendido que hace falta amar mucho a alguien para renunciar a la única persona que puede hacerte feliz en el mundo.

La anciana acarició la cara del muchacho y le dedicó una sonrisa. Tardó unos segundos en controlar su emoción.

—Espero que conocer esta historia te haya enseñado que hay tantas formas de amar como personas en el mundo. Que cada uno se enfrenta a los miedos de una forma y que los límites no existen para el amor cuando este es verdadero.

La historia de Jonás y Lena no tuvo un final, porque el amor sigue en mí… y seguirá aquí, y en el recuerdo de quien nos conoció, siempre. Y vosotros… que tenéis la suerte de vivir esta historia en la época correcta, no debéis permitirle al tiempo que corra en vuestra contra.

Los muchachos se miraron y sonrieron a la vez, regalándose con sus miradas una declaración de amor y de intenciones.

—Y ahora…, rompiendo el encanto de este momento lleno de amor, creo que ha llegado el momento de mostrar el contenido de esta carpeta —anunció la anciana.

La anciana la abrió dejando al descubierto documentos antiguos. Era la documentación que el Brigadeführer le entregó para enseñarla una vez terminase la guerra. Los muchachos observaron los documentos llenos de nombres, de números de identificación. Fotografías del campo llenas de cadáveres en sus alambradas. Todos aquellos documentos tenían los nombres y apellidos de los altos mandos y SS que colaboraron en el holocausto.

—¿Por qué esperar hasta ahora, Lena? La guerra terminó hace setenta y un años —preguntó la muchacha.

La anciana se levantó despacio y caminó hasta la cómoda del otro lado de la sala. Abrió un cajón y sacó una vieja fotografía que entregó a Chay. La pareja observó la imagen de una mujer con un niño en brazos. La anciana volvió a ocupar su asiento.

—Se lo prometí a los dos. A Frank Meyer le dije que revelaría los documentos una vez terminase la guerra pero nunca lo haría mientras ella, Constanz, siguiese viva. Le debía lealtad a la persona que más humanidad demostró conmigo en el peor momento de mi vida. La que me ayudó a seguir adelante cuando ya no había razones y la que abrazó a mi hijo al llegar al mundo, para cuidarlo y ser la madre que merecía. Estos documentos permanecieron en ese cajón guardados, esperando el momento en que la vida me permitiese cumplir mi promesa. Hace algo menos de cinco años, David me llamó para contarme que su madre había fallecido y supe que esa promesa latente había vuelto a mí para cumplirse.

Chay esparció los documentos de Lena sobre la mesa y sobre ellos, puso los que su padre había guardado en la caja. Ángela y Chay, cogidos de la mano, fueron conscientes del puzle completo que había ante sus ojos.

—Pero… sigo sin entender cuándo y por qué colocó la dirección dentro del abrigo —dijo la muchacha.

—El abrigo fue un señuelo para Jonás. Tenía la esperanza de que lo viese y viniese a buscarme. Ha sido la idea más loca y romántica que he tenido en mi vida. Y por supuesto no se cumplió —dijo con una media sonrisa—. Cuando Jonás perdió la visión y yo me trasladé a vivir a Camden al edificio de Elisabeth y Thomas, fui a Blitz para recuperar el abrigo. Llegué incluso a descolgarlo de la percha, pero al mirarlo volví a recordar la promesa que le hice al Brigadeführer. Y pensé que seguía siguiendo un señuelo, quizás no para Jonás, que jamás volvería a ver sus colores. Pero si alguien venía hasta mí, podía ayudarme a terminar con la operación Lena y con la promesa que le hice a Frank Meyer. Así que apunté la dirección del edificio, y esperé pacientemente a que llamases a mi puerta, Ángela. Llevo mucho tiempo esperándote.

Aquellos documentos revelaron una parte de la Historia desconocida para el mundo. Se emocionaron al ser conscientes de lo que escondía la verdadera historia del abrigo que llevó a ambos a sentarse frente a Lena Wiesel.

CINCO DÍAS DESPUÉS…

Leonore permanecía sentada en su sillón junto a la ventana, en silencio, viendo pasar a los pintorescos personajes que le regalaba el barrio. Escuchó que alguien llamaba a la puerta de forma suave, como si no quisiera que nadie se enterase de que estaba allí.

La anciana, con dificultad, caminó hacia la puerta, descubriendo detrás de ella la imagen de Elisabeth. Hacía mucho tiempo que no hablaban. Sin embargo, las dos se regalaron una sonrisa. Leonore la invitó a pasar y las dos mujeres se sentaron en los sillones junto a la ventana.

Durante unos minutos permanecieron en completo silencio, hasta que Elisabeth se atrevió a sacar del bolsillo algo que estaba envuelto en un pañuelo. Sin decir nada, extendió sus manos hasta Leonore. Ella se inclinó para poder cogerlo.

La anciana abrió las cuatro puntas del pañuelo, dejándolas caer sobre la palma de su mano, permitiendo dejar al descubierto el broche que perdió el día que llegó a Auschwitz. Comenzó a llorar.

—Nunca se separó de él y, de alguna forma, yo también lo sentía más cerca si el broche estaba conmigo —dijo la madre de Chay—. Pero ahora que ya no hay secretos que guardar, he considerado que debía respetar la voluntad de Jonás. Él siempre guardó ese broche para ti, para dártelo cuando volvieses, tienes que tenerlo tú…

La anciana se quedó mirando el broche en silencio, y Elisabeth se levantó. Caminó hacia la puerta, la abrió dispuesta a marcharse, dejando atrás aquella historia y justo cuando iba a cruzar el umbral, se volvió para decir:

—Siempre supo que eras tú —dijo Elisabeth mientras Leonore la escuchaba desde su sillón con el broche en la palma de su mano—. No me lo reconoció mientras duraron aquellos encuentros en el parque, pero un día antes de irse para siempre, pudo hablarme y contarme muchas cosas. Me habló de ti y me dio las gracias por permitirle volverse a sentarse contigo debajo de los árboles. Me pidió perdón por no haberme podido querer como a ti, y me agradeció todos los esfuerzos que hice por hacerlo feliz. Así que… puedes estar tranquila… él siempre supo que habías vuelto.

Elisabeth cerró la puerta y se marchó.

CAPÍTULO LXXXIII

CINCO AÑOS DESPUÉS… OCTUBRE DE 2021

Ha pasado mucho tiempo desde que Chay y yo salimos de la casa de Leonore en Camden… y aun con la perspectiva del tiempo, soy incapaz de contaros cuánto sentí aquel día en que toda la verdad quedó al descubierto.

A los pocos días, un taxi me recogió en la puerta de la casa que había compartido con Irune durante casi doce semanas. Ella se negó a despedirme y solo me dejó un pósit detrás de la puerta que ponía VUELVE PRONTO, TE QUIERO.

No quise que Chay me acompañase al aeropuerto. Preferí hacer el viaje de vuelta como el de ida: sola. Con mi bolso cruzado y una maleta que arrastraba llena de ropa y plagada de momentos vividos.

Miré atrás cuando el taxi arrancó y me alejé de la que fue mi casa durante las últimas semanas. Pasé todo el viaje hasta Madrid llorando. Recordando todos los momentos que había vivido junto a ellos durante esos tres meses que permanecí allí. Como cuando en una peli de esas pastelosas salen varias escenas con música de fondo… Así recordé todos los momentos con Irune, Chay, Elisabeth y Lena… y todo lo que me enseñaron durante esas semanas.

Han pasado cinco años desde que me marché de la casa de Lena Wiesel, y desde entonces mi vida ha cambiado mucho. Me enseñó que el tiempo no da tregua, y aunque es algo que *a priori* todos sabemos, permitimos que se nos escape entre las manos, perdiéndolo deliberadamente, sin percatarnos de que la única tregua que nos da la muerte es el tiempo que nos regala de vida.

Lena me enseñó que el amor tiene mil formas y que se transforma a lo largo de los años para adaptarse al paso del tiempo. Me demostró que los miedos se esconden tras las corazas y son estas las que impiden buscar ayuda para conseguir sacar el te quiero que se clava en el alma y no eres capaz de verbalizar.

Cuando regresé a mi casa de Madrid, sentí que lo hacía de forma diferente. Respiré hondo antes de abrir la puerta, y sonreí al comprobar que quien miraba las fotos de mi madre ya no lo hacía con rencor. Había entendido muchas cosas y eso me permitió perdonar.

Regresé a mi puesto de trabajo. Lo hice para agradecer a Carmen la excedencia que me concedió en apenas dos días y para entregarle mi carta de dimisión.

Nunca quise ser economista. Nunca me hizo feliz trabajar en una entidad bancaria. Así que decidí cambiar y hacer eso que tenía en mente y con lo que fantaseaba desde que era una niña.

Me permití un tiempo en el que solo me dediqué a escribir. Durante varios meses sin interrupción, trabajé en la creación de una novela que tuvo como protagonistas a Jonás y Lena.

Cuando me sentí preparada, busqué a David en la dirección que me dio Leonore. Fui con todos los documentos que el Brigadeführer le entregó a Jonás y Lena para que viesen la luz cuando terminase la guerra.

David había sido periodista de investigación y me ayudó a llevar todos los documentos a una organización de Alemania presidida por el hijo de un comandante del campo de concentración de Auschwitz, Rainer Hoss, defensor contra los neonazis.

Trabajaba para una organización que localizaba alrededor del mundo a los nazis que no habían sido enjuiciados, propiciando su localización y posterior detención para ser juzgados como autores de crímenes de guerra.

Durante el tiempo que estuvimos juntos trabajando para llevar la documentación a Alemania, charlamos mucho sobre Lena. Reconoció que siempre supo que era su madre… y nunca tuvo rencor hacia ella.

David se mostró agradecido siempre a la mujer que le dio la vida y que le regaló la oportunidad de recibir el amor más puro de alguien que rebosaba ternura: Constanz.

No volvió a ver a Lena desde que se marchó de Madrid, pero la llamaba cada semana y hablaban como lo hacen una madre y un hijo en la distancia. David aprendió a quererla gracias a Constanz.

La documentación de Jonás y Lena permitió condenar a seis SS que permanecían viviendo en Alemania bajo el anonimato.

Por su parte, David se hizo eco de la historia del Brigadeführer. Se crio escuchando hablar de él como un héroe y cuando se reveló la verdadera historia ante sus ojos, sintió la necesidad de regalarle al mundo un personaje que cambió la historia de la Segunda Guerra Mundial.

Desde hace tres años, David da conferencias alrededor del mundo hablando de Frank Meyer y de la operación Lena. Los documentos que plasmaban el verdadero objeto de la operación dejaron al descubierto que hubo una parte del nazismo que no se mostró conforme no solo con el plan de guerra de Hitler, sino con el trato que recibió la

población de las zonas conquistadas.

Chay descubrió que me había dejado el reloj de purpurina que me regaló en la casa de Irune. Apareció por sorpresa en una firma, para colocar el reloj junto a mi libro y preguntarme si podíamos darle la vuelta a la purpurina cuando acabase de caer el último puntito dorado. Ahora vivimos en Madrid. Él ha montado una cafetería. Sus paredes son estantes llenos de libros, suena música de piano y junto a la ventana hay dos sillones enfrentados con una mesita junto a uno de ellos. Sobre ella hay una nota: SOLO ESTÁ PERMITIDO SENTARSE PARA CONTAR HISTORIAS… Desde hace un tiempo, organiza unas jornadas para el recuerdo… y personas muy mayores se sientan en uno de los sillones tomando un café, esperando que alguien quiera escuchar la historia que el anciano esté dispuesto a contarle.

Hemos creado nuestra propia familia. Tenemos un niño de tres años, al que pusimos por nombre Jonás en honor a su abuelo y al que le encanta que tía Irune le haga videollamadas desde la India. Lleva allí un par de años trabajando con una ONG que ayuda a los niños. Aún no sabe cuándo vendrá a vernos, pero ha prometido que lo hará pronto.

Elisabeth continúa en Londres. Por más que le hemos pedido que venga a vivir con nosotros, ella se niega. Sigue viviendo en su casa de Camden, y vamos a visitarla con frecuencia. Su vida es tranquila. Sale a pasear por las mañanas, y le gusta sentarse a leer junto a la ventana antes de que la llamemos cada tarde.

En cuanto a Lena… al poco tiempo de marcharme… se puso muy malita. No estaba sola. Elisabeth cuidó de ella hasta que se marchó para siempre. Agarró su mano fuerte antes de decirle adiós y le pidió que diese a Jonás un abrazo eterno cuando lo tuviese delante. Desde entonces, cada semana visita el cementerio judío donde Jonás y Lena están sepultados. Uno junto al otro. Permanece allí unos minutos. Unas veces llora y otras sonríe al recordarlos. Después camina tranquila, saliendo del cementerio en silencio, hasta la próxima semana.

Yo… sigo escribiendo… y esta, que es la presentación de mi primera novela, es solo el principio de una larga lista de historias que estoy segura de que os tengo que contar. Por si acaso, siempre que encuentro una tienda vintage entro a verla. Camino entre las perchas y a veces hurgo en el bolsillo de alguna chaqueta por si tuviese una dirección dentro. Quién sabe… quizá sea el principio de otra historia.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

La novela que ha terminado de leer pertenece al género de ficción histórica, en la que me he permitido ciertas libertades respecto a personajes, acontecimientos y fechas: por ejemplo, retrasando algunos aspectos de la operación hasta el año 1944, para hacerlos coincidir con la llegada de Lena Wiesel (un personaje de ficción) y así contar una historia que cambió el rumbo de la II Guerra Mundial.

Pero ante todo esta obra está inspirada en el sufrimiento y dolor por los que tuvieron que pasar las personas que fueron conducidas hasta Auschwitz, y en este sentido he tratado de respetar escrupulosamente las circunstancias en las que más de un millón de deportados tuvieron que vivir y morir.

En realidad, tras la conquista de Francia, Hitler dirigió su mirada a Gran Bretaña, y desde 1940 el servicio secreto alemán (Abwehr) envió agentes a las islas británicas para llevar cabo misiones de espionaje que facilitaran su invasión y conquista. A esta operación se le conoció como Operación Lena, Himmelfaht entre los alemanes. La Operación Lena fracasó, y la propia invasión de Gran Bretaña (la Operación León Marino) no llegó a producirse. El destino de los agentes, con escasa preparación, fue bastante desafortunado: todos los agentes fueron capturados y la mayor parte de ellos ejecutados.

Actualmente en la historiografía británica y alemana sigue existiendo una gran controversia sobre el fracaso de la Operación Lena. El Abwehr ya había demostrado en ocasiones anteriores, y también en algunas posteriores, que sabía realizar misiones de espionaje de alto nivel. Autores como Monika Siedentopf han hablado de una resistencia contra Hitler dentro del propio servicio secreto alemán; otros, como Bernard O'Connor, han incidido en el papel de los nacionalistas escoceses y galeses en este plan. Sea como fuere, lo cierto es que más de ochenta años después siguen abiertos muchos interrogantes alrededor de una de las operaciones de espionaje nazi más sorprendentes de la Historia.

AGRADECIMIENTOS

Es curioso, porque a pesar de tener tanto y a tanta gente a la que agradecer este proyecto, me encuentro de nuevo sentada frente a un folio en blanco, sin saber por dónde empezar. Así que haré lo que se me da bien, dejar hablar al alma silenciando el ruido del mundo y el de mi cabeza. Hablar desde este rinconcito donde he podido escribir esta novela es mucho más sencillo para mí. Quiero empezar por ti, por mi niña del cielo. Nunca imaginé que esa última fase de tu duelo traería consigo el crecimiento personal que me ha permitido escribir una novela que transita a partes iguales por el amor y el dolor.

Los lectores no lo saben. Pero tú y yo sí. El primer párrafo de esta novela corresponde al pensamiento que te dediqué aquella tarde de mayo, en la que te busqué en unas nubes donde no pude encontrarte.

Gracias, Paula, por dejar en mí la fuerza suficiente para transitar un dolor que pude plasmar en las líneas que completan esta novela.

A vosotras, Celia y Carmen. Mis niñas. Gracias por entender mi ausencia durante las horas que invertí en completar este proyecto. Hicisteis que creyese en un sueño y que buscase dentro de mí aquello para lo que había venido hasta aquí. Gracias, Celia, por aquel consejo: «Mamá, piensa en lo que querías ser de pequeña. Y hazlo. Eso es lo que te hará feliz». Siempre quise contar historias. Gracias, mi amor. Gracias a las dos. Os quiero con todo mi corazón. A ti, Pablo. A ti, ¿qué puedo decirte?… me has visto llorar y reír mientras escribía lo que hoy ya puedo ver materializado. Gracias por permitirme escaparme y adentrarme en mi mundo. Por dejarme escuchar el piano para dejar hablar a mi alma y respetar las ausencias que exigía este proyecto. Gracias por sentarte en el borde de la cama y escuchar cada capítulo. Gracias por tanto y por todo. Esta novela lleva un poquito de ti. Papá, Mamá. Gracias. Por todo lo que me habéis dado. Gracias por vuestros abrazos, por vuestras lágrimas compartidas con las mías. Gracias por vuestro esfuerzo para que yo hoy pudiera ser lo que soy. Gracias por darme la vida y por encender las luces que necesité cuando el telón se bajó y el mundo se quedó a oscuras para mí. No sé qué habría hecho sin vosotros. Gracias desde lo más profundo de mi alma.

Mayte… sé que te abrazo menos de lo que te gustaría, pero no sabes lo que te quiero. Gracias por leer con tanto amor estas páginas, por enamorarte de los personajes y por formar parte de mi ilusión. Te quiero mucho. Laura… GRACIAS. Por los audios eternos, por hablar de mis personajes como si fueran vecinos de tu bloque. Por llegar para quedarte. Gracias por dejar que Irune lleve tanto de ti. Ahora todos conocerán un poquito de lo que te hace tan especial. La mitad de Irune te pertenece. Gracias por hacerla realidad. Aurora… mi medio limón desde hace más de veinte años. Tenías que darle la ternura a la otra parte de Irune. Gracias por cada consejo y cada palabra. Por leer cada capítulo. Por tus mensajes bonitos y de ánimo. Gracias por ser la otra mitad de Irune, también a ti te pertenece. Gracias por hacerla realidad. Por seguir en mi vida y por entenderme en mi caos haciéndolo especial con tu sonrisa. Juan… Para la mayoría… Don Juan Eslava Galán. Para mí … eres mi amigo Juan. Gracias por aquella charla en la plaza Mayor de nuestro Madrid. Por tus consejos. Aún no sabía en ese momento lo especial que serías para mí. Ahí comenzó todo. Comencé a aprender de ti.

Gracias por tu cariño y consejos. Por tu comprensión. Por tus correcciones en rojo que atesoraré siempre. Gracias por ser mi maestro y sobre todo por el cariño con el que has tratado este proyecto que lleva un poquito de ti. GRACIAS INFINITAS. A Manel, gracias por ese desayuno en Barcelona. Por tu sonrisa y por la forma en la que eres capaz de transmitir que debería ser obligatorio creer en los sueños y pelear por ellos. Gracias por tu dedicación y cariño. Pero sobre todo gracias porque inyectas ganas de seguir soñando. Gracia infinitas a ti también, amigo. A ti, Antonio… o Páez, como te tengo en mi móvil. Gracias… Gracias… Gracias…, porque estas líneas no se estarían escribiendo sin ti. A Algaida Editores por permitirme materializar un sueño y acercar a mucha gente la historia de una mujer que removió mis cimientos. Gracias por vuestra confianza y apoyo. Sin vosotros esto no sería posible. GRACIAS INFINITAS. A las personas que me hicieron conocer el amor. A ese amor de juventud que no llegó a ser pero dejó el mí un poquito de lo que pudo haber sido. Gracias por dejarme un montón de recuerdos que me sacan una sonrisa. Gracias por hacer especial para mí el número 7 y un reloj de purpurina. Gracias de corazón.

Y aunque parezca inverosímil, no puedo dejar de agradecerles a ellas que llegasen a mi vida.

Gracias, Lena. De alguna forma, te sentaste a mi lado para darle voz a los miles de mujeres que como tú fueron víctimas del Holocausto. Gracias por contarme tu historia y permitirme caminar a tu lado entre

los barracones de Auschwitz.

Gracias, Ángela. Tardé mucho en saber que quien se subía al avión contigo era yo y la maleta que arrastrabas llena de miedos en realidad era mía. Has abierto para mí, y para la mayoría de las personas que sufren trastorno de ansiedad o dependencia emocional una ventana de esperanza. Gracias a la dos por llegar, contarme vuestra historia y por dejar un poquito de vosotras en mí. Os echaré de menos.

No puedo dejar de acordarme de vosotros. Todos aquellos que a través de redes sociales me animabais a escribir y me obligabais a seguir. Sentía que tenía un compromiso con vosotros. Gracias por dejar que mi purpurina entrase un poquito en vuestras vidas y sobre todo por esperarlas a ellas.

Y por último… y no menos importarte. A esos lectores cero que valoraron este trabajo mucho antes de que llegase a una editorial. Gracias por vuestra opinión, por vuestros mensajes. Gracias por animarme a seguir. Gracias, Patri, Alfonso, Jose (mi titi), Eugenia, Ana, Andrés, Víctor, Gema, Eva, Mayte, Fran… (perdonadme si me dejo a alguno). GRACIAS A TODOS.

ÍNDICE

Edición en formato digital: 2024

Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
www.literaria.algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-882-5